



EL MAPA DE LOS DIAS

LA CUARTA NOVELA DE

EL HOGAR DE MISS PEREGRINE

PARA NIÑOS PECULIARES



RANSOM RIGGS

RANSOM RIGGS



EL MAPA DE LOS DÍAS

LA CUARTA NOVELA DE

EL HOGAR DE MISS PEREGRINE

PARA NIÑOS PECULIARES

Traducción de Victoria Simó


ALFAGUARA

SÍGUENOS EN
me gustaleer



[@somosinfinitos](#)



[@somosinfinitos](#)



[@somosinfinitos](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



PRÓLOGO



Jamás he dudado tanto de mi cordura como aquella primera noche, cuando la mujer pájaro y sus pupilos se presentaron en mi casa para rescatarme del manicomio. Ese era mi destino, espachurrado entre mis fornidos tíos en el asiento trasero del coche de mis padres, cuando un regimiento de niños peculiares que parecían surgidos de mi imaginación se plantaron delante del vehículo en el camino de la entrada, iluminados por las luces largas como un batallón de ángeles.

Frenamos en seco. Una nube de polvo borró el mundo al otro lado del parabrisas. ¿Había creado yo la imagen, un trémulo holograma proyectado desde las profundidades de mi cerebro? Cualquier cosa se me antojaba más plausible que el hecho de que mis amigos estuvieran allí, en ese momento. Los peculiares se las ingenian para hacer posible lo imposible, pero si algo tenía claro era que viajar a mi casa suponía para ellos una empresa irrealizable.

Abandoné el Acre del Diablo por decisión propia. Opté por volver a mi hogar, aun sabiendo que los peculiares no podrían seguirme. Albergaba la esperanza de que mi regreso me ayudara a anudar los cabos sueltos de mi vida: lo normal y lo peculiar, lo ordinario y lo extraordinario.

Otra empresa irrealizable. Mi abuelo intentó igual que yo enlazar sus dos vidas y fracasó. Acabó aislado tanto de su familia peculiar como de la ordinaria. Al negarse a escoger una existencia o la otra, se condenó a perderlas ambas: igual que me iba a suceder a mí dentro de nada.

Cuando levanté la vista, atisbé una figura que se aproximaba a nosotros entre el polvo que se posaba.

—¿Y tú quién eres, si se puede saber? —le espetó mi padre.

—Alma LeFay Peregrine —respondió ella—. Actual dirigente del Consejo Ymbryne y directora de estos niños peculiares. Nos hemos visto anteriormente, pero no creo que lo recuerde. Niños, salud.



UNO

Qué rara es la mente. Asimila ciertas cosas con facilidad y se niega a aceptar otras. Yo acababa de sobrevivir al verano más surreal de mi vida. Había viajado a épocas remotas, domesticado monstruos invisibles; incluso me había enamorado de la antigua novia de mi abuelo, que vivía atrapada en el tiempo... Y únicamente ahora, en un presente ordinario, en una urbanización de Florida, me costaba creer lo que veían mis ojos.

Allí estaba Enoch, desparramado en nuestro sofá beis, tomando Coca-Cola en el vaso de los Tampa Bay Buccaneers de mi padre; y Olive, que se desataba los cordones de los zapatos para flotar hasta el techo y columpiarse en círculos colgada del ventilador; allí estaban Horace y Hugh, en la cocina, Horace curioseando las fotos de la nevera mientras Hugh se preparaba un tentempié; y Clare, boquiabierta por partida doble ante el gran monolito negro del televisor de pared; y Millard, entretenido con las revistas de decoración de mi madre, que parecían subir flotando desde la mesita baja y luego abrirse por sí mismas, las huellas de sus pies desnudos impresas sobre la alfombra. Una confluencia de mundos con la que había fantaseado mil veces, pero que no me atrevía a soñar posible. Y sin embargo la tenía delante: el antes y el después, colisionando con la potencia de dos planetas.

Millard ya había intentado explicarme cómo habían conseguido llegar a mi casa sanos y salvos. El colapso del bucle que había estado a punto de costarnos la vida en el Acre del Diablo había reiniciado sus relojes internos. No acababa de entender por qué, pero sabía que ya no corrían peligro de sufrir un catastrófico envejecimiento instantáneo si permanecían demasiado tiempo en el presente. Envejecerían día a día, igual que yo, la deuda de los años al parecer condonada, como si no hubieran pasado buena parte del siglo xx reviviendo una misma jornada soleada. Sin duda se trataba de un milagro —un caso sin precedentes en la historia peculiar— y pese a todo el prodigio no se me antojaba tan increíble como el hecho de que estuvieran aquí: de tener a Emma junto a mí, tan fuerte y encantadora como siempre, su mano entrelazada con la mía, sus ojos verdes resplandecientes según observaba la sala, asombrada. Emma, que había poblado mis sueños en las largas y

solitarias semanas transcurridas desde mi regreso a casa. Llevaba un recatado vestido gris por debajo de las rodillas, zapatos planos y recios para poder salir corriendo en caso de ser necesario, el cabello rubio oscuro recogido en una coleta. Décadas de ineludible responsabilidad la habían tornado práctica hasta la médula, pero ni la obligada prudencia ni el peso de los años que llevaba a cuestas habían conseguido apagar esa chispa infantil que le prestaba una luz tan intensa. Era dura y tierna a un tiempo, ácida y dulce, adulta y casi una niña. Su capacidad de albergar tantas facetas distintas era lo que más me gustaba de ella. Su alma era insondable.

—¿Jacob?

Me estaba hablando. Quise responder, pero tenía la cabeza tan embotada como en esos sueños en los que todo discurre a cámara lenta.

Movió la mano delante de mi cara y luego hizo chasquear los dedos, un gesto que arrancó una chispa de su pulgar, como si hubiera rascado fósforo. Sobresaltado, volví en mí.

—¡Ay! —dije—. Perdona.

—¿Dónde estabas?

—Es que... —Agité la mano como apartando telarañas en el aire—. Me alegro de verte, eso es todo.

Terminar una frase me resultaba tan complicado como abarcar diez globos con los brazos.

Su sonrisa no logró ocultar del todo una leve preocupación en su semblante.

—Ya sé que debe de ser rarísimo para ti, eso de que nos hayamos presentado aquí tan de repente. Espero que la sorpresa no te haya aturrido demasiado.

—No, no. Bueno, un poco sí. —Señalé con la cabeza la sala y a todos sus ocupantes. Un desorden feliz acompañaba a nuestros amigos allá donde iban—. ¿Seguro que no estoy soñando?

—¿No estaré soñando yo? —Me tomó la otra mano y me la estrechó, y tuve la sensación de que su calor y solidez devolvían cierta consistencia al mundo—. No sabría decirte las veces que me he imaginado a mí misma visitando esta pequeña ciudad, a lo largo de los años.

Por un momento me quedé desconcertado, pero enseguida... claro, mi abuelo. Abe había vivido en la zona desde el nacimiento de mi padre; había visto su dirección de Florida en las cartas que Emma guardaba. Su mirada se

nubló como si se perdiera en sus propios recuerdos y yo noté el desagradable pellizco de los celos; pero al momento me avergoncé de mí mismo. Emma tenía derecho a recordar el pasado y razones de sobra para sentirse tan aturdida como yo por la colisión de nuestros mundos.

Miss Peregrine irrumpió en la sala como un vendaval. Se había despojado de su abrigo de viaje y ahora lucía una llamativa chaqueta de *tweed* verde y pantalones de montar, igual que si acabara de dar un paseo a caballo. Recorrió la sala impartiendo órdenes:

—¡Olive, baje ahora mismo! ¡Enoch, quite los pies del sofá! —Me indicó por señas que me acercara y señaló la cocina con la cabeza—. Míster Portman, hay asuntos que requieren su atención.

Emma entrelazó el brazo con el mío para acompañarme, un gesto que le agradecí; todavía tenía la sensación de estar flotando.

—¿No podéis esperar un rato para empezar a besuquearos? —nos espetó Enoch—. ¡Si acabamos de llegar!

Rauda como el rayo, Emma usó la mano libre para chamuscarle la coronilla. Enoch retrocedió palmoteándose la cabeza para sofocar el humo, y yo me reí con tantas ganas que mi mente se libró de unas cuantas telarañas.

Sí, mis amigos eran reales y estaban aquí. No solo eso, sino que miss Peregrine había prometido que se quedarían un tiempo. Para aprender unas cuantas cosas del mundo moderno. Y disfrutar de unas vacaciones, un merecido descanso de la miseria del Acre del Diablo, que, con la desaparición del soberbio caserón de Cairnholm, se había convertido en su hogar temporal. Pues claro que podían quedarse y estaría encantado de alojarlos en mi casa. Ahora bien, ¿cuál era el plan, exactamente? ¿Qué pasaba con mis padres y mis tíos, que ahora mismo se encontraban en el garaje bajo la atenta vigilancia de Bronwyn? La magnitud de la situación me sobrepasaba, así que decidí barrer a un lado las cuestiones prácticas, de momento.

Miss Peregrine charlaba con Hugh junto a la nevera abierta. Desentonaban a más no poder entre el acero inoxidable y las superficies despejadas de la moderna cocina de mis padres, como actores que se hubieran confundido de escenario. Hugh agitaba un paquete de palitos de queso envueltos en plástico.

—¡Pero aquí solo hay comida rara y llevo siglos sin probar bocado!

—No exagere, Hugh.

—No exagero. Corre el año 1886 en el Acre del Diablo y fue allí donde desayunamos por última vez.

En ese momento, Horace salió de la despensa con aire decidido.

—He terminado el inventario y estoy francamente sorprendido. Un saco de bicarbonato, una lata de sardinas en sal y una caja de mezcla para galletas infestada de gorgojo. ¿Les raciona la comida el gobierno? ¿Están en guerra?

—Compramos mucha comida para llevar —expliqué, caminando a su lado—. Mis padres casi nunca cocinan.

—¿Y para qué quieren una cocina tan despampanante? —se extrañó Horace—. Por más que yo sea un cocinero excelente, no puedo crear algo de la nada.

Lo cierto es que mi padre vio la cocina en una revista de diseño y decidió que la quería para su casa. Intentó justificar el gasto prometiendo que aprendería a cocinar y prepararía cenas familiares para chuparse los dedos; pero, como tantos otros planes suyos, su entusiasmo se apagó después de unas pocas clases. Así que ahora tenemos una cocina carísima que se usa más que nada para descongelar cenas precocinadas y calentar restos del día anterior. Pero en lugar de explicar todo eso, me encogí de hombros.

—No creo que se vaya a morir de hambre en los próximos cinco minutos —dijo miss Peregrine antes de empujar a Horace y a Hugh al pasillo.

—Vamos a ver. Parecía un poco aturdido hace un rato, míster Portman. ¿Se encuentra mejor?

—Me voy recuperando —reconocí, una pizca avergonzado.

—Puede que esté sufriendo un ligero síndrome transbucle —caviló miss Peregrine—. Con cierto retraso en su caso. Es completamente normal entre los viajeros temporales, particularmente entre aquellos que no están acostumbrados. —Me hablaba por encima del hombro, según se desplazaba de un lado a otro inspeccionando cada uno de los armarios—. Los síntomas carecen de importancia por lo general, aunque no siempre. ¿Cuánto hace que experimenta mareos?

—Desde que han llegado. Pero, en serio, me encuentro bien...

—¿Úlceras sangrantes, juanetes o migrañas?

—No.

—¿Demencia precoz súbita?

—Mm... No, que yo recuerde.

—Un síndrome transbucle no controlado no es ninguna broma, míster Portman. Algunas personas han muerto. ¡Ah... galletas! —Extrajo una caja de galletas de un armario, la agitó para sacar una y se la llevó a la boca—.

¿Caracoles en las heces? —preguntó mientras masticaba.

Me atraganté de risa.

—No.

—¿Embarazo espontáneo?

Emma retrocedió horrorizada.

—¡No hablará en serio!

—Únicamente ha sucedido una vez, que sepamos —aclaró miss Peregrine. Dejó las galletas en la encimera y clavó sus ojos en mí—. El sujeto era un hombre.

—¡No estoy embarazado! —exclamé, alzando la voz.

—¡Gracias al cielo! —gritó alguien desde el salón.

Miss Peregrine me propinó unas palmaditas en el hombro.

—Parece que todo está en orden. Pero debería haberle advertido.

—Casi mejor que no —repliqué yo. Seguro que me habría entrado la paranoia, y eso sin contar con que, si me llegó a pasar el último mes haciéndome pruebas de embarazo a escondidas y buscando caracoles en mis heces, llevaría ya varias semanas ingresado en un hospital mental.

—Estupendo —prosiguió miss Peregrine—. Bueno, antes de relajarnos y empezar a disfrutar de la mutua compañía, tenemos que dejar algunas cosas claras. —Ahora se paseaba por el breve espacio que discurre entre el horno doble y el fregadero—. Punto número uno: precauciones y seguridad. He inspeccionado el perímetro de la casa. Todo parece en orden, pero las apariencias engañan en ocasiones. ¿Hay algo que deba saber acerca de sus vecinos?

—¿Como qué?

—¿Historiales delictivos? ¿Tendencias violentas? ¿Armas de fuego?

Tan solo teníamos dos vecinos: la anciana señora Melloroos, una octogenaria en silla de ruedas que solo salía de casa con ayuda de su enfermera a tiempo completo, y una pareja alemana que pasaba buena parte del año en alguna otra parte, de modo que su casoplón prefabricado estaba siempre vacío salvo en invierno.

—La señora Melloroos es un poco cotilla —reconocí—. Pero siempre y cuando no haya nadie descaradamente peculiar en el jardín delantero, no creo que nos cause problemas.

—Tomo nota —asintió miss Peregrine—. Punto número dos: ¿ha percibido la presencia de algún espíritu hueco desde su regreso?

Casi me da un patatús solo de oír esas palabras, que durante varias semanas no habían asomado a mi mente ni a mis labios.

—No —respondí, apurado—. ¿Por qué? ¿Hay noticias de algún nuevo ataque?

—Nada de ataques. Ni tampoco señales de su presencia. Y eso es lo que me preocupa. Bueno, en cuanto a su familia...

—¿No cayeron todos en el Acre del Diablo y capturamos a los que quedaban? —insistí, reticente a abandonar el tema de los espíritus huecos tan deprisa.

—En absoluto. Un pequeño núcleo escapó con algunos wights después de nuestra victoria, y creemos que han huido a los Estados Unidos. Y si bien dudo de que osen a acercarse a usted (me atrevería a decir que han aprendido la lección), tengo la fuerte sospecha de que están planeando algo. Extremar las precauciones nunca está de más.

—Te tienen muchísimo miedo, Jacob —apuntó Emma, orgullosa.

—¿Sí? —pregunté.

—Después de la paliza que les propinaste, serían bobos si no lo tuvieran —intervino Millard, cuya voz se dejó oír en un rincón de la cocina.

—Las personas educadas no escuchan detrás de las puertas —lo reprendió miss Peregrine.

—No estaba escuchando a escondidas, tenía hambre. Además, me envían para deciros que no acaparéis a Jacob. Hemos venido de muy lejos para verlo, ¿sabéis?

—Han añorado muchísimo a Jacob —le dijo Emma a miss Peregrine—. Casi tanto como yo.

—Tal vez haya llegado el momento de que les dedique unas palabras a todos —me sugirió la directora—. Pronuncie un discurso de bienvenida. Expóngales las normas básicas.

—¿Normas básicas? —repetí—. ¿Como qué?

—Son mis pupilos, míster Portman, pero estas son su ciudad y su época. Necesitaré que me ayude para que nadie se meta en líos.

—Tú dales de comer y todo irá bien —terció Emma.

Me volví a mirar a miss Peregrine.

—¿Qué iba a decir antes sobre mi familia?

No podíamos dejarlos encerrados en el garaje eternamente y me estaba poniendo nervioso. ¿Qué íbamos a hacer con ellos?

—No se preocupe —me tranquilizó miss Peregrine—. Bronwyn tiene la situación controlada.

Apenas había terminado de pronunciar la frase cuando un trompazo procedente del garaje retumbó en toda la casa. La vibración volcó varios vasos, que cayeron de un estante y se estrellaron contra el suelo.

—Juraría que la situación acaba de descontrolarse —señaló Millard.

Ya habíamos echado a correr.



—¡No os mováis! —gritó miss Peregrine en dirección a la sala.

Despabilado por la adrenalina, salí disparado de la cocina hacia el zaguán trasero seguido de cerca por Emma. Entramos en el garaje a la carrera, sin saber qué nos íbamos a encontrar. ¿Humo? ¿Sangre? El estruendo había sonado como una explosión, y sin duda no esperaba ver a mis padres y a mis tíos durmiendo a pierna suelta en el coche. La parte trasera del vehículo se había empotrado contra la puerta cerrada del garaje y brillantes cristalitos de los faros posteriores sembraban el suelo de hormigón. El motor estaba encendido, al ralentí.

De pie delante del coche, Bronwyn nos enseñó el parachoques que le colgaba despachurrado de las manos.

—Lo siento muchísimo, no sé qué ha pasado —dijo, y dejó caer los hierros, que se estamparon en el suelo con un golpetazo metálico.

Consciente de que debía apagar el motor antes de que todos nos asfixiésemos, me separé de los demás y corrí hacia la portezuela del conductor. El mecanismo de cierre estaba bloqueado. Pues claro que sí: mi familia se estaba protegiendo de Bronwyn. Seguro que estaban aterrados.

—¡Yo abriré la puerta! —se ofreció Bronwyn—. ¡Apartaos!

Apoyó el pie contra la chapa y agarró la maneta con ambas manos.

—¿Qué estás...? —empecé a decir, pero antes de que pudiera continuar, ella estiró con todas sus fuerzas y arrancó la puerta de cuajo. La inercia de su peso y el impulso combinados despegaron de sus manos la portezuela, que cruzó el garaje de punta a punta antes de incrustarse en la pared trasera. El ruido fue tan intenso que noté un empujón casi físico.

—Oh, vaya... —dijo Bronwyn en el zumbante silencio que se hizo a continuación.

El garaje empezaba a parecerse mucho a las casas bombardeadas que había visto en Londres cuando la guerra.

—¡Bronwyn! —gritó Emma, asomando la cabeza entre sus brazos—. ¡Podrías habernos decapitado!

Yo me agaché hacia el hueco que antes fuera la portezuela del conductor, alargué la mano por delante de mi padre y arranqué las llaves del contacto. Mi madre dormía apoyada contra él, que roncaba tranquilamente. En el asiento trasero, mis tíos cabeceaban el uno en brazos del otro. A pesar del ruido, no habían movido ni un dedo. Solo había una sustancia capaz de inducir un sueño tan profundo: un trozo de Madre Arena molida. Cuando me incorporé, descubrí que Bronwyn sostenía una bolsita del polvillo, según trataba de explicar lo sucedido.

—Él ha tenido la culpa —decía, señalando a mi tío Bobby—. Estaba usando su... esa cosa... —Extrajo el teléfono de Bobby de su bolsillo.

—El móvil —apunté.

—Sí, eso —prosiguió—. Se lo he quitado de las manos y todos se han puesto como locos, así que he seguido las instrucciones de miss Peregrine...

—¿Ha usado la arena? —preguntó esta.

—Se la he soplado directamente a la cara, pero no se han dormido al momento. El padre de Jacob ha arrancado el coche y en vez de avanzar hacia delante ha... —Bronwyn señaló con un gesto la puerta del garaje abollada, sin palabras para describir el desastre.

Miss Peregrine le propinó unas palmaditas en el brazo.

—Sí, querida, ya lo veo. Ha hecho lo que tenía que hacer.

—Sí —intervino Enoch—. Lo que tenía que hacer para tirar la casa abajo.

Nos dimos la vuelta y vimos a los demás apiñados en el zaguán, mirándonos.

—Os he dicho que no os movierais —los regañó miss Peregrine.

—¿Después de oír ese trompazo? —protestó Enoch.

—Lo siento, Jacob —dijo Bronwyn—. Estaban muy enfadados y no sabía qué hacer. No los habré lastimado, ¿verdad?

—No creo. —Yo mismo había experimentado el apacible sueño que induce el polvo de Madre Arena y sabía que no se estaba nada mal acunado en su regazo—. ¿Me dejas ver el teléfono de mi tío?

Bronwyn me lo tendió. La pantalla estaba resquebrajada pero se dejaba leer. Cuando se iluminó, vi una serie de mensajes de mi tía.

«¿Qué pasa?»

«¿Cuándo llegaréis a casa?»

«¿Va todo bien?»

En respuesta, el tío Bobby había empezado a escribir LLAMA A LA POLI y luego, seguramente, se había percatado de que podía llamarla él mismo. Pero Bronwyn le había arrebatado el teléfono antes de que pudiera hacerlo. De haber tardado un poco más, ya tendríamos aquí a un equipo de las fuerzas especiales. Se me encogió el corazón solo de pensar con qué velocidad nuestra situación podría haber dado un giro peligroso y complicado. Qué narices, pensé según pasaba la vista del coche en ruinas a las ruinas de la pared y a la ruinosa puerta del garaje. Ya se ha complicado.

—No se preocupe, Jacob. He afrontado situaciones mucho más peliagudas si cabe. —Miss Peregrine rodeaba el coche, calibrando los daños—. Sus parientes dormirán como lirones hasta mañana y me atrevería a decir que nosotros deberíamos hacer lo propio.

—Y luego ¿qué? —repliqué, nervioso. Empecé a sudar. En el garaje, sin aire acondicionado, hacía un calor sofocante.

—Cuando despertemos les borraré los recuerdos recientes y enviaré a sus tíos a casa.

—Pero ¿qué...?

—Les explicaré que somos parientes lejanos de su abuelo y que hemos acudido desde Europa para presentar nuestros respetos a la tumba de Abe. En cuanto a su estancia en el hospital mental, se encuentra mucho mejor y ya no precisa cuidados psiquiátricos.

—¿Y si...?

—Ah, creerán lo que les diga; los normales manifiestan una enorme capacidad de sugestión tras un borrado de memoria. Podría convencerlos de que somos visitantes de una colonia lunar.

—Miss Peregrine, por favor, deje de hacer eso.

Sonrió.

—Disculpe. La dirección de un hogar a lo largo de todo un siglo te enseña a prever las preguntas que te van a formular por pura necesidad. Venid aquí, niños, tenemos que decidir el protocolo que seguiremos durante los próximos días. Hay mucho que aprender acerca del presente. No dejéis para mañana lo que podáis aprender hoy.

Salió acompañada de sus pupilos, que la asediaban a preguntas y protestas:

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos? —preguntó Olive.

—¿Podremos salir a explorar por la mañana? —quiso saber Claire.

—Si no como algo pronto, desapareceré de la faz de la Tierra —se quejó Millard.

Me quedé a solas en el garaje. En parte me demoré porque me sabía mal dejar allí tirada a mi familia toda la noche, pero también porque el borrado de memoria al que los iban a someter me inquietaba. Miss Peregrine parecía segura de lo que hacía, pero sin duda sería un proceso más complicado que el llevado a cabo en Londres, cuando apenas les sustrajo diez minutos de recuerdos. ¿Y si no borraba bastante o suprimía demasiado? ¿Y si mi padre olvidaba cuanto sabía sobre los pájaros o mi madre nunca más recordaba las palabras en francés que había aprendido en la universidad?

Me quedé un ratito mirando cómo dormían, según asimilaba el peso de ese nuevo cargo de conciencia. Tenía la desagradable sensación de haber crecido de golpe, mientras que mi familia —vulnerables, tranquilos, soltando un hilillo de baba— parecía un grupo de niños de corta edad.

Puede que hubiera otro modo.

Emma se asomó por la puerta abierta.

—¿Va todo bien? Si la cena no aparece pronto, los niños se van a sublevar.

—No sabía si dejarlos —respondí, señalando con un gesto a los ocupantes del vehículo.

—No van a ir a ninguna parte y no creo que precisen vigilancia. A juzgar por la dosis que han recibido, dormirán como troncos hasta mediodía.

—Ya lo sé. Es que... me siento mal.

—No tienes motivos. —Se acercó hasta detenerse a mi lado—. Tú no has tenido la culpa. En absoluto.

Asentí.

—Me entristece, nada más.

—¿Qué?

—Que el hijo de Abe Portman nunca llegue a saber hasta qué punto su padre era especial.

Emma tomó mi brazo y se rodeó los hombros con él.

—Me parece mil veces más triste que nunca llegue a saber hasta qué punto es especial su hijo.

Me estaba inclinando para besarla cuando el teléfono de mi tío zumbó en mi bolsillo. Ambos nos sobresaltamos y yo rescaté el dispositivo para leer el

nuevo mensaje de mi tía.

«¿Ya está en el loquero el chiflado de J?»

—¿Qué dice? —quiso saber Emma.

—Nada importante. —Me guardé el móvil y me volví hacia la puerta. Súbitamente, dejar a mi familia en el garaje toda la noche no me sabía tan mal—. Venga, vamos a ocuparnos de la cena.

—¿Seguro? —preguntó ella.

—Ya lo creo.

Apagué las luces al salir.



Sugerí que pidiéramos pizza a un restaurante que repartía hasta bien entrada la noche. Tan solo unos cuantos de mis amigos conocían la pizza y el reparto a domicilio era un concepto totalmente nuevo para ellos.

—¿La preparan en otra parte y te la llevan a casa? —se horrorizó Horace, como si le escandalizara la idea.

—Pizza... ¿Es cocina floridana? —preguntó Bronwyn.

—En realidad no —respondí—. Pero os gustará, ya lo veréis.

Hice un pedido inmenso y todos nos acomodamos en los sofás y las sillas del salón a esperar la entrega. Miss Peregrine me susurró al oído:

—Me parece que ha llegado el momento de pronunciar el discurso del que hablábamos antes.

Sin esperar respuesta, carraspeó y anunció a los presentes que yo tenía algo que decirles. Así que me levanté e improvisé, un tanto incómodo:

—Me alegro muchísimo de que estéis todos aquí. No tengo claro si sabéis a dónde me llevaba mi familia esta noche, pero no era un sitio agradable. O sea... —titubeé—. O sea, puede que a algunas personas les siente bien pasar allí una temporada, si acaso sufren verdaderos problemas mentales, pero... en resumen, que me habéis salvado el culo.

Miss Peregrine frunció el ceño.

—Fuiste tú el que nos salvaste el... pompis —dijo Bronwyn, mirando de reojo a la directora—. No hemos hecho nada más que devolverte el favor.

—Pues muchas gracias. Cuando os he visto llegar, pensaba que estaba alucinando. Llevo soñando con vuestra visita desde que nos conocimos. No me podía creer que estuviera sucediendo de verdad. Da igual, el caso es que

estáis aquí y espero que os sintáis tan a gusto como me hicisteis sentir a mí cuando me alojé en vuestro bucle. —Asentí y miré al suelo, presa de una repentina timidez—. En fin, básicamente, encantado de teneros aquí, os quiero, chicos, fin del discurso.

—¡Nosotros también te queremos! —exclamó Claire, y se levantó de un salto para correr a abrazarme. Al momento Olive y Bronwyn la imitaron y pronto me habían envuelto en un abrazo tan estrecho que casi no podía respirar.

—Estamos tan contentos de estar aquí —dijo Claire.

—Y no en el Acre del Diablo —añadió Horace.

—Lo vamos a pasar en grande —canturreó Olive.

—Sentimos haber destrozado una parte de tu casa —dijo Bronwyn.

—¿Cómo que «sentimos»? —protestó Enoch.

—No puedo respirar —jadeé yo—. Apretáis demasiado...

El grupo me dejó espacio suficiente para que pudiera tomar aire, momento que Hugh aprovechó para colarse en el hueco y clavarme un dedo en el pecho.

—Eres consciente de que falta gente, ¿no? —Una abeja solitaria zumbó a su alrededor dibujando círculos inquietos. Los demás retrocedieron para hacerles sitio a Hugh y a su crispada abeja—. Antes has dicho que te alegrabas de tenernos a todos aquí. Pues bien, no estamos todos.

Tardé un momento en comprender a qué se refería. Cuando caí en la cuenta, me sentí avergonzado.

—Lo siento, Hugh. No pretendía dejar fuera a Fiona.

Él se miró los peludos calcetines a rayas.

—A veces tengo la sensación de que todos la habéis olvidado excepto yo. —Le temblaba el labio inferior. Apretó los puños para contener las lágrimas—. No está muerta, ¿sabes?

—Espero que tengas razón.

Me miró a los ojos, desafiante.

—No lo está.

—Vale, no lo está.

—La añoro muchísimo, Jacob.

—Todos la echamos de menos —le aseguré—. No pretendía dejarla fuera y no la he olvidado.

—Disculpa aceptada —dijo Hugh. Enjugándose las lágrimas, dio media

vuelta y abandonó la sala.

—Aunque no lo creas —observó Millard pasado un instante—, lo que acaba de hacer supone un progreso.

—Casi nunca habla —añadió Emma—. Está enfadado y se niega a aceptar la realidad.

—¿No consideraréis siquiera la posibilidad de que Fiona siga viva en alguna parte? —pregunté.

—Yo la calificaría de altamente improbable —fue la respuesta de Millard.

Con una mueca compungida, miss Peregrine se llevó un dedo a los labios —había estado planeando sobre nosotros por la habitación— y posándonos la mano en la espalda, nos animó a formar un corro de privacidad.

—Hemos dado aviso a todos los bucles y comunidades de peculiares con los que mantenemos contacto —explicó con voz queda—. Hemos distribuido comunicados, boletines, fotografías, descripciones detalladas. Incluso envié a la paloma mensajera de miss Wren a buscar a Fiona por los bosques. De momento, sin resultado.

Millard suspiró.

—Si la pobrecita estuviera viva, ¿no creéis que se habría puesto en contacto con nosotros, a estas alturas? No somos difíciles de encontrar.

—Supongo —asentí—. Pero ¿alguien ha buscado su... esto...?

—¿Su cadáver? —apuntó Millard.

—Millard, por favor —lo reprendió la directora.

—¿Ha sido una desconsideración por mi parte? ¿Debería haber escogido un término menos preciso?

—Será mejor que se calle —gruñó miss Peregrine.

Millard no carecía de sentimientos; sencillamente tendía a pasar por alto los de los demás.

—La caída que seguramente mató a Fiona —informó Millard— se produjo en el bucle de la casa de fieras de miss Wren, que ya se ha desplomado. Si acaso su cuerpo estaba allí, es imposible recuperarlo.

—He estado sopesando si celebrar un funeral —confesó miss Peregrine—. Pero no puedo ni sacar el tema a colación sin que Hugh caiga en la depresión. Temo que si lo presionamos demasiado...

—Ni siquiera quiere adoptar nuevas abejas —añadió Millard—. Dice que no las querría tanto si no hubieran conocido a Fiona, así que solo le queda una, y de edad cada vez más avanzada.

—Por lo que contáis, este cambio de escenario le sentará la mar de bien — opiné.

En ese momento sonó el timbre. Y justo a tiempo, por cuanto el ambiente de la sala se estaba tornando más y más sombrío por momentos.

Claire y Bronwyn intentaron seguirme al recibidor, pero miss Peregrine las detuvo con un grito.

—¡Ni soñarlo! ¡Aún no estáis listas para hablar con los normales!

Yo no pensaba que recibir al repartidor de pizzas pudiera suponer un gran riesgo... hasta que abrí la puerta y vi a un chaval que conocía del colegio sosteniendo un montón de pizzas en precario equilibrio.

—Noventa y cuatro con sesenta —murmuró antes de levantar la cabeza, sorprendido—. Hala, ostras. ¿Portman?

—Justin. Qué tal.

Se llamaba Justin Pamperton, pero todo el mundo lo llamaba Pampers, como una marca de pañales superconocida. Era uno de los fumetas que trasteaban con el monopatín por los aparcamientos del cole.

—Tienes buen aspecto —dijo—. ¿Estás mejor y tal?

—¿A qué te refieres? —le pregunté, aunque en realidad no quería saberlo, así que conté el dinero y se lo entregué tan deprisa como pude. (Hacía un rato había saqueado el cajón de los calcetines de mis padres, donde siempre guardaban un par de cientos de pavos para emergencias).

—Corre el rumor de que se te ha ido la olla. No te ofendas.

—Esto... no —repliqué—. Estoy perfectamente.

—Estupendo —dijo, asintiendo como un muñeco cabezón—. Porque me contaron que...

Se interrumpió en mitad de la frase. En el salón, alguien reía a carcajadas.

—Tío, ¿estás celebrando una fiesta?

Le arrebaté las pizzas y le planté los billetes en la mano.

—Algo así. Quédate el cambio.

—¿Con chicas? —Intentó asomarse al interior, pero le bloqueé las vistas—. Salgo dentro de una hora. Podría pillar cervezas y...

Jamás en toda mi vida he tenido tanta prisa por echar a alguien de mi casa.

—Lo siento, es una movida privada y tal.

Me miró con admiración.

—Qué callado te lo tenías, colega. —Levantó una mano para chocarme los cinco, se percató de que yo no podía a causa de las pizzas y me propinó un

toque con el puño—. Te veo dentro de una semana, Portman.

—¿Dentro de una semana?

—En clase, chaval. ¿En qué planeta vives?

Se alejó trotando hacia su coche, que le esperaba con el motor encendido. Mientras tanto, negaba con la cabeza y reía para sí.



La llegada de la pizza cortó la conversación y, durante tres minutos seguidos, únicamente se oyeron chasquidos de labios y algún que otro gruñido satisfecho. Yo aproveché el respiro para rumiar las palabras de Justin. Las clases empezaban dentro de una semana y, no sé ni cómo, lo había olvidado por completo. Antes de que mis padres determinaran que estaba mal de la cabeza e intentaran encerrarme, yo había decidido volver al colegio. Tenía pensado seguir estudiando el tiempo necesario para graduarme y luego escapar a Londres para poder estar con Emma y los demás. Pero ahora esos mismos amigos que creía tan lejos y ese mundo que me parecía tan inaccesible habían llamado a mi puerta y, de la noche a la mañana, todo había cambiado. Mis amigos eran libres de deambular por donde (y cuando) quisieran. ¿De verdad sería capaz de aguantar interminables clases, almuerzos y asambleas obligatorias durante todo el día sabiendo que ellos me estaban esperando?

Puede que no, pero tampoco estaba en condiciones de decidirlo ahora mismo, con una porción de pizza en el regazo, aún aturdido ante la idea de que todo eso fuera posible siquiera. Faltaba una semana para el comienzo de las clases. Había tiempo. De momento no tenía que hacer nada más que disfrutar la compañía de mis amigos.

—¡Es lo mejor que he probado en mi vida! —anunció Claire con la boca llena de queso fundido—. ¡Pienso cenar esto mismo todas las noches!

—No si quieres seguir viva dentro de una semana —advirtió Horace, que retiraba las aceitunas de su porción con meticolosa precisión—. Hay más sodio en una ración de este alimento que en todo el Mar Muerto.

—¿Te da miedo engordar? —se rio Enoch—. Horace gordito. Me gustaría verlo.

—Me da miedo echar barriga —respondió Horace—. Mi ropa está confeccionada a medida, a diferencia de los sacos de harina que tú te pones

encima.

Enoch echó un vistazo a su atuendo: camisa gris con cuello tipo Mao debajo de un chaleco negro, pantalones deshilachados y zapatos de piel que habían perdido el lustre hacía tiempo.

—Todo procede de *Parí* —dijo, exagerando el acento francés—. Me lo regaló un sujeto muy elegante que ya no lo necesitaba.

—Se lo arrebataste a un muerto —lo acusó Claire con una mueca de asco.

—Las funerarias son las mejores boutiques de segunda mano del mundo —alegó Enoch al tiempo que tomaba un enorme bocado de pizza—. Solo tienes que coger la ropa antes de que su dueño empiece a rezumar.

—Vaya, a la porra mi apetito —resopló Horace, que dejó el plato en la mesa baja.

—Recoja eso y acábeselo —lo regañó miss Peregrine—. La comida no se tira.

Suspirando, Horace recuperó el plato.

—A veces envidio a Nullings. Podría engordar cincuenta kilos y nadie se daría cuenta.

—Soy esbelto como un junco, para que te enteres —objetó Millard, y emitió un sonido que todos interpretamos como una palmada contra su barriga desnuda—. Compruébalo tú mismo, si no me crees.

—Paso, gracias.

—Por el amor de los pájaros, vístase, Millard —ordenó miss Peregrine—. ¿Qué le he dicho sobre la desnudez injustificada?

—¿Y qué importa, si nadie me ve? —replicó él.

—Es de mala educación.

—¡Pero hace mucho calor aquí dentro!

—Ahora, míster Nullings.

Millard se levantó y farfulló algo contra el puritanismo según se alejaba como un soplo de aire. Regresó un minuto más tarde con una toalla de baño atada a la cintura deprisa y corriendo. Tampoco en esta ocasión miss Peregrine aprobó su decisión, y lo envió por donde había venido. Cuando regresó por segunda vez, Millard se había agenciado las prendas más abrigadas de mi armario: botas de montaña, pantalones de lana, abrigo, bufanda, gorro y guantes.

—Millard, vas a morir de un golpe de calor —le advirtió Bronwyn.

—Así, al menos, nadie tendrá que imaginarme en mi estado natural —se

defendió. Su gesto no pretendía sino fastidiar a la directora, quien anunció que había llegado el momento de efectuar una segunda ronda de seguridad y abandonó la habitación.

Las carcajadas que muchos estábamos conteniendo estallaron libremente.

—¿Habéis visto qué cara ha puesto? —dijo Enoch—. ¡Quería matarte, Nullings!

La dinámica entre los niños y miss Peregrine había cambiado. Ahora el comportamiento de ellos recordaba más al de auténticos adolescentes; empezaban a desafiar su autoridad.

—¡Sois unos maleducados! —se enfadó Claire—. Parad ahora mismo.

Bueno, algunos seguían siendo tan obedientes como siempre.

—¿No os agota tener que aguantar sermones por cada cosita de nada? —preguntó Millard.

—¡Por cada cosita de nada! —repitió Enoch, y estalló en carcajadas de nuevo—. Millard tiene una... ¡ay!

Claire acababa de asestarle un mordisco en el hombro con la boca trasera. Mientras Enoch se frotaba la piel dolorida, ella replicó:

—No, no me agota. Y no entiendo que tengas que estar desnudo en presencia de las chicas sin motivo.

—Memeces —exclamó Millard—. ¿A alguien más le molesta?

Todas las chicas levantaron la mano.

Él suspiró.

—Muy bien, pues. Me cuidaré de ir vestido de la cabeza a los pies en todo momento, no vaya a ser que alguna se sienta ofendida por las realidades más básicas de la biología.



Seguimos charlando. Teníamos muchísimo que contarnos. Recuperamos tan pronto la vieja camaradería que más bien parecía que lleváramos unos días sin vernos, en lugar de las casi seis semanas transcurridas. Habían sucedido un montón de cosas en ese tiempo —a ellos, al menos—, si bien Emma me había puesto al corriente de algunas noticias en sus cartas. Se turnaron para narrarme las aventuras que habían vivido en distintos parajes peculiares con ayuda del panbucleticón, aunque solo se habían desplazado a bucles preexplorados y declarados seguros por las ymbrynes, por cuanto aún no

tenían claro el destino de todas las puertas.

Habían visitado un bucle de la antigua Mongolia en el que vivía un pastor peculiar que hablaba la lengua de las ovejas, y me contaron que guiaba el rebaño sin recurrir a un cayado ni a un perro, únicamente mediante el sonido de su voz. Olive habló con entusiasmo de un bucle del Atlas, las montañas de África del norte, donde encontraron una aldea en la que todos los peculiares podían flotar como ella. Habían instalado redes por todo el pueblo para que la gente pudiera atender sus asuntos sin tener que bajar todo el tiempo, y rebotaban de acá para allá como acróbatas en gravedad cero. En la Amazonia había un bucle que se había convertido también en un gran destino turístico: una fantástica ciudad selvática creada a partir de árboles, cuyas raíces y ramas se entrelazaban hasta formar carreteras, puentes y casas. Los peculiares sabían manipular las plantas igual que Fiona, un detalle tan angustioso y abrumador para Hugh que había abandonado el bucle de prisa y corriendo para regresar cuanto antes al Acre del Diablo.

—Hacía calor y los insectos te acribillaban —reconoció Millard—, pero los habitantes eran encantadores y nos enseñaron cómo fabrican fantásticos fármacos a base de plantas.

—Y pescan con un veneno especial que aturde a los peces pero no los mata —informó Emma—. De ese modo extraen del agua los que necesitan ayudándose con palas. Brillante a más no poder.

—Y también hicimos otros viajes —dijo Bronwyn—. ¡Em, enseñale a Jacob las fotos!

Emma, sentada a mi lado, se levantó del sofá de un salto y corrió a buscar las instantáneas que había traído consigo. Regresó en un periquete con las fotos en la mano, y los demás nos apiñamos en torno a la luz de la lámpara para observarlas.

—Hace muy poco que me he aficionado a la fotografía, así que todavía no se me da muy bien...

—No seas modesta —le dije—. Las fotos que me enviaste con las cartas eran geniales.

—Uf, no me acordaba de esta.

Emma no solía alardear, pero tampoco se reprimía a la hora de proclamar sus logros cuando hacía algo bien. Así pues, el hecho de que se mostrase insegura en relación con sus fotos implicaba que se había puesto el listón muy alto y aspiraba a obtener grandes resultados. Por suerte para los dos —

porque soy malísimo para fingir entusiasmo— poseía un talento innato. Por otro lado, si bien la composición, la iluminación y los aspectos técnicos estaban bien (conste que no soy un entendido), era el tema lo que las hacía particularmente interesantes... y tremendas.

La primera foto mostraba a unos cuantos victorianos posando, como quien está de pícnic, sobre los vertiginosos tejados de una serie de casas que parecían aplastadas por un gigante enfadado.

—Un terremoto en Chile —explicó Emma—. La revelé en papel de baja calidad y, por desgracia, no ha envejecido bien fuera del Acre del Diablo.

Pasó a la siguiente imagen: un tren descarrilado y volcado. Había niños —peculiares, cabe suponer— sentados y plantados alrededor, como si lo estuvieran pasando en grande.

—Un accidente ferroviario —señaló Millard—. El tren transportaba algún tipo de sustancia química inestable y pocos minutos después de hacer la foto nos retiramos a una distancia segura para ver cómo se incendiaba y explotaba de un modo aterrador.

—¿Qué gracia tienen estos viajes? —quise saber—. No parece tan divertido como visitar un bucle chulo de la Amazonia, ni de lejos.

—Estábamos ayudando a Sharon —explicó él—. ¿Lo recuerdas? ¿El barquero alto y encapuchado del Acre del Diablo? ¿Amigo de las ratas?

—¿Cómo olvidarlo?

—Está desarrollando una versión nueva y mejorada de su tour del desastre «Hambruna y Llamas» recurriendo a los bucles del panbucleticón, y nos pidió que probáramos una versión piloto. Además del terremoto chileno y del accidente ferroviario, visitamos un pueblo de Portugal donde llovía sangre.

—¿En serio? —me horroricé.

—Yo no los acompañé —aclaró Emma.

—Hiciste bien —dijo Horace—. Tuvimos que tirar toda la ropa.

—Bueno, por lo que contáis, habéis estado mucho más entretenidos que yo —observé—. Habré salido de casa seis veces como mucho desde la última vez que nos vimos.

—Espero que eso cambie a partir de ahora —dijo Bronwyn—. Siempre he querido ver los Estados Unidos... y el presente, en particular. ¿Nueva York está muy lejos?

—Me temo que sí —reconocí.

—Oh —exclamó, y se hundió en los almohadones del sofá con aire

compungido.

—A mí me gustaría visitar Muncie, Indiana —intervino Olive—. La guía dice que, si no has visto Muncie, no has visto nada.





—¿Qué guía?

—*Planeta peculiar: Estados Unidos* —informó Olive a la vez que me mostraba un libro con una portada verde muy manoseada—. Es una guía de viajes para peculiares. Por lo que dice, Muncie ha sido elegido el pueblo más normal de los Estados Unidos durante seis años seguidos. Es absolutamente corriente en todos los aspectos.

—Ese libro es del año de la pera —objetó Millard—. Dudo mucho que sea de ninguna utilidad.

Olive le hizo caso omiso.

—Por lo visto, allí nunca ha sucedido nada extraordinario ni fuera de lo común. ¡Jamás!

—No todos compartimos tu interés por las personas normales —señaló Horace—. Y, en cualquier caso, seguro que está abarrotado de turistas peculiares.

Olive, que no llevaba puestos los zapatos lastrados, flotó sobre la mesita baja hasta el sofá y dejó caer la guía sobre mi regazo. Estaba abierta por la página que mostraba el único alojamiento peculiar de las inmediaciones de Muncie: una casa llamada Bocapayaso en un bucle de las afueras. Fiel a su nombre, parecía estar ubicada en el interior de una gigantesca cabeza de payaso, seguramente de cartón piedra.

Dejé que el libro se cerrara, presa de un escalofrío.

—No hace falta desplazarse a Indiana para ver sitios extraordinarios —les prometí—. Los hay de sobra aquí en Englewood, os lo aseguro.

—Los demás podéis hacer lo que queráis —decidió Enoch—. Por mi parte, pienso dedicar las próximas semanas a dormir hasta las tantas y hundir los pies en la arena calentita.

—No es mala idea —convino Emma—. ¿Hay una playa cerca de aquí?

—Al otro lado de la calle —dije.

Sus ojos se iluminaron.

—Yo odio las playas —confesó Olive—. No me puedo quitar estas estúpidas botas de metal y me pierdo toda la diversión.

—Podrías atarte a una roca cerca de la orilla —sugirió Claire.

—Maravilloso —gruñó Olive. Acto seguido, me arrancó *Planeta peculiar* del regazo y se alejó flotando a un rincón—. Tomaré un tren a Muncie y que os den morcilla a los demás.

—No hará nada parecido. —Miss Peregrine entró en la habitación. Me

pregunté si nos habría estado escuchando a hurtadillas desde el pasillo, en lugar de hacer la ronda de seguridad que había anunciado—. Os merecís un poco de descanso, ya lo creo que sí, pero nuestras responsabilidades no nos permiten dedicar las próximas semanas a haraganear.

—¿Qué? —protestó Enoch—. Usted dijo que veníamos de vacaciones. Lo recuerdo perfectamente.

—Unas vacaciones de trabajo. No podemos desperdiciar las oportunidades educativas que nos ofrece la estancia.

La palabra «educativas» suscitó un coro de gemidos entre los presentes.

—¿No podemos descansar por una vez? —suplicó Olive—. Me va a estallar el cerebro de tanto aprender.

Miss Peregrine regañó a Olive con la mirada y se posó con elegancia en el centro del salón.

—No quiero escuchar ni una queja más —dijo—. Dada la extraordinaria libertad de movimiento que habéis adquirido recientemente, sois valiosísimos para los trabajos de reconstrucción. Con la preparación adecuada, algún día podríais visitar otros pueblos peculiares en calidad de embajadores. Explorar nuevos bucles y territorios. Podríais ser planificadores, cartógrafos, gobernantes y constructores, tan esenciales para la tarea de reconstruir nuestro mundo como lo fuisteis para la derrota del wight. ¿No os gustaría?

—Pues claro que sí —respondió Emma—. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con lo que estamos hablando? Solo queremos pasar unos días de vacaciones.

—Para poder ostentar esos cargos, debéis aprender a desenvolveros por este mundo. Por el presente. Por los Estados Unidos. Debéis familiarizaros con sus lenguas y sus costumbres y, en último término, ser capaces de pasar por normales. Si no lo conseguís, estaréis en peligro y nos pondréis en peligro a todos.



—Entonces quiere que nosotros... ¿qué? —quiso saber Horace—. ¿Asistamos a clases de normalidad?

—Sí. Quiero que aprendáis lo que podáis mientras estéis aquí, no que os paséis todo el día pensando en las musarañas al sol. Y casualmente conozco a un maestro muy apto para la tarea. —Miss Peregrine se volvió a mirarme y sonrió—. Míster Portman, ¿acepta el trabajo?

—¿Yo? —exclamé—. No soy lo que se dice un experto en normalidad. Si me siento tan cómodo entre vosotros, chicos, es por algo.

—Miss P tiene razón —arguyó Emma—. Serás el maestro ideal. Has vivido aquí toda la vida. Creciste pensando que eras normal, aunque seas uno de nosotros.

—Bueno, yo pensaba pasar las próximas semanas en una habitación acolchada —dije—, pero, puesto que eso no va a pasar, podría enseñaros un par de cosas, supongo.

—¡Clases de normalidad! —se emocionó Olive—. ¡Qué divertido!

—Hay mucho que aprender —avisé—. ¿Por dónde empezamos?

—Ya lo pensaremos por la mañana —decidió miss Peregrine—. Es tarde y deberíamos acostarnos.

Tenía razón. Era casi medianoche y mis amigos se habían levantado hacía veintitrés horas (y ciento treinta y tantos años). Estábamos agotados. Preparé camas para todos; en el cuarto de invitados, acostados en sofás y en el armario de las escobas sobre una maraña de mantas en el caso de Enoch, que prefería dormir en lugares oscuros y semejantes a nidos. Le ofrecí la cama de mis padres a miss Peregrine, por cuanto ellos no la iban a usar, pero no la aceptó.

—Le agradezco la oferta, pero prefiero que la compartan Bronwyn y miss Bloom. Yo me quedaré haciendo guardia.

Me lanzó una mirada elocuente que venía a decir: «Y voy a estar vigilando algo más que la casa», y a mí me costó un gran esfuerzo no poner los ojos en blanco con un gesto exasperado. «No se preocupe por nada —estuve a punto de espetarle—. Emma y yo queremos tomarnos las cosas con calma». Pero ¿a ella qué le importaba? Me molestó tanto su actitud que, en cuanto se marchó a arropar a Olive y a Claire, busqué a Emma y le dije:

—¿Quieres ver mi habitación?

—Claro —respondió. A hurtadillas, nos encaminamos a las escaleras.

♦ ♦ ♦

La voz de miss Peregrine subía flotando desde una de las habitaciones de invitados, donde cantaba una nana queda y triste. Igual que todas las canciones de cuna peculiares, era larga y patética —una saga sobre una niña cuyos únicos amigos eran fantasmas— así que disfrutaríamos de un ratito para nosotros, como poco, antes de que miss P acudiera a buscar a Emma.

—Mi cuarto siempre está muy desordenado —la avisé.

—Llevo semanas durmiendo con más de veinte niñas —respondió—. Estoy curada de espantos.

Subimos deprisa y corriendo a mi habitación. Encendí la luz. Emma se quedó boquiabierta.

—¿Qué son todas esas cosas?

—Ah —dije. Me pregunté si había cometido un error. Explicarle lo que estaba viendo iba a requerir un rato que en otras circunstancias podríamos haber empleado en darnos el lote.

Yo no tenía cosas. Tenía colecciones enteras. Y en abundancia, desplegadas por los estantes que cubrían las paredes. No me consideraba la típica persona que no tira nada —no era un acumulador compulsivo—, pero coleccionar era una de las estrategias que usaba en la infancia para lidiar con la soledad. Cuando tu mejor amigo es tu abuelo de setenta y cinco años, pasas mucho tiempo haciendo lo que hacen los abuelos y, en nuestro caso, eso se traducía en acudir a mercadillos caseros cada sábado por la mañana. (Puede que el abuelo Portman fuera un héroe de guerra peculiar y un aguerrido cazador de huecos, pero pocas cosas le emocionaban tanto como conseguir una ganga).

En cada mercadillo me permitía escoger un objeto que costara menos de cincuenta céntimos. Multiplica eso por varios mercadillos cada fin de semana. De ahí que hubiera amasado, a lo largo de una década, una enorme cantidad de viejos discos, novelas de detectives baratas con portadas chorras, revistas *MAD* y otras cosas que objetivamente podían considerarse trastos, pero que yo guardaba como tesoros por los estantes de mi habitación. Mis padres me suplicaban que eligiera unos pocos objetos y tirara los demás, pero si bien había realizado algún que otro intento, nunca me deshacía de gran cosa. El resto de la vivienda era tan grande, moderna y aséptica que acabé por desarrollar una especie de horror a los espacios vacíos, así que, en lo

concerniente a la única habitación de la casa que podía controlar en parte, la prefería llena. De ahí que, además de las atestadas estanterías, hubiera forrado una pared, del suelo al techo, con mapas y otra con viejas portadas de discos.

—Hala. ¡Te encanta la música!

Emma se despegó de mí para acercarse a la pared; la misma en que las carátulas de viejos álbumes se multiplicaban como escamas. ¿Quién me mandaba a mí optar por una decoración tan llamativa?

—Como a todo el mundo, ¿no?

—No todo el mundo empapela la pared con portadas de discos.

—Me va un rollo un tanto anticuado.

—¡A mí también! —exclamó ella—. No me gustan nada las bandas de ahora, con esas guitarras tan ruidosas y esas melenas.

Tomó una copia de *Meet the Beatles!* y arrugó la nariz.

—Ese disco salió como... ¿hace cincuenta años?

—Lo que te decía. Pero nunca mencionaste que te gustara tanto la música.

—Caminando junto a la pared, deslizó la mano por los discos, admirándolo todo—. Hay muchísimas cosas que no sé de ti y que me gustaría saber.

—Entiendo a qué te refieres —asentí—. Tengo la sensación de que nos conocemos muy bien en parte, pero en otros aspectos apenas si sabemos nada el uno del otro.

—Conste que hemos estado muy ocupados tratando de seguir vivos y rescatando ymbrynes y todo eso. Pero ahora tenemos tiempo.

Tenemos tiempo. Cada vez que escuchaba esas palabras, el cosquilleo eléctrico de la posibilidad me recorría el pecho.

—Pon un disco —propuso Emma, señalando la pared con un gesto—. Tu favorito.

—No sé si puedo escoger un favorito —dudé—. Hay tantos que me gustan...

—Quiero bailar contigo. Elige uno que se pueda bailar.

Sonrió. Yo recorrí mis cosas con la mirada, una vez más. Lo medité un instante y por fin me decidí por *Harvest Moon*, de Neil Young. Con cuidado, extraje el álbum de la funda, lo deposité en el giradiscos y dejé caer la aguja entre la tercera y la cuarta canción. Se dejó oír un cálido crujido antes de que el tema escogido empezara a sonar, dulce y nostálgico. Esperaba que Emma se reuniera conmigo en el centro de la habitación, donde había despejado un pequeño espacio para que pudiéramos bailar, pero ella observaba ahora mi

pared de mapas. Había capas y más capas: mapamundis, mapas de ciudades, del metro, trípticos de viejos ejemplares de *National Geographic*.

—Son increíbles, Jacob.

—Antes pasaba mucho tiempo imaginando que me marchaba a otra parte —confesé.

—Yo también.

Se acercó a mi cama, que estaba pegada a la pared y rodeada de mapas. Caminó a gatas sobre el edredón para examinarlos.

—A veces me acuerdo de que solo tienes dieciséis años —dijo—. Dieciséis, realmente. Y pensarlo me rompe un poquito el corazón.

Se volvió a mirarme, asombrada.

—¿Por qué dices eso? —quise saber.

—No lo sé. Es raro. No aparentas dieciséis años.

—Y tú no aparentas noventa y ocho.

—Solo tengo ochenta y ocho.

—Ah, bueno, ochenta y ocho sí los aparentas.

Ella se rio con ganas, sacudiendo la cabeza, y devolvió la vista a la pared.

—Ven aquí —le pedí—. Baila conmigo.

No me hizo caso. Se había desplazado a la zona de los mapas más antiguos, donde se superponían los que dibujaba con mi abuelo cuando tenía ocho o nueve años usando lo primero que encontrábamos, desde papel cuadriculado hasta cartulina. Pasamos más de un largo verano confeccionándolos, inventando símbolos cartográficos, dibujando en los márgenes seres extraños y, en ocasiones, mezclando lugares reales con otros inventados. Cuando me di cuenta de que Emma los estaba mirando, se me encogió una pizca el corazón.

—¿Es la letra de Abe? —preguntó.

—Siempre estábamos enzarzados en algún proyecto, él y yo. En realidad era mi mejor amigo.

Emma asintió.

—También el mío. —Repasó con el dedo algunas de las palabras que mi abuelo había escrito, «lago Okeechobee», antes de dar media vuelta para bajar de la cama—. Pero hace mucho de eso.

Se acercó, me tomó las manos y apoyó la cabeza en mi hombro. Empezó a balancearse al compás de la música.

—Perdona —dijo—. Me ha pillado por sorpresa.

—No pasa nada. Pasasteis mucho tiempo juntos. Y ahora estás aquí...

Noté que negaba con la cabeza. No lo estropeemos. Me soltó las manos y me rodeó la cintura. Apoyé la mejilla en su frente.

—¿Todavía imaginas que estás en otra parte? —me preguntó.

—Ya no —respondí—. Por primera vez en mi vida, me siento a gusto donde estoy.

—Yo también —dijo Emma. Despegó la cabeza de mi hombro y yo la besé.

Bailamos y nos besamos hasta que acabó la canción. Al final un suave siseo flotaba en la habitación, pero seguimos bailando porque no queríamos dar el momento por terminado. Yo intentaba olvidar el extraño giro que habían dado los acontecimientos y lo que sentía cuando Emma mencionaba a mi abuelo. Ella estaba atravesando algún proceso interior y me parecía bien. Aunque no pudiera entenderlo.

De momento, me dije, solamente importaba que estábamos juntos y a salvo. Era más de lo que nunca habíamos tenido. Ningún reloj contaba las horas que faltaban para que se marchitara hasta quedar reducida a polvo. No había bombarderos que transformaran el mundo en fuego. Ningún hueco acechaba al otro lado de la puerta. No sabía qué nos depararía el futuro, pero ahora mismo me bastaba con creer que había un futuro.

Oí la voz de miss Peregrine al pie de las escaleras. Nuestra señal de alerta.

—Hasta mañana —me susurró al oído—. Buenas noches, Jacob.

Nos besamos una última vez. Noté una especie de descarga eléctrica que se extendió por todo mi cuerpo. Acto seguido se marchó y, por primera vez desde la llegada de mis amigos, me quedé solo.



Esa noche apenas si pude conciliar el sueño. La culpa no la tuvieron tanto los ronquidos de Hugh, que dormía sobre un montón de mantas en el suelo, como el zumbido de mi cabeza, que vibraba de incertidumbre y emoción ante las posibilidades que preveía. Cuando me marché del Acre del Diablo para volver a casa, lo hice pensando que terminar la secundaria y conservar el contacto con mis padres eran objetivos lo bastante importantes como para aguantar un par de años más en Englewood. Pese a todo, presentía que los meses que transcurriesen entre el presente y mi graduación serían un

tormento, sobre todo sabiendo que Emma y mis amigos vivían encerrados en bucles al otro lado del Atlántico.

Sin embargo, muchas cosas habían cambiado en el curso de una noche. Puede que no tuviera que esperar. Puede que no tuviera que escoger entre una cosa y la otra: peculiar o normal, esta vida o aquella. Yo quería tener las dos, las necesitaba..., si bien no en igual medida. No me interesaban las profesiones de las personas normales. Ni formar un hogar con alguien que no entendiera quién era yo, ni tener hijos que ignorasen mi vida secreta, como le sucedió a mi abuelo.

Dicho eso, tampoco quería convertirme en el típico caso de fracaso escolar —no puedes incluir «domador de huecos» en el currículum— y, si bien mis padres nunca ganarían el premio a los progenitores del año, tampoco quería borrarlos de mi vida. Ni deseaba alejarme del mundo normal hasta el punto de olvidar cómo desenvolverse en él. El mundo peculiar me parecía maravilloso y sabía que jamás me sentiría completo sin él, pero también podía ser tremendamente estresante y abrumador. Por mi bien y el de mi cordura, debía conservar los vínculos con mi vida normal. Necesitaba el equilibrio entre ambos mundos.

Así pues: puede que mientras esperaba a que terminasen el siguiente par de años no me sintiera como en una cárcel. Tal vez pudiera estar con mis amigos y con Emma y, al mismo tiempo, vivir en casa con mis padres. Existía la posibilidad incluso de que Emma asistiera a clase conmigo. ¡O todos mis amigos! Escogeríamos las mismas asignaturas, almorzaríamos juntos, participaríamos en estúpidos bailes de instituto. Qué buena idea... ¿Qué mejor lugar que el instituto para aprender acerca de la vida y las costumbres de los adolescentes normales? Al cabo de un semestre se comportarían como normales de manera natural (incluso yo había aprendido a hacerlo, al final) y pasarían desapercibidos cuando saliéramos a explorar el vasto mundo de los Estados Unidos peculiares. Cada vez que tuviéramos un rato libre viajaríamos al Acre del Diablo para contribuir a la causa, reconstruir los bucles y, con algo de suerte, proteger la peculiaridad de futuras amenazas.

Por desgracia, la clave de todo este asunto era la reacción de mis padres. Podían tomárselo bien o estropearlo todo. Ojalá hubiera algún modo de que mis amigos vivieran aquí sin que mi madre y mi padre se pusieran de los nervios, sin tener que caminar de puntillas en su proximidad, temiendo que salieran gritando a la calle al primer gesto involuntario de peculiaridad y nos

metieran en un lío de los gordos.

Tenía que contarles a mis padres una historia creíble. Algo se me ocurriría. Algún modo de explicar quiénes eran mis amigos. Su presencia en casa, sus rarezas, puede que incluso sus capacidades. Me estrujé los sesos buscando el relato perfecto. Eran unos estudiantes de intercambio que había conocido durante mi estancia en Londres. Me habían salvado la vida, acogido en su casa y ahora yo quería devolverles el favor. (El hecho de que esta historia no se alejase demasiado de la realidad me atraía). Casualmente también eran magos expertos que practicaban su espectáculo constantemente. Maestros de la ilusión. Creadores de unos trucos tan refinados que nadie era capaz de adivinar cómo los llevaban a cabo.

Tal vez. Tal vez hubiera un modo. Y entonces todo iría de maravilla.

Mi cerebro era una máquina de fabricar esperanzas.



DOS

Desperté al día siguiente con un nudo en el estómago, convencido de que lo había soñado todo. Concienciándome de que me esperaba una buena decepción, me aventuré al piso inferior, casi esperando encontrar de nuevo mi equipaje preparado y a mis tíos haciendo guardia en la puerta para que no escapara. En vez de eso, me recibió una estampa de paz doméstica en versión peculiar.

La planta baja al completo estaba inundada de alegre conversación y de los cálidos aromas de la comida en el fogón. Horace trajinaba por la cocina mientras Emma y Millard ponían la mesa. Miss Peregrine, silbando para sí, abría las ventanas a la brisa de la mañana. Olive, Bronwyn y Claire se perseguían por el jardín. Vi cómo Bronwyn atrapaba a Olive antes de lanzarla seis metros por el aire y cómo esta reía a carcajadas mientras descendía con suavidad por el propio peso de sus zapatos, el justo para vencer su tendencia natural a flotar. En el salón, pegados a la televisión, Hugh y Enoch miraban un anuncio de detergente en estado de trance. Era la escena más hogareña que podía imaginar y me quedé un buen rato al pie de las escaleras sin dar a conocer mi presencia, disfrutando del panorama. En el transcurso de una sola noche mis amigos habían convertido mi casa en un espacio más acogedor y feliz de lo que fuera en todos los años que había vivido allí con mis padres.

—¡Dichosos los ojos! —canturreó miss Peregrine, arrancándome de mi ensueño.

Emma corrió hacia mí.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás mareado otra vez?

—Solo contemplaba la escena —le confesé. Acto seguido la estreché contra mí y la besé. Ella me echó los brazos al cuello para devolverme el beso y un hormigueo cálido inundó mi cerebro. Tuve la sensación de estar fuera de mi cuerpo, como si hubiera flotado hasta el techo y mirara desde arriba el rostro dulce y hermoso de esa chica increíble, y a mis amigos, y toda la preciosa estampa, sin acabar de entender cómo un momento tan exquisito se había manifestado en mi vida.

El beso terminó demasiado pronto para mi gusto —antes de que los demás

reparasen en él— y nos encaminamos a la cocina con los brazos entrelazados.

—¿Cuánto rato lleváis despiertos? —pregunté.

—Uf, horas —fue la respuesta de Millard, que transportaba una rejilla cubierta de galletas al comedor—. Padecemos un terrible síndrome transbucle.

Iba vestido de pies a cabeza, advertí. Pantalones color lavanda, un jersey ligero y una bufanda alrededor del cuello.

—Yo le he escogido la ropa —informó Horace cuando asomó la cabeza por la puerta de la cocina—. Él es un ignorante, en materia de indumentaria.

El propio Horace se había puesto un delantal para proteger su camisa blanca, que llevaba con corbata y unos pantalones immaculados, lo que implicaba que se había levantado de madrugada para plancharse la ropa.

Con una disculpa, me escabullí para echar un vistazo a mi familia, que seguía en el garaje. Todavía dormían como troncos, allí donde los había dejado. Apenas si se habían movido en toda la noche. Súbitamente me asaltó una idea terrible. Corrí hacia el coche y planté la mano delante de cada una de sus narices. Tras comprobar que seguían vivos, volví con mis amigos.

Todos estaban reunidos alrededor de la que mis padres llamaban «la mesa buena», una larga tabla de cristal oscuro en el desusado comedor formal. Yo asociaba el espacio a maneras rígidas y conversaciones desagradables, porque solo comíamos allí cuando nuestros parientes venían de visita en vacaciones o cuando mis padres tenían que hablar conmigo de «algo importante», y eso casi siempre equivalía a un sermón sobre mis notas, sobre mi mala actitud, sobre mis amigos o la falta de estos y cosas por el estilo. Resultaba agradable ver esa misma habitación llena de comida, amigos y risas, para variar.

Me hice un hueco para sentarme junto a Emma. Entre grandes aspavientos, Horace nos fue mostrando los distintos platos que había preparado.

—¡Hoy tenemos para almorzar *pain perdu*, patatas à la royale, *viennoiserie* de pastas francesas y gachas de avena con fruta caramelizada!

—Horace, te has superado —exclamó Bronwyn, que ya tenía la boca llena.

Repartimos la comida y dimos gracias por ella. Yo estaba tan hambriento que pasaron siete minutos enteros antes de que me acordara de preguntar de dónde habían salido las provisiones.

—Puede que hayan llegado flotando del supermercado de aquí enfrente. O puede que no —dijo Millard.

Dejé de masticar al instante.

—¿Has robado todo esto?

—¡Millard! —se horrorizó miss Peregrine—. ¿Y si le llegan a descubrir?

—Imposible, domino el arte del robo a la perfección —presumió él—. Es uno de mis excepcionales talentos, el tercero más destacado después de mi extraordinaria inteligencia y mi memoria infalible.

—¡Pero hay cámaras en las tiendas! —le advertí—. Si te han grabado en vídeo, podríamos meternos en un buen lío.

—Ah —fue la respuesta de Millard. De sopetón parecía fascinado por el melocotón caramelizado que sostenía con el tenedor.

—Un talento excepcional, sí —se burló Enoch—. ¿Y cuál decías que era el primero?

Miss Peregrine dejó el cubierto sobre la mesa e hizo chasquear los dedos.

—Muy bien, niños. Vamos a añadir «robar a los normales» a la lista de cosas que nunca debéis hacer.

Todos gimieron.

—¡Lo digo muy en serio! —insistió la directora—. Si la policía se presentara en el domicilio de Jacob, nos encontraríamos en un grave aprieto.

Enoch se hundió en la silla con aire derrotado.

—El presente es agotador. ¿Os acordáis de lo fácil que era librarse de los problemas en el bucle? —Se dibujó una línea en el cuello con el dedo—: ¡Gggg! ¡Adiós, normal problemático!

—Ya no estamos en Cairnholm —le recordó miss Peregrine—, ni tampoco estáis jugando a asaltar aldeas. Aquí, cada uno de vuestros actos tiene consecuencias reales y permanentes.

—Era una broma —gruñó Enoch.

—No es verdad —cuchicheó Bronwyn.

Miss Peregrine levantó una mano para pedir silencio.

—¿Cuál es la nueva regla?

—No robar —corearon los niños de mala gana.

—¿Y?

Se hizo un silencio. La directora frunció el ceño.

—¿No matar normales? —sugirió Olive.

—Muy bien. Nada de matar gente en el presente.

—¿Y si son insoportables? —preguntó Hugh.

—Da igual. No se los mata y en paz.

—Si usted no nos da permiso —apuntó Claire.

—No, Claire —insistió miss Peregrine con brusquedad—. Aquí no se mata a nadie.

—Ah, vale —respondió la otra.

Si no los hubiera conocido tan bien, la charla me habría puesto los pelos de punta. Pese a todo, sirvió para recordarme cuánto les quedaba por aprender sobre la vida en el presente. Y hablando de eso...

—¿Cuándo empezaremos las clases de normalidad? —pregunté.

—¿Por qué no hoy? —propuso Emma con ilusión.

—¡Ahora mismo! —exclamó Bronwyn.

—¿Por dónde empezamos? ¿Qué queréis saber?

—¿Por qué no amplías nuestros conocimientos acerca de los últimos setenta y cinco años, más o menos? —sugirió Millard—. Historia, política, música, cultura popular, descubrimientos recientes en ciencia y tecnología...

—Yo pensaba enseñaros más bien a hablar como si no acabarais de llegar de 1940 y a cruzar la calle sin morir en el intento.

—Supongo que eso también es importante —reconoció Millard.

—Yo quiero salir a la calle —dijo Bronwyn—. Desde que llegamos, no hemos hecho nada más que chapotear por un pantano apestoso y viajar en autobús en plena noche.

—¡Sí! —exclamó Olive—. ¡Me encantaría ver una ciudad estadounidense! ¡Y un aeropuerto municipal! ¡Y una fábrica de lápices! Leí un libro fascinante sobre las fábricas de lápices...

—Calma, calma —intervino miss Peregrine—. Hoy no vamos a emprender grandes expediciones, así que quitaos esa idea de la cabeza. Antes de correr tenemos que aprender a andar y, habida cuenta de nuestras limitadas opciones en relación con el transporte, un paseo será más que suficiente. Mister Portman, ¿hay en las inmediaciones algún paraje poco frecuentado por el que podamos pasear? De no ser imprescindible, prefiero que los niños no se relacionen con normales hasta haber adquirido cierta práctica.

—Podemos ir a la playa —propuse—. Está casi desierta en verano.

—Estupendo —dijo miss Peregrine. Envió a los niños a cambiarse de ropa—. ¡Y no olvidéis la protección solar! —les gritó mientras ellos se alejaban—. ¡Y sombreros! ¡Y sombrillas!

Yo estaba a punto de subir a cambiarme también cuando volvió a asaltarme la sensación de angustia.

—¿Qué hacemos con mi familia? —le pregunté.

—Aspiraron una dosis de polvo tan alta que seguramente seguirán durmiendo hasta la tarde. Pero dejaremos a alguien de guardia, por lo que pueda pasar.

—Vale, pero ¿luego qué?

—¿Se refiere a cuando despierten?

—Sí. ¿Cómo les voy a explicar... su presencia?

Sonrió.

—Eso, míster Portman, depende enteramente de usted. Ahora bien, si lo desea, podemos planear una estrategia mientras paseamos.



Di permiso a mis amigos para que saquearan los armarios en busca de prendas modernas, puesto que no tenían ninguna, y se me antojó rarísimo verlos llegar al cabo de un rato vestidos con atuendos más o menos actuales. No había nada de la talla de Olive y Claire, así que añadieron pamelas y gafas de sol a sus propias prendas y parecían dos celebridades intentando burlar a los paparazzi. Millard no llevaba nada encima salvo una gruesa capa de protección solar en la cara y los hombros, que lo transformó en una especie de borrón andante. Bronwyn se había enfundado una camiseta de flores y unos pantalones de lino sueltos; Enoch se había agenciado un bañador tipo bermuda y una vieja camiseta; y Horace parecía un pijo redomado con un polo azul y pantalones caqui arremangados. El único que no se había cambiado era Hugh. Todavía triste y decaído, se había ofrecido voluntario para quedarse en casa vigilando a mis padres. Le di el teléfono de mi abuelo, dejé mi número en la pantalla y le mostré cómo llamarme en caso de que empezaran a despertarse.

En ese momento miss Peregrine entró en el salón y todos prorrumpieron en exclamaciones. Se había enfundado un top rematado con flecos que le dejaba los hombros al aire, pantalones tipo pirata con estampado tropical, unas gafas de aviador y su clásico moño alto, que ahora despuntaba en el centro de una visera solar de plástico rosa. Me resultaba un tanto desconcertante verla vestida con la ropa de mi madre, pero tenía todo el aspecto de una persona normal, que era la idea, supongo.

—¡Qué moderna! —canturreó Olive a modo de piropo.

—Y rara —añadió Enoch, arrugando la nariz.

—Debemos ser maestros del disfraz, si pretendemos vivir entre dos mundos —señaló miss Peregrine.

—Cuidado, miss P, los solteros no la van a dejar en paz —dijo Emma según entraba en la habitación.

—Mira quién fue a hablar —replicó Bronwyn—. ¡Fiiuu-fiiuuu, mirad, chicos!

Me volví a mirarla y me quedé sin aliento. Llevaba un bañador de una pieza con una faldita por medio muslo. No era en absoluto descocado, pero sí, con diferencia, el atuendo más atrevido que le había visto. (¡Tenía piernas!). Lo supe desde el momento en que la conocí, pero Emma Bloom era increíblemente guapa y tuve que hacer un esfuerzo consciente para no observarla con demasiada atención.

—Ay, calla —dijo Emma. En ese momento me sorprendió mirando y sonrió. Esa sonrisa, Dios mío, me acarició el alma.

—Míster Portman.

Me volví hacia miss Peregrine, todavía con los restos de mi expresión embobada en la cara.

—Mmm, ¿sí?

—¿Está listo? ¿O ha quedado permanentemente incapacitado?

—No, estoy bien.

—Apuesto a que sí —apostilló Enoch con una sonrisa maliciosa.

Le propiné un toque con el hombro según me abría paso entre los peculiares, abrí la puerta y guie a mis amigos al mundo exterior.



Yo vivía en una delgada isla barrera llamada Cayo Needle: ocho kilómetros de bares turísticos y casas en primera línea de mar con un puente en cada extremo, dividida por una sinuosa carretera que discurría a la sombra de los banianos. Si merecía el nombre de «isla» era gracias a una larga zanja de agua que nos separaba del continente, a unos trescientos metros del cayo. Con la marea baja, podías cruzarla sin mojarte la camisa. Las casas de los ricos daban al golfo; el resto, incluida la mía, tenía vistas a Lemon Bay, una ensenada preciosa en la quietud de la mañana, con veleros surcando el agua y garzas pescando en la orilla. Era un lugar seguro y bonito en el que crecer y seguramente debería haber estado más agradecido, pero yo había pasado la

infancia bregando con la sensación —vaga al principio, luego abrumadora— de que mi sitio no estaba allí, de que se me estaban derritiendo los sesos y, si me quedaba un día más después de graduarme, se licuarían por completo y me saldrían por las orejas.

Nos escondimos detrás de un seto, junto a la entrada, hasta que el rumor de los coches que pasaban se disipó. Acto seguido cruzamos la calle deprisa y corriendo hasta llegar a un sendero intencionadamente abandonado y sembrado de manglares, para que los turistas no pudieran encontrarlo. Tras un primer trecho entre plantas, el camino desembocaba en la principal atracción de Cayo Needle: una larga playa de arena blanca tras la cual las aguas verde esmeralda del golfo se extendían hasta el infinito.

Oí como mis amigos contenían el aliento de puro asombro. Habían visto otras playas —buena parte de sus vidas antinaturalmente largas había transcurrido en una isla—, pero rara vez habían contemplado una tan bonita, con el agua tan lisa y apacible como la de un lago, una lista de finísima arena blanca que se curvaba con suavidad a lo lejos, el ondeo de las deshilachadas palmeras. Aquellas prístinas vistas constituían la única razón de que unas veinte mil almas vivieran en una ciudad por lo demás perdida en la nada y, en momentos como ese, cuando el sol brillaba en lo alto y una suave brisa ahuyentaba el calor, no podías sino comprender su decisión.

—Santo cielo, Jacob —dijo miss Peregrine, al tiempo que inspiraba profundamente—. Tiene un pequeño paraíso aquí escondido.

—¿Eso es el Pacífico? —quiso saber Claire.

Enoch resopló.

—Es el golfo de México. El Pacífico está al otro lado del continente.

Echamos a andar por la playa. Los pequeños, entre carreras, recogían conchas a nuestro alrededor mientras los demás nos contentábamos con disfrutar de las vistas y el sol. Reduje el paso para esperar a Emma y le tomé la mano. Ella me lanzó una mirada y sonrió. Suspiramos al mismo tiempo, luego prorrumpimos en carcajadas. Estuvimos charlando de la playa y del precioso paisaje, un tema que se agotó al poco rato. Entonces les pregunté por su vida en el Acre del Diablo. Únicamente me habían hablado de sus viajes al exterior a través del panbucleticón, pero sin duda habrían hecho algo más que viajar.

—Los viajes son esenciales para el desarrollo personal —objetó miss Peregrine a la defensiva, un tono que me extrañó—. Aun la persona más

cultivada será una ignorante en tanto que no haya viajado. Es importante que los niños aprendan que nuestra sociedad no es el centro del universo peculiar.

Aparte de las excursiones ocasionales, explicó miss Peregrine, las otras ymbrynes y ella se habían esforzado mucho por crear un entorno estable para sus pupilos. Igual que mis amigos, casi todos los habitantes del Acre habían sido arrancados de los bucles en los que había transcurrido buena parte de su existencia. En algunos casos, los bucles habían colapsado, destruidos para siempre. Casi todos habían perdido amigos durante las incursiones de los huecos, habían resultado heridos o sufrido otros traumas. Y si bien el Acre del Diablo, con toda su mugre y caos y su historia como sede central del malvado imperio de Caul, no era el lugar ideal para recuperarse de las experiencias traumáticas, las ymbrynes habían hecho cuanto estaba en su mano para convertirlo en un santuario. Los niños refugiados, junto con los adultos peculiares que consiguieron huir de la campaña de terror emprendida por los wights, habían encontrado allí un nuevo hogar. Fundaron una nueva academia, donde las ymbrynes (si acaso estaban disponibles) y algunos peculiares adultos especializados en diversos campos (cuando estas no podían) impartían charlas y conferencias a diario.

—A veces resulta un tanto aburrido —opinó Millard—. Pero es agradable pasar un rato entre eruditos.

—Solo te aburre porque te crees más sabio que los maestros —lo acusó Bronwyn.

—Cuando no son ymbrynes, suele ser el caso —replicó él—. Y últimamente las ymbrynes andan casi siempre ocupadas.

Estaban ocupadas, alegó miss Peregrine, llevando a cabo «cien mil tareas desagradables», buena parte de las cuales implicaban reparar el estropicio causado por los wights.

—Provocaron un tremendo desastre —dijo.

Se refería, por una parte, a los estragos más literales: las instalaciones assoladas por la batalla con los wights, los bucles que habían dañado pero no destruido. Más peliaguda, sin embargo, era la marea de personas hundidas y desorientadas que habían dejado tras de sí, como los peculiares adictos a la ambrosía del Acre. Necesitaban tratamiento para su adicción, pero no todos lo aceptaban voluntariamente. Y luego estaba la delicada cuestión de decidir quién era de fiar y quién no. Muchos habían colaborado con los wights, algunos bajo coacción, otros por voluntad propia y en un grado que rozaba la

maldad, incluso la traición. Había juicios que celebrar. El sistema de justicia peculiar, diseñado para abordar cuatro casos contados al año, debía abarcar ahora decenas y decenas de procesos, muchos de los cuales aún no habían empezado. Hasta entonces, los acusados aguardaban encerrados en la misma cárcel que Caul había construido para las víctimas de sus crueles experimentos.

—Y cuando no estamos ocupadas en esos desagradables asuntos —prosiguió miss Peregrine—, el Consejo Ymbryne celebra reuniones. Reuniones que se alargan todo el día y hasta bien entrada la noche.

—¿Para hablar de qué? —pregunté.

—Del futuro —replicó ella con gesto adusto.

—Están desafiando la autoridad del Consejo —intervino Millard. La expresión de miss Peregrine se agrió. Millard siguió hablando, sin darse cuenta—. Algunas personas dicen que ya va siendo hora de cambiar el sistema de gobierno. Que la organización de las ymbrynes ha quedado anticuada, porque fue creada para otra época. Que el mundo ha cambiado y debemos cambiar con él.

—Puercos desagradecidos —gruñó Enoch—. Si dependiera de mí, los metería entre rejas con los traidores.

—Eso es precisamente lo que no queremos —objetó la directora—. Las ymbrynes gobiernan por consenso popular. Todo el mundo tiene derecho a exponer sus ideas, aunque pensemos que se equivocan.

—¿Y en qué temas no están de acuerdo? —quise saber.

—En que sigamos viviendo en bucles, para empezar —intervino Emma.

—¿No están forzados a vivir en bucles la mayoría de los peculiares? —pregunté.

—Sí... A menos que intentásemos provocar un colapso a gran escala —respondió Millard—, como el que reinició nuestros relojes internos. Más de uno enarcó las cejas al enterarse.

—La gente se puso celosa, eso fue lo que pasó —dijo Emma—. Si supieras las cosas que me soltaron cuando descubrieron que íbamos a pasar aquí una buena temporada... Estaban verdes de envidia.

—¡Pero podríamos haber muerto en aquel colapso! —objeté—. Es muy peligroso.

—Eso es verdad —asintió Millard—. Cuando menos hasta que comprendamos el fenómeno en profundidad. Si pudiéramos formular los

principios científicos del colapso, podríamos reproducir lo sucedido en condiciones seguras.

—Pero eso requiere mucho tiempo —arguyó miss Peregrine— y algunos peculiares no quieren esperar. Están tan hartos de vivir en bucles que prefieren arriesgarse a morir.

—Es de locos —dijo Horace—. No tenía ni idea de cuántos peculiares chalados había hasta que nos metieron a todos juntos en el Acre, codo con codo.

—No están ni la mitad de locos que la gente del Nuevo Mundo —replicó Emma. La mera mención del nombre arrancó un suspiro a miss Peregrine—. Quieren integrarse en la sociedad normal.

—No me hagas hablar de esos lunáticos —gruñó Enoch—. Creen que el mundo actual es tan abierto y tolerante que podríamos salir de la clandestinidad sin más. «¡Hola, mundo! Somos peculiares y estamos orgullosos». ¿No se dan cuenta de que acabaríamos todos en la hoguera, como en los viejos tiempos?

—Son jóvenes, nada más —arguyó miss Peregrine—. Nunca han vivido una caza de brujas ni un episodio de histeria colectiva antipeculiar.

—Un peligro para todos, eso es lo que son —dijo Horace, toqueteándose las manos con ademán nervioso—. ¿Y si cometen alguna imprudencia?

—Habría que encarcelarlos también a ellos —insistió Enoch—. Eso pienso yo.

—Y de ahí que no forme usted parte del Consejo, querido —le espetó miss Peregrine—. Venga, ya es suficiente. Discutir de política es lo que menos me apetece en un día tan maravilloso como este.

—Bien dicho —asintió Emma—. ¿Para qué me he puesto este dichoso traje de baño si no es para meterme en el agua?

—¡Ganso el último! —gritó Bronwyn antes de echar a correr, lo que provocó una carrera general hacia el agua.

Miss Peregrine y yo nos quedamos donde estábamos, observándolos. Yo tenía la cabeza en otras cosas y no me apetecía bañarme. Pero la directora, pese a toda esa charla sobre inconvenientes y dificultades, no parecía en absoluto agobiada. Tenía muchos frentes abiertos, pero sus problemas —por cuanto yo sabía, al menos— guardaban relación con el desarrollo, la sanación y la libertad. Y eso era algo de agradecer.

—¡Jacob, ven aquí!

Emma me llamaba desde la orilla. Me mostró una estrella de mar que había encontrado entre las rocas. Algunos de mis amigos chapoteaban en las olas, pero otros nadaban mar adentro. El agua del golfo en verano era cálida como la de una bañera, nada que ver con el desapacible Atlántico que azota los acantilados de Cairnholm.

—¡Es magnífico! —gritó Millard. Su cuerpo creaba un hueco con forma de persona en el agua. Incluso Olive se estaba divirtiendo a pesar de que se hundía medio palmo en la arena con cada paso.

—¡Jacob! —volvió a llamarme Emma. Me saludaba con la mano según cabeceaba al paso de una ola.

—¡Llevo vaqueros! —le respondí, y era verdad, pero en realidad me apetecía más observarlos; era tan agradable ver a mis amigos divirtiéndose en mi casa. Quería que disfrutaran de ello, de esta paz despreocupada, siempre que quisieran y tal vez hubiera un modo de conseguirlo.

Acababa de encontrar la solución al problema de mis padres. Era tan sencillo que no entendía cómo no se me había ocurrido antes. No tenía que discurrir una historia sin fisuras. Ni tampoco urdir una coartada perfecta. Las versiones podían contradecirse y las mentiras salir a la luz y, aunque nada de eso sucediera, tendríamos que andar siempre con pies de plomo en presencia de mis padres, preocupados en todo momento por si veían algún fenómeno peculiar, se asustaban y hacían pedazos nuestra distendida paz. Por ende, la idea de ocultarles para siempre mi verdadera identidad se me antojaba agotadora, sobre todo ahora que mi vida peculiar y la normal se habían encontrado. Pero la auténtica razón es la siguiente: mis padres no eran malas personas. No me habían maltratado ni desatendido. Sencillamente no me comprendían y merecían tener la oportunidad de hacerlo.

Así pues, les diría la verdad. Si se la iba revelando paso a paso y con suavidad, tal vez no resultara tan traumática para ellos. Si conocían a mis amigos en un ambiente distendido, uno a uno, y descubrían sus peculiaridades cuando ya se hubieran acostumbrado a ellos, puede que los aceptasen. ¿Por qué no? Mi padre se había criado con un peculiar y su hijo también lo era. Si algún normal debería ser capaz de mostrarse comprensivo, era él. Y si a mi madre le costaba aceptar la idea, él la ayudaría.

Puede que entonces —por fin— me creyeran y me aceptaran tal como soy. Puede que entonces nos sintiéramos una verdadera familia.

Plantear mi sugerencia me ponía nervioso, así que quise comentarlo con miss Peregrine sin que lo oyeran los demás. Casi todos estaban nadando o buscando conchas por la orilla. A ella la seguía una bandada de minúsculos zarapitos, que le picoteaban los tobillos con sus largos picos.

—Fuera —dijo, barriéndolos con el pie según caminaba—. ¡Id a buscar a vuestra madre!

Ellos salieron volando como una ola, pero no dejaron de seguirla.

—Los pájaros la adoran, ¿verdad? —observé.

—En Gran Bretaña me respetan, a mí y... mi espacio personal. Aquí parecen muy dependientes. —Volvió a ahuyentarlos con el pie—. ¡Venga, largo!

Ellos planearon sobre el agua.

—Tenemos una charla pendiente, ¿no?

—He estado pensando. ¿Y si les contara la verdad a mis padres?

—¡Enoch, Millard, no os empujéis! —gritó, usando las manos como megáfono. Acto seguido se volvió a mirarme—. ¿Y no les borramos la memoria?

—Antes de renunciar definitivamente, me gustaría intentarlo —dije—. Puede que no funcione, ya lo sé, pero si lo hiciera la situación se simplificaría.

Temía que miss Peregrine rechazase la idea sin más, pero no lo hizo; no exactamente.

—Eso supondría hacer una gran excepción a una de nuestras reglas más antiguas —meditó—. Hay muy pocos normales que estén al corriente de nuestros secretos. El Consejo Ymbryne tendría que conceder una autorización especial. Hay un proceso de iniciación. Una ceremonia de juramento. Un largo periodo de prueba...

—Me está diciendo que no vale la pena.

—No he dicho eso. En absoluto.

—¿De verdad?

—Solo digo que es complicado. Pero, en el caso de sus padres, tal vez sea lo más adecuado.

—¿Hacer qué?

Horace se había acercado por detrás. A la porra el secreto.

—Estaba pensando en contarles a mis padres la verdad sobre nosotros —le confesé—. Para ver si son capaces de aceptarla.

—¿Qué? ¿Por qué?

Esa reacción se parecía más a la que yo esperaba.

—Creo que merecen saberlo.

—¡Pero intentaron encerrarte! —protestó Enoch. Ahora los demás salían del agua y se apiñaban curiosos a nuestro alrededor.

—Ya lo sé —asentí—, pero fue porque estaban preocupados por mí. De haber sabido la verdad (y haberla aceptado), nunca lo habrían hecho. Y todo sería más fácil cuando vinierais a verme o cuando yo fuera de visita.

—Entonces ¿no volverás con nosotros? —preguntó Olive.

Emma acababa de llegar, chorreando agua de mar, y cuando oyó la frase de Olive me miró entornando los ojos. Todavía no habíamos hablado del tema en privado y allí estaba yo, proclamando mis dudas a los cuatro vientos.

—Antes quiero terminar los estudios —dije—. Pero si esto me sale bien, podríamos vernos constantemente durante estos próximos dos años.

—Es un «si» considerable —señaló Millard.

—Imaginaos —proseguí yo—. Podría ayudar en los trabajos de reconstrucción (los fines de semana, tal vez) y vosotros podríais venir cuando os apeteciera y seguir aprendiendo acerca del mundo normal. Incluso podríais ir a clase conmigo, si quisierais.

Miré de reojo a Emma. Tenía los brazos cruzados, la expresión insondable.

—¿Ir al colegio con niños normales? —preguntó Olive.

—Si ni siquiera nos dejan abrir la puerta cuando traen pizza —objetó Claire.

—Yo os enseñaré todo lo necesario. Dentro de nada seréis expertos en normalidad.

—Cuanto más hablas, más improbable me parece todo —opinó Horace.

—Solo quiero darles una oportunidad a mis padres —insistí—. Si no funciona...

—Si no funciona, miss P les puede borrar la memoria —concluyó Emma. Se me acercó y entrelazó el brazo con el mío—. ¿No os parece trágico que el hijo de Abe Portman no sepa quién era su padre?

Estaba de mi lado. Le estreché el brazo, agradecido por el apoyo.

—Trágico, pero necesario —arguyó Horace—. Sus padres no son de fiar. Ni ningún normal. Me pongo nervioso solo de pensar en lo que podríais

hacer. ¡Podrían desenmascarnos a todos!

—No lo harían —dije, aunque una vocecilla interior añadió: ¿seguro?

—¿Por qué no fingimos que somos normales en su presencia? —propuso Bronwyn—. Así no se asustarán.

—No creo que funcione, la verdad —respondí.

—Algunos de nosotros carecemos del privilegio de fingir que somos normales —objetó Millard.

—Yo odio fingir, en cualquier caso —añadió Horace—. ¿Y si somos nosotros mismos y miss Peregrine les borra la memoria cada noche?

—Demasiados borrados debilitan la mente —arguyó Millard—. Gemidos, babeos, todo el lote.

Miré a la directora, que lo confirmó con un asentimiento.

—¿Y si se fueran de vacaciones a algún lugar lejano? —sugirió Claire—. Miss P podría proponerles la idea después del borrado, cuando sean más sugestionables.

—¿Y qué pasará cuando vuelvan? —objeté yo.

—Pues los encerramos en el sótano —replicó Enoch.

—Deberíamos encerrarte a ti en el sótano —le espetó Emma.

Les estaba provocando a todos un estrés y una ansiedad que no les hacía ninguna falta. Se agobiarían. Yo me agobiaría. Y todo por culpa de mis padres, que no me habían causado nada más que dolor durante los últimos seis meses.

Me volví hacia miss Peregrine.

—Es demasiado complicado —decidí—. Bórreles la memoria y en paz.

—Si quiere decirles la verdad, creo que debería intentarlo —respondió—. A juzgar por mi experiencia, casi siempre merece la pena.

—¿De verdad? —pregunté—. ¿Seguro?

—Si concluimos que puede funcionar, pediré permiso al Consejo retroactivamente. Si no, tengo la impresión de que lo sabremos enseguida.

—¡Fantástico! —exclamó Emma—. Y ahora que el asunto está resuelto... —Me estiró del brazo para arrastrarme al agua—. ¡A nadar!

Me pilló tan desprevenido que no pude detenerla.

—Espera... ¡No! ¡El móvil!

Lo rescaté del bolsillo de los vaqueros justo antes de que el agua me cubriera hasta el pecho y se lo lancé a Horace, que estaba en la orilla.

♦ ♦ ♦

Emma me salpicó y se alejó nadando. Yo chapoteé tras ella entre risas. Súbitamente me sentía muy feliz. Feliz de estar entre amigos, deslumbrado por el sol y nadando detrás de una chica preciosa que sentía algo por mí. Que me quería, me había dicho una vez.

Era pura dicha.

Allí delante, Emma encontró un banco de arena. Se plantó con el agua por la cintura, aunque estaba muy lejos de la orilla. Era un truco de esas amables mareas que yo tanto amaba.

—¡Eh, hola! —le dije casi sin fuelle cuando llegué al banco de arena.

—¿Siempre nadas con vaqueros? —me preguntó ella, sonriendo de oreja a oreja.

—Ya lo creo. Todo el mundo lo hace. Es la última moda.

—No es verdad —replicó.

—Va en serio. Se llama nanotejano y se seca cinco minutos después de salir del agua.

—Vaya. Es asombroso.

—Y también se dobla solo.

Entornó los ojos.

—¿Lo dices de veras?

—Y te prepara el desayuno.

Me salpicó.

—No está bien tomarle el pelo a una chica de otro siglo.

—¡Me lo has puesto muy fácil! —le dije antes de hundirme y salpicarla a mi vez.

—En realidad, esperaba ver algo así como coches voladores, robots que hacen las tareas de la casa y cosas por el estilo. Pantalones robóticos como poco.

—Lo siento. En vez de eso hemos inventado internet.

—Qué decepcionante.

—Ya lo sé. Yo también preferiría tener coches voladores.

—Quiero decir que me decepciona descubrir que eres un mentiroso. Tenía grandes esperanzas puestas en nosotros. Vaya, vaya.

—No he podido resistirme. Se acabaron las bromas, te lo prometo.

—¿Prometido, prometido?

—Pregúntame otra cosa. Prometo, prometo decirte la verdad.

—Vale. —Sonrió, se apartó el flequillo de los ojos y se cruzó de brazos—. Háblame de tu primer beso.

Me puse rojo como un tomate y me hundí para no contarle..., pero no me sirvió de nada, claro, porque tuve que salir a respirar.

—Yo me lo he buscado, ¿verdad?

—Conoces casi al dedillo todo mi historial romántico. ¿Te parece justo que yo no sepa nada del tuyo?

—Porque no hay nada que merezca la pena saber.

—Paparruchas. ¿Ni siquiera un beso?

Miré a mi alrededor con la esperanza de que apareciera alguna distracción que interrumpiera el interrogatorio.

—Hum...

Hundí la boca por debajo del agua y murmuré algo que provocó una explosión de burbujas.

Ella posó las manos en la superficie del mar. Al cabo de un momento, el agua comenzó a crepitar y a soltar vapor.

—¡Como no me lo digas, te voy a hervir!

Emergí al momento.

—¡Vale, vale, te lo contaré! Salí con una supermodelo que además era científica aeronáutica. Y con unas gemelas que ganaron un premio por su labor humanitaria y sus exóticas habilidades sexuales. ¡Pero tú les das mil vueltas!

El vapor la veló un ratito y, cuando se despejó, Emma ya no estaba allí.

—¿Emma? —la llamé aterrado, buscando por el agua—. ¡Emma!

Algo chapoteó con fuerza a mi espalda. Cuando di media vuelta, recibí un chorro en toda la cara. Allí estaba ella, riéndose de mí.

—¡He dicho que nada de cuentos!

—¡Me has asustado! —le reproché mientras me secaba la cara.

—No esperarás que me crea que un muchacho tan guapo como tú no había besado a nadie hasta que me conociste.

—Vale, una vez —reconocí—. Pero no merece la pena ni mencionarlo. Me parece que la chica me usó para, bueno, para experimentar.

—Vaya. Cuenta, esto promete.

—Se llamaba Janine Wilkins. Me besó detrás de las gradas de la pista de patinaje Stardust durante la fiesta de cumpleaños de Mehlanie Shah. Dijo que

estaba cansada de ser «virgen en cuanto a besos» y que quería saber qué se sentía. Luego me hizo jurar que guardaría el secreto y dijo que si se lo contaba a alguien haría correr el rumor de que me hacía pis en la cama.

—Dios bendito. Qué lagarta.

—Y ahí termina mi emocionante relato. No hay más.

Abrió unos ojos como platos antes de tenderse en el agua de espaldas y quedarse flotando. La alegre charla de nuestros amigos subía y bajaba bajo el rumor de las olas.

—Jacob Portman, puro como la nieve.

—Yo... bueno, sí —concedí. No me sentía nada cómodo—. Es una forma rara de expresarlo.

—No tienes por qué avergonzarte, ¿sabes?

—Ya lo sé —respondí, aunque no estoy seguro de que lo supiera entonces. Todas las películas y series para adolescentes sugerían que seguir siendo virgen a comienzos del bachillerato suponía una especie de fracaso personal. Y es una idiotez, ya lo sé, pero cuesta mucho no interiorizar una idea cuando la escuchas con tanta frecuencia.

—Significa que tratas tu corazón con cuidado —prosiguió ella—. Es de admirar. —Me lanzó una miradita—. Y yo no me preocuparía, en cualquier caso. Estoy segura de que no se trata de... —Arrastró un dedo por el agua que dejó tras de sí una estela de vapor—. Una condición permanente.

—¿Ah, no? —pregunté, presa de un pequeño estremecimiento.

—El tiempo lo dirá —dijo Emma, que posó las piernas en el fondo y se incorporó. Me miraba con una expresión intensa, me escudriñaba según surcábamos el agua para acercarnos, entrelazar las manos y enredar los pies debajo del agua. Antes de que nada más pudiera enredarse, oímos gritos. Miss Peregrine y Horace nos llamaban desde la orilla.



—Es Hugh —dijo Horace. Me tendió el móvil mientras yo avanzaba pesadamente entre las olas.

Sostuve el teléfono a cierta distancia de la oreja para no mojarlo.

—¿Sí?

—¡Jacob! Tus tíos se están despertando. Y tus padres también, creo.

—No tardo ni cinco minutos —respondí—. Procura que no vayan a

ninguna parte.

—Lo intentaré, pero date prisa —dijo Hugh—. No me queda más polvo de ese y tus tíos son muy malos.

Al momento, todos aquellos que podíamos correr salimos disparados hacia mi casa.

Bronwyn llevaba a Olive a caballito. Miss Peregrine, que podía caminar y volar pero no correr, sugirió que nos adelantáramos y, cuando miré por encima del hombro, la vi sumergirse en el mar y desaparecer bajo las olas. Sus ropas se quedaron flotando en la superficie del agua sin ella, pero enseguida miss Peregrine surgió de entre las olas como una flecha, ahora transformada en ave, y agitó las alas con fuerza en lo alto. Cada vez que presenciaba su transformación me entraban ganas de aplaudir y vitorear, pero me reprimí por si nos estaba viendo algún normal y seguí corriendo.

Llegamos a la puerta de mi casa jadeantes, sudorosos y cubiertos de arena, pero no había tiempo para asearse. Las airadas voces de mis tíos resonaban en el interior del garaje. Debíamos ocuparnos de ellos de inmediato, antes de que la buena de la señora Melloroos oyera el jaleo y llamara a la poli.

En cuanto entramos, corrí al garaje y me deshice en disculpas. Mis tíos estaban enfadados, desorientados y a punto de ponerse agresivos, y al cabo de un momento me dejaron allí plantado para meterse en casa. Miss Peregrine esperaba en el recibidor con su pluma y su penetrante mirada, y muy pronto mis dos tíos habían mudado en dos hombres silenciosos, tranquilos y más manejables que la plastilina. Sus mentes fueron tan fáciles de doblegar que casi me decepcionaron. En su estado amodorrado y altamente sugestionable, la directora me dejó a mí llevar la voz cantante. Los senté en sendos taburetes ante la barra de la cocina y les expliqué que las últimas veinticuatro horas habían transcurrido sin incidentes, que mi estado mental era impecable y que el reciente melodrama familiar no era sino la consecuencia de un error de diagnóstico por parte de mi psiquiatra. Solo por quedarme tranquilo, les dije que no se extrañasen si se topaban con algún inglés un poco raro —o si les contestaba al teléfono en caso de que llamaran a casa— a lo largo de las próximas semanas, porque eran unos parientes lejanos por parte de padre que habían venido a presentar sus respetos a mi querido abuelo, que en paz descansa. Tío Bobby asentía hipnotizado. Tío Les no dejaba de musitar «aaaaajáááá» al mismo tiempo que se guardaba los restos de los huevos revueltos en el bolsillo. Les sugerí que se marcharan a casa a dormir, avisé a

sendos taxis y los envié de regreso.

Había llegado el momento de hablar con mis padres. Le pedí a Bronwyn que los transportara al dormitorio principal antes de que el efecto del polvo se disipase. No quería que despertasen en un coche destrozado y rodeados de los vestigios de una horrible experiencia. Los metió en la cama y cerró la puerta. Yo me quedé un ratito paseando por el pasillo y dejando huellas de arena en la moqueta mientras trataba de discurrir qué decirles, cada vez más nervioso.

Emma subió las escaleras.

—Eh —susurró—. Antes de que entres, quería decirte una cosa.

Cuando me acerqué, ella me estrechó la mano con fuerza.

—Le gustabas.

—¿A quién?

—A Janine Wilkins. Una chica no entrega su primer beso al primero que pasa, ¿sabes?

—Yo... Eh... —Mi cerebro quería estar en dos sitios al mismo tiempo sin conseguirlo—. Me estás tomando el pelo, ¿no?

Ella soltó una carcajada y agachó la vista.

—O sea, le gustabas, pero sí. Únicamente he venido a desearte suerte. Aunque no creo que te haga falta. Lo vas a hacer muy bien.

—Gracias.

—Estaremos abajo por si necesitas cualquier cosa.

Asentí. Y luego la besé. Ella sonrió y se retiró hacia las escaleras.



Despertaron con suavidad en su propia cama, bañados por los rayos de sol que se colaban por las contraventanas. Yo los observaba desde la butaca del rincón, mordiéndome las uñas y haciendo lo posible por permanecer tranquilo.

Mi madre fue la primera en abrir los ojos. Parpadeó, se los frotó. Se sentó, gimió y se masajé el cuello. No tenía ni idea de que había pasado dieciocho horas durmiendo en un coche. Pues claro que le dolía todo.

Entonces me vio y frunció el ceño.

—¿Cariño? ¿Qué haces aquí?

—Yo... Esto... Quería explicaros unas cuantas cosas.

Mi madre bajó la vista y se percató de que todavía llevaba puesta la ropa

del día anterior. Una expresión desconcertada asomó a su cara.

—¿Qué hora es?

—Casi las tres —le dije—. Todo va bien.

—No —replicó. Miró a su alrededor y su confusión mudó en terror.

Me levanté. Ella me señaló con el dedo.

—Quédate ahí.

—Mamá, no te asustes. Deja que te explique.

Ella desvió la vista; quería ignorar mi presencia, fingir que yo no estaba ahí en realidad.

—Frank. —Sacudió a mi padre para despertarlo—. ¡Frank!

—Mmm.

Él se dio media vuelta en la cama. Lo sacudió con más fuerza.

—Franklin.

Ahí estaba: mi última oportunidad. El momento para el que me había estado preparando. Había ensayado distintos enfoques mentalmente, pero ahora todos me parecían igual de absurdos: demasiado vulgares, demasiado tontos. Mientras mi padre se sentaba y se frotaba los ojos para borrar los restos del sueño, yo estaba cada vez más frenético, súbitamente convencido de que no sabría explicarme.

Daba igual. Tanto si estaba listo como si no, la función acababa de empezar.

—Mamá, papá, tengo que hablar con vosotros.

Me acerqué a los pies de la cama y empecé sin más. Apenas si recuerdo lo que les dije, tan solo que me sentí como un vendedor a domicilio cuyo discursito ha fracasado desde el principio. Traté de explicarles que las últimas palabras de mi abuelo, sus extrañas fotografías y la postal de miss Peregrine me habían llevado al hogar de los peculiares, donde encontré a los viejos amigos de Abe, que no solo estaban vivos, sino que no habían envejecido ni un ápice. Pero acabé dando rodeos en torno a conceptos como bucles temporales y poderes sobrenaturales, porque tenía la sensación de que era demasiado pronto, demasiada información para digerirla toda de golpe. Mi versión torpemente censurada de la verdad unida a mi nerviosismo extremo no hizo sino confirmarles que había perdido la chaveta y, cuanto más hablaba, más se apartaban de mí, mi madre tapada con el edredón hasta los hombros, mi padre pegado al cabecero de la cama mientras que la vena que le latía en la frente cada vez que se estresaba empezaba a bailar a lo loco. Se

comportaban como si esa manía que yo había desarrollado fuera contagiosa.

—¡Basta! —gritó mi madre cuando se decidió a interrumpirme por fin—. No quiero oír ni una palabra más.

—Pero es la verdad, y si me escucharais...

Empujó las mantas a un lado y se levantó de la cama.

—Ya hemos oído bastante. Y ya sabemos lo que pasó. La muerte de tu abuelo te afectó muchísimo. Y dejaste de tomar la medicación sin consultarlo con nadie. —Ahora paseaba de un lado a otro, enfadada—. Te enviamos a la otra punta del mundo en el peor momento posible por consejo de un matasanos y has sufrido una crisis nerviosa. No es nada que deba avergonzarte, pero debemos afrontar esto con sinceridad. ¿Vale? No puedes seguir escondiéndote detrás de esos... cuentos.

Me sentí igual que si me hubieran abofeteado.

—No vais a darme ni una oportunidad, ¿verdad?

—Te hemos dado cientos —intervino mi padre.

—No. Nunca me habéis creído.

—Pues claro que no —dijo mi madre—. Eres un chico solitario que ha perdido una figura importante. Y entonces conoces a unos niños que son «especiales», igual que tu abuelo, ¿y únicamente tú puedes verlos? No hace falta ser doctor en medicina para hacer un diagnóstico. Llevas inventando amigos imaginarios desde que tenías dos años.

—Yo nunca he dicho que nadie más pudiera verlos —alegué—. Los conocisteis anoche, en el acceso de los coches.

Durante un instante mis padres me miraron como si hubieran visto un fantasma. Puede que hubieran bloqueado en su mente lo sucedido la noche anterior. A veces pasa, cuando un hecho aislado desafía completamente tu noción de la realidad.

—¿De qué estás hablando? —preguntó mi madre con voz trémula.

Por lo que parecía no podía hacer nada más que presentarles a mis amigos.

—¿Queréis conocerlos? —propuse—. ¿De nuevo?

—Jacob... —me advirtió mi padre.

—Están aquí —dije—. Os prometo que no son peligrosos. Pero... tratadlos bien, ¿vale?

Abrí la puerta e hice pasar a Emma. No había dicho nada más que «hola, señor y señora Portman» cuando mi madre pegó un chillido.

Miss Peregrine y Bronwyn entraron deprisa y corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó la directora.

Mi madre la empujó. Le propinó un empujón a miss Peregrine.

—Fuera. ¡FUERA!

Me di cuenta de que Bronwyn se contenía para no agarrar a mi madre y estamparla contra la pared.

—¡Maryann, tranquilízate! —gritó mi padre.

—¡No te van a hacer daño! —añadí yo.

Traté de aferrarla por los hombros, pero ella forcejeó para escapar y salió disparada de la habitación.

—¡Maryann! —volvió a gritar mi padre, pero cuando intentó echar a correr tras ella, Bronwyn lo agarró por los brazos. El polvo lo había dejado tan atontado que no pudo oponer resistencia.

Perseguí a mi madre escaleras abajo. Ella entró corriendo en la cocina y agarró un cuchillo de trinchar. Los demás peculiares salieron de sus escondrijos y, cuando ella se plantó de espaldas a la nevera con el cuchillo en ristre, la rodearon a una distancia de seguridad.

—¡Tranquílcese, señora Portman! —le pidió Emma—. ¡No queremos hacerle ningún daño!

—¡Alejaos de mí! —gritaba mi madre—. Oh, Dios mío. ¡Dios mío!

Puede que fuera la imagen de Olive reptando hacia ella por el techo —había cogido una red de pescar del garaje para lanzarla sobre mi madre— o la voz de Millard gritando desde lo que parecía un albornoz flotante, pero mi madre acabó por desmayarse. El cuchillo cayó al suelo con un estrépito metálico y ella se desplomó junto al arma. Ofrecía una estampa tan patética que tuve que desviar la vista.

Oía a mi padre chillar en el primer piso. Llamaba a mi madre. Seguramente creía que la habíamos matado.

—Nosotros nos ocuparemos de ella —me prometió Emma—. Ve con tu padre.

Recogí el cuchillo y lo guardé en un armario, por si mi madre recuperaba el sentido. Emma, Horace, Hugh y Millard la levantaron y la trasladaron al sofá. Yo no podía hacer nada más, así que me apresuré a subir.

Mi padre estaba acuclillado en una esquina del dormitorio, aferrado a un almohadón. Bronwyn hacía guardia en el umbral, con los brazos abiertos para atraparlo si intentaba escapar.

Cuando mi padre me vio, su expresión se tornó gélida.

—¿Dónde está? —quiso saber—. ¿Qué le han hecho?

—Mamá está bien —le aseguré—. Se ha dormido.

Él sacudía la cabeza.

—Nunca se va a recuperar de esto.

—Se recuperará. Miss Peregrine tiene el poder de borrar ciertos recuerdos.

No se acordará.

—¿Y tus tíos?

Asentí.

—Lo mismo.

Miss Peregrine entró en ese momento.

—Míster Portman. ¿Cómo está?

Mi padre le hizo caso omiso. Mantuvo los ojos clavados en mí.

—¿Cómo has podido? —Escupió las palabras—. ¿Cómo te has atrevido a traer a esas personas a nuestra casa?

—Han venido a ayudarme —respondí—. A convencerlos de que no estoy loco.

—No puede ir por ahí haciendo esas cosas. —Ahora se dirigía a miss Peregrine—. Irrumpir en la vida de la gente. Dar sustos de muerte. Borrar lo que se le antoje. No está bien.

—Parece ser que la verdad es más de lo que su esposa puede soportar... por el momento, en cualquier caso —fue la respuesta de la directora—. Pero Jacob tenía esperanzas de que su reacción fuera otra.

Mi padre se levantó, despacio. Las manos le colgaban flácidas a los costados. Parecía resignado, derrotado.

—Muy bien. Pues será mejor que me la cuentes, supongo.

Me volví a mirar a miss Peregrine.

—¿Irás todo bien?

Asentí.

—Esperaremos fuera —dijo. Bronwyn y ella salieron y cerraron la puerta.



Estuve hablando un buen rato. Me senté en la cama y mi padre tomó asiento en la butaca de la esquina, la mirada gacha y los ojos hundidos, como un niño que aguanta un sermón. No dejé que su actitud me acobardara. Le relaté la historia desde el principio y en esta ocasión estaba tranquilo.

Le conté lo que había encontrado en la isla, cómo había conocido a los niños y quiénes eran en realidad. Cómo descubrí que yo era uno de ellos. Incluso le hablé de los espíritus huecos, aunque no entré en detalles sobre lo que sucedió después, las batallas que libramos, la Biblioteca de Almas o los hermanos malvados de miss Peregrine. Por ahora bastaba con que entendiera quién era su padre y quién era yo.

Cuando terminé, él llevaba un buen rato sin pronunciar palabra. Ya no parecía asustado. Únicamente apenado.

—¿Y bien? —pregunté.

—Debería haberlo imaginado —dijo—. Por la relación que tenías con tu abuelo. Parecía como si compartierais un lenguaje secreto. —Asentía suavemente para sí—. Debería haberlo imaginado. Creo que una parte de mí ya lo sabía.

—¿A qué te refieres? ¿Sabías lo del abuelo, pero no lo mío?

—Sí. No. Diablos, no lo sé. —Ahora miraba al infinito, con atención, como si atisbara algo a través de un banco de bruma—. Supongo que en el fondo lo sabía, pero nunca quise creerlo.

Me desplacé hacia el borde de la cama.

—¿Te lo dijo?

—Creo que lo intentó, una vez. Pero debo de haber reprimido el recuerdo... o alguien me lo robó. Sin embargo, anoche... —Se golpeó la frente con un dedo—. Al ver a esas personas, mi mente lo liberó.

Ahora le tocaba a él hablar y a mí escuchar.

—Tendría unos diez años cuando sucedió. Tu abuelo viajaba a menudo por trabajo. Estaba ausente varias semanas seguidas. Yo quería acompañarlo, le rogaba y le suplicaba que me llevara con él, pero siempre se negaba, cada vez. Hasta aquel día. Aquel día accedió.

Mi padre se levantó y empezó a pasear de un lado a otro, igual que si el acto de recordar le inyectara una energía nerviosa que necesitaba quemar.

—Viajamos hasta..., no lo recuerdo exactamente, Florida del norte o Georgia. Recogimos a un socio suyo por el camino. Yo lo conocía; había estado en casa un par de veces. Un tipo de piel oscura. Siempre con un puro en la boca. Abe lo llamaba H. H, sin más. Da igual, el caso es que siempre me había tratado con cordialidad, pero en esta ocasión emanaba una energía rara, no dejaba de mirarme y, más de una vez, le oí preguntar a mi padre: «¿Estás seguro?».

»En fin. Oscureció y nos detuvimos a pernoctar. En algún viejo motel destartado. Y en mitad de la noche mi padre me despertó. Estaba asustado. Me dijo: «Frank, recoge tus cosas» y me llevó al coche. Yo obedecí, aún en pijama, y me asusté también. Porque mi padre no tenía miedo a nada. A nada. Bueno, pues salimos del aparcamiento como si nos persiguiera una horda de zombis, pero apenas si habíamos recorrido un par de manzanas cuando el coche dio un bandazo, con fuerza, como si algo nos hubiera embestido por un costado, pero no había vehículos cerca. Mi padre frenó en seco, aparcó y salió del coche a toda prisa. Me dijo: «Agáchate, Frank, escóndete», pero yo no pude desviar la mirada y entonces lo vi elevarse en el aire, como si algo invisible lo levantara en vilo. Y empezó a emitir unos horribles ruidos guturales antes de caer al suelo otra vez, sin dejar de proferir esa tos horrenda, como un animal, y sus ojos (los veía a la luz de los faros), los ojos se le quedaron blancos, como vueltos hacia atrás, y tenía la ropa manchada de porquería negra. Salí del coche y eché a correr hacia un maizal. Sin mirar atrás. Creo que debí de desmayarme en algún momento, porque no recuerdo nada más hasta que desperté en la cama del motel rodeado de mi padre, H y dos o tres personas más. Todas con un aspecto rarísimo, cubiertas de suciedad y de sangre, y ese olor fétido... Dios mío, qué hedor. Y uno de ellos, nunca lo olvidaré, carecía de rostro. Solo era una máscara de piel. Estaba tan asustado. Demasiado asustado incluso para gritar. Y mi padre me dijo: «Tranquilo, Frankie, no tengas miedo, esta señora va a hablar contigo, no tengas miedo». Y esa mujer... tenía cierto parecido con ella... —En algún momento miss Peregrine había abierto una rendija en la puerta para asomarse a la habitación y mi padre le indicó por gestos que entrara—. Me hizo algo, de tal modo que al día siguiente apenas si recordaba lo sucedido. Igual que si todo hubiera sido una pesadilla. Y mi padre, después de aquel día, nunca más lo mencionó.

—En teoría debería haberle borrado los recuerdos —dijo miss Peregrine—. Por lo que parece, no hizo un buen trabajo.

—Ojalá lo hubiera hecho —se lamentó mi padre—. Durante años sufrí horribles pesadillas. Llegué a creer que había perdido la cabeza. Mi padre le pidió que no destruyera mis recuerdos por completo. Un tanto sádico, hacerle eso a un niño, ¿no cree? Pero en el fondo él quería que yo supiera. Mi mente era como... una pizarra borrada, y si te fijabas bien todavía podías leer parte de las palabras. Pero yo no deseaba leerlas. No deseaba saber. Porque yo no

quería, de ninguna manera, conocer la verdad sobre mi padre. No quería que mi padre fuera... así.

—Tú solo querías un padre normal —apunté.

—Exacto —asintió él, como si yo le comprendiera al fin.

—Bueno, pues no lo era —le espeté—. Y yo tampoco.

—Eso parece.

Dejó de pasearse por el dormitorio y se sentó en la cama, casi de espaldas a mí.

—Su hijo es un jovencito valiente y capacitado —le recordó miss Peregrine en un tono gélido—. Debería estar muy orgulloso de él.

Mi padre farfulló algo entre dientes. Le pedí que me lo repitiera.

Cuando alzó la vista, asomó a su expresión algo que no estaba ahí momentos antes. Se parecía al odio.

—Entiendo que ya has escogido.

—No ha sido una elección —objeté—. Es mi naturaleza.

—No. Los has escogido a ellos. Prefieres a esa... gente... que a nosotros.

—¿Y por qué tiene que ser así? ¿Esto o lo otro? Podemos coexistir.

—Eso díselo a tu madre, que estaba gritando como una lunática. Díselo a tus tíos, que están... ¿dónde? ¿Qué les habéis hecho?

—Están bien, papá.

—Nada está BIEN —vociferó, a la vez que se ponía en pie—. ¡Lo has destruido todo!

Miss Peregrine se había quedado junto a la puerta, pero ahora entró como un huracán en la habitación. Bronwyn la seguía de cerca.

—Siéntese, míster Portman...

—¡No! ¡No pienso vivir en un manicomio! ¡No someteré a mi familia a esta locura!

—Podría funcionar —insistí yo—. Te digo que...

Se me acercó rabioso y por un momento pensé que iba a golpearme. Pero se detuvo en seco.

—Yo ya tomé una decisión. Hace mucho tiempo. Y ahora parece que tú has tomado la tuya.

Estábamos pecho contra pecho, mi padre congestionado y resollando con fuerza.

—Todavía soy tu hijo —susurré.

Él me miraba con los dientes apretados, pero advertí que le temblaba el

labio, como si estuviera a punto de decir algo. Y entonces dio media vuelta, se encaminó a la silla y volvió a sentarse con la cabeza entre las manos. Durante un ratito reinó en la habitación un silencio absoluto, tan solo interrumpido por su respiración agitada y temblorosa.

Por fin, le dije:

—Dime qué quieres hacer.

Alzó la cabeza sin mirarme. Se llevó un dedo a la sien.

—Adelante —dijo con voz ronca—. Borradlo. Lo ibais a hacer de todos modos, ¿no?

Yo me desesperé.

—No, si tú no quieres. No, si piensas que...

—Es lo que quiero —me interrumpió, y miró a miss Peregrine—. Pero esta vez haga bien el trabajo.

Se sentó en la butaca, inerte, y tuve la sensación de que una luz se apagaba en sus ojos.

Miss Peregrine me miró.

Yo tenía el cuerpo entumecido, de la cabeza a los pies.

Asentí. Y abandoné la habitación.



Emma acudió a mi encuentro cuando yo bajaba las escaleras a la carrera.

—¿Cómo estás? No he oído lo que ha pasado.

—Estoy bien —dije.

No lo estaba, pero aún no sabía cómo expresar lo que sentía.

—Jacob, por favor, habla conmigo.

—Ahora no —repliqué.

Necesitaba con urgencia estar solo. En realidad necesitaba gritar por la ventanilla de un coche en marcha hasta quedarme sin aliento.

Emma me soltó. Yo no me volví a mirarla; no quería ver la expresión de su rostro. Dejé atrás a mi madre, que dormía acurrucada en el sofá, y a mis amigos, que cuchicheaban apiñados en un corrillo nervioso. Aferré de un manotazo las llaves del coche, que estaban en un cuenco de madera en la cocina, entré en el garaje y aporreé el botón de apertura. La puerta del garaje emitía un molesto chirrido según hacía esfuerzos por abrirse, pero el parachoques trasero estaba tan incrustado en el metal que no lo conseguía y,

al cabo de un ratito, renunció y se sumió en el silencio. Yo maldije y propiné un puntapié a lo primero que encontré, con todas mis fuerzas. Por desgracia, era un viejo televisor tipo caja escondido debajo de la mesa de caballetes. Atravesé la parte trasera del aparato con el pie descalzo y los trozos de plástico saltaron en todas direcciones, de modo que ahora tenía el pie entumecido y seguramente lleno de cortes también. Lo extraje como pude, salí cojeando al jardín por la puerta lateral y grité en dirección a los árboles.

El nudo de rabia que hervía en mi pecho se ablandó.

Rodeé la casa hacia el jardín trasero, crucé el césped y recorrí nuestro pequeño muelle, castigado por el sol, que se proyectaba hacia la bahía. Mis padres no tenían barco. Ni siquiera una canoa. Yo únicamente usaba el muelle para una cosa: sentarme en el borde con los pies hundidos en el agua turbia y pensar en cosas desagradables. Y eso fue lo que hice en aquel momento.

Pasados un par de minutos, oí unos pasos sobre los tablones. Estaba a punto de volverme para gritarle a quienquiera que fuese que me dejara en paz, pero los andares un poco irregulares delataron a la recién llegada y yo no tenía valor para ser grosero con miss Peregrine.

—Cuidado con los clavos —le dije sin mirarla.

—Gracias —fue su respuesta—. ¿Puedo sentarme?

Yo no despegué los ojos del agua. Me encogí de hombros. Un barco se desplazaba despacio por el horizonte.

—Ya está —dijo—. Sus padres se encuentran ahora en estado de sugestión, listos para integrar la información que les demos. Necesito saber qué quiere que les diga.

—Me da igual.

El silencio se alargó varios segundos. Ella permaneció sentada en el muelle, a mi lado.

—Cuando yo tenía su edad —me confesó—, intenté algo parecido con mis padres.

—Miss Peregrine, no me apetece nada hablar ahora mismo.

—Pues límitese a escuchar.

A veces era imposible discutir con ella.

—Yo llevaba unos años interna en la academia ymbryne de miss Avocet —empezó— cuando me asaltó la idea de que seguía teniendo madre y padre y que resultaría agradable volver a verlos. Como había transcurrido un

tiempo considerable desde que me crecieran las alas y fuera expulsada de mi hogar con cajas destempladas, pensé que tal vez me vieran bajo una luz distinta: como persona, como hija, y no como una odiosa aberración. Descubrí que vivían a la sazón en una choza de las afueras. Los habían marginado por mi causa. Ni siquiera nuestros parientes querían relacionarse con ellos. Todo el mundo los creía consortes del diablo. Yo intenté congraciarme con ellos. Aún me querían, pero el miedo que yo les inspiraba era mayor. Mi madre acabó maldiciendo el día de mi nacimiento y mi padre persiguiéndome por la casa con un hierro al rojo vivo. Años después me enteré de que habían muerto; se cosieron los bolsillos cargados con piedras y se internaron en el mar.

Suspiró. Se levantó un soplo de brisa que arrastró por un momento el agobiante calor del verano. Parecía casi imposible que ese mundo que miss Peregrine estaba describiendo pudiera existir al lado de este.

—Lamento mucho lo que le pasó —dije.

—Es frecuente que nuestra familia directa no logre superar la verdad —replicó ella.

Medité esas palabras un rato, y me enfadé.

—No me ha dicho eso hace una hora. Ha dicho que merecía la pena contarles la verdad o algo así.

Ella se revolvió incómoda en el sitio y se sacudió la arena de la falda.

—Me ha parecido que debía darle la oportunidad de intentarlo.

—¿Por qué? —dije, en un tono cada vez más alto.

—No me corresponde a mí decirle cómo ser hijo de sus padres.

—En lo que a mí respecta, no tengo padres.

—No diga eso —me pidió—. Ya sé que le han dicho cosas horribles, pero no puede...

Me levanté de sopetón y salté al agua. Cogí aire y me sumergí, con la esperanza de que la negrura y el frescor repentino me impidieran pensar.

No quiere conocerte.

Ha escogido el olvido antes que saber quién eres.

Y entonces grité a las lodosas profundidades hasta quedarme sin aliento. Cuando emergí de nuevo, a cosa de unos seis metros del muelle, miss Peregrine estaba de pie, a punto de saltar detrás de mí.

—Estoy bien, estoy bien —dije. El agua era tan poco profunda en esa zona que seguías haciendo pie aunque te alejaras de la orilla—. Ya le he dicho que

no tenía ganas de hablar.

—Sí que es verdad —reconoció ella.

Se quedó plantada en el muelle y yo permanecí parado en la bahía, con el agua por la cintura y los pies hundidos en el barro mientras los pececillos me mordisqueaban las piernas.

—Le voy a decir una cosa —empezó— y no le permito que me responda con una pataleta.

—Vale.

—Ya sé que ahora mismo no le seduce la idea, pero le prometo que no se arrepentirá de renunciar a esta vida normal.

—¿Qué vida? Aquí no tengo amigos. Mis padres me temen y se avergüenzan de mí.

—Están vivos y eso es más de lo que muchos podemos decir. E, igual que hace cinco minutos, no recordarán nada de lo sucedido.

—Bueno, pero yo sí. Y no me interesa hacerme pasar por alguien que no soy durante el resto de mi vida. Si ese es el precio que tengo que pagar por ser su hijo, no vale la pena.

Me miró como si tuviera ganas de gritarme, pero se mordió la lengua.

—Yo nunca dije que ser peculiar fuera fácil —expuso al cabo de un momento—. Ser uno de nosotros acarrea numerosas dificultades y circunstancias desagradables. Aprender a relacionarse con un mundo hecho para personas que no te entienden ni pueden hacerlo..., esa es seguramente la parte más difícil. Muchos lo dejan por imposible y se retiran a los bucles. Pero nunca pensé que usted fuera uno de ellos. Posee un talento singular y no me refiero a su destreza con los huecos. Es una especie de cambiaforma, Jacob, capaz de moverse fácilmente entre mundos. Nunca fue su destino estar atado a un solo hogar o a una sola familia. Tiene varias, igual que su abuelo.

Levanté la vista en el preciso instante en que un pelícano alzaba el vuelo, cada aleteo un pequeño suspiro, e imaginé la vida de mi abuelo. Buena parte de ella había transcurrido en una decrepita choza al borde de un pantano. Su mujer y sus hijos apenas si lo conocían. Arriesgó la vida, año tras año, en la lucha por la causa peculiar y la única recompensa que obtuvo fue ser tratado como un vejstorio senil.

—No quiero ser como mi abuelo. No quiero su vida.

—Y no la tendrá. Su vida será solo suya. ¿Qué me dice de los estudios?

—Me parece que no me está escuchando. No quiero... —Le di la espalda,

abrí los brazos de par en par y grité hacia el horizonte—: ¡SABER NADA!
¡DE ESTA MIERDA!

Me volví nuevamente hacia miss Peregrine, rojo como un tomate.

—¿Ha terminado? —preguntó.

—Sí —respondí con voz queda.

—Muy bien. Ahora que me ha resumido lo que no quiere, dígame, ¿qué desea?

—Quiero hacer algo para ayudar a las únicas personas del mundo que alguna vez han demostrado un mínimo interés en mí. Los peculiares. Y quiero hacer algo importante. Algo grande.

—Me parece muy bien. —Se agachó y extendió la mano—. Puede empezar ahora mismo.

Vadeé el agua en dirección al muelle y ella me ayudó a subir.

—Hay una tarea absolutamente imprescindible que nadie en todo el reino peculiar podría llevar a cabo salvo usted —me informó miss Peregrine mientras caminábamos.

—Vale. ¿De qué se trata?

—Los niños peculiares precisan atuendos contemporáneos. Necesito que los lleve de compras.

—¿De compras? —Me detuve en seco—. No habla en serio, ¿verdad?

Se volvió a mirarme, impertérrita.

—Pues claro que sí.

—He dicho que quería hacer algo importante. ¡En el mundo peculiar!

Se me acercó, la voz grave e intensa.

—Lo he dicho anteriormente, pero lo repetiré. Es imprescindible para el futuro de nuestro mundo que esos niños aprendan a moverse por este. Y nadie salvo usted les puede enseñar, Jacob. ¿Quién si no? ¿Los que llevan tanto tiempo viviendo en los bucles que ni siquiera lo conocen? ¡No sabrían ni cómo cruzar una calle en una ciudad moderna! Y aquellos que no han vivido en bucles, o bien son demasiado viejos, o bien tan jóvenes y novatos en el mundo peculiar que ellos mismos no son sino aprendices. —Me aferró por los hombros y los estrechó con fuerza—. Lo sé. Sé que está enfadado y que desea marcharse. Pero se lo suplico. Quédese un tiempo más. Creo que conozco la manera de que viva en este mundo, de vez en cuando, cada vez que lo desee, al mismo tiempo que lleva a cabo una importante misión en los bucles, con nosotros.

—¿Ah, sí? —pregunté, escéptico—. ¿Y cómo?

—Deme hasta... —Eché mano del reloj de bolsillo que llevaba en los pantalones—. Hasta el anochecer. Entonces se lo mostraré. ¿De acuerdo?

Al principio pensé que su idea guardaba relación con el panbucleticón del Acre del Diablo, pero el bucle más cercano, el que habían usado para viajar a mi casa la noche anterior, se encontraba a horas de distancia, en medio de un pantano. Y, de todos modos, yo no quería pasarme la vida yendo y viniendo como esa gente que vive en un sitio y trabaja en otro. Yo quería olvidarme de todo esto, largarme para no volver. Pero cuesta mucho negarle algo a miss Peregrine y además había accedido a ayudar a mis amigos a aprender cosas sobre el presente. No me parecía bien incumplir mi promesa a la primera de cambio.

—Vale —accedí—. Esta noche.

—Excelente. —Estaba a punto de marcharse cuando añadió—: Oh, antes de que se me olvide. —Extrajo un sobre de su otro bolsillo y me lo tendió—. Para pagar las compras.

Curioseé el interior. Estaba lleno de billetes de cincuenta dólares.

—¿Será suficiente con eso?

—Hum, creo que sí.

Asintió con aire profesional y echó a andar hacia la casa. Me quedé allí plantado con el sobre en la mano.

—Cuántas, cuántas cosas que hacer —musitaba mientras caminaba, y al momento gritó por encima del hombro, agitando un dedo en el aire—: ¡Esta noche!



TRES

Como el turismo de mis padres, ahora de solo tres puertas, únicamente podía transportar a la mitad del grupo, tuvimos que ir de compras en dos turnos. El primero incluiría a Emma, porque yo siempre le daba preferencia y no trataba de ocultarlo; Olive, porque era una compañía alegre y yo necesitaba que me animasen; Millard, porque me estuvo incordiando hasta que accedí; y Bronwyn, porque tuvimos que recurrir a sus músculos para forzar la puerta del garaje. Les prometí a Hugh, Horace, Enoch y Claire que volvería a buscarlos pasadas un par de horas. Horace dijo que, de todas formas, no quería comprar ropa.

—El día que los pantalones vaqueros pasaron a formar parte del atuendo cotidiano —sentenció, mirándome con recelo— la moda contemporánea perdió toda su credibilidad. Hoy día la gente se viste como si estuviera en un campamento de vagabundos.

—Tienes que cambiar de indumentaria —dijo Claire—. Lo dice miss Peregrine.

Enoch se enfurruñó.

—¡Lo dice miss Peregrine, lo dice miss Peregrine! Pareces un juguete de cuerda.

Los dejamos discutiendo y nos encaminamos al garaje. Con un trozo de cinta plateada, alambre de embalar y una pequeña soldadura por puntos que Emma nos facilitó, conseguimos reacoplar la portezuela del conductor; no se dejaba abrir y cerrar, pero era menos probable que unos policías curiosos nos dieran el alto llevando cuatro puertas que tres. Cuando terminamos, nos apretujamos en el interior. Al poco rato estábamos serpenteando por la carretera flanqueada de banianos que recorre el centro de Cayo Needle.

Grandes casas se erguían a cada lado, separadas por breves vistas del mar. Era la primera vez que mis amigos contemplaban este mundo a sus anchas y a la luz del día, y lo admiraban en silencio, las chicas pegadas a las ventanillas traseras, el aliento de Millard empañando el cristal del asiento delantero. Intenté imaginar qué impresión les causaba ese paisaje que se había tornado casi invisible para mí a fuerza de verlo a diario.

El cayo se estrechaba según avanzábamos hacia el sur, y las grandes casas dieron paso a otras más pequeñas, luego a los bloques de apartamentos construidos en la década de 1970, cuyos nombres se anunciaban en carteles horteras: ISLAS POLINESIAS, COSTAS PARAÍSO, ISLA FANTASÍA. Cuando llegamos a la zona comercial, nuevos estallidos de color: bazares para turistas con tejadillos rosa fucsia que vendían crema solar y fundas de cerveza; tiendas de cebos color amarillo brillante; inmobiliarias con marquesinas a rayas. Y bares, claro, con sus danzantes antorchas tiki dispuestas en dos filas y las puertas abiertas para ceder el paso a la brisa marina y dar salida al crepitante murmullo de Jimmy Buffett en versión karaoke, que resonaba hasta la orilla del mar. El límite de velocidad era tan bajo y la carretera estaba tan atestada de playeros borrachos de sol que tenías tiempo de cantar los temas según pasabas de largo. Nada había cambiado en toda mi vida. Igual que una obra que lleva años en cartelera, podías prever al segundo los movimientos de los actores y la duración de las escenas, idénticos a diario: los turistas europeos, rojos como gambas, que se freían a la exigua sombra de las palmas de abanico; los curtidos pescadores dispuestos a lo largo del puente, con sus sombreros y sus barrigones flácidos, que lanzaban el sedal al agua junto a sus neveras portátiles.

Dejando el cayo atrás, los neumáticos zumbando sobre las rejillas del puente, nos elevamos sobre la reluciente bahía. A continuación descendimos hacia el continente, un archipiélago de pequeños centros comerciales y zonas de tiendas rodeados de inmensos aparcamientos.

—Qué paisaje tan raro —observó Bronwyn, rompiendo así el silencio—. ¿Por qué Abe quiso vivir aquí, pudiendo elegir cualquier parte de los Estados Unidos?

—Los peculiares consideraban Florida una zona ideal para esconderse —informó Millard—. Antes de las guerras con los huecos, al menos. Los circos se refugiaban en estos lares en invierno y la zona central del estado es un pantano inhóspito. Dicen que cualquiera, por muy peculiar que fuera, podía encontrar aquí un lugar donde pasar desapercibido... o desaparecer.

Dejamos atrás el corazón beis de la ciudad y pusimos rumbo al quinto pino. Más allá del centro comercial dedicado a las gangas, ahora clausurado; más allá de la urbanización que nunca se terminó de construir, invadida por la maleza, acechaba la mayor de todas las grandes superficies. Hacia allí nos dirigíamos. Doblé por Piney Woods Road, un pasillo de un kilómetro y

medio a lo largo del cual se alinean todas las residencias de ancianos de la ciudad, más de cincuenta y cinco parques de casas rodantes y varias comunidades para jubilados. Descaradas vallas publicitarias de hospitales, clínicas de urgencias y funerarias flanqueaban la carretera. En la ciudad todo el mundo se refería a Piney Woods Road como «la autopista hacia el cielo».

Reduje la marcha cuando nos aproximamos a un gran cartel que mostraba un círculo de pinos y solo después de tomar el desvío caí en la cuenta de mi error. Había rutas distintas para llegar al centro comercial en cuestión, pero había escogido esa por la fuerza de la costumbre. Distráido como estaba, mi subconsciente había elegido el camino por mí. Era la entrada de Circle Village, el barrio de mi abuelo.

—¡Ups, no es por aquí! —exclamé al tiempo que frenaba para dar marcha atrás.

Sin embargo, antes de que pudiera girar y regresar a la carretera, Emma dijo:

—Espera un momento. Jacob..., espera.

Mi mano se detuvo sobre el cambio de marchas. Una pequeña ola de miedo recorrió mi cuerpo.

—¿Sí?

Emma miraba a un lado y a otro, alargando el cuello para asomarse por el parabrisas trasero.

—¿No es aquí donde vivía Abe? —preguntó.

—Sí, es aquí.

—¿De verdad? —dijo Olive, que se incorporó entre los dos asientos delanteros—. ¿Aquí?

—Me he desviado sin querer —confesé—. He pasado tantas veces por aquí que ha sido, en plan, memoria muscular.

—Me gustaría verlo —pidió Olive—. ¿Podemos echar un vistazo?

—Lo siento, hoy no tenemos tiempo —me disculpé, a la vez que le echaba una ojeada a Emma por el retrovisor. Solo pude verle la nuca; se había girado en redondo y ahora miraba por el cristal de atrás la caseta del guarda que marcaba el principio del barrio.

—Pero si ya estamos aquí —insistió Olive—. Siempre hablábamos de venir de visita, ¿os acordáis? ¿No os habéis preguntado siempre cómo sería su casa?

—Olive, no —dijo Millard—. No es buena idea.

—Claro que no —lo apoyó Bronwyn, que le propinó un codazo a Olive y luego señaló a Emma con la cabeza—. Otro día, quizá.

Olive captó la indirecta por fin.

—Ah. Vale. ¿Sabéis qué? En realidad a mí tampoco me apetece...

Conecté el intermitente para girar. Estaba a punto de entrar en la carretera cuando Emma volvió a mirar al frente.

—A mí sí —declaró—. Me gustaría ver su casa.

—¿De verdad? —pregunté.

—¿Estás segura? —insistió Millard.

—Sí. —Frunció el ceño—. No me miréis así.

—¿Cómo? —quise saber.

—Con cara de que no podré soportarlo.

—Nadie ha dicho eso —protestó Millard.

—Pero lo pensabais.

—¿Y qué pasa con las compras? —intervine, con la esperanza de reconducir la situación.

—Creo que deberíamos presentarle nuestros respetos —arguyó Emma—. Eso es más importante que la ropa.

La idea de mostrarles la casa medio vacía de Abe se me antojaba sumamente morbosa, pero, estando allí, me pareció cruel negarles el deseo.

—Vale —accedí a regañadientes—. Un momento nada más.

Para los demás, creo, se trataba de simple curiosidad, de saber más sobre la vida que llevara Abe después de abandonar el bucle. En el caso de Emma, el gesto tenía más trascendencia. Yo sabía que desde su llegada a Florida pensaba con frecuencia en mi abuelo. Se había pasado años intentando imaginar cómo y dónde vivía, componiendo una idea incompleta de su existencia en los Estados Unidos a partir de las cartas que le enviaba de vez en cuando. Durante años había soñado con hacerle una visita y ahora que estaba aquí en carne y hueso no podía quitarse la idea de la cabeza. Noté cómo lo intentaba, y fracasaba. Había pasado demasiado tiempo soñando con esto: con él, con este sitio. Últimamente el fantasma de mi abuelo flotaba entre los dos cuando estábamos a solas, una sensación nueva e inquietante. Puede que ver la casa donde Abe vivió —y murió— nos ayudara a dejarlo descansar en paz.



Llevaba meses sin pisar el domicilio de mi abuelo, desde que mi padre y yo emprendimos el viaje a Gales, cuando yo aún no sabía nada. De todos los momentos surreales que había vivido desde la llegada de mis amigos, ninguno fue más parecido a un sueño que conducir por el apacible y escarpado barrio de Abe con las mismas personas que él quiso que conociera.

Qué poco había cambiado: allí estaba el mismo guardia saludándonos en la verja, la blancura fantasmal de su cara cubierta de protección solar. Los mismos duendes de jardín, flamencos de plástico y oxidados buzones en forma de pez delante de casas con fachadas idénticas, como una caja de pinturas pastel desvaídas. Allí estaban los mismos espectros marchitos, pedaleando despacio en sus triciclos ortopédicos entre la pista de tejo y la sala comunitaria. Como si este lugar estuviera también atrapado en un bucle temporal. Puede que por eso lo eligiera mi abuelo para vivir.

—Es una morada humilde, desde luego —comentó Millard—. Nadie habría imaginado que un famoso cazador de huecos vivía aquí.

—Seguro que lo hizo adrede —replicó Emma—. Abe tenía que pasar desapercibido.

—Pese a todo, esperaba algo con más clase.

—A mí me parece bonito —opinó Olive—. Tantas casitas, todas en fila. Pero me da pena que, después de tantos años deseando hacerle una visita, no esté aquí para recibirnos.

—¡Olive! —la regañó Bronwyn.

Olive miró de reojo a Emma e hizo un mueca compungida.

—No pasa nada —intervino la segunda en tono alegre. Pero cuando busqué sus ojos en el espejo retrovisor, desvió la mirada a toda prisa.

Me pregunté si acaso en el fondo no pretendía demostrarme algo: que no lo añoraba, que las viejas heridas ya no le dolían.

Entonces doblé una esquina y allí estaba por fin, humilde como una caja de zapatos, al final de una calle sin salida invadida por la maleza. Las casas parecían un tanto abandonadas en Morningbird Lane —casi todos los vecinos seguían en el norte, apurando el verano—, pero la de Abe ofrecía peor aspecto que las demás: desde la hierba espigada hasta la cornisa amarilla que discurría bajo el tejado, deslucida y desconchada. Abe, como descubrirían sus vecinos cuando regresaran en otoño, se había marchado para siempre.

—Bueno, pues aquí la tenéis —dije a la vez que aparcaba en la zona de

entrada—. Una casa normal y corriente.

—¿Cuánto tiempo vivió aquí? —quiso saber Bronwyn.

Me disponía a responder cuando me distrajo un detalle en el que no había reparado hasta ahora: un cartel con el anuncio EN VENTA clavado en la hierba. Me apeé, crucé el jardín como una flecha, lo arranqué y lo tiré en cualquier parte.

Nadie me lo había dicho. Pues claro que no; habría tenido un berrinche y mis padres no querían pasar por eso. Mis sentimientos los incomodaban demasiado.

Emma se acercó a mí.

—¿Va todo bien?

—Debería preguntártelo yo a ti —respondí.

—Yo estoy bien —me aseguró—. Solo es una casa. ¿Vale?

—Vale —asentí—. Y entonces ¿por qué me da tanta rabia que mis padres la vendan?

Me abrazó por detrás.

—No hace falta que me expliques nada. Lo entiendo.

—Gracias. Y yo también lo entenderé si necesitas marcharte, cuando sea. No tienes más que decirlo.

—Todo irá bien —me prometió. Luego, con voz más queda—: Pero gracias.

Un súbito alboroto estalló en el coche. Cuando nos dimos la vuelta, vimos a Bronwyn y a Olive plantadas junto al maletero.

—¡Hay alguien ahí dentro! —gritó Bronwyn.

Corrimos hacia ellas. Oímos una voz ahogada que gritaba en el interior. Pulsé un botón del mando y el maletero se abrió. Enoch salió como empujado por un resorte.

—¡Enoch! —exclamó Emma.

—¿Qué narices hacías ahí dentro? —lo regañé.

—¿De verdad pensabais que me ibais a dejar en casa? —Parpadeó ante la explosión de luz solar—. Ni en sueños.

—Ese cerebro tuyo —dijo Millard, negando con la cabeza—. A veces supera todo lo imaginable.

—Sí, soy tan inteligente que a la gente le cuesta seguirme. —Enoch bajó como pudo del maletero y luego miró a un lado y a otro, desconcertado—. Un momento. Esto no es una tienda de ropa.

—Santo cielo, qué inteligente —masculló Millard.

—Es la casa de Abe —aclaró Bronwyn.

Enoch nos miró boquiabierto.

—¿¡Qué!?! —Enarcó una ceja mirando a Emma—. ¿De quién ha sido la idea?

—Mía —salté yo, con la esperanza de cortar de raíz una conversación incómoda.

—Hemos venido a presentarle nuestros respetos —dijo Bronwyn.

—Si tú lo dices —replicó Enoch.

Yo no llevaba encima las llaves de la casa, pero daba igual. Había un juego de repuesto escondido debajo de una concha marina, en el huerto, cuya existencia solo el abuelo Portman y yo conocíamos. Por alguna razón fue agradable encontrarlo en el escondite de siempre. Poco después abría la puerta principal y entrábamos en tromba.

El aire acondicionado debía de llevar apagado casi todo el verano. Hacía calor y olía a cerrado. Aún peor que la temperatura asfixiante era el estado de la casa. La ropa y los papeles se amontonaban de cualquier manera en el suelo, los artículos domésticos estaban escampados por las encimeras, la basura se derramaba de una pirámide de bolsas en un rincón. Mi padre y mi tía nunca terminaron de revisar las pertenencias del abuelo Portman. Mi padre abandonó el proyecto (y la casa, al parecer) cuando nos marchamos a Gales y plantó el cartel que anunciaba la venta en el jardín delantero con la esperanza de que alguien terminara el trabajo por él. Parecía una tienda del Ejército de Salvación saqueada, no el hogar de un anciano respetable, y creí morirme de vergüenza. Me sorprendí a mí mismo tratando de disculparme, dando explicaciones y aseando la casa, todo a la vez, como si pudiera ocultar el desastre que teníamos delante.

—¡Jolines! —dijo Enoch, haciendo chasquear la lengua mientras miraba a un lado y a otro—. Debía de estar en la ruina.

—No... Esto... La casa nunca estuvo así —balbuceé al tiempo que recogía viejas revistas del sillón de Abe—. Al menos, no mientras estaba vivo.

—Jacob, déjalo —me pidió Emma.

—¿Podéis esperar fuera un momento mientras recojo todo esto?

—¡Jacob! —Emma me aferró por los hombros—. Para.

—No tardo nada —prometí—. Él no vivía así. Os lo juro.

—Ya lo sé —dijo Emma—. Abe era incapaz de sentarse a desayunar si no

llevaba una camisa limpia.

—Exacto —me desesperé—. Y...

—Queremos ayudarte.

Enoch hizo una mueca.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —aplaudió Olive—. Todos colaboraremos.

—Me parece bien —accedió Bronwyn—. No podemos dejar esto así.

—¿Por qué no? —se extrañó Enoch—. Abe ha muerto. ¿A quién le importa si su casa está limpia o sucia?

—A nosotros —respondió Millard, y el otro se tambaleó como si lo hubieran empujado—. Y si no piensas ayudar, ve a encerrarte en el maletero otra vez.

—¡Eso! —exclamó Olive.

—No hace falta llegar a esos extremos, compañeros. —Enoch echó mano de la escoba que había en un rincón y la agitó ante nosotros—. ¿Lo veis? Yo también juego. ¡A barrer!

Emma aplaudió.

—¡Vamos a dejar esta casa como los chorros del oro!

Nos arremangamos y pusimos manos a la obra. Emma tomó el mando, dando órdenes a diestro y siniestro como un sargento, seguramente para evitar que su mente cediera a la melancolía.

—Los libros a los estantes. La ropa a los armarios. ¡La basura a los cubos!

Con una mano, Bronwyn levantó el sillón de Abe como si fuera una mancuerna.

—¿Y esto dónde va?

Quitamos el polvo y barrimos. Abrimos las ventanas para que entrara aire fresco. Bronwyn sacó las enormes alfombras al jardín y les sacudió el polvo... ella sola. Incluso Enoch colaboró sin protestar una vez que pillamos el ritmo. Todo estaba cubierto de suciedad y mugre, y la porquería se nos adhirió a las manos, a la ropa y al pelo, pero a nadie le importó.

Mientras trabajábamos, yo veía fantasmales imágenes de mi abuelo por todas partes. En el sillón, leyendo una novela de espías. En la ventana de la sala, recortado contra la luminosa tarde, mirando al exterior. «Espero al cartero», decía, y reía por lo bajo. Inclinado sobre un guiso polaco en la cocina, contándome historias mientras lo removía. En la gran mesa de dibujo que tenía en el garaje, entre un despliegue de chinchetas y hebras de lana,

dibujando mapas conmigo en las tardes de verano. «¿Dónde ponemos el río? —preguntaba, y me tendía un rotulador azul—. ¿Y el pueblo?». Su pelo blanco de punta como volutas de humo que ascendieran desde su cabeza. «¿Qué te parece si lo ponemos mejor aquí?», decía según guiaba mi mano hacia este lado o hacia el otro.

Cuando hubimos terminado, salimos al porche buscando el fresco de la brisa y enjugándonos la frente. Enoch tenía razón, claro que sí: nadie iba a apreciar el trabajo que habíamos hecho. Solo era un detalle, inútil pero significativo. Los amigos de Abe no pudieron asistir a su funeral. En cierto sentido, limpiar su casa fue un gesto de despedida.

—No hacía falta, chicos —les dije.

—Ya lo sabemos —respondió Bronwyn—. Pero ha estado bien.

Desenroscó el tapón de un refresco que habíamos encontrado en la nevera, tomó un largo trago, eructó y se lo pasó a Emma.

—Me sabe mal que los demás no estén aquí —dijo Emma después de tomar un pequeño sorbo—. Deberíamos traerlos más adelante, para que vean la casa también.

—Pero aún no hemos terminado, ¿verdad? —preguntó Enoch. Parecía sinceramente decepcionado.

—La casa ya está —confirmé—. A menos que quieras limpiar el jardín también.

—¿Y su cuartel general? —quiso saber Millard.

—¿Qué?

—Ya sabes, la habitación en la que Abe planeaba los ataques contra los huecos, recibía mensajes en clave de otros cazadores y todo eso... Debía de tener uno.

—Mmm, pues no. No tenía ninguno.

—Puede que no te hablara de él —sugirió Enoch—. Seguro que guardaba allí un montón de materiales de alto secreto y tú eras demasiado pequeño y tonto para entenderlos.

—Estoy segura de que si Abe hubiera tenido un cuartel general, Jacob lo sabría —intervino Emma.

—Sí —dije. Aunque no estaba tan seguro. Yo era el mismo niño que, cuando mi abuelo me contó la verdad sobre los peculiares, se dejó convencer por los matones del colegio de que se trataba de un cuento de hadas. Prácticamente le llamé mentiroso a la cara, y sé que mi reacción hirió sus

sentimientos. Así pues, es posible que no me confiara un secreto tan importante, porque yo tampoco confiaba en él. Por otro lado, ¿cómo ocultar un cuartel general en una casa tan pequeña como esta?

—¿Y en el sótano? —discurrió Bronwyn—. Abe debía de tener un sótano inexpugnable para protegerse de los ataques de los huecos.

—De haber tenido un sótano como ese —repliqué, cada vez más mosqueado—, el hueco no habría acabado con él, ¿no crees?

A Bronwyn le dolió mi reacción. Se hizo un silencio, breve e incómodo.

—¿Jacob? —dijo Olive—. ¿Esto es lo que creo que es?

Parada junto a la puerta mosquitera que daba al jardín trasero, pasaba la mano por un desgarrón alargado de la red.

Monté en cólera otra vez. ¿Por qué mi padre no la había arreglado o había arrancado la red por completo? ¿Por qué seguía ahí colgando, como una prueba en la escena de un crimen?

—Sí, por ahí entró el hueco —asentí—. Pero no sucedió aquí. Lo encontré... —Señalé hacia el bosque—. Bastante lejos.

Olive y Bronwyn intercambiaron una mirada elocuente. Emma se miró los pies a la vez que palidecía. Puede que la situación empezara a superarla, finalmente.

—No hay nada que ver, en realidad, solo arbustos y plantas —les aseguré—. Ni siquiera creo que pueda encontrar el sitio exacto.

Era mentira. Podría encontrarlo con los ojos cerrados.

—Si pudieras intentarlo... —me pidió Emma, alzando la vista para mirarme. Tenía la mandíbula tensa, el ceño fruncido—. Necesito ver dónde sucedió.



Los guie entre la alta maleza hasta el lindero del bosque y luego me sumergí con ellos en el lúgubre pinar. Les mostré cómo evitar el enmarañado monte bajo para que no se cortaran con los punzantes sabales ni se enredaran con las zarzas, y cómo identificar y esquivar las zonas donde anidan las serpientes. Según avanzábamos, volví a relatar lo sucedido aquella fatídica noche, la misma que dividió mi vida entre «antes» y «después». La llamada que me hizo Abe, aterrado, al trabajo. El rato que tardé en llegar porque tenía que esperar a que me llevara un amigo; un retraso que pudo costarle la vida a mi

abuelo o que tal vez salvó la mía. El estropicio que encontré en la casa cuando llegué y el momento en que atisé la linterna de mi abuelo, encendida entre las plantas del bosque. Cómo me abrí paso entre los negros árboles, igual que ahora, y entonces...

Un susurro entre la maleza provocó un salto colectivo.

—Solo es un mapache —los tranquilicé—. No os preocupéis, si hubiera espíritus huecos por aquí cerca, yo lo notaría.

Rodeamos una mata que me sonaba de algo, pero no estaba seguro de haber encontrado el lugar exacto en el que murió mi abuelo. Los bosques de Florida crecen deprisa y, desde la última vez, la vegetación se había extendido y había adoptado formas que no reconocía. Supongo que no era capaz de encontrar el sitio exacto con los ojos cerrados, después de todo. Habían pasado demasiados meses.

Me interné en un claro soleado donde las zarzas crecían bajas y la maleza parecía pisoteada.

—Fue por aquí, creo.

Formamos un corro abierto y guardamos un momento de silencio espontáneo. Luego, uno a uno, mis amigos se turnaron para despedirse de mi abuelo.

—Fuiste un gran hombre, Abraham Portman —empezó Millard—. Los peculiares necesitamos más personas como tú. Te echamos de menos, querido amigo.

—No es justo que acabaras así —dijo Bronwyn—. Ojalá hubiéramos podido protegerte como tú nos protegiste.

—Gracias por enviar a Jacob —prosiguió Olive—. De no ser por él, todos estaríamos muertos.

—Tampoco exageremos —intervino Enoch y, como había hablado, le tocó a él. Retorció el pie sobre la tierra un buen rato, antes de decir—: No debiste dejar que te mataran. ¿Por qué hiciste esa tontería? —Lanzó una carcajada amarga—. Si alguna vez me porté como un idiota contigo, te pido perdón. Por si sirve de algo, me gustaría que no hubieras muerto. —Desvió la vista y añadió con voz queda—: Adiós, viejo amigo.

Olive se llevó la mano al corazón.

—Enoch, eso ha sido muy bonito.

—Vale, ya está bien. —Enoch negó con la cabeza, azorado, y echó a andar—. Os espero en la casa.

Bronwyn y Olive miraron a Emma, que todavía no había hablado.

—Me gustaría quedarme un momento a solas, por favor —pidió.

Las chicas suspiraron decepcionadas. A continuación todos siguieron los pasos de Enoch excepto yo.

Emma me lanzó una ojeada. Enarqué las cejas.

—¿Yo también?

Adoptó una expresión apurada.

—Si no te importa...

—Claro que no. Estaré aquí mismo. Por si me necesitas.

Asintió. Me alejé treinta pasos, me recosté contra un árbol y esperé. Emma se tomó su tiempo. Intenté no mirarla con atención, pero cuanto más rato pasaba más me costaba despegar la vista de la parte trasera de su cabeza para ver si se movía, de sus hombros para comprobar si temblaban.

Mis ojos vagaron hasta un buitre que planeaba en círculos sobre la zona. Bajé la vista un instante después, cuando oí un rumor entre la maleza.

Bronwyn corría hacia mí. Me pegué tal susto que por poco me caigo.

—¡Jacob! ¡Emma! ¡Tenéis que venir! ¡Deprisa!

Emma la oyó y se acercó a la carrera.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Hemos encontrado algo —dijo Bronwyn—. En la casa.

La expresión de su rostro me hizo sospechar que se trataba de algo horrible. Un cadáver. Pero su voz denotaba emoción.



Estaban todos plantados en la sala que Abe usaba como despacho. Habían enrollado a un lado la vieja alfombra persa que cubría la habitación de punta a punta, de tal modo que ahora asomaba la tarima pálida y gastada.

Emma y yo resollábamos por la carrera.

—Dice Bronwyn... que habéis encontrado algo —fue el saludo de Emma.

—Quería poner a prueba una teoría —asintió Millard—. De modo que, mientras retozabais por el bosque, le he pedido a Olive que caminara por la casa.

Olive avanzó un par de pasos. Sus zapatos lastrados resonaron con fuerza con cada pisada.

—Imaginad mi sorpresa cuando la he oído caminar por esta habitación.

Olive, ¿les haces una demostración?

Ella se acercó a la pared y recorrió el despacho pateando el suelo como un caballo. Cuando llegó al centro, el sonido de sus pasos mudó de un golpe sordo a uno hueco... y ligeramente metálico.

—Hay algo ahí debajo —apunté.

—Un vacío. Una concavidad —apostilló Millard.

Oí el toque de la rodilla de Millard contra el suelo. Acto seguido, un abrecartas flotó junto al piso, con la punta señalando hacia abajo. La hoja se hincó entre dos tablones y, emitiendo un gruñido, Millard hizo palanca para despegar una sección de suelo de unos treinta centímetros cuadrados, que se abrió sobre unas bisagras. Al otro lado apareció una puerta con el tamaño justo para que pasara un hombre adulto.

—La hostia.

Olive me miró escandalizada. Yo casi nunca soltaba tacos delante de ellos, pero es que aquello era..., bueno, la hostia.

—Es una puerta —observé.

—Más bien una escotilla, en realidad —me corrigió Bronwyn.

—Detesto a la gente que dice «ya te lo dije» —comentó Millard—, pero... ya os lo dije.

La escotilla estaba fabricada en acero gris. Tenía la maneta empotrada y un teclado numérico. Me arrodillé y golpeé el metal con los nudillos. Sonaba sólido y fuerte. Luego probé la maneta, pero no se desplazó.

—Está bloqueada —me informó Olive—. Ya hemos intentado abrirla.

—¿Cuál es la combinación? —me preguntó Bronwyn.

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Ya os dije que no lo sabría —señaló Enoch—. No sabes gran cosa, ¿verdad?

Suspiré.

—Dejad que lo piense un segundo.

—¿Podría ser la fecha de cumpleaños de alguien? —sugirió Olive.

Intenté unas cuantas —la mía, la de Abe, la de mi padre, la de mi abuela, incluso la de Emma—, pero ninguna funcionó.

—No es ninguna fecha de cumpleaños —dijo Millard—. Abe nunca habría recurrido a una contraseña tan obvia.

—Ni siquiera sabemos de cuántos números consta —se lamentó Emma.

Bronwyn me estrechó el hombro.

—Venga, Jacob. Piensa.

Traté de concentrarme, pero mis sentimientos heridos no dejaban de distraerme. Siempre me había considerado el gran camarada de Abe. ¿Cómo era posible que nunca me hubiera mencionado la puerta secreta del suelo de su despacho? La mitad de su vida estuvo sumida en misterio y jamás hizo el menor intento por compartirla conmigo, no de verdad. Me contó historias que parecían cuentos de hadas y me enseñó unas cuantas fotos viejas, es cierto, pero nunca me reveló nada. Yo no habría puesto en duda sus relatos si me hubiera ofrecido alguna prueba... como la puerta de su habitación secreta.

A diferencia de mi padre, yo quería creer.

¿Acaso le supo tan mal que cuestionara sus palabras que renunció a sus planes de contármelo todo? Lo dudaba mucho. Si me hubiera revelado la verdad pura y dura, habría protegido sus secretos con mi vida. Creo que, al final, prefirió que yo no supiera nada porque sencillamente ya no confiaba en mí. Y ahí estaba yo, tratando de descifrar la combinación de una puerta de la que nunca me habló, tras la cual había secretos que no estaba destinado a conocer.

Así pues, ¿por qué molestarse?

—No se me ocurre nada —dije, y me levanté.

—¿Te rindes? —me desafió Emma.

—Vete a saber —repliqué—. Puede que no sea más que un sótano maloliente.

—Sabes que no.

Me encogí de hombros.

—Mi abuela se tomaba la conserva de frutas muy en serio.

Enoch suspiró, frustrado.

—Puede que nos estés ocultando algo.

—¿Qué? —exclamé, encarándome con él.

—Creo que conoces la clave, pero te quieres guardar los secretos de Abe para ti. Aunque hayamos encontrado la puerta.

Enfadado, avancé un paso. Bronwyn se interpuso entre los dos.

—¡Jacob, tranquilízate! Enoch, calla. No estás ayudando.

Le hice la peineta.

—Bah, ¿a quién le importa lo que esconda la madriguera de Abe? —dijo Enoch, y soltó una carcajada—. Seguro que ahí dentro no hay nada más que una montaña de cartas de amor para Emma.

Ahora fue ella la que le hizo la peineta.

—O puede que haya un altar con una gran foto suya y un montón de velas... —Aplaudió, muerto de risa—. Uf, sería incomodísimo para vosotros dos.

—Ven aquí para que te pueda quemar las cejas —lo amenazó Emma.

—No le hagas caso —le dije.

Ella y yo nos retiramos a la entrada con las manos en los bolsillos. Nos había puesto de mal humor a los dos.

—No os estoy ocultando nada —le aseguré con voz queda—. De verdad que no conozco la contraseña.

—Ya lo sé —respondió, y me posó la mano en el brazo—. Estaba pensando. Puede que no sea un número.

—Pero si es un teclado numérico.

—Tal vez sea una palabra. Las contraseñas constan de cifras y letras, ¿no?

Me acerqué a la puerta secreta para mirar el teclado. Tenía razón: cada una de las cifras llevaba tres letras debajo, igual que las teclas de un teléfono.

—¿Se te ocurre alguna palabra que tuviera un significado especial para los dos? —me sugirió.

—¿E-m-m-a? —propuso Enoch.

Di media vuelta.

—Te lo juro por Dios, Enoch...

Bronwyn lo levantó en vilo y se lo echó al hombro.

—¡Eh! ¡Bájame!

—Te has ganado un descanso —replicó ella, y abandonó la habitación cargada con Enoch, que se retorció y protestaba.

—Como iba diciendo —prosiguió Emma—, ¿algún secreto que compartierais los dos? Algo que nadie más conociera.

Lo medité un ratito, luego me arrodillé junto a la escotilla. Para empezar probé con los nombres —el mío, el de Abe, el de Emma—, pero nada de nada. Luego, solo por probar suerte, tecléé la palabra p-e-c-u-l-i-a-r.

Nada. Demasiado evidente.

—¿Sabes?, podría no ser una palabra inglesa —se le ocurrió a Millard—. Abe también hablaba polaco.

—¿Y si lo consultas con la almohada? —propuso Emma.

Sin embargo, mi mente funcionaba ahora a toda pastilla. Polaco. Sí, mi abuelo lo hablaba de tanto en tanto, sobre todo consigo mismo. Nunca me

enseñó ninguna palabra salvo una. Tygrysku, el apodo cariñoso que usaba para dirigirse a mí. Significa «pequeño tigre».

Lo tecleé.

El mecanismo interior se abrió con un chasquido metálico.

La hostia.



Detrás de la puerta apareció una escala que se hundía en las tinieblas. Deslicé el pie hacia el primer peldaño.

—Deseadme suerte —dije.

—Será mejor que baje yo en primer lugar —se ofreció Emma. Abrió la mano y creó una llama.

—Debería ser yo —insistí—. Si hay algún monstruo ahí abajo, prefiero que me devore a mí.

—Eres todo un caballero —me espetó Millard.

Descendí diez peldaños hasta un suelo de hormigón. La temperatura era cosa de diez o quince grados más fría ahí abajo. Delante de mí, reinaba una oscuridad total. Eché mano del teléfono y proyecté la luz a un lado y a otro. El tenue resplandor únicamente sirvió para mostrarme los muros: curvados, de hormigón gris. Era un túnel, estrecho hasta extremos claustrofóbicos y tan bajo que tuve que encorvarme. La luz de mi teléfono no bastaba para revelarme qué acechaba allí delante ni tampoco la longitud del túnel.

—¿Y bien? —gritó Emma.

—¡No hay monstruos! —vociferé—. Pero me vendría bien un poco de luz. A la porra mi caballerosidad.

—¡Bajo enseguida! —respondió Emma.

—¡Nosotros también! —oí decir a Olive.

Y fue entonces, mientras esperaba a que mis amigos descendieran, cuando caí en la cuenta: mi abuelo sí quería que encontrara su escondrijo.

Tygrysku. Una miguita de pan en el bosque. Igual que la postal de miss Peregrine que dejó en el libro de Emerson.

Emma llegó al fondo y prendió una llama en su mano.

—Bueno —comentó, mirando el túnel que se alargaba ante ella—. No parece un sótano maloliente.

Me hizo un guiño y yo le sonreí. Parecía tranquila y dueña de sí, pero estoy

seguro de que fingía; yo tenía los nervios de punta.

—¿Puedo bajar? —gritó Enoch desde arriba—. ¿O me vais a castigar por tener sentido del humor?

Bronwyn acababa de alcanzar el final de la escalera.

—Quédate donde estás —le ordenó—. Si viniera alguien, no queremos que nos pille aquí abajo desprevenidos.

—¿Si viniera quién? —preguntó él.

—Quien sea —replicó Bronwyn.

Nos apiñamos alrededor de Emma, que alargó la mano con la llama para iluminarnos.

—Moveos despacio, estad atentos a los sonidos extraños y aguzad los sentidos —nos instruyó—. No sabemos qué hay aquí abajo y es posible que Abe protegiera este sitio con trampas.

Empezamos a avanzar, encorvados y con tiento. Traté de calcular dónde estábamos en relación con la casa basándome en la dirección del túnel. Cuando llevábamos recorridos seis u ocho metros, deduje que nos encontrábamos debajo del comedor. A los doce metros, comprendí que habíamos abandonado la vivienda y, un tramo más allá, supe que estábamos debajo del jardín delantero.

El túnel iba a parar a una puerta. Parecía pesada, igual que la escotilla que habíamos dejado atrás, pero colgaba de los goznes ligeramente desencajada.

—¿Hola? —grité. Bronwyn se llevó un susto tremendo al oír mi voz—. Perdona —me disculpé.

—¿Esperas que te conteste alguien? —me preguntó Millard.

—No. Pero nunca se sabe.

Aunque procuraba disimularlo, estaba tan nervioso que vibraba por dentro.

Emma cruzó la puerta y luego se incorporó para mover la llama a un lado y a otro.

—Parece seguro —dijo—. Y esto nos va a venir de perlas.

Pulsó un interruptor y un panel de luces fluorescentes iluminó la sala.

—¡Bien! —exclamó Olive—. Eso está mejor.

Emma cerró la mano para extinguir la llama mientras todos nos precipitábamos al interior. Di una vuelta sobre mis talones, despacio, para observarlo todo. El búnker era pequeño, de unos seis metros por cuatro y medio, pero por fin podía erguirme todo lo largo que era. Estaba meticulosamente ordenado, como era propio de mi abuelo. Vi dos pares de

literas pegadas a una pared; a los pies de cada cama, un rollo de sábanas y mantas sellado con plástico. Había también una gran taquilla empotrada en el muro. Contenía toda clase de suministros, según Emma reveló cuando la abrió: linternas, pilas, herramientas básicas y suficiente comida enlatada y deshidratada como para sobrevivir varias semanas. Junto a esta descansaba un gran bidón azul lleno de agua potable y, más allá, una caja de plástico de aspecto extraño, que debía de ser un retrete químico, a juzgar por lo que había visto en las revistas de supervivencia que hojeaba de vez en cuando en el garaje de Abe.

—¡Hala, mirad esto! —exclamó Bronwyn. Estaba parada en un rincón con el ojo pegado a un cilindro metálico que subía hasta el techo—. ¡Veo el exterior!

El cilindro contaba con asas prendidas a la base y un visor. Bronwyn se retiró a un lado para cederme su lugar y vi la imagen borrosa de la calle sin salida. Lo giré ayudándome con las asas y la vista rotó hasta ofrecerme una imagen de la casa, oculta en parte por los hierbajos del jardín.

—Es un periscopio —dije—. Debe de estar escondido al borde del jardín.

—Para verlos venir —dedujo Emma.

—¿Qué es este sitio? —quiso saber Olive.

—Debe de ser un refugio —fue la respuesta de Bronwyn—. Por si atacaban los huecos. ¿Veis las cuatro camas? Así su familia podría refugiarse también.

—Servía para algo más que para esperar ataques de huecos —informó Millard—. Era una estación receptora.

Su voz se dejaba oír en la zona de la pared opuesta, donde había un gran escritorio de madera. Buena parte de la superficie estaba ocupada por un extraño artefacto de cromo y metal niquelado en verde, que recordaba a una combinación de impresora arcaica y fax, con un engorroso teclado encajado en la parte delantera.

—Debía de comunicarse mediante este aparato.

—¿Con quién? —se extrañó Bronwyn.

—Con otros cazadores de huecos. Mira, es un teletipo neumático.

—¡Hala! —exclamó Emma según cruzaba la pequeña sala para echar un vistazo—. Me acuerdo de estas máquinas. Miss Peregrine tenía una. ¿Qué sería de ella?

—Formaba parte del sistema que tenían las ymbrynes para comunicarse

entre ellas sin tener que abandonar la seguridad de los bucles —explicó Millard—. Al final no funcionó. Era demasiado complicado y vulnerable a las interceptaciones.

Yo, asombrado, escuchaba solo a medias. Intentaba acomodar mi mente al hecho de que todo eso estuviera tan cerca de mí —literalmente debajo de mis narices— durante años, sin que yo lo supiera. De que hubiera pasado tardes enteras jugando en el jardín a poco más de cinco metros de donde me encontraba ahora. La idea era difícil de asimilar y me llevó a preguntarme: ¿a cuánta peculiaridad más había estado expuesto sin saberlo? Recordé a los amigos de mi abuelo, hombres mayores que acudían de visita de tanto en tanto y mataban el rato charlando unas horas con Abe en el porche trasero o en su despacho.

«Lo conozco de Polonia», me dijo mi abuelo de uno de esos visitantes.

«Un amigo de los tiempos de la guerra», me explicó refiriéndose a otro.

Pero ¿quiénes eran en realidad?

—Decís que usaba esta máquina para comunicarse con otros cazahuecos —medité—. ¿Qué sabéis de ellos?

—¿De los cazadores? —dijo Emma—. No sabemos gran cosa, porque así lo deseaban ellos. Los rodeaba el máximo secreto.

—¿Sabéis cuántos eran?

—No más de una docena, supongo —calculó Millard—. Pero solo es una conjetura.

—¿Y todos eran capaces de controlar a los huecos?

Puede que hubiera otros peculiares parecidos a mí ahí fuera. Tal vez pudiera encontrarlos.

—Uf, no lo creo —fue la respuesta de Emma—. Por eso Abe era tan especial.

—Y usted, míster Jacob —añadió Bronwyn.

—Hay algo que no entiendo —dijo Millard—. ¿Por qué Abe no se refugió aquí abajo la noche que los huecos vinieron a buscarlo?

—Es posible que no tuviera tiempo —opinó Olive.

—No —repliqué yo—. Sabía que venían a por él. Me llamó aterrado unas horas antes.

—Quizá olvidó la contraseña —sugirió nuevamente Olive.

—No chocheaba —objetó Emma.

Solo había una explicación, pero apenas me sentía capaz de expresarla en

voz alta; solo de pensar en ella se me hacía un nudo en la garganta.

—No se refugió aquí dentro —empecé—, porque sabía que yo acudiría a su casa a buscarlo. Aunque me había suplicado que no me acercase.

Horrorizada, Bronwyn se tapó la boca con la mano.

—Y si él estaba aquí abajo... mientras tú estabas ahí arriba...

—Te estaba protegiendo —concluyó Emma—. Trataba de alejar a los huecos de la casa, atraerlos al bosque.

Las piernas apenas si me sostenían. Busqué asiento en un camastro.

—No podías saberlo —me consoló Emma a la vez que se sentaba a mi lado.

—No. —Suspiré con fuerza—. Me dijo que los monstruos estaban al llegar, pero yo no le creí. Podría seguir vivo, pero yo me negué a creerle. Una vez más.

—No. No te castigues así. —Parecía enfadada—. No te contó lo suficiente; ni de lejos. De haberlo hecho, tú le habrías creído. ¿Verdad?

—Sí...

—Pero Abe disfrutaba con los secretos.

—Ya lo creo que sí —apostilló Millard.

—Creo que le gustaban más que las personas, a veces —continuó Emma—. Y, al final, eso acabó con su vida. Sus secretos, no tú.

—Es posible —asentí.

—Claro que sí.

Yo sabía que tenía razón... en buena parte. Estaba enfadado con él por haberme ocultado información, pero me costaba quitarme de encima la idea de que me lo habría revelado todo si yo lo hubiera apoyado en vez de rechazarlo. Así que sentía rabia y culpa al mismo tiempo, pero no podía hablarle a Emma de ello. Asentí y dije:

—Bueno, al menos hemos encontrado este sitio. Un secreto menos que Abe se llevará a la tumba.

—Puede que más de uno —intervino Millard, y abrió un cajón del escritorio—. Aquí hay algo que te podría interesar, Jacob.

No tardé ni un segundo en levantarme de la cama y cruzar la habitación. En el cajón había una pesada carpeta con los bordes de metal repleta de documentos. La etiqueta de la portada rezaba: LIBRO DE REGISTRO.

—¡Hala! —exclamé—. ¿Esto es...?

—Lo que su nombre indica —asintió Millard.

Los demás se apelotonaron a mi alrededor mientras yo lo extraía del cajón. Mediría unos diez centímetros de grosor y pesaría un par de kilos como poco.

—Venga, ábrelo —me azuzó Bronwyn.

—No me metáis prisa —protesté.

Lo abrí por una página cualquiera, hacia la mitad: era el informe de una misión, escrito a máquina y con dos fotos grapadas, una de un niño disfrazado en un sofá y otra de un hombre y una mujer vestidos de payaso.

Leí el parte en voz alta. Estaba redactado con el lenguaje frío y conciso de los informes policiales. Describía el rescate de un niño peculiar de las garras de dos wights y un hueco, y su posterior traslado a un bucle seguro.

Fui hojeando el archivador, que estaba repleto de informes parecidos, desde la década de 1950 hasta la actualidad. Lo cerré.

—Sabéis lo que significa, ¿no? —preguntó Millard.

—Abe hacía algo más que buscar huecos y liquidarlos —apuntó Bronwyn.

—Cierto —dijo Millard—. También salvaba niños peculiares.

Miré a Emma.

—¿Tú lo sabías?

Se miró los pies.

—Él nunca hablaba de su trabajo.

—Pero el rescate de niños peculiares corresponde a las ymbrynes —objetó Olive.

—Sí —reconoció Emma—, pero si los wights estaban usando a los niños como cebo, como sugiere ese informe, puede que no les fuera posible.

Yo le estaba dando vueltas a otro detalle, pero me lo guardé para mí de momento.

—¡Eh! —gritó una voz desde la entrada. Todos dimos un respingo antes de volvernos a mirar. Enoch estaba allí plantado.

—¡Te he dicho que no bajaras! —se enfadó Bronwyn.

—¿Y qué esperabas? Hace siglos que os espero. —Entró en el búnker y miró a un lado y a otro—. ¿Y este era el motivo de tanto jaleo? Parece la celda de una cárcel.

Emma echó un vistazo a su reloj.

—Son casi las seis. Será mejor que nos pongamos en marcha.



31 de octubre de 1967 - HOUSTON, TEXAS

Informe de varón peculiar no contactado con anterioridad, 13 años de edad aprox., manifiesta habilidad moderada. Fugado del hogar familiar, cedido para adopción. Agentes A y H han descubierto a 2 wights haciéndose pasar por funcionarios de adopción. Usaban al sujeto como cebo para ymbrynes. Acompañados de un hueco. Contacto realizado durante el desfile de Halloween. Enemigos aislados de la muchedumbre y confrontados. Hueco eliminado en silencio mediante arco compacto. Wights huidos. Varón herido en pierna, mujer ilesa. Se cree que los wights viajaban bajo alias Joe y Jane Johnson. No se los ha visto desenmascarados.

Resultado: sujeto sustraído, entregado sano y salvo al bucle A-57 cerca de María, Texas, al cuidado de miss Apfel, 10 de noviembre de 1967.

—Los demás nos van a matar —dijo Olive—. Llevamos fuera toda la tarde, ¡y todavía no hemos comprado nada de ropa!

En ese momento recordé la promesa de miss Peregrine. Según me había dicho, iba a mostrarme algo al anochecer, y apenas si quedaban un par de horas de luz. A decir verdad, me daba bastante igual lo que quisiera enseñarme. Ahora mismo solo me apetecía llegar a mi habitación, cerrar la puerta y leer el cuaderno de mi abuelo de cabo a rabo.



Cuando llegamos a casa, el sol empezaba a ponerse entre los árboles. Los peculiares que habíamos dejado atrás protestaron a voz en cuello por nuestra tardanza, pero cuando les revelamos el motivo —y lo que habíamos descubierto— olvidaron el enfado y escucharon absortos hasta la última palabra del relato de Millard.

Mis padres no estaban. Habían agarrado el petate y se habían largado a emprender una ruta por Asia. Encontré una nota de mi madre en la encimera de la cocina. Me iban a echar mucho de menos, decía, podía contactar con ellos en cualquier momento por teléfono o por email y, por favor, ¿me acordaría de pagar a los jardineros? Advertí, por el tono alegre y desenfadado de la nota —«¡Te queremos, Jakey!»— que miss Peregrine había borrado de sus mentes todas las preocupaciones relacionadas con mi persona de los últimos meses. Por lo que parecía, no les inquietaba que sufriera una crisis nerviosa o me escapara de nuevo durante su ausencia. De hecho, tuve la sensación de que les traía sin cuidado. Por mí, perfecto. Buen viaje, pensé. Cuando menos tendríamos la casa para nosotros.

Tampoco vi a miss Peregrine. Se había marchado justo después de salir nosotros y llevaba fuera todo el día, me informó Horace.

—¿Ha dicho a dónde iba? —pregunté.

—Solo ha pedido que nos reuniéramos con ella sin falta a las siete y cuarto en el cobertizo de las macetas.

—En el cobertizo de las macetas.

—A la siete y cuarto, sin falta.

En ese caso, tenía poco más de una hora de margen.

Me escabullí a mi cuarto. Puse el álbum *IV* de Led Zeppelin en el tocadiscos, el mismo que escuchaba siempre que mi actividad requería gran

concentración. Me senté en la cama con el cuaderno de mi abuelo, lo desplegué en mi regazo y empecé a leer.

No llevaba ni una página cuando Emma asomó la cabeza. La invité a unirse a la lectura.

—No, gracias —respondió—. Ya he tenido suficiente dosis de Abe Portman por un día.

Dicho eso, se marchó.

Había cientos de páginas en el cuaderno, que abarcaban varias décadas de trabajo. Casi todos los informes reproducían el formato del que había leído en el búnker: detalles escasos, carentes de emoción y a menudo acompañados de una fotografía o alguna otra prueba visual. Tardaría una semana en leerlo todo, de modo que, si bien tenía una hora por delante, me limité a hojear el contenido de la carpeta. Aun así, el rato me bastó para entender a grandes rasgos en qué consistía el trabajo que Abe llevaba a cabo en los Estados Unidos.

Solía trabajar solo, pero no siempre. Algunas entradas mencionaban a otros «agentes», a los que se refería por las iniciales: F, P, V. Pero, por encima de todo, H.

H era el hombre que había conocido mi padre, si su memoria parcialmente borrada no lo traicionaba. Si Abe confiaba tanto en H como para presentarle a su hijo, debía de ser un personaje importante. Así pues, ¿quién era? ¿Cómo estaba estructurada la organización? ¿Quién les asignaba las misiones? Cada nuevo detalle generaba diez preguntas más.

En los primeros tiempos, su trabajo consistía casi exclusivamente en dar caza a los huecos y acabar con ellos. Sin embargo, según pasaban los años, empezaban a abundar las misiones que implicaban encontrar y rescatar niños peculiares. Era una empresa loable, qué duda cabe, pero la pregunta de Bronwyn no abandonaba mi pensamiento: ¿no eran las ymbrynes las encargadas de llevar a cabo esa tarea? ¿Acaso algo impedía a las mujeres pájaro de los Estados Unidos cumplir con su misión?

¿Sucedía algo raro a ese respecto?

Las entradas comenzaban en 1953 y cesaban abruptamente en 1985. ¿Por qué ese año en particular? ¿Había un segundo archivador en alguna parte? ¿Se había retirado Abe en 1985? ¿O algo cambió?

Tras una hora de lectura, tenía unas pocas respuestas y un montón de preguntas nuevas. La primera de todas: ¿el grupo seguía existiendo en la

actualidad? ¿Había ahí fuera, en alguna parte, un puñado de cazahuecos dedicado a eliminar monstruos y rescatar peculiares? De ser así, tenía que encontrarlos. Quería formar parte de esa cuadrilla, usar mi poder para tomar el relevo de mi abuelo aquí en los Estados Unidos. Al fin y al cabo, es muy posible que esa fuera su pretensión. Vale, sí, guardó sus secretos a buen recaudo, pero usó mi apodo como contraseña. Y murió antes de poder revelármela.

Lo primero es lo primero: despejar las incógnitas. Debía encontrar a la única persona del mundo que, con toda probabilidad, conocía los secretos de Abe.

Tenía que encontrar a H.



CUATRO



Deambulábamos por el jardín esperando el regreso de miss Peregrine. Ya eran las siete y doce, y las últimas luces del día se fundían en el ocaso. Inspeccioné el cobertizo de las macetas, una destartada choza de celosía que se erguía contra los setos de adelfa. A mi madre le había dado por la jardinería unos años atrás, pero últimamente el cobertizo era poco más que un nido de malas hierbas y arañas.

Súbitamente, a las siete y cuarto en punto, restalló en el aire un chispazo eléctrico que todos percibimos —Horace exclamó «¡ooooh!» y a Claire se le erizó la larga melena, que se disparó alrededor de su cabeza— y, acto seguido, el cobertizo se iluminó desde el interior. Brilló un breve fogonazo y los cientos de intersticios de la celosía se tornaron blancos antes de sumirse en sombras. Al momento la voz de miss Peregrine se dejó oír en el interior de la cabaña.

—¡Por fin! —Salió al exterior con paso decidido—. Ahh —suspiró, tomando una gran bocanada de aire—. Sí, prefiero mil veces este clima. —Recorrió al grupo con la mirada—. Siento llegar tarde.

—Solamente treinta segundos —observó Horace.

—Míster Portman, parece usted un tanto desconcertado.

—No tengo superclaro lo que acaba de pasar —reconocí—. Ni dónde estaba usted. Ni... nada.

—Eso —dijo ella, señalando el cobertizo— es un bucle.

Pasé la mirada de miss Peregrine a la cabaña.

—¿Había un bucle en mi jardín?

—Lo hay ahora. Lo he creado esta tarde.

—Es un bucle de bolsillo —explicó Millard—. ¡Qué buena idea, miss Peregrine! Creía que el consejo todavía no aprobaba su creación.

—Solo este y justo hoy mismo —respondió ella con una sonrisa orgullosa.

—¿Y para qué queremos un bucle de esta tarde? —pregunté.

—El tiempo que uno enlaza no tiene importancia en este caso. La ventaja del bucle de bolsillo es su tamaño extremadamente reducido, que torna su mantenimiento pan comido. A diferencia de los bucles normales, basta con

reiniciarlos una o dos veces al mes, y no a diario.

Los demás sonreían e intercambiaban miradas emocionadas, pero yo seguía perplejo.

—Pero ¿para qué sirve un bucle del tamaño de un cobertizo?

—No como refugio, es verdad, pero como portales resultan sumamente útiles. —Hurgó en el bolsillo de su vestido y extrajo un objeto de latón alargado que parecía una enorme bala con muescas talladas—. Con la lanzadera, otro de los ingeniosos inventos de mi hermano Bentham, puedo vincular el bucle al panbucleticón. Y... *voilà!* Ya tenemos una puerta al Acre del Diablo.

—Aquí —dije—. En el jardín.

—No hace falta que me crea —sugirió, a la vez que alargaba la mano en dirección al cobertizo—. Compruébelo usted mismo.

Avancé un paso.

—¿En serio?

—Los nuevos tiempos traen consigo nuevos desafíos, míster Portman. Y no nos separaremos de usted.



Cuarenta segundos: ese fue el tiempo que tardé en viajar de mi jardín a un bucle temporal situado en el Londres del siglo XIX. Cuarenta segundos me costó cruzar el fondo del cobertizo y llegar a un armario de escobas en el Acre del Diablo. La sensación me produjo un ligero mareo, por cuanto mi cabeza y mi tripa ya no estaban acostumbradas al bandazo de los viajes interbucles.

Salí del armario de las escobas a un pasillo que conocía bien: largo, suntuosamente enmoquetado y flanqueado de puertas idénticas, cada una de las cuales exhibía una pequeña placa. La que tenía enfrente indicaba:

LA HAYA, PAÍSES BAJOS, 8 DE ABRIL DE 1937

Me volví a mirar la puerta de mi espalda. Vi una hoja de papel sujeta a la pared:

HOGAR DE JACOB PORTMAN, FLORIDA, ACTUALIDAD

RESERVADA A A. PEREGRINE Y PUPILOS

Me hallaba en el corazón del panbucleticón de Bentham, una máquina capaz de torcer el tejido de la realidad a la cual mi casa estaba ahora conectada. Todavía intentaba hacerme a la idea cuando la puerta se abrió para ceder el paso a Emma.

—¡Hola, forastero! —me saludó, y me plantó un besito en la cara. La siguieron miss Peregrine y el resto de mis amigos peculiares. Parloteaban contentos, impertérritos ante ese viaje instantáneo a través del océano y de todo un siglo.

—Esto significa que no tendremos que volver a dormir nunca más en el Acre del Diablo, si no queremos —decía Horace.

—Ni recorrer el horrible trayecto por el pantano para llegar a casa de Jacob —añadió Claire—. Los viajes en autobús me marean.

—Lo mejor serán las comidas —opinó Olive, que se abría paso a empujones entre los demás—. Pensadlo, podemos empezar el día con un auténtico desayuno inglés, comer pizza en casa de Jacob a mediodía y chuletas de cordero del mercado Smithfield para cenar.

—¿Cómo es posible que una persona tan menuda coma tanto? —exclamó Horace.

—Sigue comiendo así y puede que ya no necesites esos zapatos de plomo —dijo Enoch.

—¿No es maravilloso? —me preguntó miss Peregrine según me llevaba a un lado—. Ahora ya entiende a qué me refería al decir que encontraría una solución. Con este bucle de bolsillo, podrá vivir en un mundo sin desvincularse del otro. Con su ayuda continuaremos expandiendo nuestro conocimiento de los Estados Unidos actuales sin faltar a nuestros deberes aquí en el Acre del Diablo. Hay bucles que reconstruir, peculiares traumatizados que tratar, wights capturados de los que ocuparse... y no he olvidado mi promesa. Aquí también tendrá un trabajo sumamente interesante. ¿Qué le parece?

—¿De qué clase de trabajo estamos hablando? —quise saber. Me daba vueltas la cabeza solo de pensar en las posibilidades que se abrían ante mí.

—Es el Consejo Ymbryne el que asigna las tareas, así que aún no lo sé. Pero me han asegurado que le han reservado algo muy atractivo.

—¿Y qué pasa con los demás? —intervino Enoch.

—Queremos tareas relevantes —exigió Millard—. No trabajillos sin importancia.

—Ni de limpieza —apostilló Bronwyn.

—Os asignarán a todos misiones importantes, os lo prometo —dijo miss Peregrine.

—Pensaba que aprender a pasar por normales en el mundo actual era una misión importante —objetó Enoch—. ¿Qué hacemos perdiendo el tiempo en este agujero?

La directora frunció los labios.

—Mientras aumentáis vuestros conocimientos y habilidades en el presente, podéis colaborar en los trabajos de reconstrucción aquí, en el Acre. Iremos y volveremos a diario, igual que hacen las personas modernas. ¿No os parece divertido?

Enoch negó con un movimiento de cabeza y desvió la vista.

—Es una decisión política y no quiere admitirlo.

Miss Peregrine lo fulminó con la mirada.

—No seas maleducado —lo regañó Claire.

—No, adelante, Enoch —lo invitó la mujer pájaro—. Quiero oírlo.

—Algún pez gordo ha pensado que da mala imagen que nos divirtamos en casa de Jacob, en el presente, mientras todos los demás se pudren aquí dentro viviendo como refugiados y limpiando el estropicio de los wights. Pero me importa un comino lo que piensen los demás. ¡Merecemos unas vacaciones, maldita sea!

—¡Todo el mundo merece unas vacaciones! —replicó miss Peregrine, enfadada. Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, como si acabara de asaltarla una jaqueca—. Piense en la inspiración que supondrá para los otros niños veros a todos, los héroes de la Batalla del Acre del Diablo, trabajando con ellos codo con codo por el bien común.

—Bah —resopló Enoch, y se puso a limpiarse las uñas.

—Pues yo estoy emocionada —dijo Bronwyn—. Siempre he querido tener un trabajo de verdad, con responsabilidades de verdad, aunque eso implique reducir un poco las clases de normalidad.

—¿Reducir? —exclamó Horace—. ¡Pero si aún no hemos empezado!

—¿No? —Miss Peregrine me miró—. ¿No habéis ido de compras esta tarde?

—Esto... Es que... nos despistamos —confesé.

—Ah —asintió ella, frunciendo el ceño—. No importa, hay tiempo de sobra. ¡Pero tendrá que ser otro día!

Y echó a andar con paso decidido, pidiéndonos por gestos que hiciéramos lo propio.



Mientras seguíamos a miss Peregrine por el largo pasillo, la gente entraba y salía por las numerosas puertas del panbucleticón. Todos iban muy serios y concentrados, y lucían indumentarias muy variadas adecuadas a diferentes propósitos. Nos cruzamos con una mujer enfundada en un vestido azul con miriñaque cuya falda abarcaba tanto espacio que tuvimos que ponernos en fila y apretujarnos contra la pared para pasar por su lado. También vimos a un hombre cubierto con un grueso traje de nieve blanco y un gorro de pieles, y a otro con unas botas de pescar que le llegaban a medio muslo y un chaquetón de marino con brillantes hebillas doradas. Los distintos atuendos me tenían tan distraído que cuando doblé una esquina estuve a punto de estamparme contra una pared... o lo que me pareció una pared, hasta que empezó a hablar.

—¡Joven Portman! —atronó una voz, y yo alcé la vista, pero tuve que alargar el cuello para verlo en su totalidad. De dos metros de altura y cubierta por una gruesa túnica negra, la aparición era al mismo tiempo la muerte personificada y un viejo amigo al que recordaba de vez en cuando con añoranza.

—¡Sharon!

Saludó a miss Peregrine con una reverencia y luego me estrechó la mano con sus dedos largos y gélidos, que me la envolvieron por completo.

—Por fin te has pasado a saludar a tus fans, ¿eh?

—Ja, ja, ja —repliqué—. Claro.

—No bromea —me informó Millard—. Te has convertido en una celebridad. Lleva cuidado cuando salgamos.

—¿Cómo? ¿Lo dices en serio?

—Oh, sí —intervino Emma—. No me extrañaría que te pidieran autógrafos.

—Tampoco te lo vayas a creer demasiado —me advirtió Enoch—. Todos somos famosillos ahora mismo, después de lo que hicimos en la Biblioteca de

Almas.

—Sí, claro —resopló Emma—. Tú también eres famoso, ¿verdad?

—Algo sí —dijo Enoch—. Recibo cartas de admiradoras.

—Recibiste una. En singular.

Enoch frotó el suelo con los pies.

—Que tú sepas.

Miss Peregrine carraspeó.

—En cualquier caso, el Consejo comunicará hoy a los niños las tareas que les han asignado para los trabajos de reconstrucción. Sharon, ¿podría acompañarnos a la sede de los ministerios?

—Por supuesto. —Sharon se inclinó ante ella y de su capa emanó un efluvio de moho y tierra mojada—. Para invitados tan apreciados como vosotros siempre hay un hueco en mi apretada agenda.

Según recorríamos el pasillo, se volvió para decirme:

—Como ves, soy el mayordomo de esta casa además del supervisor general del panbucleticón y sus múltiples portales.

—Aún no me puedo creer que lo hayan puesto al mando —rezongó Enoch.

Sharon se encaró con él y una sonrisa demente brilló en las profundidades de su capucha.

Enoch se escondió detrás de Emma e intentó desaparecer.

—Por aquí tenemos un dicho —comentó Sharon—. «El Papa está ocupado y la Madre Teresa ha muerto». Nadie conoce este sitio mejor que yo; salvo tal vez el bueno de Bentham, que sufre, gracias al joven Portman, una indisposición permanente. —Hablaba en un tono neutro; era imposible adivinar si lamentaba la muerte de su antiguo patrón o no—. De modo que tendréis que conformaros conmigo, me temo.

Doblamos otra esquina y llegamos a un amplio vestíbulo. Reinaba tanto ajetreo como en la terminal de un aeropuerto en vacaciones. Los viajeros, cargados con pesadas maletas, entraban y salían por las puertas que se alineaban a ambos lados. Largas colas avanzaban hacia distintos estrados, donde funcionarios uniformados examinaban la documentación de los navegantes. Hoscos guardias fronterizos vigilaban a toda la concurrencia.

Volviéndose hacia un agente cercano, Sharon rugió:

—¡Cierre esa puerta! ¡Está dejando entrar a la mitad de Helsinki, Navidad de 1911!

El funcionario se levantó de un salto y cerró de golpe una puerta entornada

por cuya rendija se habían colado grandes copos de nieve.

—Queremos asegurarnos de que la gente únicamente se desplace si cuenta con autorización —explicó Sharon—. Hay más de un centenar de puertas en estos pasillos, y el Ministerio de Asuntos Temporales ha declarado seguros menos de la mitad de bucles. Muchos de ellos aún no se han explorado de forma exhaustiva; otros llevan años sin abrirse. Así pues, hasta nuevas órdenes, todos los viajes deben ser autorizados por el Ministerio... y un servidor.

Sharon le arrancó el billete de la mano a un tipo apocado enfundado en una gabardina marrón.

—¿Quién es usted y a dónde va?

Saltaba a la vista que estaba encantado de ostentar algo de poder y no podía evitar hacer cierta exhibición.

—Me llamo Wellington Weebus —ceceó el hombre—. Me dirijo a la estación de Pensilvania, ciudad de Nueva York, 8 de junio de 1929, señor.

—¿Y qué asuntos lo llevan allí?

—Soy secretario de expansión lingüística destinado a las colonias estadounidenses, señor. Soy traductor.

—¿Y para qué necesitamos un traductor en Nueva York? ¿Acaso no hablan el inglés de la Corona?

—No exactamente, señor. Tienen un modo de hablar un tanto extraño, en realidad, señor.

—¿Y el paraguas?

—Está lloviendo por esos lares, señor.

—¿Ha pasado por la aduana de anacronismos para la revisión de su atuendo?

—Sí, señor.

—Pensaba que todos los neoyorquinos de esa época llevaban sombrero.

El hombre extrajo un pequeño sombrero de su gabardina.

—Lo llevo aquí, señor.

A miss Peregrine, que llevaba un rato dando golpecitos al suelo con el pie, se le agotó la paciencia.

—Si tiene trabajo aquí, Sharon, estoy segura de que podemos pedirle a alguien más que nos acompañe al edificio de los ministerios.

—¡Ni soñarlo! —exclamó él, antes de devolverle al hombre su billete—. Mucho cuidado, Weebus, te estoy vigilando.

El hombre se escabulló a toda prisa.

—Por aquí, niños. Estamos cerca.

Abriéndonos un pasillo por el atestado vestíbulo, nos condujo a unas escaleras que daban a la planta baja. Pasamos junto a la enorme biblioteca de Bentham, donde habían retirado los muebles para albergar un centenar de camastros o más.

—Dormíamos aquí, hasta que fuimos a vivir contigo —me informó Emma—. Las damas en esta sala, los caballeros en esa.

Recorrimos lo que antes fuera el comedor, ahora ocupado por más camas. Toda la planta baja de la casa de Bentham había sido transformada en un refugio para peculiares desplazados.

—¿Estabais cómodos? —quise saber.

Qué pregunta más tonta.

Emma se encogió de hombros; no le gustaba quejarse.

—Mejor que dormir en una cárcel de wights —concedió.

—No mucho mejor —terció Horace, a quien sí le encantaba quejarse y que se adelantó para caminar a mi lado en cuanto tuvo ocasión—. Te voy a decir una cosa, Jacob: era horrible. No todo el mundo se toma la higiene personal tan en serio como nosotros. ¡Algunas noches tenía que taparme la nariz con palitos de alcanfor! Y no hay intimidad, ni armarios, ni vestuarios, ni siquiera aseos decentes, y lo que sale de la cocina carece de la más mínima creatividad. —Ahora pasábamos por delante de esa estancia. A través de la puerta abierta vi a un ejército de cocineros cortando carne y removiendo ollas—. Y hay tantos desgraciados de otros bucles atormentados por las pesadillas que los gritos y los gemidos no te dejan dormir.

—Mira quién fue a hablar —le espetó Emma—. Te despiertas gritando dos veces a la semana.

—Sí, pero mis sueños, al menos, significan algo —alegó.

—¿Sabes?, hay una chica en los Estados Unidos que puede poner fin a las pesadillas —oí decir a Millard—. Podría ayudarte.

—No hay nadie en el mundo cualificado para manipular mis sueños —replicó Horace en tono irritado.

Las cartas que Emma me había enviado eran tan alegres y desenfadadas, siempre centradas en los momentos felices y en las pequeñas aventuras que corrían. Jamás mencionó las condiciones de vida ni sus dificultades diarias, y el respeto que me inspiraba alcanzó nuevas cotas, por su espíritu de

superación.

Sharon abrió una enorme puerta de roble que se alzaba al final de un pasillo. Los ruidos callejeros y la luz del día se colaron a raudales.

—¡No os separéis! —gritó miss Peregrine, y al momento estábamos fuera, sumergidos en la marea de cuerpos que recorría la acera.



Si Emma no me hubiera dado la mano y me hubiera arrastrado, me habría quedado petrificado en el sitio. Apenas si reconocía el paraje. La última vez que viera el Acre del Diablo, la torre de Caul no era nada más que un montón de ladrillos humeantes y los wights huían por las calles perseguidos por hordas furiosas. Se sucedían los disturbios según los adictos saqueaban reservas de ambrosía sin vigilancia y los colaboradores de los wights quemaban edificios que contenían las pruebas de sus crímenes. Pero había pasado un tiempo y, por lo visto, habían hecho grandes progresos desde entonces. El lugar seguía siendo un infierno —la mugre cubría los edificios y el cielo mostraba el mismo amarillo pútrido de siempre—, pero los incendios estaban extinguidos; los escombros, retirados y había peculiares uniformados dirigiendo el tráfico de caballos y carretas en las concurridas calles.

Más que el lugar, sin embargo, me sorprendió la transformación de sus gentes. Habían desaparecido del mapa los ojerosos adictos que pululaban por las calles, los vendedores de carne peculiar que exhibían su mercancía en escaparates, los gladiadores colocados de ambrosía con ojos como faros. A juzgar por la variedad de atuendos y la cantidad de eras distintas que abarcaban, estos peculiares procedían de bucles situados en Europa, Asia, África, Oriente Medio... y de muchas épocas distintas, también.

Los wights no hacían distinción entre almas peculiares y la caza abarcaba un territorio mucho más extenso de lo que yo creía.

Aún más que sus atuendos, me sorprendió la dignidad de su porte, a pesar de las circunstancias. Acudieron a buscar refugio desde bucles dañados y destruidos. Habían perdido sus hogares, presenciado el asesinato de sus amigos y seres queridos, sufrido traumas inimaginables. Sin embargo, no atisbé expresiones de estupor, miradas vacías. Nadie iba cubierto de harapos. Las vidas de todos ellos habían estallado en pedazos, pero en la calle vibraba una potente energía.

Puede que sencillamente no tuvieran tiempo para llorar a los muertos. Sin embargo, yo prefería pesar que, por primera vez en cosa de un siglo, los peculiares habían decidido hacer algo más que esconderse en sus bucles y albergar esperanzas. Lo peor había sucedido. Y ahora que habían sobrevivido, tenían mucho trabajo por delante: todo un mundo por levantar. Y querían hacerlo mejor esta vez.

A lo largo de un par de manzanas, anduve tan distraído observándolos a todos que no me percaté de que muchos me devolvían la mirada. Pero entonces alguien me miró dos veces, otro me señaló y juraría que los vi articular mi nombre con los labios.

Me conocían.

Pasamos junto a un muchacho que vendía diarios. Estaba gritando: «¡Jacob Portman visita el Acre! ¡Héroe regresa al Acre del Diablo por primera vez desde su victoria sobre los wights!».

Me puse colorado como un tomate.

—¿Por qué le atribuyen todo el mérito a Jacob? —protestó Enoch—. Nosotros también estábamos allí.

—¡Jacob! ¡Jacob Portman! —Dos chicas adolescentes me seguían agitando una hoja de papel ante sí—. ¿Nos firmas un autógrafo?

—Llega tarde a una reunión importante —les espetó Emma según me arrastraba entre la muchedumbre.

No habíamos avanzado ni tres metros cuando unas recias manos me detuvieron. Pertenecían a un hombre con un solo ojo en mitad de la frente y un sombrero que anunciaba: PRENSA. Rompió a hablar como una ametralladora.

—Farish Obwelo, del *Chismoso Vespertino*. ¿Qué tal una foto rápida?

Antes de que pudiera responder, me había colocado ante la cámara; una antigualla enorme que debía de pesar una tonelada. El fotógrafo se agachó tras ella y levantó un flash.

—Bueno, Jake —empezó Farish—. ¿Qué sentiste cuando dominaste a todo un ejército de huecos? ¿Qué pensaste al ganar la batalla contra tantos wights? ¿Cuáles fueron las últimas palabras de Caul antes de que le asestases el golpe mortal?

—Pues... no fue exactamente así como...

Brilló un fogonazo que me cegó un instante. Al momento, otras manos me aferraron, estas pertenecientes a miss Peregrine, que me sacó de allí a rastras.

—No hable con la prensa —me susurró al oído—, de nada, pero sobre todo no de lo ocurrido en la Biblioteca de Almas.

—¿Por qué? —quise saber—. ¿Qué cree la gente que sucedió?

No me respondió. No pudo, porque de golpe y porrazo Bronwyn me levantó en vilo y me transportó sobre una mano por encima de la muchedumbre, igual que si llevara una bandeja. Avanzamos de esa guisa precedidos de Sharon, que hacía cuña con los brazos para separar la marea humana y señalaba ante sí —sí, allí, ya casi hemos llegado— a la puerta enclavada en una alta verja de hierro. Tras esta se erguía un imponente edificio construido con bloques de piedra negra.

Un guardia nos cedió el paso al patio que se abría detrás de la verja y dejamos el gentío al otro lado. Cuando Bronwyn me devolvió al suelo, todo el mundo nos rodeó mientras yo me sacudía la ropa.

—¡Por un momento he temido que te arrancaran un trozo de carne con los dientes! —dijo Emma.

—¡Ya os he dicho que es famoso! —añadió Millard en un tono entre guasón y celoso.

—Ya, pero no pensaba que quisieras decir...

—¿Famoso... famoso? —apuntó Emma.

—Un éxito momentáneo —decretó Enoch, desdeñando el asunto con un gesto de la mano—. Antes de Navidad se habrán olvidado de él, ya lo veréis.

—Ostras, eso espero —dije yo.

—¿Por qué? —se extrañó Bronwyn—. ¿No quieres ser famoso?

—¡No! —exclamé—. Ha sido —quería decir aterrador— excesivo.

—Lo ha gestionado de maravilla —me aseguró miss Peregrine—. Y con el tiempo las cosas se normalizarán. En cuanto la gente se acostumbre a verlo, su presencia ya no causará tanto revuelo. Lleva un tiempo fuera, Jacob, y la leyenda ha crecido durante su ausencia.

—Ya lo creo que ha crecido. Pero ¿a qué venía eso de que yo maté a Caul? Se inclinó hacia mí y bajó la voz.

—Un relato necesario. Las ymbrynes han juzgado preferible que todo el mundo lo crea muerto.

—¿Y no lo está?

—Seguramente —respondió ella en un tono demasiado desenfadado como para resultar del todo creíble—. Pero lo cierto es que no sabemos lo que sucede en el interior de los bucles que colapsan. Nadie ha logrado escapar

para contarlos. Puede que Caul y Bentham estén muertos o puede que se encuentren... en otra parte.

—En una zona extradimensionalmente inaccesible —quiso aclarar Millard.

—Permanentemente inaccesible, claro —se apresuró a añadir miss Peregrine—. Pero no deseamos que el público (o los pocos wights que han conseguido escapar) dude lo más mínimo de las muertes. Ni que conciba extrañas ideas de rescate.

—Pues felicidades, ahora también has matado a Caul —me soltó Enoch en un tono impregnado de sarcasmo.

—¿Y no podíamos haberlo matado uno de nosotros? —gimió Horace.

—O sea, tú —se burló Enoch—. ¿Y quién iba a creerlo?

—¡Bajad la voz! —ordenó miss Peregrine.

Yo trataba de asimilar la idea de que cabía una mínima posibilidad de que Caul no hubiera muerto o de que alguien, incluido el supermonstruo en que se había transformado al final, pudiera sobrevivir a algo tan violento como el colapso de un bucle cuando Sharon me propinó una palmada en la espalda tan fuerte que por poco me tira al suelo.

—Muchacho, tengo que ponerme en camino. Por favor, no dudes en llamarme si necesitas que te acompañe a alguna parte.

Miss Peregrine le dio las gracias. Él se despidió con una profunda reverencia y, dando media vuelta, se alejó entre histriónicos ondeos de capa.

Nos volvimos a mirar la puerta del edificio que despuntaba ante nosotros.

—Bueno, ¿y qué sitio es este? —quiso saber.

—Es la sede principal del Gobierno peculiar, de momento —dijo la directora—. Aquí se reúne ahora el Consejo Ymbryne y gestionan sus asuntos los diversos ministerios.

—Y es aquí donde nos asignan las tareas —informó Bronwyn—. Acudimos cada mañana para que nos informen de lo que hay que hacer.

—Refugio San Barrabás para Lunáticos —dije, leyendo la inscripción tallada sobre los portales de hierro.

—No había muchas fincas vacías entre las que escoger —se justificó miss Peregrine.

—De nuevo en la brecha, amigos míos —rio Millard, y me propinó un codazo para animarme a entrar.



El nombre completo de la institución era «Refugio San Barrabás para Lunáticos, Charlatanes y Delincuentes Pillastres», y todos los internos —la mayoría de los cuales ingresaban allí por voluntad propia, en cualquier caso — habían escapado durante el caos que estalló tras la derrota de los wights. El refugio había permanecido vacío hasta que el Consejo Ymbryne, cuyo edificio quedó sepultado en hielo durante un ataque de los huecos y se tornó inhabitable, lo requisó como cuartel temporal. Ahora albergaba casi todos los ministerios de los gobiernos peculiares europeos, y sus desagradables mazmorras, celdas acolchadas y húmedos corredores habían sido amueblados con escritorios, mesas de reunión y muebles archivadores. No por ello ofrecían menos aspecto de cámaras de tortura, pese al cambio de decoración.

Nos internamos en un tenebroso vestíbulo abarrotado de funcionarios y oficinistas, casi todos ataviados con chalecos formales y cargados de papeles y libros. Había una fila de ventanillas empotradas en la pared, cada cual atendida por un funcionario y marcada con el nombre de un departamento: Asuntos Temporales, Anacronismos, Relaciones con Normales, Documentos Sonoros y Fotográficos, Microgestión y Precisión, Reconstrucción. Miss Peregrine nos llevó a la última ventanilla y se presentó.

—¡Eh, Bartleby! —dijo, a la vez que golpeaba la repisa con los nudillos— Alma Peregrine. Busco a Isabel Cuco.

Un hombre alzó la vista y la miró de hito en hito. Tenía cinco ojos apretujados entre las sienes y un monóculo prendido al del centro.

—La está esperando —fue la respuesta.

Miss Peregrine dio media vuelta, no sin antes agradecerle la información.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó el hombre antes de parpadear con cuatro de sus ojos.

Me apresuré a seguir a los demás.

El vestíbulo principal contaba con varias puertas además de las ventanillas. La que cruzamos iba a dar a una sala más reducida. Contenía algunas sillas, unas cuantas ocupadas por cinco o seis peculiares que rellenaban formularios.

—Pruebas de aptitud —me sopló Emma—. Para saber qué tipo de trabajo se les da mejor.

Una mujer se acercó a paso vivo hacia miss Peregrine y extendió los brazos en ademán de bienvenida.

—¡Alma, ya estás de vuelta!

Intercambiaron besos en la mejilla.

—Niños, esta es miss Isabel Cuco. Es una vieja y querida amiga mía y, casualmente, también es la ymbryne encargada de asignar las tareas de reconstrucción de alto nivel.

De tez tersa y oscura y elegante acento francés, la mujer llevaba un despampanante vestido de terciopelo azul con grandes hombreras, semejantes a alas, que se estrechaba a la altura de la ajustada cintura y se abrochaba con brillantes botones dorados. Tenía el pelo corto, de color plata metalizado, y lo llevaba peinado con raya. Parecía una estrella del rock del futuro, no una dama victoriana del pasado.

—Estaba deseando conoceros a todos —declaró con cariño—. Alma me ha hablado tanto de vosotros que tengo la sensación de que ya nos hemos visto. Usted debe de ser Emma, la chispas. ¿Y Hugh, el autoapicultor?

—Encantado de conocerla —dijo Hugh.

Saludó a casi todos los niños por su nombre, según les iba estrechando las manos. Por fin llegó a mi altura.

—Y usted es Jacob Portman. Su fama le precede.

—Eso me han dicho —respondí.

—No parece muy emocionado —observó miss Cuco, volviéndose a mirar a miss Peregrine.

—Tanta atención le ha pillado desprevenido —respondió la directora—. Acaba de llegar de una época un tanto apacible del presente.

Miss Cuco rio con ganas.

—¡Pues sus días de tranquilidad se han terminado! Si acaso está usted dispuesto a colaborar en una buena causa, claro está.

—Quiero ayudar en todo lo que pueda —le aseguré yo—. ¿Qué tarea me va a asignar?

—¡Mmm! —Balanceó el dedo índice con gesto admonitorio—. Cada cosa en su momento.

—Me gustaría solicitar algo más que una simple jornada de trabajo —intervino Millard—. Creo que mi talento descomunal sería de más utilidad en alguna otra parte.

—Pues está usted de suerte. Ningún encargo carece de importancia por estos lares y ningún talento peculiar, por inusual que sea, se considera inútil para la causa. La semana pasada le encargué a un chico cuya saliva tiene propiedades adhesivas que fabricara abrazaderas irrompibles para piernas.

Sea cual sea su talento, tenemos la tarea idónea para usted. ¿Sí?

Enoch había levantado la mano.

—Mi talento consiste en hechizar a las damas con mi belleza innata. ¿Qué tiene para mí?

Miss Cuco le dedicó una sonrisa rápida.

—Enoch O'Connor, el que levanta a los muertos, nacido en una familia de enterradores. —Ahora sonrió con más ganas—. Y poseedor de un sentido del humor un tanto insolente, lo recuerdo.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Enoch cuando agachó la vista, rojo como un tomate.

—Me conoce —le oí decir.

Miss Peregrine parecía a punto de asesinarlo.

—Lo siento muchísimo, Isabel.

Ella desdeñó el asunto con un gesto de la mano.

—Es bobo, pero valiente. Eso nos puede resultar útil. —Recorrió al resto de los presentes con la mirada—. ¿Alguien más tiene una broma que gastarme?

Nadie dijo ni pío.

—Pues pongamos manos a la obra.

Enlazó el brazo con el de su amiga y las dos se encaminaron a la salida, como hermanas nacidas en siglos distintos. Las seguimos por un tramo de escaleras.

—Enoch, ¿a qué ha venido eso? —lo regañó Millard—. ¡Es una ymbryne y te lleva cien años!

—Me considera valiente —replicó Enoch, con una sonrisa de bobo en el rostro.

Súbitamente no parecía molestarle tanto que le asignaran una tarea en el Acre.

—Pensaba que nunca comprendería a los chicos —comentó Bronwyn, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Pero creo que ya los entiendo. ¡Son todos idiotas!



Seguimos a las ymbrynes por un tenebroso pasillo apenas iluminado por titilantes luces de gas.

—Aquí es donde se cuecen las habas —estaba diciendo miss Cuco, que caminaba de espaldas para mirarnos mientras hablaba—. Los despachos del Ministerio.

Cada pocos metros había una puerta, cada cual con dos rótulos distintos: las inscripciones originales del refugio estaban talladas en mayúsculas en la madera y, sobre estas, el Ministerio había colgado sus propios carteles, estarcidos en papel. Al otro lado de una puerta señalada como FACINEROSOS y MINISTERIO DE ASUNTOS TEMPORALES, vi a un hombre aporreando una máquina de escribir con una mano mientras con la otra sostenía un paraguas. Las goteras eran tan abundantes que, por un momento, creí que estaba lloviendo dentro de la estancia. Al otro lado de la puerta siguiente (PERVERTIDOS/DEPARTAMENTO DE ASUNTOS INHUMANOS) una mujer empuñaba una escoba para defender su almuerzo de una pequeña horda de ratas. Emma, que no tenía miedo a nada pero detestaba a los roedores, se aferró a mi mano.

—Me sorprende que hayan escogido este edificio en particular como sede de los ministerios —le dije a miss Cuco—. ¿Están cómodos aquí?

La ymbryne rio con ganas.

—En absoluto, pero lo hicimos a conciencia. Ninguno de los desplazados goza de comodidades en el Acre del Diablo, así que nosotros tampoco. Haciéndolo así, todo el mundo se siente motivado a colaborar en los trabajos de reconstrucción con diligencia, para que podamos salir de aquí y regresar a nuestros bucles cuanto antes.

Yo no tenía muy claro hasta qué punto podían trabajar con diligencia si tenían que dedicar la mitad del tiempo a bregar con ratas y goteras, pero la intención era buena. A la gente no le habría gustado que las ymbrynes y los funcionarios se hubieran instalado en un palacio de oro. Trabajar entre ratas era una muestra de integridad por su parte.

—Bueno, como podéis imaginar, hay muchas tareas de reconstrucción que hacer aquí mismo, en Londres —decía ahora miss Cuco—, y en este nuestro mercado de trabajo peculiar sois mercancías muy codiciadas. Necesitamos cocineros, guardias, personas capaces de levantar objetos pesados. —Señaló a Bronwyn—. Varios departamentos han solicitado encarecidamente la colaboración de miss Bruntley. Rescate y Demolición, Guardia y Custodia...

Miré de reojo a Bronwyn, cuya sonrisa se apagaba por momentos.

—Venga, Bronwyn —dijo miss Peregrine—. Mejor eso que retirar cascotes.

—Tenía esperanzas de unirme al cuerpo expedicionario de los Estados Unidos.

—No hay cuerpo expedicionario en Estados Unidos.

—Aún no. Pero podríamos crearlo.

—Y si sois tan ambiciosos, no dudo de que lo lograréis —afirmó miss Cuco—. Pero habrá que curtiros un poco antes de enviaros al frente.

Bronwyn se dispuso a añadir algo más, y puede que lo hubiera hecho si su interlocutora hubiera sido miss Peregrine y nadie más. Pero delante de la otra se mordió la lengua.

La ymbryne señaló un espacio vacío a mi lado, donde el abrigo y los pantalones de Millard se balanceaban en vilo.

—Míster Nullings, Inteligencia Peculiar le ha reservado un caramelo; los invisibles están considerados los mejores agentes operativos.

—¿Y no sería más útil en el Ministerio de Cartografía? —replicó Millard—. Cualquier invisible puede fisgar por ahí y escuchar secretos a hurtadillas, pero apuesto a que mis conocimientos cartográficos están a la altura del Ministerio.

—Es posible, pero Inteligencia anda corto de personal y en Cartografía no hay vacantes. Lo siento. Ahora, por favor, preséntese ante míster Kimble de Inteligencia, despacho trescientos uno.

—Sí, miss —respondió Millard, cuyo tono de voz había perdido cualquier atisbo de entusiasmo. Dio media vuelta para recorrer el pasillo en sentido contrario.

Miss Cuco apuntó con la mano al amplio despacho de techos altos que estábamos atravesando. En el interior, media docena de hombres y mujeres revisaban montones de cartas.

—Míster O'Connor, estoy segura de que la Oficina de Correos Sepulcrales le agradecerá su ayuda.

Enoch se quedó sin habla.

—¿Clasificar correo sin destinatario? ¿Y qué pasa con mi talento?

—Nuestra Oficina de Correos Sepulcrales no gestiona correo sin destinatario. Clasifica correspondencia de y para los muertos.

Uno de los trabajadores separó un sobre manchado de barro.

—Escriben con una letra horrible —dijo—. Y su ortografía es todavía peor. Haría falta un científico normal para averiguar a quién van dirigidas estas cartas. —Le dio la vuelta al sobre y varios gusanos y bichos cayeron del

interior—. De vez en cuando necesitaríamos acudir a la fuente y preguntarles, pero ninguno de nosotros sabe despertar a los muertos.

—¿Los difuntos se escriben cartas entre ellos? —quiso saber Emma.

—Siempre están preguntando por sus parientes e intentando comunicarse con sus viejos amigos —explicó Enoch—. La mayoría son unos cotillas rematados. A veces, si tengo tiempo, les dejo escribir una postal antes de volver bajo tierra.

—¡Piénsatelo! —le pidió el hombre—. ¡Siempre andamos cortos!

—¡Yo no! —gritó un trabajador desde el fondo de la sala antes de alargar un brazo estrambóticamente largo y rozar el techo con los dedos. Lo oímos partirse de risa mientras nos alejábamos.

Miss Cuco nos indicó por gestos que nos apresurásemos.

—Miss Bloom, podría colocarla sin problemas en la sección de Guardia. Sería una excelente guardiana de prisiones. Podría vigilar a los wights más peligrosos. Pero me ha comentado miss Peregrine que de un tiempo a esta parte está explorando otros intereses.

—Sí, miss. La fotografía. Tengo un flash portátil...

Extendió una mano y una llama chisporroteó en su palma. Miss Cuco rio con ganas.

—Me parece muy bien. Sin duda vamos a necesitar buenos fotógrafos para documentar los contactos que vayamos estableciendo con las colonias estadounidenses. De momento, sin embargo, sus habilidades pirogénicas siguen siendo más útiles como arma, así que me gustaría contar con usted para emergencias de seguridad.

—Oh —musitó Emma. Su decepción saltaba a la vista, aunque trató de disimularla.

Me miró con expresión resignada, como si hubiera sido una boba por hacerse ilusiones. Su capacidad para manipular el fuego era tan relevante que acababa por encasillarla, peculiarmente hablando, y yo veía cómo esos límites empezaban a agobiarla.

Pasados unos minutos, todos contaban con una asignación relacionada con sus habilidades peculiares, aunque no fueran superinteresantes ni vitales para la causa. Excepto yo. Uno a uno, mis amigos se fueron separando del grupo para presentarse ante sus distintos supervisores y yo me quedé a solas con miss Cuco y miss Peregrine. Llegamos a un gran invernadero cuyas paredes parecían un rompecabezas de ventanas devoradas desde fuera por inmensas

enredaderas. Una gran mesa de reuniones con el sello oficial de las ymbrynes grabado en la superficie —un pájaro de cuya boca colgaba un reloj y que sujetaba una serpiente con una garra— dominaba la estancia. Estábamos en la sala del Consejo de las ymbrynes, la misma que usaban para celebrar sus reuniones y decidir nuestro futuro, y me invadió una sensación reverencial por el mero hecho de estar allí, aunque solo fuera una sede temporal. La única decoración de la sala consistía en una serie de mapas prendidos a las ventanas más bajas.

—Por favor —dijo miss Cuco, que señaló con un gesto las sillas dispuestas alrededor de la mesa—. Sentaos.

Retiré una silla —modesta, tapizada con un sencillo tejido gris— y me senté. No había oro por ninguna parte, ni tronos, cetros, cortinajes ni adornos por el estilo. Las ymbrynes se mostraban humildes incluso en la elección de los objetos decorativos, buscados para demostrar que no se creían mejores que nadie y que consideraban el liderazgo una responsabilidad y no un privilegio.

—Por favor, Jacob, déjanos a solas un momento —pidió miss Peregrine. Miss Cuco y ella se encaminaron a la otra punta de la sala, cada paso de los tacones altos de miss Cuco un martillazo contra las baldosas del suelo. Intercambiaron susurros, volviéndose a mirarme de tanto en tanto. Miss Peregrine le estaba explicando algo a su amiga, que la escuchaba frunciendo el ceño.

Debe de haberme reservado algo muy importante, pensé. Algo tan importante, tan peligroso, que antes de encomendármelo tiene que convencer a miss Cuco. Es tan joven, tan inexperto... Una situación como esta no tiene precedentes, imaginé que decía la otra. Sin embargo, miss Peregrine me conocía, sabía de lo que era capaz y no dudaría ni un instante de que podía hacerlo.

Procuré no emocionarme demasiado. No quería sacar conclusiones precipitadas. Dejé vagar la mirada por la habitación y, cuando mis ojos se posaron de nuevo en los mapas, empecé a intuir lo que miss Peregrine me tenía reservado.

Eran mapas de los Estados Unidos.

Había uno moderno y varios más antiguos, de antes de que Alaska y Hawái fueran estados, e incluso uno tan viejo que la frontera del país coincidía con el río Misisipi. Ese estaba dividido en grandes franjas de color. El sudeste era

lila; el noreste, verde; buena parte del este, naranja, y Tejas de color gris. Atisbé símbolos y leyendas fascinantes por aquí y por allá, semejantes a los que había visto en el Mapa de los Días de miss Peregrine, y me levanté en el asiento para poder fijarme mejor.

—¡Tenemos un arduo problema! —exclamó miss Cuco.

—¿Cuál? —pregunté a la vez que me volvía a mirarla.

—Estados Unidos —replicó según avanzaba hacia mí—. Hace años que se ha convertido en tierra incógnita. Un salvaje oeste, si lo prefiere, cuya geografía temporal nadie entiende ya. Muchos de sus bucles han desaparecido y otros no sabemos dónde están.

—Ah —musité, sorprendido—. ¿Y eso por qué?

Ya me estaba emocionando. Los Estados Unidos de América... claro. Yo era el peculiar ideal para llevar a cabo una misión en mi país, por peligrosa que fuera. Allí estaría en mi elemento.

—El mayor problema radica en que los Estados Unidos de América no poseen una autoridad peculiar centralizada ni gobierno propiamente dicho. El país está fracturado y dividido en distintos clanes y únicamente mantenemos relaciones diplomáticas con los más grandes. Sin embargo, se encuentran enzarzados en conflictos recurrentes por los recursos y el territorio. Durante años, el miedo a los huecos mantuvo a raya las diferencias, pero ahora que la amenaza está controlada, nos preocupa que las viejas rencillas escalen a una contienda armada.

Erguí la espalda y miré a miss Cuco a los ojos.

—Y usted quiere que les ayude a impedirlo.

Por un momento, la expresión de miss Cuco fue todo un poema, como si hiciera esfuerzos por contener la risa. Miss Peregrine, por su parte, me miró aterrada.

La ymbryne francesa me posó la mano en el hombro. Se sentó a mi lado.

—Tenemos... otra idea.

Miss Peregrine ocupó una silla en el lado opuesto.

—Queremos que comparta su historia.

Volví la cabeza a un lado y a otro para mirarlas.

—No entiendo a qué se refieren.

—La vida en el Acre del Diablo es dura —explicó miss Cuco—. Agotadora, desmoralizante. Los peculiares necesitan inspiración y les encanta escuchar el relato de su victoria sobre Caul.

—Los niños piden la historia de la Batalla del Acre como cuento de buenas noches —prosiguió miss Peregrine—. Ha sido adaptada al teatro por la compañía de comediantes de miss Grackle. ¡Incluso le han puesto música!

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, horrorizado.

—Comenzará por aquí, por el Acre —propuso la directora— y luego hará una gira por otros bucles, aquellos que más han sufrido a manos de los wights pero que siguen ocupados.

—Pero... ¿qué pasa con los Estados Unidos de América? —insistí—. ¿Con su arduo problema?

—De momento, estamos centradas ante todo en reconstruir nuestra propia sociedad —respondió miss Cuco.

—Y entonces ¿por qué me han contado todo eso? —le pregunté.

La ymbryne se encogió de hombros.

—Miraba usted los mapas con tanto interés...

Negué con la cabeza.

—Usted ha dicho que los Estados Unidos están llenos de bucles desconocidos. Que hay luchas y rencillas.

—Sí, pero...

—Soy estadounidense. Puedo ayudar. Y también mis amigos.

—Jacob...

—Todos podemos ayudar, en cuanto les enseñe a aparentar normalidad. Porras, Emma ya está lista y no tardaré más que unos cuantos días en preparar a casi todos los demás, puede que una semana de clases intensivas...

—Míster Portman —me cortó miss Peregrine—, se está precipitando.

—¿No es por eso por lo que quiere que aprendan a moverse por el presente? ¿No los llevó a mi casa con esa intención?

Miss Peregrine suspiró con impaciencia.

—Jacob, admiro enormemente su ambición. Pero el Consejo no cree que estén preparados.

—Apenas hace unos meses que descubrió su propia peculiaridad —intervino miss Cuco.

—¡Y tan solo hace unas horas que ha tomado la decisión de contribuir a la causa! —añadió miss Peregrine.

Tuve la sensación de que se mofaba de mí.

—Estoy listo —insistí—. Y también los demás. Me encantaría trabajar para ustedes en Estados Unidos, igual que mi abuelo.

—El grupo de Abe no trabajaba bajo nuestras órdenes. Eran totalmente autónomos.

—¿Ah, sí?

—Abe hacía las cosas a su modo —asintió miss Peregrine—. Nuestro mundo ha cambiado mucho desde entonces y ya no podemos funcionar así. En cualquier caso, la forma de trabajar de Abe no afecta a esta conversación. Lo único que importa es que aún estamos estudiando la situación norteamericana. Ahora mismo no le podemos decir nada más. Cuando necesitemos su ayuda por esos lares (y cuando el Consejo juzgue que sus amigos y usted están listos) se lo comunicaremos.

—Sí —prosiguió miss Cuco—. Pero hasta entonces...

—Quieren que me dedique a dar charlas de motivación.

Miss Peregrine suspiró. Estaba al borde de la exasperación y yo empezaba a enfadarme.

—Ha sido un día muy largo, míster Portman.

—Usted no sabe ni la mitad —repliqué—. Yo solo quiero hacer algo relevante.

—Puede que Jacob desee ser una ymbryne —sugirió miss Cuco con una sonrisilla irónica.

Empujé mi silla hacia atrás y me levanté.

—¿A dónde va? —preguntó miss Peregrine.

—A buscar a mis amigos —respondí según me encaminaba a la puerta.

—¡Cada cosa en su momento, Jacob! —me gritó la directora—. Tiene toda la vida para convertirse en un héroe.



Mis amigos seguían diseminados por el edificio, comentando los pormenores de sus tareas respectivas, así que me senté en un banco del concurrido vestíbulo a esperar y, mientras aguardaba, tomé una decisión. Mi abuelo no pidió permiso a las ymbrynes para hacer su trabajo y yo tampoco lo necesitaba para tomar el relevo. El hecho de que Abe hubiera dejado su libro de registro a mi alcance ya constituía autorización suficiente. Necesitaba una misión. Y conseguir uno de esos...

—Ay, Dios mío.

—Ohhhh. ¿Eres Jacob Portman?

Dos chicas se habían sentado a mi lado. Aparqué mis pensamientos para mirarlas y me quedé de una pieza al ver solamente a una. Era asiática, algo más joven que yo e iba vestida con una camisa de cuadros al estilo de 1970 y pantalones de campana; y no cabía duda de que estaba sola.

—Ese soy yo —respondí.

—¿Me firmas el brazo? —pidió a la vez que lo alargaba. Acto seguido, extendió el otro y dijo, con voz más grave—: ¿Y a mí también?

Se percató de mi desconcierto.

—Somos binarias —explicó—. A veces nos confunden con alguien con doble personalidad, pero en realidad tenemos dos corazones, dos almas, dos cerebros...

—¡Y dos laringes! —añadió la otra.

—Hala, qué pasada —exclamé, sinceramente impresionado—. Encantado de conoceros. Pero... no creo que deba firmar en el cuerpo de nadie.

—Oh —se lamentaron al unísono.

—¿No tienes ganas de ver el musical de miss Grackle? —preguntó la voz más profunda—. Yo lo estoy deseando. Hizo uno sobre miss Wren y sus animales la temporada pasada. *La fauna de la pradera*.

—Fue increíble. Chulísimo.

—¿Quién crees que interpretará tu personaje?

—Uf, caray, no lo sé, la verdad. Esto... ¿me perdonáis un momento?

Me levanté, volví a disculparme y salí disparado hacia la otra punta del vestíbulo. No porque quisiera librarme de ellas —bueno, no del todo—, sino porque acababa de ver a alguien que me sonaba muchísimo y quería averiguar quién era.

El tipo en cuestión atendía una de las ventanillas. Un joven con el pelo cortado al rape, piel muy oscura y rasgos amables. Había visto su cara en alguna parte, pero no conseguía ubicarla. Pensé que hablar con él me refrescaría la memoria. Se percató de que me acercaba, echó mano de una pluma a toda prisa y fingió estar escribiendo para cuando llegué a la ventanilla.

—¿Le conozco de algo? —le pregunté.

No levantó la vista.

—No —fue su lacónica respuesta.

—Soy Jacob Portman.

Ahora sí me miró. Impertérrito.

—Sí.

—¿No nos hemos visto antes?

—No.

La conversación no avanzaba. Me fijé en el cartel de la ventanilla:
INFORMACIÓN.

—Necesito información.

—¿Acerca de?

—Un colaborador de mi abuelo. Estoy intentando ponerme en contacto con él. Si acaso sigue vivo.

—No tenemos un directorio de particulares, señor.

—Y entonces ¿qué clase de información dan?

—No la damos. La recogemos.

Alargó la mano por encima de su escritorio y me tendió un largo formulario.

—Rellene esto.

—¿Me toma el pelo? —le espeté, y devolví el formulario a su escritorio.

El hombre frunció el ceño.

—¡Jacob!

Miss Peregrine avanzaba a mi encuentro por el vestíbulo, seguida de mis amigos. Dentro de un momento, me rodearían.

Me incliné a través de la ventanilla para decirle:

—Sé que le conozco de algo.

—Si usted lo dice —replicó él.

—¿Nos vamos? —sugirió Horace.

—Me muero de hambre —añadió Olive—. ¿Podemos comer cosas americanas otra vez?

—¿Y qué? ¿Qué tarea te han asignado? —me preguntó Emma.

Según me arrastraban hacia la salida, me volví a mirar al hombre. Estaba muy quieto, observando mi partida, el ceño fruncido con ademán preocupado.

Miss Peregrine me arrastró a un lado.

—Mantendremos una conversación muy pronto, usted y yo —dijo—. Siento mucho que nuestra reunión haya herido sus sentimientos. Es muy importante para mí, y para todas las ymbrynes, que se sienta realizado. Sin embargo, como ya le hemos mencionado, la situación es peliaguda ahora mismo en los Estados Unidos.

—Solo pido que me den un voto de confianza. No pretendo capitanear un

ejército ni nada parecido.

«En realidad ya no pido nada», pensé, pero no lo dije.

—Ya lo sé —respondió ella—. Pero tenga paciencia, por favor. Y le ruego que tenga en cuenta que tantas precauciones son por su seguridad. Si algo les sucediera, a cualquiera de ustedes, sería catastrófico.

Un pensamiento nada amable cruzó mi mente: que, en realidad, daría mala imagen al Consejo Ymbryne que yo sufriera algún percance, igual que las dejaría en mal lugar delante de los habitantes del Acre del Diablo el hecho de que no colaborásemos en los trabajos de reconstrucción. Ya sabía que no eran esas las únicas razones. Claro que se preocupaba por nosotros. Pero también le preocupaba el parecer de personas que yo no conocía y sus opiniones acerca de mis elecciones; y a mí no.

En lugar de expresar mis pensamientos en voz alta, dije:

—Vale, no pasa nada, lo entiendo.

Sabía que ningún argumento la convencería.

Ella sonrió y me dio las gracias, y yo me sentí culpable por mentirle, pero no demasiado. Por fin, se despidió de nosotros.

Acababan de tocar las doce del mediodía en el Acre del Diablo. Miss Peregrine tenía que hacer unas gestiones por allí, pero las nuestras ya habían terminado de momento, así que acordamos reunirnos en mi casa más tarde.

—Id directamente —nos advirtió—. Nada de distraeros ni entreteneros ni retrasaros ni perder el tiempo.

—Sí, miss Peregrine —coreamos.



CINCO

No fuimos a mi casa directamente. Les pregunté a los demás si podíamos tomar una ruta alejada de las zonas más concurridas y, llevados por el deseo de explorar y de tener un gesto de rebeldía, accedieron. Enoch dijo conocer un camino rápido que con toda probabilidad estaría desierto y, un minuto más tarde, estábamos recorriendo la orilla del río Acequia Infecta.

A diferencia del centro, nadie había adecentado esta zona del Acre. Puede que fuera irrecuperable. El Acre del Diablo era un bucle, de modo que los aspectos medioambientales básicos se reiniciaban a diario. La Acequia siempre sería un nido de porquería, turbio y pestilente. El poco sol que se filtraba a través de la boina de polución que nos cubría tendría siempre el tono del té aguado. Los normales atrapados en la zona, actores de una escena que se repetía hasta el infinito, serían por toda la eternidad los mismos miserables, famélicos y desdichados que ahora nos miraban con recelo desde los callejones y los bloques de pisos que íbamos dejando atrás. Millard comentó que debía de haber en alguna parte un mapa con todos los asesinatos, atracos y robos que se estaban cometiendo el día que se creó el bucle, para que la gente pudiera evitar las zonas más peligrosas, pero ninguno de nosotros lo había visto. Todos éramos conscientes de que cualquier precaución es poca cuando cruzas por zona de normales. Siempre y cuando pudiéramos soportar el pestazo, nos mantendríamos pegados al borde de la Acequia para evitar la cercanía de los lúgubres edificios.

Cuando no miraban nerviosos a un lado y a otro, mis amigos comentaban sus nuevas asignaciones. Casi todos parecían decepcionados. Algunos directamente resentidos.

—¡Yo debería estar trazando mapas de los Estados Unidos de América! — protestó Millard—. Perplexus Anomalous es ahora el jefe del dichoso Departamento de Cartografía. Si las ymbrynes no se dan cuenta de que merecemos algo a cambio de lo que hicimos, estoy seguro de que él sí.

—¿Y por qué no recurras a él directamente? —sugirió Hugh.

—Lo haré —prometió Millard.

Enoch, una vez superada la euforia inicial, había comprendido que su

trabajo en la Oficina de Correos Sepulcrales involucraba despertar a los muertos un cinco por ciento del tiempo y clasificar cartas en el noventa y cinco restante.

—¿Cómo pueden rebajarnos a chupatintas después de nuestras proezas en la Biblioteca de Almas? —se quejó—. Les salvamos el pellejo a las ymbrynes. Deberían darnos unas buenas vacaciones u ofrecernos trabajos espectaculares con montones de subalternos.

—Yo no lo expresaría en esos términos —dijo Horace—, pero estoy de acuerdo. ¿Ayudante del anacronista en el Departamento de Indumentaria? Debería estar asesorando al Consejo Ymbryne sobre estrategia, como poco. ¡Ve el futuro, por el amor de los pájaros!

—Pensaba que miss Peregrine creía en nosotros —suspiró Olive.

—Y cree —le aseguró Bronwyn—. Esto es cosa de las otras ymbrynes. No nos conocen tan bien como ella.

—Se sienten amenazadas por nosotros —dijo Enoch—. ¿Sabéis por qué nos han asignado esas tareas? Es una indirecta. «Seguís siendo niños peculiares, nada más».

Emma se deslizó hacia mí y caminamos codo con codo. Le pregunté qué tal le había ido la reunión con su supervisora.

—Mira esto —dijo Emma, y extrajo de su bolso una caja rectangular, muy delgada—. Es una cámara plegable. —Giró una llave y una lente se desplegó como un acordeón.

—Entonces ¿al final te han dado el trabajo que querías? ¿De documentalista?

—Qué va —resopló ella—. La he birlado del almacén. Me han asignado tres turnos a la semana protegiendo a las ymbrynes mientras interrogan a los wights.

—Pues parece interesante. Es posible que oigas historias alucinantes.

—No quiero oír nada de eso. Escuchar los relatos de los crímenes que llevan cometiendo años y años... Estoy cansada de hurgar en el pasado. Quiero ver sitios nuevos, conocer a otras personas. ¿Y tú?

—Yo también —asentí.

—No, quiero decir, ¿qué tarea te han asignado? Estoy deseando saberlo. Algo fantástico, seguro.

—Conferenciante motivador —respondí.

—¿Y eso qué diantre es?

—En teoría, tengo que ir por los bucles hablando de mí.

Arrugó la cara con extrañeza.

—¿Para qué?

—Para... ¿inspirarlos?

Se rio con tantas ganas que casi me sentí herido.

—Oye. Tampoco es tan raro —objeté.

—No me interpretes mal. Me pareces una persona muy inspiradora. Es solo que... no lo veo claro.

—Yo tampoco. Y no lo pienso hacer.

—¿De verdad? —preguntó, impresionada—. ¿Y qué vas a hacer?

—Otra cosa.

—Ah, ya veo. Qué misterioso.

—Ajá.

—¿Me lo contarás?

Sonreí.

—Serás la primera en saberlo.

No quería dejar a Emma en ascuas sobre mis planes. Solo que aún no había urdido ningún plan, pero tenía la certeza de que algo surgiría.

Y entonces, algo lo hizo. Un ruido se dejó oír en el río: un chapoteo seguido de una fuerte inhalación. Claire gritó:

—¡Un monstruo acuático!

Todos nos volvimos a mirar, pero lo que parecía un engendro marino a primera vista resultó ser un hombre grueso de piel pálida como un pez. Nadaba raudo a nuestro lado, totalmente sumergido salvo por la cabeza y los hombros, que se mantenían a flote como empujados por algo que no alcanzábamos a ver.



—¡Eh, vosotros! —gritó el hombre—. ¡Jovencitos, deteneos!

Apuramos el paso, pero el desconocido se las arregló para seguirnos el ritmo.

—¡Tengo una pregunta que haceros!

—Parad —ordenó Millard—. Este hombre no quiere hacernos daño. Es usted peculiar, ¿verdad?

El individuo se irguió y las branquias de su cuello se abrieron para escupir agua negra.

—Me llamo Itch —respondió el desconocido, dando por sentada su condición de peculiar—. Solo quiero saber una cosa. Sois los pupilos de Alma Peregrine, ¿correcto?

—Sí —respondió Olive, que se había plantado al borde de la Acequia para demostrar que no tenía miedo.

—¿Y es cierto que os movéis a vuestro antojo sin envejecer instantáneamente? ¿Que vuestros relojes internos se han reiniciado?

—Son dos preguntas —señaló Enoch.

—Sí, es verdad —respondió Emma.

—Ya veo —dijo Itch—. ¿Y cuándo reiniciarán los nuestros?

—¿Y quiénes sois «vosotros»? —quiso saber Horace.

Cuatro cabezas más surgieron del agua en torno a él, dos muchachos con aletas en la espalda, una mujer mayor con escamas por piel y un anciano con enormes ojos de pez, uno a cada lado de la cabeza.

—Mi familia adoptiva —aclaró Itch—. Llevamos demasiado tiempo viviendo en esta maldita charca y respirando sus aguas contaminadas.

—Ya va siendo hora de cambiar de escenario —chirrió el hombre con ojos de pez.

—Queremos vivir en aguas más limpias —añadió la mujer de las escamas.

—No es tan sencillo —dijo Emma—. Lo que nos pasó fue accidental y podríamos haber muerto.

—Nos arriesgaremos —aseguró Itch.

—¡Lo que pasa es que no quieren compartir su secreto con nosotros! —exclamó uno de los chicos pez.

—No es verdad —alegó Millard—. Ni siquiera sabemos si es posible replicar el efecto. Las ymbrynes lo están estudiando.

—¡Las ymbrynes! —La mujer escupió agua por las branquias—. Aunque lo supieran, jamás lo dirían. Si lo hicieran, abandonaríamos los bucles y no

tendrían a nadie a quien mangonear.

—¡Eh! —se enfadó Claire—. ¡No diga eso! ¡Es horrible!

—¡Una traición en toda regla! —añadió Bronwyn.

—¡Traición! —gritó Itch. Nadó hasta el borde de la Acequia y se dio impulso para salir. Nos apartamos del hombre según el agua caía a chorros de su cuerpo hasta dejar a la vista el abrigo de algas verdes que lo cubría del pecho a los pies—. No deberías usar esa palabra a la ligera.

Los chicos salieron de la Acequia también, al igual que la mujer, que llevaba una prenda de algas similar a la de su compañero. Solo el anciano permaneció en el agua, donde nadaba en círculos turbulentos.

—Miren —intervine. Yo no había hablado aún y pensé que podría aplacar los ánimos—. Aquí todos somos peculiares. No hay motivos para discutir.

—¿Y tú qué sabes, intruso? —me desafió la mujer.

—¡Se cree nuestro salvador! —dijo Itch—. No eres nada salvo un impostor con suerte.

—¡Falso profeta! —gritó uno de los chicos y luego el otro, hasta que acabaron los cuatro acusándome a gritos («¡Falso profeta! ¡Falso profeta!») al tiempo que nos rodeaban por tres lados.

—¡Yo nunca he dicho que fuera un profeta! —traté de explicarles—. Nunca he dicho que fuera nada.

Montones de normales, vecinos del edificio más cercano, se habían asomado a las ventanas. Ahora gritaban con ellos y nos tiraban basura a la cabeza.

—¡Lleváis demasiado tiempo en la Acequia! —les chilló Enoch—. ¡Se os ha podrido el cerebro!

Emma se dispuso a encender una llama y Bronwyn parecía a punto de lanzar a Itch por los aires, pero los demás las contuvimos. Nos vigilaban de cerca en el Acre del Diablo y lastimar a otro peculiar, aunque fuera en defensa propia, no nos iba a beneficiar.

Los habitantes de la Acequia nos habían acorralado en un callejón. Entre gritos de «¡Falso profeta!», nos exigían que les revelásemos nuestro secreto. Al final no tuvimos más remedio que dar media vuelta y salir por piernas, todavía perseguidos por el eco de sus amenazas cuando doblamos la esquina.

Sin saber cómo, dejamos atrás la parte más peligrosa de la ciudad y regresamos al centro, aunque después del incidente todo parecía borroso y confuso. Seguíamos alterados y los amigables saludos y apretones de manos

que nos salían al paso según avanzábamos entre la multitud se nos antojaban irreales.

¿Qué había detrás de esas sonrisas?

¿Cuántos de ellos nos guardaban rencor en secreto?

Y al rato estábamos en el panbucleticón, arrastrados por mareas de viajeros peculiares, subiendo pesadamente las escaleras hacia el enorme vestíbulo, todos en silencio, sumidos en nuestros pensamientos.



Nos apretujamos en el armario de las escobas y, después del bandazo de siempre, salimos a trompicones a la cálida noche de Florida. Un leve vapor surgió del tejadillo apuntado de la cabaña, acompañado de un leve siseo, como si un motor caliente se enfriara.

—Ozono —dijo Millard.

—Veintidós minutos cuarenta segundos. —Miss Peregrine estaba parada en el jardín, con los brazos cruzados—. Es el tiempo que os habéis retrasado.

—Pero miss —empezó Claire—, no queríamos...

—Que nadie diga nada —susurró Emma. A continuación, en tono más alto—: Queríamos tomar un atajo, pero nos hemos perdido.

Nos quedamos allí plantados, en el jardín, agotados y todavía asustados tras el encuentro en la Acequia, soportando un sermón sobre la puntualidad y la responsabilidad. Oía rechinar los dientes de mis amigos. Una vez que miss Peregrine hubo dejado meridianamente claro que la habíamos decepcionado, adoptó su forma de pájaro, voló a lo alto de mi tejado y se quedó allí encaramada.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté en voz baja.

—Es lo que hace cuando necesita pasar un rato a solas —me explicó Emma—. Debe de estar muy disgustada.

—¿Porque hemos llegado veintidós minutos tarde?

—Soporta mucha presión —la disculpó Bronwyn.

—¿Y lo paga con nosotros? —dijo Hugh—. No es justo.

—Tengo la sensación de que ahora mismo hay muchos peculiares que no quieren hacer caso a las ymbrynes —explicó Olive—, pero miss P siempre ha dado por hecho que nosotros la obedeceríamos. Así que, si vamos a lo nuestro, aunque sea un poquitín de nada...

—¿Sí? ¡Pues que se meta sus broncas por las plumas traseras! —soltó Enoch, en un tono demasiado alto.

Bronwyn le tapó la boca con la mano y los dos acabaron peleándose en el suelo.

—¡Basta, basta! —gritó Olive, y entonces ella, Emma y yo intentamos separarlos, pero caímos de bruces también, y acabamos los cuatro tumbados sobre la hierba, jadeando y sudando al calor húmedo de la noche.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Emma—. No quiero pelearme con vosotros.

—¿Tregua? —propuso Bronwyn.

Enoch asintió y se estrecharon la mano.

Todos queríamos descansar y olvidarnos de los acontecimientos del día, así que entramos en casa, donde Horace preparó una cena increíble con los restos de las provisiones robadas y luego los inicié en la famosa tradición estadounidense de comer delante de la tele. Fui cambiando de canal mientras mis amigos miraban la pantalla con atención, algunos tan absortos que ni se acordaban de los platos que se enfriaban en su regazo. La Tienda en Casa, anuncios de comida para perros y productos para el cabello, un predicador en una cadena religiosa, un concurso de talentos, fragmentos de noticias sobre conflictos en países extranjeros: para ellos, todo era igual de marciano. Una vez que se recuperaron de la impresión de tener una pantalla como esa en el salón de casa, con imágenes a todo color, sonido envolvente y cientos de canales distintos entre los que elegir, empezaron a hacer preguntas. Algunas me pillaron por sorpresa.

Mientras nos entreteníamos con un viejo episodio de *Star Trek*, Hugh quiso saber:

—¿Hay mucha gente que tenga naves espaciales hoy día?

Bronwyn, viendo parte de un capítulo de *The Real Housewives of Orange County*, preguntó:

—¿Ya no hay pobres en los Estados Unidos de América?

Y Olive añadió:

—¿Por qué son tan maleducadas?

Mientras veíamos un anuncio de coches, Horace comentó:

—¿Se supone que ese ruido es música?

Y ante un programa de noticias, Claire frunció el ceño diciendo:

—¿Por qué gritan así?

Noté que empezaban a sentirse incómodos. Emma estaba cada vez más tensa, Hugh paseaba de un lado a otro y Horace apretaba el brazo del sofá con todas sus fuerzas.

—Es excesivo —exclamó Emma, a la vez que se tapaba los ojos con la parte inferior de las manos—. ¡Hablan muy alto y todo es muy rápido!

—No se detienen en cada tema más que un instante —observó Horace—. La sensación resulta vertiginosa.

—No me extraña que los normales casi nunca reparen en los peculiares —dijo Enoch—. ¡Se les ha derretido el cerebro!

—Si las personas modernas ven esto, nosotros también lo haremos —declaró Millard.

—Pero yo no quiero que se me derrita el cerebro —protestó Bronwyn.

—No se te va a derretir nada —la tranquilizó Millard—. Considéralo una vacuna. Un poquito bastará para protegerte contra las grandes impresiones que te depara este mundo.

Pasamos un rato más cambiando de canal, pero el efecto hipnótico pronto se desvaneció y mi mente se perdió por derroteros poco agradables. Me dio por pensar, mientras nos entreteníamos con un episodio de *El soltero*, que apenas si entendía el mundo en el que me había criado. Llevaba toda la vida observando con perplejidad a las personas normales: esa manía absurda que tienen de buscar la admiración de los demás a toda costa, los objetivos mediocres que parecen impulsarlos, la banalidad de sus sueños. La tendencia de la gente a rechazar todo aquello que no encaje en sus estrechas miras, como si las personas que piensan, actúan, se visten o sueñan de otra manera amenazaran su misma existencia. Por eso, más que nada, me sentí tan solo durante la infancia. Las cosas que las personas normales consideraban importantes me parecían una tontería. Y nunca encontraba a nadie con quien hablar de ello, así que me guardaba mis ideas para mí. Había regresado al mundo normal convencido de que ahora tenía un hogar esperándome en el reino peculiar. Pero hoy, en el Acre del Diablo, me había sentido un extraño allí también: héroe para algunos, impostor para otros. Incomprendido por todos, igual que en casa.

Intentaba explicarles el humor de *Los Simpson* al tiempo que sucumbía a una profunda somnolencia (había sido un día muy largo), cuando algo se desató en mi mente y recordé dónde había visto antes la cara del funcionario. Le tendí el mando a distancia a Enoch, dije que iba un momento al baño y

corrí a mi habitación.

Tras cerrar la puerta, busqué debajo de la cama el libro de registro de Abe y empecé a hojearlo en busca del rostro en cuestión. Tardé varios minutos en encontrarlo (había tantas páginas y tantas caras), pero lo hice, en una entrada de 1983. La fotografía era vieja, de los años treinta o cuarenta del siglo anterior, supuse, pero el empleado tenía hoy día el mismo aspecto que en la foto, lo que implicaba que llevaba mucho tiempo viviendo en bucles. Aparecía registrado bajo el nombre de Lester Noble, Jr. En la foto llevaba un gran sombrero redondo y miraba a la cámara con expresión apacible, sin el menor atisbo del miedo que hoy había visto en su semblante. Leí las notas de mi abuelo sobre la operación, desprendí las grapas que unían la fotografía al libro y me la guardé en el bolsillo.

Me topé con Emma en el pasillo.

—Iba a buscarte —me dijo.

—Y yo iba a buscarte a ti. Necesito que me ayudes.

Se inclinó hacia mí.

—Claro. Tú dirás.

—Cúbreme. Solamente durante un par de horas. Necesito volver al Acre.

—¿Por qué? ¿Para qué?



—No tengo tiempo de explicártelo —me excusé—. Te lo diré a la vuelta.

—Yo también voy.

—Tengo que hacer esto solo.

Se cruzó de brazos.

—Espero que valga la pena.

—Seguro que sí. Creo.

Después de darle un beso de despedida, bajé las escaleras, me escabullí por el garaje y entré en el cobertizo de las macetas.



Cuando llegué al vestíbulo de la sede de los ministerios, el funcionario se había marchado. Su ventanilla estaba cerrada y no había nadie tras ella. Me acerqué a la ventanilla contigua y le pregunté a la mujer que trabajaba allí si sabía dónde estaba el empleado.

Entornando los ojos, me miró a través de unas gruesas lentes.

—¿Quién?

—El hombre que trabaja aquí al lado. Lester Noble.

—No conozco a ningún Lester Noble —dijo, golpeteando en la mesa con la pluma—, pero el muchacho que trabaja a mi lado se acaba de marchar. A lo mejor todavía lo pillas si... Mira, ahí está.

Señaló al otro lado del vestíbulo. Cuando me di la vuelta, lo vi apresurarse hacia la salida. Le di las gracias a la mujer deprisa y corriendo antes de salir disparado hacia el hombre, que estaba a punto de cruzar la puerta.

—Lester Noble —dije.

Palideció una pizca.

—Me llamo Stevenson. Y me estás cortando el paso.

Trató de empujarme a un lado, pero yo me mantuve firme y él, como es natural, no quiso montar una escena.

—Usted se llama Lester Noble y ese acento británico es falso.

Eché mano de la foto que llevaba en el bolsillo y se la acerqué para que la viera. Él se quedó helado un momento, luego me la arrebató. Cuando alzó la vista para mirarme de nuevo, parecía asustado.

—¿Qué quieres? —susurró.

—Quiero contactar con una persona.

Su mirada voló rauda por el vestíbulo antes de posarse en mí nuevamente.

—Recorre ese pasillo. Reúnete conmigo en la oficina ciento treinta y siete dentro de dos minutos. No pueden vernos juntos.

Recuperé la foto.

—Esto me lo quedo. De momento.

Dos minutos más tarde, me encontré con él delante de una puerta de madera lisa marcada como 137, sin más indicaciones. Se hizo un lío con las llaves. Le temblaban las manos. Entramos, cerró la puerta y echó el cerrojo. Era una sala pequeña, repleta de archivadores de cartón que la forraban de pared a pared y del suelo al techo.

—Mira, chaval —me dijo a la vez que se volvía a mirarme con las manos unidas, como si rezase—. No soy un delincuente, ¿vale? —Su acento inglés se había esfumado, reemplazado por el deje nasal del sur—. En los Estados Unidos hay malas personas y no podía permitir que dieran conmigo. Me cambié de nombre al llegar aquí. Creía que nunca más volvería a oír el antiguo.

—¿De verdad los huecos americanos eran mucho más terribles que los de aquí? —quise saber.

—Eran malvados, pero no me marché por eso. Fue por culpa de los peculiares. Están locos.

—¿Eh? ¿En qué sentido?

Lester negó con la cabeza.

—Me estoy saltando como cien reglas al traerte aquí. Si quieres consultar un archivo, adelante, pero no hay tiempo para relatos.

—Vale —accedí—. ¿Qué tiene sobre los cazadores de huecos?

Lester dudó.

—¿De quién me hablas?

—Ya sabe a quién me refiero —le espeté y, acto seguido, le conté lo que había leído en el informe de Abe.

El parte decía que Lester estuvo viviendo en un bucle del 5 de enero de 1935, en Anniston, Alabama, hasta que sufrieron un ataque y su ymbryne murió asesinada. Abe y H encontraron a Lester escondido en un motel del presente —1983, a la sazón— donde corría grave peligro de envejecer instantáneamente. Consiguieron transportarlo a otro bucle, donde estaría a salvo. Debió de encontrar la manera de marcharse a Inglaterra en algún momento posterior, una decisión que sin duda constituía otra relato desgarrador. Pero yo no tenía tiempo de escucharlo y tampoco parecía que

Lester, tras oír lo que le narré acerca de sí mismo, estuviera de humor para compartirlo.

—¿Cómo sabes todo eso? —me preguntó. Tenía el cuerpo crispado, como preparado para oír malas noticias.

—Abe era mi abuelo —le confesé.

—¿Y él te habló de mí?

El tono de su voz se elevaba por momentos. Por alguna razón, mi relato lo había aterrado.

—No directamente —respondí—. Mire, no hay razón para preocuparse ni necesidad de entrar en demasiados detalles. No he venido a buscar esqueletos en ningún armario. Solo quiero contactar con un hombre apodado H. Usted pasó tiempo con él. Trabaja aquí, en el sanctasanctorum... —Hice girar las manos, un gesto que pretendía denotar la relación entre ambos datos—. Es usted mi única pista.

Suspiró y advertí que se relajaba un tanto. Se cruzó de brazos y se recostó contra un estante.

—No me entregaron una tarjeta de visita ni nada parecido —alegó—. Y aunque lo hubieran hecho, hace mucho tiempo de eso.

—Esperaba que pudiera encontrar algo en los archivos —dije—. Las ymbrynes deben de saber cómo contactar con ellos.

—¿Y por qué no les preguntas directamente a ellas?

Ahora empezaba a sentirse demasiado cómodo.

—Pretendo ser discreto. Pero de ser necesario, les diré que acudo a ellas de parte de Lester Noble, Jr.

Frunció el ceño.

—De acuerdo —accedió, lacónico—. Déjame ver lo que tengo.

Dio media vuelta y caminó junto a una pared, repasando las carpetas con el índice según avanzaba. Extrajo un archivador de un estante y hojeó el contenido murmurando para sí. Se encaminó a otra pared, localizó otro estante y extrajo dos carpetas más. Sacudió la cabeza, se las encajó debajo del brazo y siguió avanzando. Pasados unos minutos, se acercó a mí con la mano extendida. En la palma llevaba una vieja caja de cerillas.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es lo único que hay.

La tomé de su mano. Estaba arrugada por los bordes, como si hubiera pasado mucho tiempo en algún bolsillo. La parte exterior era blanca. El

interior mostraba el anuncio de un restaurante chino, una dirección, números y letras en apariencia aleatorios y una nota a lápiz que rezaba: «Quemar después de leer». Obviamente alguien había hecho caso omiso a las instrucciones.

—Muy bien, pues. —Lester me arrebató la foto—. Me parece una transacción equitativa, habida cuenta de que podrían despedirme por dejarte entrar en esta sala y no digamos por dejarte salir con eso.

—Pero si solo es una vieja caja de cerillas —protesté—. ¿Qué quiere que haga con esto?

—Te corresponde a ti averiguarlo. —Se encaminó a la puerta, la abrió y aguardó mi salida—. Ahora, hazme un favor, colega —dijo, de nuevo con acento inglés—, y olvida que nos hemos visto.



Atravesé el Acre tan deprisa y con tanta determinación que ni siquiera aquellos que me reconocieron se atrevieron a detenerme. Llegué a la mansión de Bentham, subí las escaleras como una exhalación y recorrí el largo pasillo del panbucleticón hasta llegar a la puerta marcada con el cartel: RESERVADA A A. PEREGRINE Y PUPILOS. Me abalancé al interior y, un instante más tarde, aparecí en el césped de mi jardín. Permanecí allí un momento, mareado al calor de la noche, escuchando el coro de grillos y ranas mientras la luz de la televisión parpadeaba en las ventanas del salón.

Miss Peregrine ya no estaba encaramada en el tejado. Nadie me había visto llegar. Todavía contaba con un rato de margen. Crucé el jardín hasta el muelle, me acerqué al borde y me senté. No se me ocurría otro sitio donde pudiera pensar a solas y, si alguien venía a buscarme, oiría sus pasos.

Hong's

MOTT ST. 17
NUEVA YORK
RES: LT1-6730

- *Comida china de calidad*
- *Instalaciones para fiestas*

QUEMAR DESPUÉS DE LEER



Eché mano del teléfono y de la caja de cerillas y traté de discurrir cómo usarla para encontrar a H. Pasados unos minutos de búsquedas a base de pulgares, encontré lo siguiente: la extraña serie de letras y números que aparecía debajo de la dirección era un número de teléfono, si bien imposible de marcar, escrito con un sistema alfanumérico que había caído en desuso en la década de 1960.

Busqué el nombre del restaurante anunciado en la caja de cerillas. Un golpe de suerte: todavía existía. Encontré el número de teléfono actual y llamé.

Oí una serie de chasquidos, como si la llamada se desviara al extranjero. Por fin se dejó oír la señal, diez, puede que doce pitidos, hasta que una voz ronca, masculina, respondió por fin.

—Sí.

—Pregunto por H. Soy...

La llamada se cortó. ¡Me habían colgado!

Volví a llamar. Esta vez respondieron después de dos señales.

—Se ha equivocado de número.

—Soy Jacob Portman.

Se hizo un silencio. El hombre no me colgó.

—Soy el nieto de Abe Portman.

—Eso dices tú.

Se me aceleró el corazón. Había dado con lo que buscaba. Estaba hablando con alguien que conoció a mi abuelo. Puede que con H en persona.

—Puedo demostrarlo.

—Pongamos que te creo —dijo el hombre—. Puede que lo haga, puede que no. ¿Qué quiere Jacob Portman?

—Trabajar.

—Busca en los anuncios de demandas.

—Trabajar haciendo lo mismo que usted.

—¿Crucigramas?

—¿Qué?

—Estoy jubilado, hijo.

—Lo que hacía antes, pues. Usted, Abe y los demás.

—¿Y qué sabes tú de eso?

Se había puesto a la defensiva.

—Muchas cosas. He leído el libro de registro de Abe.

Sonó un chirrido metálico y un gruñido, como si H se hubiera levantado de una silla.

—¿Y?

—Y quiero ayudar. Sé que todavía hay huecos ahí fuera. Puede que no sean muy numerosos, pero uno es suficiente para causar graves problemas. Y hay muchas cosas que hacer, aparte de eso.

—Es muy noble por tu parte, hijo. Pero hemos cerrado el chiringuito.

—¿Por qué? ¿Porque Abe ya no está?

—Porque nos hacemos viejos.

—Perfecto, pues —dije, embargado por una súbita sensación de seguridad—. Yo lo abriré otra vez. Tengo amigos que pueden ayudar. Una nueva generación.

Oí un cajón que se cerraba de golpe, el tintineo de una cucharilla contra una taza.

—¿Alguna vez has visto un hueco en persona? —me preguntó.

—Sí. Y he liquidado a unos cuantos.

—¿Eso es verdad?

—¿No ha oído hablar de la Biblioteca de Almas? ¿De la Batalla del Acre del Diablo?

—No estoy al día de la actualidad, que digamos.

—Puedo hacer lo que hacía Abe. Los veo. Y tengo la capacidad de controlarlos, también.

—¿Sabes...? —Sorbió su bebida ruidosamente—. Puede que haya oído hablar de ti.

—¿Ah, sí?

—Sí. Estás verde. Eres impulsivo, irreflexivo. Y, en este tipo de trabajo, las personas como tú no duran mucho.

Apreté los dientes, pero me las arreglé para hablar en tono comedido y tranquilo.

—Tengo mucho que aprender. Pero creo que también tengo mucho que aportar.

—Hablas en serio, ¿eh?

Su tono era guasón y admirativo al mismo tiempo.

—Sí.

—Muy bien. Me has convencido. Te haré una entrevista de trabajo.

—¿Esto no ha sido una entrevista?

Río con ganas.

—Ni de lejos.

—Vale, bueno, ¿qué tengo que...?

—No vuelvas a llamar. Me pondré en contacto contigo.

Se cortó la comunicación.



Entré en casa a la carrera y, pasando por la sala como una exhalación, saludé a mis amigos (estaban viendo una película de zombis). Emma se levantó de un salto y me siguió a un dormitorio vacío.

Me abrazó con fuerza antes de clavarme un dedo en el pecho.

—Desembucha, Portman.

—He contactado con un antiguo socio de Abe. Acabo de hablar con él por teléfono.

Me soltó y retrocedió un paso, con los ojos como platos.

—Me tomas el pelo.

—Va en serio. Ese tío, H, trabajó con mi abuelo durante décadas. Compartieron montones de misiones. Pero es mayor y necesita que lo ayudemos.

Puede que estuviera exagerando, pero solo un poco. H necesitaba nuestra ayuda, solo teníamos que convencerlo.

—¿En qué?

—Una misión. Aquí, en los Estados Unidos.

—Debería avisar a las ymbrynes, si necesita ayuda.

—Nuestras ymbrynes carecen de autoridad en este país. Y, por lo que parece, aquí no tienen ymbrynes propias.

—¿Por qué no?

—No lo sé, Em. Hay cientos de cosas que ignoro. Pero sé que Abe selló esa trampa con una contraseña que solo yo podía adivinar. Y dejó el libro de registro para que yo lo encontrara. Y si hubiera sabido que había la más mínima posibilidad de que tú estuvieras aquí, habría querido que tú lo encontraras también.

Desvió la vista, como luchando consigo misma.

—No podemos actuar por nuestra cuenta. Miss Peregrine jamás lo permitiría.

—Ya lo sé.

Me miró con atención.

—¿Qué clase de misión?

—Todavía no lo sé. Ha dicho que contactará conmigo.

—Te revienta la tarea que te han asignado las ymbrynes, ¿eh?

—Sí. La odio con toda mi alma.

—Pues lo harías muy bien. Esta charla ha sido muy motivadora.

—Entonces ¿te apuntas?

Una sonrisa se extendió por su cara.

—Porras, sí.



SEIS

Esa noche sufrí una pesadilla horrible. Estaba en un yermo de campos en llamas; el horizonte, un borrón de humo e incendios; la tierra, un gran charco de lodo negro. Yo flotaba en el aire, inmóvil, suspendido sobre un pozo muy hondo. En las profundidades del pozo brillaban dos luces azules. Pertenecían a Caul... A Caul con su apariencia de monstruo, de treinta metros de altura, los brazos como troncos arbóreos y los dedos semejantes a raíces largas y retorcidas que se extendían hacia mí.

Me llamaba. «Jacob, Jacob. —Con una cantinela aguda y burlona—. Te veo. Te estoy viendo. Teee veeeeeoouuu...».

Vaharadas pútridas ascendían hacia mí, un tufo como a carne quemada. Yo quería vomitar, escapar, pero estaba paralizado. Intenté hablar, gritarle. Pero no podía articular palabra.

Un correteo llegó a mis oídos, como si hubiera ratas trepando por las paredes del pozo.

«No eres real —le dije por fin—. Acabé contigo».

«Sí —respondió él—, y ahora estoy en todas partes».

El correteo aumentó de volumen y las garras de Caul asomaron por la boca del pozo: diez raíces alargadas y nudosas que se acercaban y me rodeaban el cuello.

«Tengo grandes planes para ti, Jacob... Unos planes magníficos...».

Incapaz de respirar, con los pulmones a punto de estallar, noté un retortijón en la tripa.

Me incorporé, resollando, y me sujeté la barriga. Estaba despierto, en casa, en el suelo de mi dormitorio, con el saco de dormir enredado en el cuerpo.

Un rayo de luna dividía en dos la habitación. Enoch y Hugh roncaban en mi cama. Conocía perfectamente la sensación. Era dolor, pero también una brújula.

La aguja señalaba al piso inferior y al jardín.

Me libré del saco de dormir, salí disparado del cuarto y bajé a la primera planta. Ahora avanzaba en silencio, corriendo de puntillas. Si eso era lo que yo creía, mis amigos no podrían hacer gran cosa para ayudarme. Solo serían

un estorbo. Además, no quería despertarlos y provocar pánico colectivo antes de calibrar la situación. El miedo alienta a los huecos.

El miedo aumenta su hambre.

Eché mano de un cuchillo de carnicero al pasar por la cocina (no sirven de mucho contra los huecos, pero mejor eso que nada) y salí al jardín por la puerta del garaje, a punto de tropezar con una manguera enrollada según avanzaba. Una leve voluta de ozono se elevaba del tejadillo del cobertizo. Alguien había usado el bucle de bolsillo en los últimos minutos.

Y entonces, tan abruptamente como había comenzado, la sensación se esfumó. La aguja de la brújula señaló a la ensenada, giró rápidamente hacia el golfo y remitió. Nunca me había pasado nada parecido. ¿Habría sido una falsa alarma? ¿Acaso las pesadillas podían disparar mi instinto peculiar?

Al notar la hierba mojada entre los dedos de los pies, eché un vistazo a mi indumentaria: pantalones de chándal rotos, una camiseta vieja, descalzo, y pensé: así murió Abe. Así, en circunstancias casi idénticas. Atraído a la oscuridad en pijama, pertrechado con un arma improvisada.

Relajé la mano que sostenía el cuchillo. Poco a poco, cesaron los temblores. Recorrí el perímetro de la casa, en un sentido y luego en el otro. No noté nada. Por fin regresé a mi cuarto y me cubrí con el saco, en el suelo, pero no dormí.



Al día siguiente me pasé toda la mañana mirando el móvil con la esperanza de recibir una llamada de H. No me había dicho cuándo se pondría en contacto conmigo. Emma y yo discutimos si contárselo o no a los demás. Al final decidimos esperar a saber algo más concreto; y puede que ni siquiera entonces les dijéramos nada. Era posible que la misión tan solo requiriese nuestra participación. O tal vez nuestros amigos no quisieran apuntarse o se opusiesen a la idea. ¿Y si alguno de ellos se iba de la lengua y le largaba a miss Peregrine lo que estábamos tramando antes de que pudiéramos escabullirnos?

Después de desayunar tenía que llevar a los peculiares de compras. Me pareció un buen modo de matar el tiempo mientras esperaba, así que intenté concentrarme en eso y olvidar la llamada de H.

El primer turno constaba de Hugh, Claire, Olive y Horace. Los llevé en

coche al centro comercial. No al que está cerca de mi casa, porque me daba miedo que nos cruzáramos con alguien del colegio. Elegí el Shaker Pines, a cierta distancia por la autopista. De camino, les señalé los elementos básicos de una urbanización moderna —eso es un banco; aquello, un hospital; esos, edificios de apartamentos— porque no paraban de preguntarme qué era cada cosa. Lo que para mí era trivial a ellos se les antojaba prodigioso.

En el bucle, miss Peregrine había obrado milagros para proteger a sus pupilos de cualquier daño físico, pero en su celo por mantenerlos a salvo se había asegurado de que ningún visitante les hablara del mundo moderno y eso los había colocado en desventaja. Habían vivido entre algodones y ahora se sentían como pequeños Rip van Winkle recién levantados de un largo sueño en un mundo que no comprendían. Estaban familiarizados hasta cierto punto con los artilugios modernos: la electricidad, los teléfonos, los coches, los aviones, las películas viejas, la música anticuada y otras cosas que se conocían y triunfaban antes del 3 de septiembre de 1940. Tras esa fecha, sus nociones de la modernidad eran desiguales y vagas. Apenas si habían pasado unas horas aquí y allá en el presente, y casi todas en Cairnholm, donde el tiempo prácticamente se había detenido por más que pasaran los años. Comparada con su isla, incluso mi pequeña ciudad parecía avanzar a un millón de kilómetros por hora y, de vez en cuando, tanto movimiento les provocaba una ansiedad paralizante.

En el gigantesco aparcamiento del centro comercial, Horace se agobió tanto que se negó a abandonar el coche.

—El pasado es mucho menos aterrador que el futuro —confesó, después de que intentáramos convencerlo para que nos acompañara—. Cualquier época histórica, por horrible que sea, se puede abarcar con el pensamiento. Se puede estudiar. El mundo ha sobrevivido a ella. En el presente, en cambio, el mundo podría precipitarse a un final catastrófico en el momento menos pensado.

Intenté que entrara en razón.

—Hoy no se va a terminar el mundo. Y aunque fuera así, sucederá tanto si entras en el centro comercial con nosotros como si no.

—Ya lo sé. Pero tengo la sensación de que podría terminarse. Y puede que si me quedo aquí sentado y no me muevo, todo deje de moverse también y no pase nada malo.

En ese momento pasó por nuestro lado un coche con los graves a todo

volumen, que atronaban por las ventanillas bajadas. Horace se crispó y cerró los ojos con fuerza.

—¿Lo ves? —le dijo Claire—. El mundo te seguirá molestando aunque te quedes aquí sentado. Entra con nosotros.

—Jolines —resopló él, y abrió la portezuela del coche.

Mientras los demás aplaudían su valor, yo tomé nota mental de que Horace no sería el compañero ideal para nuestra primera misión, fuera cual fuese.

Shaker Pines era el típico centro comercial: ruidoso, asépticamente iluminado y atiborrado de desconcertantes referencias culturales (intenta explicarle a alguien de la primera mitad del siglo xx qué es Bubba Gump Shrimp Co. —una cadena de restaurantes inspirada en *Forrest Gump*— o La Tienda en Casa). También estaba atestado de adolescentes y de ahí, en buena parte, que los hubiera llevado a un sitio como ese. No estábamos allí únicamente para comprar prendas modernas. Quería exponerlos a los chicos y chicas normales, gente de su edad a la que tendrían que imitar. Era algo más que una excursión de compras; era una expedición antropológica.

Dimos un paseo para echar un vistazo. Los peculiares se apelotonaban a mi alrededor como exploradores en una selva famosa por los ataques de los tigres. Compramos comida basura en la zona de restaurantes y nos sentamos a mirar a los otros adolescentes. Mis amigos observaban en silencio su manera de comportarse: los susurros y las bromas; las repentinas carcajadas; sus grupos semejantes a herméticos clanes, que rara vez se entremezclaban; su costumbre de hacerlo todo, incluido comer, sin despegar la vista de los móviles.

—¿Proceden de familias muy ricas? —preguntó Claire con voz queda, inclinada sobre su bandeja de plástico para que las otras mesas no la oyeran.

—Creo que son adolescentes normales y corrientes —respondí.

—¿Y no trabajan?

—Puede que trabajen medio día en verano. No lo sé.

—En mi infancia —explicó Hugh—, si tenías edad suficiente para levantar algo pesado, tenías edad para trabajar. Nada de pasarse todo el día de brazos cruzados, comiendo y charlando.

—A nosotros nos mandaban a trabajar aunque no pudiéramos levantar cosas pesadas —dijo Olive—. Mi padre me envió a una fábrica de betún a los cinco años. Fue horrible.

—El mío me envió a un centro para pobres —confesó Hugh—. Me pasaba

todo el día tejiendo cuerdas.

—Ay, Señor —musité.

Procedían de una época en la que el concepto de adolescencia ni siquiera existía. Fue un invento de los años posteriores a la guerra. Antes de eso pasabas de la infancia a la edad adulta. Me pregunté cómo se las arreglarían para imitar a los adolescentes modernos si la misma idea les resultaba tan ajena.

¿Y si todo el asunto era una mala idea?

Nervioso, eché una ojeada al teléfono.

Sin noticias de H. Nada.

Nos encaminamos a las tiendas y por el camino perdimos a Horace. Se había metido en un supermercado que abarcaba una enorme sección del centro comercial. Lo encontramos contemplando fascinado un enorme aparador de queso en la sección de refrigerados.

—¡Feta, mozzarella, camembert, gouda, cheddar! —exclamó, en éxtasis—. El sueño de un sibarita.

Para mí, solo era queso, pero para Horace era un milagro: diez metros dedicados a un mismo alimento, en lonchas, batido, en bloques y en tacos, en paquetes separados, disponible en versión entera, descremada y con un dos por ciento de grasa. Empezó a leer las etiquetas como en trance, y tuve que hacerlo callar, por miedo a que su asombro llamara la atención de los clientes del supermercado.

—Hay de todo —musitaba—. Hay de todo.

Se volvió hacia un hombre que pasaba empujando su carro.

—¡Mire esto! ¡Mire esto!

El hombre se alejó deprisa y corriendo.

—Horace, estás asustando a la gente —le dije, tirando de él—. Solo es queso.

—¡Solo queso! —repitió.

—Vale, mucho queso.

—Es la cumbre del desarrollo humano —declaró muy en serio—. Pensaba que Gran Bretaña era un imperio. Pero esto..., esto... ¡es la dominación mundial!

—Me duele la barriga solo de mirarlo —le soltó Claire.

—¿Cómo te atreves? —replicó Horace.

Cuando por fin logramos sacarlo a rastras del supermercado y entrar en

una tienda de ropa, Horace no se mostró tan emocionado. Yo había elegido adrede la tienda más insulsa que conocía y les sugerí las prendas más aburridas: colores lisos, combinaciones clásicas; lo que fuera que llevaran los maniquíes.

Su desánimo aumentaba según llenábamos la cesta.

—Prefiero ir desnudo —dijo. Sostenía los vaqueros que le había tendido como si fueran una serpiente venenosa—. ¿Esto quieres que me ponga? ¿Ropa de trabajo, como un granjero?

—Todo el mundo lleva vaqueros hoy día —le informé—. No solo los granjeros.

De hecho, unos buenos vaqueros destilaban elegancia al lado de lo que llevaban puesto buena parte de los compradores. El rostro de Horace palideció cuando se fijó en los pantalones de deporte, de camuflaje, sudaderas y chaquetas tipo chándal que vestían los clientes.

Soltó los vaqueros, que cayeron al suelo.

—Oh, no —susurró—. Oh, no, no.

—¿Qué pasa? —le preguntó Enoch—. ¿Su manera de vestir no cumple tus exigencias mínimas?

—Olvídate de mis exigencias. ¿Qué me dices del decoro? ¿Del amor propio?

Un hombre pasó por su lado ataviado con un pantalón de camuflaje, unas chanclas de color naranja y una sudadera de Bob Esponja con las mangas cortadas.

Temí que Horace se echara a llorar.

Mientras él proclamaba el fin de la civilización, reunimos las prendas de los demás. Como los zapatos que solía llevar Olive parecían del monstruo de Frankenstein, le dejamos escoger un par nuevo, dos tallas más grandes de lo necesario, para poder rellenar el espacio vacío con lastre.

A petición mía, guardaron silencio mientras el cajero cobraba las prendas. Siguieron callados incluso cuando abandonamos el centro comercial y me siguieron al aparcamiento, los brazos cargados con bolsas y los cerebros sobrecargados de estímulos.



Al llegar a casa descubrimos que los demás estaban pasando la tarde en el

Acre; algo de unas reuniones orientativas relacionadas con los trabajos de reconstrucción, según la nota que había dejado miss Peregrine. Emma se había quedado, decía también, pero estuve buscándola un buen rato sin resultado. Por fin la oí silbar en el baño de invitados de la primera planta.

Llamé a la puerta.

—Soy Jacob. ¿Va todo bien ahí dentro?

Un leve fulgor rojizo asomaba por la rendija.

—¡Un momento! —gritó.

La oí trastear de un lado a otro. Al cabo de un ratito, la luz del baño se encendió y Emma abrió la puerta.

—¿Ha llamado? —preguntó, ilusionada.

—Todavía no. ¿De qué va esto?

Me asomé al pequeño aseo. Un equipo de revelado había invadido el espacio. Había recipientes metálicos apretujados sobre el inodoro, bandejas de plástico alrededor de la pila, una aparatosa ampliadora en el suelo. Arrugué la nariz al notar el fuerte tufo de los productos químicos.

—No te importa que haya convertido el servicio en un cuarto oscuro, ¿verdad? —me preguntó Emma con una sonrisa tímida—. Porque más o menos ya lo he hecho.

Teníamos dos cuartos de baño más. Le dije que me parecía bien. Ella me invitó a echar un vistazo a su trabajo. No había demasiado sitio, así que me estrujé como pude en un rincón. Emma, eficiente pero flemática, hablaba mientras trabajaba. Aunque decía ser novata en eso de la fotografía, actuaba como si conociera los pasos de memoria.

—Ya lo sé, es tan típico... —Se agachó de espaldas a mí para ajustar la ampliadora—. La fotofilia peculiar.

—¿Es típico?

—Ja, ja, muy gracioso. Supongo que te habrás fijado en que cada ymbryne tiene su propio álbum de fotos y hay un ministerio gubernamental dedicado exclusivamente a catalogarnos fotográficamente. Y uno de cada tres peculiares se considera un genio con la cámara..., aunque la mayoría no serían capaces ni de fotografiar sus propios pies. Ven, échame una mano con esto. —Levantó la ampliadora por un lado mientras yo la ayudaba por el otro (me sorprendió que pesara tanto) y la colocamos sobre una tabla que había cruzado encima de la bañera.

—¿Y tienes alguna teoría al respecto?

Yo no me había parado a pensarlo hasta entonces, pero me pareció curioso que personas que viven el mismo día una y otra vez sintieran la necesidad de inmortalizarlo mediante fotografías.

—Los normales llevan siglos intentando invisibilizarnos. Creo que la fotografía es un modo de reafirmar nuestra presencia. De demostrar que estamos aquí y que no somos esos monstruos en los que han pretendido convertirnos.

—Sí —reconocí—. Tiene sentido.

Sonó un temporizador de cocina. Emma recogió un recipiente metálico del retrete, lo abrió y vertió un chorro de productos químicos a la pila. A continuación extrajo un carrete de plástico del interior, desenrolló una ristra de negativos larga como su brazo, la sacudió con dos dedos y la colgó de un alambre que había tendido en la ducha.

—Pero ahora que estamos en el presente, es distinto —prosiguió—. Por primera vez desde que puedo recordar me hago mayor y cada día que vivo es único. Así que voy a hacer, como mínimo, una foto diaria para poder recordarlos. Aunque no sean muy buenas.

—Tus fotos son geniales —le aseguré—. ¿Esa instantánea de la gente bajando las escaleras hacia la playa, la que me enviaste en verano? Era preciosa.

—¿De veras? Gracias.

Rara vez se mostraba modesta. Su timidez se me antojó increíblemente adorable.

—Vale, en ese caso, si te apetece... Acabo de revelar unos carretes de fotos que he hecho estas últimas semanas. —Alargando el brazo, desprendió una instantánea del hilo de tender—. Estos son miembros de la guardia doméstica. —Me la tendió. La impresión seguía estando ligeramente húmeda—. Están rellenando el hoyo donde antes se erguía la torre de Caul. Llevan siglos trabajando en turnos de veinte horas. Fue un desastre.

La foto mostraba una fila de hombres uniformados plantados ante un enorme cráter. Introducían escombros ayudándose con palas.

—Y esta es miss P —dijo, a la vez que me tendía un retrato—. No le gusta salir en las fotos, así que la pillé de espaldas.

En la fotografía, miss P llevaba un vestido y un sombrero negros, y caminaba hacia una cancela del mismo color.

—Parece vestida para un funeral —comenté.

—Sí, igual que todos. Estuvimos celebrando funerales casi a diario las semanas después de que te marcharas, por todos los peculiares que murieron durante los ataques de los huecos.

—No me puedo imaginar lo que debe ser asistir a un entierro cada día. Qué horrible.

—Sí, lo fue.

Emma dijo que tenía que revelar más fotos.

—¿Te importa que mire? —le pregunté.

—Si no te molesta el olor de los productos químicos... A algunas personas les provocan dolor de cabeza.

Se puso a trastear con la ampliadora otra vez.





—Me extraña que no uses una cámara digital —comenté—. Te facilitaría las cosas.

—¿Es como tu teléfono ordenador?

—Más o menos —asentí y, a la mención del móvil, lo consulté, pero no había llamadas perdidas.

—En ese caso, no funcionaría en la mayoría de los bucles —aclaró—. Igual que no funciona tu teléfono ordenador. Pero esta preciosidad... —Levantó su cámara plegable—. Funciona en cualquier parte. Vale, cierra la puerta.

Obedecí. Ella encendió la luz roja y apagó la blanca del techo. Ahora nos envolvía una oscuridad casi total y había tan poco sitio con nosotros dos allí dentro que resultaba difícil no chocar con ella mientras trabajaba.

El revelado fotográfico requiere largas esperas cuidadosamente cronometradas. Cada cuarenta y cinco segundos, agitaba una de las latas o vaciaba una tanda de líquido para verter otra, o ponía a secar los negativos. Entretanto, no había nada que hacer salvo esperar. Esperar y besarnos en la esquina de un aseo atestado y bañado en luz roja. Nuestro primer beso de cuarenta y cinco segundos fue inseguro y suave, como de calentamiento. El segundo, no tanto. Durante el tercero tropezamos con una bandeja llena de líquido de revelado y, tras eso, empezamos a hacer caso omiso del temporizador. Estoy seguro de que un carrito se estropeó.

Y entonces mi teléfono empezó a sonar.

Me despegué de Emma y me llevé la mano al bolsillo para mirar la pantalla. Llamada desconocida. Respondí.

—¿Hola?

—Presta atención. —Era la misma voz ronca del día anterior. H—. El sitio de Abe, nueve de la noche en punto. Siéntate a su mesa. Haz su pedido habitual.

—¿Me está pidiendo... que me reúna con usted?

—Y ven solo.

Cortó la comunicación.

Aparté el teléfono de mi oreja.

—Qué rapidez —dijo Emma—. ¿Y?

—Hemos quedado con él.



¿Qué te pones para acudir a una entrevista de trabajo con un cazahuecos? No lo tenía claro, así que fui sobre seguro: vaqueros, mis mejores zapatillas deportivas y la camisa más profesional que poseía, un polo azul pastel de Smart Aid con mi nombre bordado en el bolsillo. Emma prefirió dejarse puesta su ropa de tiempos de guerra, de los años treinta: un sencillo vestido azul ceñido a la cintura con una banda gris y manoletinas negras. No le mencioné que H me esperaba a mí solo. No quería emprender ninguna misión sin ella, de modo que no tenía sentido dejarla en casa. Comentarle que no estaba invitada solo habría servido para que se sintiera incómoda.

El grupo al que había llevado de compras se estaba probando la ropa y el resto de los peculiares seguía en el Acre. No nos costó nada escabullirnos sin que nadie se diera cuenta. A las ocho y media viajábamos en el coche de camino a la ciudad.

Esperaba haber entendido las instrucciones de H. «El sitio de Abe» podía significar cualquier cosa, pero «su mesa» y «su pedido habitual» me dieron la pista de un lugar en particular: el restaurante Melodee, una cafetería de la vieja escuela en la ruta 41 que llevaba sirviendo hamburguesas grasientas y menús caseros desde los tiempos de Adán y Eva (o desde 1936, que se aproximaba bastante). Alegre marco de mis recuerdos de infancia, el Melodee era nuestro destino favorito, de Abe y mío. A mí me encantaba, pero mis padres nunca me llevaban (era «deprimente» y servían «comida de viejo»), así que nos pertenecía a nosotros dos. Allí, en la misma mesa junto a la ventana, compartíamos un rato casi todas las tardes del sábado, yo con un pastoso sándwich gratinado de atún y un batido de fresa, Abe con un plato de hígado encebollado. No lo había vuelto a pisar desde que contaba doce o trece años. Ni siquiera recordaba haber pasado por delante últimamente y crucé los dedos para que siguiera existiendo. La ciudad cambiaba a toda prisa y buena parte de los restaurantes más característicos habían sido derribados para construir modernos centros comerciales. Escuchando la radio y haciendo tamborilear los dedos sobre el volante para tranquilizarme, aceleré.

Cogí una curva y el restaurante apareció detrás de un grupo de encinas del sur. Parecía sobrevivir a duras penas, con su aparcamiento casi desierto y su viejo neón medio fundido.

—¿Has quedado con él aquí? —preguntó Emma, que se asomó por la ventanilla mientras yo aparcaba.

—Estoy seguro en un noventa y ocho por ciento.

Me miró con escepticismo.

—Fantástico.

Entramos. El local no había cambiado nada. Mesas tipo reservado de plástico amarillo separadas por plantas artificiales, un largo mostrador de fórmica, un dispensador de refrescos. Miré a un lado y a otro buscando a alguien que pudiera ser H, pero solo vi a una decrepita pareja de ancianos en un rincón y a un tipo desaliñado de mediana edad aferrado a su café en la barra.

La camarera nos gritó desde la otra punta del local:

—¡Sentaos donde queráis!

Guie a Emma a la mesa que Abe y yo solíamos compartir junto a la ventana. Echamos mano de los menús.

—¿Por qué se llama Melodee? —quiso saber ella.

—Creo que, hace mucho tiempo, los camareros hacían también actuaciones musicales.

La camarera se acercó arrastrando los pies. Tenía la espalda hundida, llevaba una peluca rubia que no casaba con sus arrugas y el maquillaje corrido. NORMA, decía su etiqueta identificativa. La reconocí; llevaba trabajando allí mucho tiempo. Se quitó las gafas de lectura que llevaba puestas, me miró y sonrió.

—¿Eres tú, junior? —dijo—. Dios mío, qué guapo estás. —Le hizo un guiño a Emma—. Y hablando de chicos guapos, ¿cómo está tu abuelo?

—Murió. A principios de año.

—Oh, cuánto lo siento, cariño.

Alargó el brazo sobre la mesa y posó su mano moteada sobre la mía.

—Cosas que pasan —respondí.

—No hace falta que me lo digas. Cumpliré noventa el año que viene, ¿sabes?

—Hala, es increíble.

—No está mal. Casi todas las personas que conocía han muerto. Marido, amigos, hermano y dos hermanas. A veces pienso que estos genes tan potentes son una maldición de Dios. —Sonrió mostrando su gran dentadura postiza—. ¿Qué vais a tomar, jovencitos?

—Café —pidió Emma.

—Yo..., esto..., hígado encebollado —dije.

Norma me miró, como si mi pedido le hubiera despertado un recuerdo.

—¿No quieres el gratinado de atún?

—Estoy probando cosas nuevas.

—Mmmm.

Levantó un dedo, se alejó para buscar algo debajo del mostrador y regresó con un objeto en la mano. Se echó hacia la mesa y susurró:

—Te está esperando. —Abrió la mano y me mostró un llavín azul. Luego se dio la vuelta para señalar el fondo del restaurante—. Recto por el pasillo, la última puerta pasado el servicio.



La última puerta pasado el servicio era de metal aislante y contaba con un cartel que rezaba: NO SE PERMITE LA ENTRADA. Girando el llavín, la abrí. Al momento nos envolvió una nube de aire gélido. Abrazándonos para protegernos del frío, entramos.

Las paredes estaban forradas de estantes que albergaban comida congelada. Témpanos parecidos a los pinchos de una doncella de hierro nos apuntaban desde el techo.

—Aquí no hay nadie —observé—. Me parece que Norma chochea.

—Mira el suelo —dijo Emma. Había flechas dibujadas con cinta aislante que apuntaban al fondo de la cámara, donde una cortina compuesta de anchas tiras de plástico colgaba del techo al suelo. Estarcidas sobre estas se leían las palabras: SALA DE COMESIONES.

—¿Es un error? —preguntó Emma—. ¿O una broma rara?

—Averigüémoslo.

Empujé con el hombro las cortinas pringadas del limo de la carne congelada y pasamos a una cámara más pequeña y aún más fría si cabe que parpadeaba a la luz de un fluorescente defectuoso. Había trozos de carne por todas partes, asomando de cajas rotas, diseminada por el suelo, cubierta de escarcha.

—¿Qué narices ha pasado aquí? —me extrañé.

Empujé un costillar de cordero con el pie. Alguien había cortado la carne en dos de un mordisco, aún congelada. De súbito, se me encogió el corazón.

—Deberíamos salir de aquí —dije—. Esto podría ser una...

La palabra aún no había salido de mis labios cuando ocurrieron tres cosas

en rauda sucesión:

posé el pie sobre una gran equis dibujada con cinta aislante en el suelo; el fluorescente del techo se hizo añicos y la oscuridad devoró la cámara; noté un vacío en el estómago, como si me precipitara por una montaña rusa, y un repentino cambio de presión en la cabeza.

Entonces regresó la luz, pero ahora se trataba de una bombilla incandescente en una jaula de metal. Las cajas de carne habían desaparecido, reemplazadas por bolsas de verduras congeladas. Y un inconfundible retortijón me estrujó las tripas.

Toqué la mano de Emma y me llevé un dedo a los labios. Articulé la palabra «hueco».

Emma me miró aterrada antes de tragar saliva con fuerza para dominar el miedo. Pegó los labios a mi oído.

—¿Podrás controlarlo? —susurró.

Tenía la sensación de que habían pasado siglos desde la última vez que hablara hueco o me enfrentara con uno en persona. Estaba desentrenado e, incluso cuando me hallaba en plenas facultades, mi capacidad de controlarlos requería un tiempo para manifestarse.

—Tardaré un rato —susurré—. Un par de minutos.

Emma asintió.

—En ese caso, esperaremos.

Estaba en la cámara de refrigeración, con nosotros. Mi brújula interior empezaba a caldearse, aunque mi cuerpo estuviera helado, y me indicó que el monstruo se hallaba al otro lado de las cortinas de plástico. Oíamos los ruidos que emitía al masticar. Estaba comiendo algo entre gruñidos y sorbidos. Nos acurrucamos detrás de un cajón de madera e intentamos tornarnos invisibles según transcurrían los segundos.

El hueco tiró a un lado lo que sea que estuviera devorando y soltó un tremendo eructo.

Emma me lanzó una mirada inquisitiva —¿ya?— y yo negué con la cabeza. Todavía nada. Para poder controlarlo tenía que oír su voz.

Avanzó un paso hacia nosotros, su sombra una tortuosa mancha oscura a través de las cortinas plásticas. Presté oídos a algo que pudiera usar como punto de apoyo en su mente, en vano. Cualquier rezongo bastaría, pero se limitaba a respirar entrecortadamente. Estaba olisqueando el aire, buscando nuestro rastro. Preparándose para el segundo plato.

Llamé la atención de Emma y señalé hacia arriba. Nos incorporamos despacio para ponernos de pie. Tendríamos que luchar.

Emma extendió las manos con las palmas hacia arriba y yo apreté los dientes, que castañeteaban de frío o de miedo. Seguramente de puro pánico. No me podía creer hasta qué punto estaba asustado.

La sombra del hueco se desplazó. Una de sus musculosas lenguas asomó por las hojas de la cortina y tanteó el aire como un periscopio que nos buscara.

Emma avanzó medio paso y, en silencio, prendió sendas llamas en sus manos. Las mantuvo al mínimo, pero noté por la tensión de sus antebrazos que reunía fuerzas para transformarlas en fuertes llamaradas. La segunda lengua del hueco traspasaba ahora las cortinas. Las llamas de Emma aumentaron de tamaño, una vez y otra más. Noté una gota de agua helada en la nuca. Los témpanos del techo empezaban a derretirse.

Sucedió de sopetón, como suele estallar la violencia. El espíritu hueco chilló y proyectó su última lengua a través de las tiras de plástico, y entonces las tres a la vez vinieron a por nosotros. Emma gritó y liberó la descarga de fuego que había estado alimentando. Nada más alcanzarnos, las lenguas se chamuscaron y retrocedieron a toda prisa, pero no antes de que una me rodeara el tobillo y me arrastrara consigo.

Resbalé por el suelo de espaldas, a través de las cortinas, hacia la primera cámara de refrigeración. El hueco se había pegado a la puerta para escapar del fuego y me atraía hacia su boca abierta. Alargando la mano según patinaba, palpé los estantes hasta que encontré algo a lo que asirme. Pero no bastó para detenerme, solo era una caja de madera y la arrastré conmigo.

Oí a Emma gritar mi nombre. Por puro instinto, agarré la caja con la otra mano para usarla como escudo. Cuando llegué a la altura del hueco, se la encajé entre las mandíbulas.

Me soltó el tobillo un momento. Aprovechando el descuido, me escabullí a un rincón. Le oí proferir exclamaciones sueltas e intenté reproducirlas con la garganta, al tiempo que trataba de despertar en mi alma la extraña lengua gutural de los huecos, dondequiera que durmiera.

Emma corrió a reunirse conmigo en el rincón.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —la tranquilicé—. Pero tenemos que salir de esta cámara. Nunca te enfrentes a un hueco en un espacio cerrado.

Siguió con los ojos el movimiento de la caja hasta la puerta.

—Está bloqueando la salida —dijo.

El hueco renunció a empujar la caja con las lenguas y cerró las mandíbulas. La madera estalló en pedazos como un puñado de patatas fritas.

«Muévete», dije en lengua de hueco, a modo de prueba.

Avanzó un paso hacia nosotros, pero todavía nos cerraba la salida. Traté de modificar la orden. «Muévete a un lado».

Otro paso adelante. Sus lenguas oscilaban en el aire como serpientes de cascabel prestas para el ataque.

—No funciona —dijo Emma. Las llamas lo derretían todo a nuestro alrededor y el agua que goteaba del techo empezaba a encharcarse en el suelo.

—Aumenta el calor —dije—. Tengo una idea.

Emma inspiró hondo, tensó el cuerpo y sus llamas se agrandaron.

—A la de «ya» —le susurré— tú corres hacia allá y yo hacia acá.

El hueco chilló y corrió hacia nosotros.

—¡YA! —grité. Emma salió disparada hacia la derecha y yo salté por la izquierda. Las lenguas del hueco nos pasaron por encima y yo seguí corriendo hacia el rincón. El hueco intentó girar para seguirme, pero resbaló con un charco y cayó. Gritó nuevamente y lanzó las lenguas tras de mí, pero una se le enredó en los travesaños de un estante metálico empotrado contra la pared. Tratando de liberarse, se tiró encima la pesada estantería y un montón de cajas llenas de comida congelada.

—¡VAMOS! —grité.

Corrimos hacia la puerta, la abrí raudo como el rayo y un instante después estábamos en el pasillo cerrando la puerta de la cámara.

—Bloquéala —me apremió Emma—. ¿Dónde está la llave?

Por desgracia, a este lado del bucle la manilla de la puerta era distinta y carecía de cerradura, así que dimos media vuelta y cruzamos el pasillo a la carrera para volver al comedor del restaurante, ahora inundado de luz del sol y comensales engalanados con atuendos anticuados. Se volvieron a mirar a los extraños que acababan de irrumpir empapados y sin aliento. Emma recordó demasiado tarde el fuego que llevaba en las palmas y se llevó las manos a la espalda a toda prisa, mientras tres camareros, las únicas personas de todo el local que no se habían percatado de nuestra llegada, cantaban a tres voces:

—Hola, cariño, hola, mi cielo, hola mi *ragtime* floooo...

Un enorme trompazo se dejó oír en el pasillo y los camareros cerraron el pico en mitad del «flor». La gente que nos estaba mirando se puso de pie, asustada.

—¡Salgan! —grité—. ¡Que todo el mundo salga de aquí ahora mismo!

Emma volvió a exhibir sus llamas.

—¡Hagan caso! ¡Fuera, fuera!

El siguiente topetazo los convenció —el sonido de una puerta metálica que salta de sus goznes— y ahora casi todos los presentes corrieron a la salida entre gritos.

Giramos sobre nuestros talones. El hueco saltó al pasillo, nos miró y, recogiendo sus tres horribles lenguas como si fueran grueso sedal de pesca, aulló a plena potencia, las lenguas tensas y vibrantes con el grito.

El idiota de la barra me propinó un empujón y corrió a la puerta más cercana. El sonido por sí mismo había bastado para aterrarlos a todos. A la espantosa visión tenía que enfrentarme yo solo.

—Dime que estás a punto —me pidió Emma.

—Ya casi lo tengo.

El hueco echó a correr hacia nosotros por el pasillo. Le grité:

—¡Para! ¡Túmbate! ¡Cierra la boca!

Aminoró el paso apenas, como si mis palabras hubieran hecho mella en su cráneo pero no del todo en el cerebro, y entonces, acto seguido, salió disparado al doble de velocidad. Habría querido salir y enfrentarme a él en el aparcamiento, pero los comensales que huían me cortaban el paso. Saltamos la barra y corrimos hacia un extremo, junto a la caja registradora. Yo no dejaba de gritarle, probando distintas variantes de las mismas frases: «¡Quieto! ¡Duerme! ¡Siéntate! ¡No te muevas!». Pero el hueco seguía haciendo destrozos en el local según se aproximaba. Las mesas y las sillas salían volando, los clientes gritaban como posesos. Me arriesgué a echar un vistazo por encima del mostrador y presencié cómo el monstruo hacía girar a un camarero como si fuera un lazo y lo arrojaba a la calle a través del escaparate.

Emma se levantó rauda y agarró una botella llena de un líquido verde. Desenroscó la tapa y empezó a arrancarse tiras del vestido.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Fabrico un cóctel molotov —replicó mientras introducía la tela en la

botella, cuya etiqueta rezaba «Bubble Up».

—¡No funcionará! ¡Es una limonada!

Soltando una maldición, Emma prendió la tela y tiró la botella por encima de la barra de todas formas.

La aguja de mi brújula se desplazó. El hueco se aproximaba.

—¡Por aquí! —cuchicheé. Correteamos a gatas hacia la otra punta del mostrador. Al cabo de un momento, las lenguas del espíritu hueco recorrieron la pared cuya proximidad acabábamos de abandonar y cincuenta botellas de cristal saltaron en pedazos.

Una mujer gritó. Había heridos entre la gente, puede que incluso algún muerto. Personas atrapadas en un bucle, que nunca sabrían lo que les había pasado ni tendrían un mañana que echar en falta..., pero eso no cambiaba el horror. No tenía escapatoria ni una manera mejor. Debía enfrentarme a la bestia, ahora o nunca.

Me levanté por detrás de la barra y grité para atraer la atención del engendro. Tenía agarrada por el cuello a una dama que llevaba rulos de color rosa en el pelo y chillaba tan fuerte que se le estaban cayendo. Cuando el hueco me vio, la soltó. Ella cayó de lado y se apresuró a esconderse debajo de una mesa. Y entonces el ser corrió hacia mí, farfullando y rezongando. Yo me quedé en el sitio y empecé a imitarlo, ruido por ruido, repitiendo los sonidos aunque no entendiera el significado.

Se detuvo un momento para volcar una mesa por el camino. Mi lengua, que empezaba a captar las tonalidades del habla hueca, articuló, como por sí misma...

«¡BASTA! ¡TÚMBATE!»

El hueco titubeó y se dejó caer al suelo.

«CIERRA LA BOCA».

Guardó las tres lenguas en el interior de sus fauces. Eché mano de un cuchillo de carnicero que encontré entre un montón de cubertería, en el suelo. Emma se acercó pertrechada con una llama alta y rabiosa.

«NO TE MUEVAS».

Veía al engendro retorcerse, forcejear contra mis órdenes, pero estaba atrapado y lo único que nos quedaba hacer era...

—¡Es suficiente!

La voz habló con un tono alto y campechano. Me di la vuelta para saber a quién pertenecía. Procedía de un anciano vestido con un traje de color crudo,

que estaba sentado tranquilamente a una mesa del rincón —la de Abe— con el cuerpo vuelto hacia mí y apoyado sobre un codo con aire desenfadado. Era la única persona que quedaba en el restaurante y no parecía en absoluto asustado.

—Dios bendito —dijo el hombre—. Es verdad que has heredado el don de tu abuelo.

Se deslizó hacia el extremo del banco y se levantó.

—Ahora, si no te importa soltar a Horatio... —Murmuró algo entre dientes, en lengua hueca, y yo noté cómo el control que ejercía sobre el monstruo pasaba a otras manos—. Le he prometido una buena comida caliente si se portaba bien, ¿verdad, chavalote?

El hueco se relamió, correteó hacia el hombre y se acomodó a sus pies como un enorme cachorro.



Sentado a la mesa otra vez, el hombre tomó el filete que tenía en el plato y se lo lanzó al hueco, que lo atrapó al vuelo y se lo zampó de un bocado. Cuando el desconocido hizo ademán de levantarse de nuevo, Emma dio un paso hacia él escudándose con su llama y gritó:

—¡Quédese donde está!

Él permaneció sentado.

—Soy un amigo, no un wight.

—Y entonces ¿por qué viaja con un hueco?

—Ya no voy a ninguna parte sin Horatio. No quiero acabar como el abuelo de este chico, si puedo evitarlo.

Intervine:

—Es usted H, ¿verdad?

—En persona. —Señaló con un gesto el banco que tenía delante—. ¿Me acompañáis?

—¡Está usted completamente loco! —le espetó Emma—. ¡Su hueco ha estado a punto de matarnos!

—No habéis corrido un peligro real, os lo aseguro. —Señaló el banco nuevamente—. Por favor. Tenemos cinco minutos antes de que llegue la policía y un montón de cosas que hablar.

Miré a Emma de reojo. Parecía enfadada, pero cerró la mano para extinguir

la llama y relajó el brazo. Atravesamos el comedor y, abriéndonos paso entre un mar de platos rotos y muebles volcados, llegamos a la mesa de H. El hueco, ahora que se había zampado el filete, estaba acurrucado en el suelo, junto a H, y parecía dormido. El pinchazo de la brújula se había atenuado en mi barriga, pero no había desaparecido, y comprendí que la intensidad cambiaba en función del humor del espíritu hueco. Los monstruos agresivos y hambrientos resultaban más dolorosos que los tranquilos y saciados.

Nos sentamos en el reservado del rincón, Emma junto a la pared para que yo me quedara más cerca del engendro. H se apoyó sobre los codos y sorbió el contenido de un vaso alto a través de una pajita. Parecía relajado, como si lo tuviera todo controlado.

—Estoy listo para la entrevista —dije.

H levantó un dedo sin dejar de beber. Yo lo observé mientras esperábamos a que terminase. Tenía un rostro apuesto, con las facciones marcadas y muy arrugado, los ojos hundidos y penetrantes, y llevaba una barba desaliñada y un chaleco de punto que le daban un aire vagamente profesional. Había visto una foto suya en el libro de Abe, me percaté, en la que aparecía más o menos con la misma indumentaria.

Cuando hubo vaciado el vaso, lo empujó hacia delante y se recostó nuevamente en el asiento.

—Zarzaparrilla con helado —dijo, y soltó un suspiro de satisfacción—. La comida ya no sabe a nada. Por eso, cada vez que visito un bucle, procuro no marcharme sin disfrutar de un buen banquete. —Señaló con un gesto varios platos de comida que tenía sobre la mesa—. Te he pedido un escalope de ternera y una porción de tarta de lima de los cayos. Habría pedido algo para usted también, señorita Bloom. —Me lanzó una mirada irritada—. Pero le había dicho a Jacob que acudiera solo.

—¿Me conoce? —preguntó Emma.

—Desde luego. Abe hablaba mucho de usted.

Emma bajó la vista, pero no pudo ocultar su sonrisa.

—Ella y yo formamos un equipo —dije—. Trabajamos juntos.

—Ya lo veo —asintió H—. La has superado, por cierto.

—¿Superado? ¿Qué? —pregunté.

—La entrevista de trabajo.

Me reí más por la sorpresa que porque me hubiera hecho gracia su respuesta.

—¿Eso ha sido la entrevista? ¿Un ataque?

—Al menos la primera parte. Tenía que comprobar si eras un verdadero cazahuecos.

—¿Y?

—Tu dominio de la lengua podría mejorar. Y tendrías que tomar el control más deprisa; algunos de estos efectos colaterales se podrían haber evitado. — Señaló la ventana rota, el camarero machacado y quejoso sobre la capota de un Chevrolet—. Pero eres un cazador como la copa de un pino. No hay duda.

Noté un cosquilleo de orgullo en las mejillas.

—No te felicites todavía. Hay unas cuantas cosas que deberías saber.

Reprimí la sonrisa.

—Quiero saberlo todo.

—¿Qué te contó tu abuelo sobre este trabajo?

—Nada.

Me miró con sorpresa.

—¿Nada en absoluto?

—Él siempre decía que era viajante. Mi padre me contó que Abe se ausentaba por negocios durante varias semanas y que alguna que otra vez regresó con la pierna rota o una herida en la cara. La familia pensaba que se mezclaba con gentuza o tenía problemas de juego.

H se acarició la barba.

—En ese caso, únicamente tendré tiempo para explicarte lo más básico. Abe acudió a los Estados Unidos después de la guerra. Quería vivir como si fuera normal porque tenía la sensación de que sus poderes mermados suponían un peligro más que una ayuda para sus compañeros peculiares; la señorita Bloom y sus camaradas de bucle, concretamente. En aquella época, los Estados Unidos de América eran un país más o menos pacífico. Los normales nos habían perseguido con saña a lo largo de los años y habían sembrado discordia entre los distintos clanes peculiares, pero no teníamos los problemas que padecían los europeos con los huecos y los wights. Cuando menos, hasta finales de la década de 1950. Aparecieron de golpe, fueron directamente a por las ymbrynes y causaron estragos. Fue entonces cuando Abe decidió abandonar su jubilación anticipada y montar la organización.

Me percaté de que estaba conteniendo el aliento. Llevaba tanto tiempo deseando conocer detalles sobre los primeros años que pasó mi abuelo en los Estados Unidos que casi no me podía creer que estuviera sucediendo por fin.



H prosiguió su relato retorciéndose los pelos de la barbita mientras hablaba.

—Éramos doce. Llevábamos vidas normales, en apariencia. Ninguno de nosotros vivía en un bucle; esa era una norma obligatoria. Unos cuantos teníamos familia, trabajos regulares. Nos reuníamos en secreto y nos enviábamos mensajes cifrados. Al principio nos limitábamos a cazar huecos, pero cuando las ymbrynes tuvieron que esconderse porque los wights las estaban cazando a puñados, decidimos hacernos cargo del trabajo que ellas ya no podían llevar a cabo.

—Buscar a niños peculiares desubicados —apuntó Emma— y llevarlos a un lugar seguro.

—Lo leísteis en el libro de registro.

Asentí.

—No era fácil. Y no siempre lo conseguíamos. De vez en cuando las cosas salían mal. En ocasiones cometes errores. —Miró por la ventana, presa de un antiguo dolor—. Esos errores todavía pesan sobre mi conciencia.

—¿Qué ha sido de los demás? ¿De los otros diez miembros?

—Algunos murieron en acto de servicio. Otros lo dejaron. No podían seguir llevando esa vida. Los años ochenta fueron duros para todos.

—¿Y Abe nunca los reemplazó?

—Era difícil encontrar gente de confianza. El enemigo andaba siempre buscando el modo de infiltrarse, de descifrar nuestros secretos. Éramos un auténtico engorro para ellos, me enorgullece decirlo. Y la amenaza fue cesando según los wights volvieron a concentrarse en Europa. Ya habían conseguido más o menos lo que querían aquí, aunque gracias a nosotros el precio que pagaron fue más alto que las ganancias. —Bajó la vista un instante—. Puede que acabe de empezar una nueva era. Siempre tuve la esperanza de que mi teléfono sonara un día y tú estuvieras al otro lado.

—Me podría haber llamado —objeté.

—Le prometí a Abe que yo no sería el primero en establecer contacto. Tu abuelo no pretendía empujarte a todo esto. Quería que pudieras elegir. Pero yo siempre tuve el presentimiento de que aparecerías, antes o después.

Lo miré.

—Habla usted como si ya nos conociéramos.

Me guiñó un ojo.

—¿Recuerdas al señor Anderson?

—¡Hala! ¡Sí! ¡Usted me regaló una bolsa enorme de caramelos masticables!

—Debías de tener ocho o nueve años. —Sonrió y sacudió la cabeza—. Uf, no hace tiempo ni nada. Abe se negaba a que fuéramos a su casa (llevaba siempre sumo cuidado), pero yo quería conocer a ese nieto del que se mostraba tan orgulloso. Así que me presenté una tarde sin más y quiso la suerte que estuvieras allí. ¡Se enfadó como una mona! Pero mereció la pena. Y supe nada más verte que tú también tenías el don.

—Yo pensaba que mi abuelo y yo éramos los únicos.

—En nuestro grupo, solo cuatro veíamos a los huecos. Y únicamente Abe y yo éramos capaces de controlarlos, hasta cierto punto. Y tú eres el único, que yo sepa, capaz de controlar a más de uno al mismo tiempo.

A lo lejos se dejaron oír las sirenas.

—Entonces ¿nos asignará una misión? —pregunté.

—De hecho, sí. —Buscó algo por debajo de la mesa y dejó dos paquetitos sobre la superficie. Tendrían el tamaño de un libro de bolsillo y estaban envueltos en sencillo papel de embalar—. Necesito que entreguéis esto. Sin abrir.

Prácticamente se me escapó la risa.

—¿Ya está?

—Consideradlo la segunda parte de la entrevista. Demostradme que sois capaces de hacerlo y os asignaré una misión de verdad.

—Pues claro que podemos —dijo Emma—. ¿Tiene idea de las cosas que hemos hecho?

—Eso sucedió en Europa, jovencita. Los Estados Unidos de América son harina de otro costal.

—Soy mayor que usted por muchos años. Y qué expresión tan anticuada.

—Así debe ser.

—Bien —accedí—. ¿Y a dónde los llevamos?

—Está escrito en los paquetes.

En uno de los paquetes se leían las palabras «flaming man».

El otro indicaba «portal».

—Hombre en llamas y portal. No lo pillo —confesé.

—Toma una pequeña pista para empezar.

Levantó el vaso y empujó por la mesa el mantelillo de papel que había debajo. Durante todo el tiempo que lo había frecuentado, los manteles del

Melodee siempre llevaron impreso un mapa ilustrado de Florida en el que se indicaban las atracciones turísticas... y poco más. Ni carreteras ni autopistas, ni ciudades pequeñas o medianas. La capital del estado quedaba oculta bajo la caricatura de un cocodrilo que tomaba un cóctel. Sin embargo, a juzgar por la grave expresión de H cuando deslizó el mantel, cualquiera habría pensado que acababa de entregarnos el mapa de un tesoro. Señaló el centro de la ilustración con el dedo, allí donde su vaso había dejado un cerco de agua. El círculo rodeaba un lugar llamado el «Fantástico Reino de las Sirenas».

—Cuando hayáis entregado los paquetes, me pondré en contacto con vosotros. Tenéis veintidós horas.

Emma miraba la indicación del mapa con incredulidad.

—Esto es absurdo. Denos un mapa de verdad.

—No —replicó H—. Si cayera en manos enemigas, todo se iría al garete. Además, una parte del trabajo consiste en dar con cosas que no se encuentran fácilmente. —Señaló el cerco del mapa nuevamente. Las sirenas de la policía sonaban ahora más cerca y los mirones empezaban a congregarse en los alrededores del aparcamiento—. No has tocado la comida.

—No tengo hambre —respondí—. Cuando hay un hueco tan cerca, se me cierra el estómago.

—Al que guarda, nada le falta.

Cortó un trocito de la íntegra tarta con el tenedor, se lo llevó a la boca y se levantó.

—Venga, os acompañaré a la salida.

Dos anticuados coches patrulla entraron derrapando en el aparcamiento. Yo sujeté los dos paquetes con los brazos y doblé el mantelillo como pude antes de levantarme también. H silbó ayudándose con dos dedos. Su hueco se desperezó y nos siguió trotando al pasillo, manso como un perro.

—Hay un par de cosas que debéis recordar —dijo H, hablando según caminábamos—. Los lugares y las personas peculiares en los Estados Unidos no se parecen a los que ya conocéis. No existen las ymbrynes como tales. En algunas zonas, los peculiares van a lo suyo y no se puede confiar en nadie.

—¿Y se han producido reyertas entre algunos bucles? —pregunté.

Me miró por encima del hombro.

—Esperemos que no. Y no quiero adelantarme a los hechos, pero os lo diré de todos modos. Puede que en Europa hayáis borrado a los wights del mapa, pero tengo el presentimiento de que aquí aún tienen algo que decir. Intuyo

que les gustaría que estallara una guerra entre peculiares. Eso les vendría de maravilla.

Abrió la puerta de la cámara de refrigeración y entramos en fila india.

—Otra cosa. No le digáis a nadie con quién trabajáis. La organización nunca habla de sí misma.

—¿Ni siquiera a miss Peregrine?

—Ni siquiera a ella.

Accedimos a la zona separada por la cortina y nos apiñamos en el rincón marcado con una equis en el otro lado. Mientras cruzábamos, caí en la cuenta de algo. Cuando la sensación de vértigo cesó, ya de vuelta en el presente, pregunté:

—Si ya no quedan ymbrynes, ¿cómo es posible que este bucle siga en funcionamiento?

H separó las tiras de plástico y su hueco salió corriendo.

—Yo no he dicho que no quede ninguna —dijo H—. Pero las que tenemos... Las que quedan, cómo decirlo..., no tienen la categoría de las que conocéis.

En el pasillo, la amigable anciana que atendía el local daba caladas a un cigarrillo y soplaba el humo por una puerta trasera, apoyada contra la pared.

—Justo ahora estábamos hablando de usted —dijo H, sonriente—. ¿Cómo está, miss Abernathy?

Ella lanzó la colilla por la puerta y saludó a H con un abrazo huesudo.

—Ya nunca me visitas, bribón.

—He estado muy ocupado, Norma.

—Claro, claro.

—¿Es una ymbryne? —preguntó Emma.

—Algunas personas nos llaman semiymbrynes —aclaró Norma—, pero yo creo que guardas de bucles suena mejor. No puedo convertirme en pájaro ni crear nuevos bucles ni nada demasiado especial, pero puedo mantener abiertos los que ya funcionan. Y no pagan mal.

—¿Le pagan?

—¿Crees que hago esto por amor al arte? —echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—Norma maneja una pequeña cartera de bucles en el sur de Florida —informó H—. La organización le paga a comisión. —H buscó en su bolsillo y sacó un fajo de billetes atados con una goma elástica—. Gracias por

ayudarnos hoy.

—Solo efectivo contante y sonante —dijo Norma. Nos hizo un guiño y se guardó el fajo en el delantal—. ¡Hay que burlar al recaudador de impuestos! —Se desternilló otra vez y renqueó hacia el almacén—. Será mejor que cierre el chiringuito, ¡menudo estropicio habéis hecho! ¡Venga, andando, que es gerundio!

Salimos todos juntos al aparcamiento. La noche era fresca y la luna brillaba en lo alto del cielo. El hueco salió corriendo detrás de un gato callejero. Nosotros nos encaminamos hacia mi coche, el único que quedaba en el descampado.

—Así pues —dije—, si entregamos estos paquetes, ¿nos encomendará una misión de verdad?

—Depende.

—¿De qué?

H sonrió de medio lado.

—De si lo conseguís.

—Lo conseguiremos —le aseguró Emma—. Pero no más ataques de huecos por sorpresa, ¿vale?

—Si veis algún otro hueco, no será Horatio, así que no dudéis en acabar con él.

Llegamos a mi vehículo. Cuando H atisbó la ausencia del parachoques y la puerta sujeta con alambre, arrugó la cara con un gesto de dolor.

—Tienes permiso de conducir, ¿no, hijo?

—No fui yo —aclaré—. Soy un buen conductor.

—Eso espero, porque tendrás que serlo, si vas a trabajar en esto. Bueno o no, no puedes ir por ahí con eso. La poli te parará cada diez kilómetros. ¿Por qué no coges el automóvil de Abe?

—Abe no conducía. No tiene coche.

—Oh, claro que sí. Y es una preciosidad. —Me miró enarcando una ceja—. ¿Me estás diciendo que fuiste capaz de encontrar el búnker subterráneo y no has dado con su...? —Rio con ganas y sacudió la cabeza.

—¿Su qué? —preguntamos Emma y yo al unísono.

—Hay otra puerta ahí abajo.

Dio media vuelta para marcharse.

—¿No nos puede decir nada sobre la misión? —supliqué.

—Lo sabrás todo cuando llegue el momento, ni un minuto antes —replicó

—. Pero te diré una cosa: está relacionada con un niño peculiar desubicado que se encuentra en apuros. En Nueva York.

—¿Y por qué no lo ayuda usted mismo? —quiso saber Emma.

—Me hago viejo, por si no te habías dado cuenta. Sufro ciática, me duelen las rodillas, tengo el azúcar por las nubes... y, en cualquier caso, no soy la persona adecuada para el trabajo.

—Nosotros sí —le aseguré—. Se lo prometo.

—Eso espero. Buena suerte a los dos.

Se alejó hacia el segundo vehículo del aparcamiento —un impecable Cadillac antiguo con puertas de suicidio— y llamó a su hueco con un silbido. La criatura llegó corriendo y se abalanzó al asiento trasero por una ventanilla abierta. El coche arrancó con un rugido atronador. H nos envió un saludo y abandonó el aparcamiento quemando goma.



—Bueno, todo esto es de locos, ¿no? —Iba al volante del coche, pero miraba sobre todo a Emma, que viajaba a mi lado, sin olvidarme de volver la vista cada pocos segundos a la carretera—. O sea, el asunto es delirante lo mires como lo mires. ¿Verdad?

Ella asentía.

—Apenas sabemos quién es ese hombre. Acabamos de conocerlo.

—Cierto.

—Ni siquiera nos ha dicho su verdadero nombre. Y pretende enviarnos a cumplir un extraño encargo al quinto pino...

—Cierto, cierto...

—A entregar paquetes cuyo contenido no nos deja mirar...

—¡Sí! Y esta misión podría ser superpeligrosa. ¡Sea cual sea! Ni siquiera lo sabemos.

—Y miss Peregrine se va a enfadar muchísimo.

Cambié de carril para adelantar a un coche. Conduzco deprisa cuando estoy nervioso.

—Se pondrá furiosa —asentí—. Nos retirará la palabra por siempre jamás.

—Y no todos nuestros amigos estarán de acuerdo con esto.

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Esta historia podría dividirnos —añadió.

—Y eso sería terrible.

—Lo sería —afirmó.

—Ya lo creo que sí.

La miré de reojo.

—Pero...

Suspiró.

Unió las manos sobre el regazo y miró por la ventanilla.

—Pero.

Un semáforo rojo. Reduje la marcha hasta detener el coche. Se hizo un silencio y pude oír la canción que sonaba en una emisora de rock clásico. No había apagado la radio del todo. Despegué las manos del volante y giré el cuerpo hacia ella.

Me miró.

—Lo vamos a hacer, ¿verdad?

—Sí. Me parece que sí.

Empezó a llover, con suavidad. Las luces de las urbanizaciones se emborronaron a ambos lados de la carretera. Conecté los limpiaparabrisas.

Durante el resto del trayecto, comentamos los detalles. Se lo contaríamos a nuestros amigos pero no a miss Peregrine, con la esperanza de que no averiguase lo que tramábamos hasta que estuviéramos demasiado lejos para detenernos. Llevaríamos a dos miembros del grupo con nosotros; aquellos que demostrasen más entusiasmo de entre los más capaces. Y, a partir de ahora, no le daríamos más vueltas al tema. El instinto me gritaba que necesitaba esta misión con toda el alma. Esa era la vida que deseaba llevar: ni del todo normal ni completamente peculiar, y tampoco gobernada por los caprichos y los dictados de las ymbrynes.

Una parte de mí quería encaminarse directamente a casa de Abe para averiguar qué más había en el búnker (¿un coche? ¿de verdad?), pero antes de hacer nada más, teníamos que hablar con nuestros amigos.

Cuando cruzamos la puerta principal de mi domicilio, lo primero que llegó a mis oídos fue la voz de Olive sobre mi cabeza.

—¿Dónde habéis estado?

Por poco me da un ataque al corazón. Nos fulminaba con la mirada desde el techo, sentada boca abajo con los brazos cruzados.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí esperando? —le preguntó Emma.

—Mucho. —Olive se dio impulso contra el techo para descender. Una vez

en el suelo se enderezó y, con un hábil movimiento, se calzó los zapatos lastrados que la esperaban en tierra.

Los demás oyeron nuestra llegada y, acudiendo de distintas zonas de la casa, se congregaron en el recibidor para someternos a un interrogatorio.

—¿Dónde está miss Peregrine? —pregunté al tiempo que lanzaba una ojeada al salón.

—Sigue en el Acre —me informó Horace—. Por suerte para vosotros, las ymbrynes están celebrando una larguísima reunión del Consejo.

—Se cuece algo gordo —apostilló Millard.

—¿Dónde estabais? —quiso saber Hugh.

—¿Pegándoos el lote en la playa? —preguntó Enoch.

—¿En el búnker secreto de Abe? —dijo Bronwyn.

—¿A qué te refieres? —se extrañó Hugh.

No estaba presente el día que encontramos el búnker. No sabía nada al respecto.

—No estábamos seguros de si podíamos compartirlo con los demás —dijo Bronwyn.

Empecé a explicarme, pero la situación pronto degeneró en un caos de preguntas a voz en cuello, interrupciones y conversaciones paralelas, hasta que Emma por fin pidió silencio por gestos.

—Todos al salón. Jacob y yo tenemos algo que contaros.

Nos sentamos y procedimos a desvelarlo todo: los descubrimientos que hicimos el día anterior en casa de Abe, la reunión mantenida con H y el pequeño juego de pistas que nos había encomendado junto con la promesa de asignarnos una misión mucho más importante.

—No os estaréis planteando aceptar, ¿verdad? —se horrorizó Horace.

—Ya lo creo que sí —reconocí—. Y queremos que dos de vosotros nos acompañéis.

—Somos un equipo —añadió Emma—. Todos.

Hubo reacciones encontradas. Claire se enfadó y Horace se sumió en un silencio nervioso. Hugh y Bronwyn reaccionaron con recelo, pero tuve la sensación de que podríamos convencerlos. Enoch, Millard y Olive, en cambio, parecían ansiosos por ponerse en marcha cuanto antes.

—Miss P ha sido tan buena con nosotros —se lamentó Claire—. No se merece esto.

—Estoy de acuerdo —asintió Bronwyn—. No pienso mentirle. Odio

mentir.

—En mi opinión, nos preocupa demasiado lo que piense miss Peregrine —dijo Emma.

—Yo creo que deberíamos dedicarnos a emprender misiones como las que protagonizaban mi abuelo y su equipo —afirmé yo—. No a trabajar de chupatintas para colaborar en la reconstrucción, por muy encomiable que sea la tarea.

—A mí me gusta la tarea que me han asignado —objetó Hugh.

—Pero estamos desperdiciando nuestro talento en el Acre —alegó Millard—. Podemos zambullirnos en el presente sin temor. ¿Quién mejor que nosotros? ¡Nadie tiene tanta experiencia en el mundo actual!

—Ella dijo que debíamos esperar —protestó Hugh—. ¡Solo hemos dado una clase de normalidad!

—¡No será tan complicado! —prometí.

—¡Pero si la mitad ni siquiera tiene ropa que ponerse! —dijo Horace.

—¡Eso se puede arreglar! —insistí—. Mirad, hay niños peculiares en los Estados Unidos que necesitan nuestra ayuda, y eso me parece más importante que reconstruir unos cuantos bucles.

—Bien dicho —aplaudió Emma.

—Hay un niño que necesita nuestra ayuda —me corrigió Hugh—. Tal vez. Si ese tal H ha dicho la verdad.

—En el libro de Abe hay misiones para dar y tomar —dije, según trataba de contener mi frustración creciente—, la mitad de las cuales implican ayudar a jóvenes peculiares en peligro. Los peculiares no se extinguieron de golpe y porrazo cuando Abe dejó de trabajar. Están ahí fuera y necesitan ayuda.

—Y no tienen ymbrynes de verdad —añadió Emma.

—Por eso estáis aquí —continué—. Ese es vuestro verdadero cometido. Los cazahuecos han envejecido, las ymbrynes están demasiado ocupadas celebrando reuniones y nadie está más capacitado que nosotros para ayudar. ¡Es nuestro momento!

—Si un tipo que ni siquiera conocemos da el visto bueno —replicó Enoch con sarcasmo.

—Es una prueba —dije— y estoy decidido a superarla. Todo aquel que esté de acuerdo conmigo, que prepare la maleta y acuda a la planta baja a las nueve en punto de la mañana.



SIETE

Esa misma noche, mientras hacía el equipaje, mis ojos se toparon con algo: los mapas que forraban la pared sobre la cama. Había capas y más capas, pegados y prendidos unos encima de otros hasta formar un gran mosaico que, para mí, con el tiempo, había mudado en poco más que papel pintado. Sin embargo, acababa de reparar en un detalle interesante. Dejé lo que estaba haciendo y me subí a la cama. Me planté sobre las almohadas para observar un pequeño dibujo que asomaba debajo de la intersección de tres mapas de *National Geographic*: la caricatura de un cocodrilo tomando un cóctel.

Retirando las chinchetas, fui desprendiendo mapas hasta que apareció un antiguo mantelillo del Melodee, el mismo que llevaba impreso el mapa de Florida. En mi infancia, el restaurante repartía a los niños pinturas de cera para que pudieran dibujar mientras comían, y mi abuelo y yo las habíamos usado para decorar el mantel. Había olvidado ese día, incluso la presencia del mantel en mi cuarto. Pero ahora me estaba fijando en la obra de mi abuelo: fue su mano, principalmente, la que pintó ese mapa. Había marcado el Fantástico Reino de las Sirenas, ubicado en el centro del mantelillo, igual que hiciera el vaso mojado de H. Abe había añadido una pequeña calavera con sus tibias entrecruzadas junto a la ilustración. Y en pleno pantano de Everglades había pintado un banco de peces con patas. (¿O eran personas con cabeza de pez?). También había dibujado una espiral por aquí y otra por allá en diversas zonas del estado. Si recordaba correctamente la leyenda de miss Peregrine sobre el extraviado Mapa de los Días, la espiral significaba «bucle». Había también otros símbolos que no supe descifrar.

«No usamos mapas», había dicho H. Ahora bien, si de verdad los cazahuecos se regían por esa norma, Abe se la había saltado al dibujar este para mí. A pesar del riesgo que implicaba.

La cuestión era: ¿por qué?

Retiré el mantelillo con tiento y revisé el resto de la pared por si encontraba algún otro dibujo de Abe. ¿Qué otras miguitas de pan me había dejado, ocultas a plena luz del día? Frenético, procedí a despegar todo aquello que llevara alguna anotación o marca. Encontré unos cuantos mapas

dibujados desde cero en cartulina, pero no contenían anotaciones ni límites cuyas formas yo pudiera reconocer. Había un plano de la Asociación Automovilística, que abarcaba los estados de Maryland y Delaware, con marcas añadidas, así que lo plegué y lo guardé junto con el mantel del Melodee. También encontré unas cuantas postales prendidas a la pared de lugares que Abe había visitado: moteles, atracciones para turistas, pueblos que no me sonaban de nada. Cuando Abe dejó de trabajar, yo tendría unos once años. A pesar de las protestas de mis padres, él emprendía viajes por carretera en solitario «para saludar a amigos de otros estados» y, si bien nunca se molestaba en llamar a mi padre para decirle por dónde andaba, en todas las ocasiones me enviaba una postal desde sus distintos destinos. Yo no sabía si tendrían relevancia, pero las amontoné junto con los mapas por si acaso y lo introduje todo en un libro de tapa dura. Guardé el libro en mi bolsa de deporte, encima de las mudas de ropa que había preparado. También pensaba llevar conmigo todo el dinero que había encontrado por casa, que no era mucho excepto por el fajo de billetes que guardaban mis padres dentro de un calcetín, en la cómoda de su habitación. Lo até con una goma elástica y lo introduje en una vieja fiambra de Pokémon junto con algunos productos básicos de aseo, incluidos medicamentos para el estómago, por si teníamos que pasar demasiado rato cerca de un hueco.

Estaba a punto de cerrar la bolsa cuando recordé algo. Me arrodillé para extraer el libro de registro de Abe, que guardaba escondido debajo de la cama. Sopesándolo, medité si sería buena idea llevarlo conmigo. Era grueso y pesado, y contenía un montón de información sensible que sin duda H no querría ver expuesta a pérdida o robo. Debería haberlo dejado a buen recaudo en el búnker de mi abuelo, ya lo sabía. Pero ¿y si lo necesitaba? Estaba repleto de fotografías y pistas sobre la forma de proceder de Abe y H en sus misiones. Era una mina de oro.

Retiré la ropa y los productos de aseo de la bolsa. A continuación extraje los mapas y las postales del libro y los guardé en la solapa trasera de la carpeta de Abe. Deposité la carpeta al fondo de la bolsa, la cubrí con la ropa y el neceser, cerré el equipaje y probé a levantarlo con una mano. Fue igual que levantar una mancuerna de quince kilos. Lo dejé caer sobre la cama. Rebotó y cayó rodando al suelo, donde se estrelló con un topetazo que retumbó en toda la habitación.

♦ ♦ ♦

Apenas si pude pegar ojo esa noche. Por la mañana me levanté al alba y salí de casa a hurtadillas, acompañado de Emma. Nos acercamos al domicilio de Abe, abrimos la escotilla del suelo de su despacho y descendimos al búnker para averiguar qué tesoro nos esperaba allí dentro. Tenía la esperanza —tal como H había dado a entender— de que fuera un coche con cuatro flamantes puertas, pero no atinaba a imaginar qué clase de vehículo podía caber en un túnel tan reducido que yo ni siquiera podía caminar erguido, ni cómo podría sacarlo de allí, si acaso lo encontraba.

Llevábamos un rato inspeccionando el taller subterráneo de mi abuelo cuando descubrimos un pomo en la pared. Estaba oculto entre las sombras del hueco que formaban dos estanterías de metal. Hundí la mano e hice girar el pomo, y una puerta se abrió en la pared con las estanterías y todo, al otro lado de la cual se extendía una nueva sección del túnel. Nos aventuramos al interior, de nuevo encorvados, por cuanto el segundo pasadizo era aún más bajo y claustrofóbico que el primero. Emma prendió una llama para iluminarnos y yo me aseguré de que la puerta no se cerrara usando un cajón metálico que contenía «tentempiés» liofilizados.

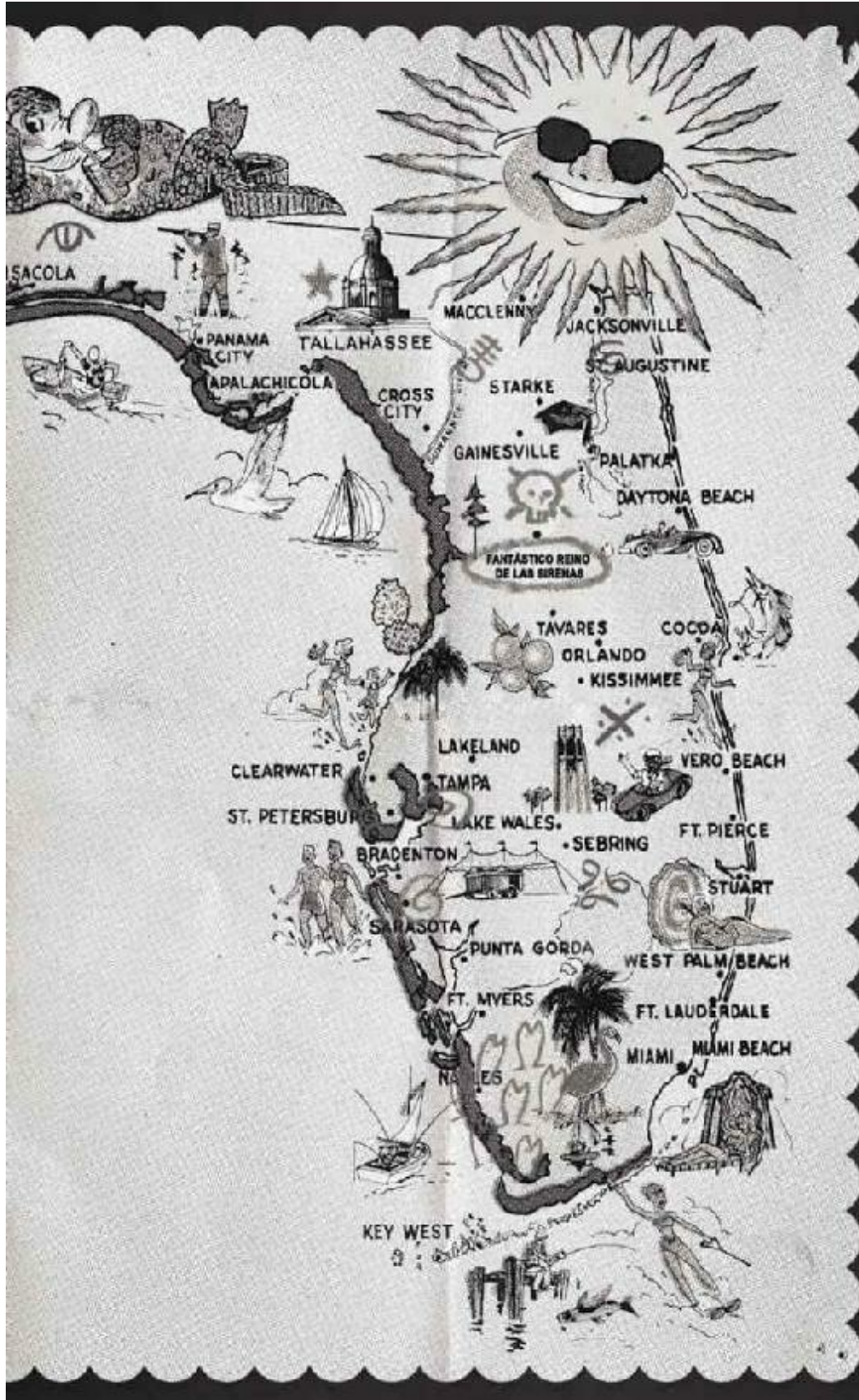
Llevaríamos treinta metros recorridos cuando nos topamos con una angosta escalera de hormigón. Iba a parar a una gruesa puerta de metal que se deslizaba hacia un lado en lugar de abrirse hacia dentro o hacia fuera. Al otro lado había un armario. El armario enmoquetado de una vivienda. Empujando la puerta, accedimos a un dormitorio amueblado con una cama desnuda, una mesilla y una cómoda. No había nada en las paredes. Habían cegado las ventanas y la estancia carecía de luz salvo por el escaso sol que se colaba entre los tablones clavados.



MELODÉE

RESTAURANTE FAMILIAR

*¡Animese a probar nuestros
deliciosos postres caseros!*



Nos encontrábamos en una vivienda situada en la misma calle sin salida que la de Abe.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Emma al tiempo que dibujaba una línea en el polvo del tocador.

—Podría ser una casa de seguridad —dije. Eché un vistazo al baño privado, vacío salvo por una única toalla rosa que pendía junto al lavamanos.

—¿Estará habitada? —susurró Emma.

—Lo dudo mucho. Pero no bajas la guardia, por si acaso.

Recorrimos sigilosamente un breve pasillo, echando una ojeada al resto de estancias según avanzábamos. Contaba con el mobiliario justo, muy parecido al que se suele ver en las casas de muestra o en las habitaciones de los moteles de carretera: anónimo, pero suficiente para crear la ilusión de que vivía alguien allí dentro. Llegué al final del pasillo y doblé hacia la izquierda para acceder a lo que resultó ser el salón. La distribución era idéntica a la de la casa de mi abuelo y experimenté una extraña sensación de *déjà vu* por el hecho de conocer al milímetro un espacio en el que jamás había puesto el pie. La ventana del salón también estaba cegada, así que me encaminé a la puerta principal y miré por la mirilla.

Allí estaba la residencia de Abe, a menos de cien metros, al otro lado de la calle.

Nos acercamos al garaje y en el instante en que lo pisamos tuvimos claro que el propósito de la casa era albergar esa única estancia. En las paredes, atestadas de ganchos y estantes, había toda clase de herramientas y repuestos. Y en el centro de todo ello, rodeados de focos, destacaban dos coches aparcados puerta con puerta.

—Alucina —dije—. Sí que tenía coche. Y no uno, sino dos.

Uno era un Caprice Classic de color blanco. Parecía una pastilla de jabón con ruedas y era el favorito de los conductores ancianos de Florida. Reconocí el vehículo de mi abuelo, el que usaba antes de que mis padres lo obligaran a dejar de conducir. (Pensaba que se había deshecho de él, pero ahí estaba). El otro era un potente cupé negro que parecía un Mustang de la década de 1960, solo que con el cuerpo más ancho y líneas más aerodinámicas. No habría sabido decir la marca con seguridad, porque no contaba con un distintivo que permitiera identificarlo.

El Caprice debía de ser para desplazarse de incógnito, supuse. El otro era para viajar deprisa y fardar un poco.

—¿De verdad no sabías que los tenía? —me preguntó Emma.

—No tenía ni idea. Sabía que antes conducía, pero mi padre lo obligó a dejarlo cuando no pudo pasar el examen visual del Departamento de Vehículos Motorizados. Él solía viajar en solitario. Salidas de varios días, en ocasiones de semanas enteras. Igual que cuando mi padre era niño, solo que con menos frecuencia. Pasar de moverse a su antojo a depender de mis padres y de mí para ir al supermercado o al médico... debió de ser duro.

No obstante, mientras lo estaba diciendo, me asaltó la idea de que tal vez Abe nunca dejara de conducir; sencillamente lo guardó en secreto.

—Y sin embargo conservó los coches —observó Emma.

—Y los mantuvo como nuevos —señalé yo. A diferencia del resto de la casa, los coches tenían un poco de polvo, pero, por lo demás, estaban impecables—. Debía de acudir en secreto de vez en cuando para ocuparse de ellos. Sacarles brillo, cambiarles el aceite... Para tenerlos a punto por si le hacían falta, sin que mis padres lo supieran.

—Lo que no entiendo es por qué se molestaba —dijo Emma.

—¿En perseguir a los huecos?

—En tener una familia —replicó.

Yo no sabía qué responder a eso, así que no dije nada. Abrí la portezuela del Caprice y me apretujé en el interior antes de ponerme a buscar en la guantera la tarjeta de matriculación. Seguía vigente, por cuanto había sido renovada pocas semanas antes de su muerte. Sin embargo, el coche no estaba a su nombre.

—¿Alguna vez has oído hablar de un tal Andrew Gandy? —le pregunté a Emma a la vez que le tendía la tarjeta por la puerta abierta.

—Debe de ser un nombre falso que usaba. —Me devolvió la tarjeta—. Por Dios.

Cerré la guantera y bajé del coche. Emma exhibía una expresión extraña.

—¿Qué?

—Me pregunto si «Abe» sería siquiera su verdadero nombre —dijo.

La idea no era descabellada, pero me molestó, no sé por qué.

—Pues claro que sí.

Emma me miró.

—¿Estás seguro?

En sus ojos se leía una pregunta no formulada. Si Abe era capaz de semejante engaño, ¿lo sería yo también?

—No tengo ninguna duda —respondí, y di media vuelta—. Son casi las nueve. Escojamos un coche y volvamos a casa.

—Tú conduces. Elige tú.

La elección no entrañaba complicación. El Caprice era más práctico: tenía cuatro puertas en vez de dos, más espacio de maletero y atraería menos atención en ruta. Pero el otro coche era mucho, muchísimo más guay y parecía infinitamente más rápido, así que, después de tres segundos de debate interno, lo señalé y dije:

—Este.

Nunca había hecho un viaje largo por carretera (solamente al sur de Florida para visitar a unos primos de Miami, y eso apenas si contaba) y la tentación de rodar en ese coche era demasiada como para resistirse.

Montamos en el vehículo. Abrí la puerta del garaje y puse en marcha el motor, que cobró vida con un rugido tan ronco y glorioso como para arrancarle un respingo a Emma. Mientras recorría marcha atrás el acceso de los vehículos en dirección a la calle, la vi poner los ojos en blanco.

—¡Igualito que Abe! —dijo a voz en cuello para hacerse oír por encima del motor.

—¿A qué te refieres?

—A elegir un coche como este para una misión secreta.

Una vez en el exterior, dejé el coche en reposo, aparqué el automóvil de mis padres en el garaje de Abe y cerré la puerta. A continuación monté de nuevo en el cupé misterioso, le dediqué una sonrisa a Emma y pisé el acelerador. El motor rugió como un animal salvaje cuando salimos quemando rueda, empotrados contra el asiento. Uno necesita un poco de diversión de vez en cuando. Incluso en plena misión secreta.



Mientras Emma y yo estábamos fuera, miss Peregrine había regresado de su noctámbula reunión y había caído frita en su cama del primer piso (una de las pocas ocasiones en que realmente se echó a dormir, que yo supiera). Congregamos a todos los niños en un dormitorio de la primera planta y cerramos la puerta para que las voces no la despertaran.

Les pedí que comunicaran su decisión a mano alzada.

—¿Quién se apunta?

Enoch, Olive y Millard levantaron la mano. Claire, Hugh, Bronwyn y Horace no lo hicieron.

—Las misiones me ponen nervioso —se excusó Horace.

—Claire —dijo Emma—, ¿por qué no has levantado la mano?

—Ya nos han asignado misiones —alegó ella—. Soy la encargada de distribuir almuerzos y postres a todos los equipos de reconstrucción de los bucles de Bélgica.

—Eso no es una misión, Claire, es un trabajo.

—¡Vosotros vais a hacer de mensajeros! —se mofó Claire—. ¿Llamas a eso «misión»?

—La misión es ayudar a un peculiar en peligro —intervino Millard—. Después de entregar los paquetes.

—¿Y tú, Bronwyn? —pregunté yo—. ¿Te vienes o no?

—Me incomoda mentirle a miss P. ¿No deberíamos contárselo todo?

—NO —replicamos todos al unísono, excepto Claire.

—¿Por qué no? —quiso saber Bronwyn.

—A mí tampoco me gusta mentirle —confesé—, pero jamás nos daría permiso, así que no podemos decirle nada.

—Si de verdad queremos ayudar al pueblo peculiar, esta es la manera —dijo Emma—. Ser los pioneros de una nueva generación de guerreros, no ir por el Acre chupando cámara.

—Ni pedir permiso cada vez que queramos hacer algo —añadió Enoch.

—¡Exacto! —exclamó Millard—. La directora nos trata como si aún fuéramos unos críos. Ya contamos casi un siglo, por el amor de los pájaros. Va siendo hora de que nos comportemos en consonancia con nuestra edad. O con la mitad de nuestra edad, cuando menos. Tenemos que empezar a tomar nuestras propias decisiones.

—Llevo años diciendo eso mismo —apostilló Enoch.

Mis amigos peculiares habían cambiado, comprendí, pero los métodos educativos de miss Peregrine no. Habían probado el sabor de la libertad tras ser expulsados de Cairnholm —al igual que yo— y la temporada en el Acre, bajo la supervisión no de una, sino de más de una docena de ymbrynes, había acabado por asfixiarlos. Habían crecido más en los últimos meses que en medio siglo.

—¿Y tú qué dices, Apiston? —le preguntó Emma a Hugh.

—Os acompañaría —respondió—, pero ya tengo una misión.

Entendimos a qué se refería sin necesidad de que lo verbalizara. Se proponía buscar a Fiona por el panbucleticón.

—Tienes razón —concedí—. Mantendremos los ojos bien abiertos allá donde vayamos.

Asintió con gravedad.

—Gracias, Jacob.

Todos querían acompañarnos excepto Horace, Claire y Bronwyn..., pero entonces Bronwyn cambió de idea.

—Vale, iré. No me gusta mentir, pero si de verdad vamos a ayudar a un niño peculiar cuya vida está en peligro y eso requiere decir una mentira, sería inmoral no hacerlo, ¿no creéis?

—Te quieres pasar tanto de lista que dices bobadas —le soltó Claire.

—Bienvenida a bordo —le dijo Emma.

Ahora solo nos quedaba elegir al equipo. Les comuniqué que solo podíamos llevarnos a dos personas, lo que provocó algunos gemidos decepcionados. A pesar de lo que les había dicho la noche anterior, me preocupaba un poco que solo hubieran tomado media lección de normalidad y su probable incapacidad para afrontar la vida moderna. Y si bien deseaba y necesitaba su ayuda, también quería concentrarme en la misión, no tener que pasarme el día explicándoles cómo funcionan los pasos de peatones, las puertas de ascensor y las más sencillas interacciones con los normales del mundo actual. No obstante, en lugar de exponer mis argumentos, que podrían haber herido susceptibilidades, les dije que no quería sobrecargar el coche.

—¡Pues escógeme a mí! —pidió Olive—. Soy menuda y prácticamente no peso nada.

Imaginé a Olive olvidando sus zapatos en cualquier parte y a nosotros persiguiéndola como si fuera un globo a la deriva.

—Por esta vez, necesitamos gente que parezca mayor.

No aclaré por qué y ella no preguntó.

Emma y yo nos retiramos a un rincón a deliberar y luego anunciamos nuestra decisión: Millard y Bronwyn. La segunda por su fuerza bruta y fiabilidad y el primero por su inteligencia, sus conocimientos cartográficos y su capacidad para escabullirse en situaciones de emergencia mediante la sencilla estrategia de desnudarse.

Los demás se llevaron una gran desilusión, pero les prometimos contar con ellos en misiones futuras.

—Si acaso hay misiones futuras —puntualizó Enoch—. Siempre y cuando no metáis la pata.

—¿Y qué haremos los demás mientras vosotros no estáis? —quiso saber Horace.

—Cumplir con vuestros deberes en el Acre y comportaros como si nada. No sabéis dónde estamos ni qué nos traemos entre manos.

—Eso haremos —fue la respuesta de Claire—. Y si miss Peregrine pregunta, le contaré la verdad.

Bronwyn asió a Claire por las axilas y la levantó en vilo a la altura de sus ojos.

—Ahora eres tú la que dice bobadas —le espetó con un tono de amenaza tan palpable como sorprendente. Bronwyn siempre trataba a las dos pequeñas con guantes de seda.

La boca trasera de Claire soltó un gruñido.

—¡Bájame! —exigió ella con su boca normal.

Bronwyn lo hizo, pero Claire parecía escarmentada de todos modos. Mensaje recibido.

—Cuando miss Peregrine despierte, empezará a preguntar dónde estamos —señaló Emma—. Es muy raro. Sencillamente... ¿se fue a dormir?

Era impropio de una ymbryne, por más que la reunión se hubiera alargado toda la noche.

—Puede que haya soplado una pizca de arena en su dormitorio —reveló Millard.

—¡Millard! —exclamó Horace—. ¡Qué bribón!

—Bueno, eso nos da algo de tiempo, desde luego —dijo Emma—. Con un poco de suerte, no reparará en nuestra ausencia hasta la noche.



—Vaya, esto sí que es —sentenció Millard a la vez que cerraba el capó del coche negro en el acceso de los vehículos— un vehículo para largos viajes.

—No lo es —replicó Bronwyn—. Es demasiado llamativo, e inglés.

El coche era chulo, es verdad, pero a mí no me parecía superllamativo. No era rojo chillón ni tenía unas llantas despampanantes o grandes alerones, como muchos coches deportivos.

—¿Qué hay de malo en ser inglés? —se extrañó Emma.

—Se averiará cada dos por tres. Es lo que dicen de los coches ingleses, al menos.

—¿Lo habría usado Abe en sus operaciones de rescate si tuviera una mecánica defectuosa? —alegó Millard.

—Abe sabía mucho de coches, incluidas nociones de reparación —replicó Enoch.

Estaba recostado contra el maletero con una bolsa en bandolera y una sonrisa de suficiencia en el rostro.

—No vas a acompañarnos —le recordé—. No hay sitio.

—¿Acaso he dicho yo que quiera acompañaros? —fue su respuesta.

—Tu actitud lo insinúa —dijo Emma—. Venga, aparta.

Lo empujé con el cuerpo para poder abrir el maletero y guardar las bolsas en el interior..., pero después de pasar un buen rato trasteando aquí y allá, comprendí que no sabía hacerlo.

—Déjame a mí —dijo Enoch, e hizo girar un pomo entre los intermitentes que accionó la apertura—. Aston Martin. —Acarició la carrocería según rodeaba el coche a lo largo—. Abe siempre tuvo estilo.

—Pensaba que era una especie de Mustang —comenté yo.

—¿Cómo te atreves? —se escandalizó Enoch—. Es un Aston Martin Vantage con motor V8 de 1979. Trescientos noventa caballos; de cero a cien en cinco segundos; velocidad máxima, doscientos setenta kilómetros por hora. Una auténtica bestia. El primer deportivo de Inglaterra.

—¿Desde cuándo sabes tanto de automóviles? —me sorprendí—. En particular de los fabricados después de 1940...

—Cualquiera puede pedir revistas y manuales por correo —aclaró Millard—. Y recibirlos en un apartado de correos del Cairnholm actual.

—Uf, le encantan los coches —dijo Emma, poniendo los ojos en blanco—. Que conste que nunca ha conducido ninguno, pero no dejes que te suelte un rollo sobre lo que hay bajo el capó...

—La mecánica me fascina tanto como la biomedicina —declaró Enoch—. Órganos. Motores. Cambia la gasolina por sangre y vienen a ser lo mismo. Y no necesito un tarro lleno de corazones para resucitar un motor muerto. Una habilidad que te vendría la mar de bien, porque este coche, teniendo en cuenta que es inglés y que tiene cuarenta años de antigüedad, se puede averiar en cualquier momento a menos que cuente con un mantenimiento impecable. Y ahora que Abe ya no está y todo eso, estoy seguro de que soy la

única persona en dos mil kilómetros a la redonda con los conocimientos necesarios para reparar este automóvil. Razón por la cual, aunque no me apetece... —Plantó la bolsa en el maletero, al lado de la mía—. Necesitas que os acompañe.

—Venga, sube al coche para que podamos irnos de una vez —resopló Emma.

—¡Yo delante! —exclamó Enoch a la vez que se abalanzaba al asiento del copiloto.

—Va a ser un viaje muy largo —observó Millard.

Suspiré. Por lo visto, no tenía elección.

Nuestros amigos se reunieron en el acceso de los coches para vernos partir. Intercambiamos abrazos y nos desearon buena suerte; todos menos Claire, que se quedó en la entrada de la casa, enfurruñada.

—¿Cuándo volveréis? —quiso saber Hugh.

—Esperad una semana antes de empezar a preocuparos —fue mi respuesta.

—Demasiado tarde —dijo Horace—. Ya estoy preocupado.



OCHO

Recorrimos el cayo, cruzamos el puente y, desde allí, nos dirigimos a las afueras para alejarnos de la ciudad. Teníamos pensado tomar la interestatal 75 en dirección norte. La primera parada sería el dichoso Flaming Man, que, según había indicado H, se hallaba en la zona marcada con un cerco en el mapa del Melodee. Eso reducía el destino a cosa de setenta y cinco kilómetros cuadrados en el pantanoso centro del estado, ubicado a unos cientos de kilómetros en dirección norte.

Yo iba al volante, concentrado en dominar el poderoso pero también caprichoso cupé de mi abuelo. La dirección era dura y tan sensible en las curvas que el corazón me daba un vuelco cada dos por tres. Por si fuera poco, los contadores y pilotos estaban colocados en sitios insospechados. Emma viajaba a mi lado, en el asiento del copiloto, con una guía de carreteras normal (no peculiar) abierta sobre el regazo. (Millard llevaba también la guía *Planeta Peculiar*, aunque los mapas estaban muy anticuados). Yo le había pedido a Emma que hiciera de navegador porque eso me daba una excusa para obligar a Enoch a viajar en el asiento trasero y poder pasar los dos días siguientes viendo por el rabillo del ojo la cara de ella y no la del chico. Enoch miraba por la ventanilla enfurruñado y, de vez en cuando, pateaba mi asiento. Millard viajaba a su lado, apretujado contra Bronwyn, que se había sentado en diagonal para que le cupieran las piernas.

—Desde aquí hasta el cerco del mapa hay unos quinientos kilómetros — dijo Emma, que consultaba el plano ilustrado y la guía simultáneamente—. Si no paramos, en cinco horas estaremos allí.

—Tendremos que parar en algún momento —me recordó Bronwyn—. Todavía no nos has comprado ropa actual.

Tenía razón. Todos los que habían ido de compras se habían quedado en casa; los ocupantes del coche todavía llevaban las prendas que traían puestas cuando llegaron. Sus indumentarias pronto representarían un problema.

—Pararemos pronto —prometí—. Antes quiero alejarme un poco de miss Peregrine.

—¿Dónde crees que está Portal? —preguntó Enoch—. ¿Muy lejos?

—Es posible —fue mi respuesta.

—¿No te cansarás de conducir tanto rato? —se preocupó Millard.

—No tengo más remedio —respondí. No podíamos turnarnos, porque mis amigos no tenían permiso de conducir. Para colmo, Millard es invisible, así que no tardarían ni un minuto en darnos el alto si le cedía el sitio, a Bronwyn le daba miedo sentarse al volante y Enoch no tenía experiencia. Solo Emma habría sido capaz de conducir un coche, pero estaba el problema del carné. Así que debía encargarme yo—. Si me pasáis un café de vez en cuando, no habrá problema.

—Yo te puedo relevar —insinuó Enoch—. Además, si conduzco yo iremos mucho más deprisa.

—Ni lo sueñes —repliqué—. Cuando volvamos puedes apuntarte a una autoescuela, pero este no es momento de hacer prácticas.

—No necesito prácticas —protestó él—. Sé todo lo que hay que saber sobre mecánica automovilística.

—No es lo mismo.

Propinó un nuevo puntapié a mi asiento, con fuerza.

—¿Y eso a qué viene?

—Por conducir como una abuelita.

En ese preciso instante llegamos a la rampa que daba acceso a la interestatal. Mientras tomaba la curva, pisé el acelerador. El motor gimió y yo solté una carcajada de la impresión, y para cuando nos mezclamos con el tráfico de la autopista, Enoch me estaba gritando que redujera la velocidad. Eché un vistazo a los retrovisores por si había algún coche de policía a la vista, despegué el pie del acelerador y pulsé los botones de las ventanillas.

—Ohhhh —exclamó Bronwyn cuando su ventanilla descendió—. ¡Qué chulo!

—¿Música? —pregunté

—Sí, por favor —dijo Emma.

El coche de Abe llevaba radio y una especie de radiocasete anticuado. La cinta ya estaba en el interior del aparato, así que pulsé la tecla de «reproducir». Un instante después, una guitarra estridente y una voz poderosa atronaron en los altavoces: Joe Cocker cantando *With a little help from my friends*. Tres minutos más tarde estaba seguro de que ninguna música había sonado nunca tan gloriosa, y mis amigos, que sonreían y rebotaban en los asientos con el cabello azotado por el viento, parecían pensar lo propio. Por

alguna razón, el hecho de cantar a gritos esa canción en especial, acompañado de esas personas en especial y conduciendo ese coche en especial me provocó el subidón más brutal y estremecedor que había experimentado nunca. Era igual que reclamar el mundo para nosotros, nuestras vidas como propias.

Esto es mío. Sí. Y haré con ello lo que me plazca.



Se me antojaba raro y antinatural pensar en miss Peregrine como algo que no fuera nuestra protectora y defensora, y sin embargo hoy la veía más bien como una adversaria. En el instante en que descubriera nuestra partida saldría a buscarnos y lo haría del mejor modo que conocía: desde el aire. Habida cuenta de su velocidad, las alturas que podía alcanzar en vuelo, su aguda visión a larga distancia y su radar natural para dar con niños peculiares, no tendría dificultades para encontrarnos siempre y cuando estuviésemos en un radio de ciento cincuenta kilómetros y a cielo abierto. De ahí que no hiciera ninguna parada en las primeras tres horas, ni siquiera para que Bronwyn fuera al baño. Quería alejarme lo máximo posible de la directora. Recorridos trescientos kilómetros, cedí por fin al creciente coro de protestas procedente del asiento trasero, pero ni siquiera entonces bajé la guardia y, según dejábamos la autopista para entrar en el aparcamiento de un centro comercial, miré las nubes varias veces. Advertí que Emma hacía lo propio.

Llené el depósito del Aston Martin mientras los demás iban al baño en la tienda de la gasolinera. A través de los amplios escaparates, atisbé cómo el cajero y algunos clientes observaban a mis amigos, que hacían cola junto a la puerta del único servicio. La gente alargaba el cuello, intercambiaba susurros, miraba con descaro. Un tipo llegó al extremo de tomarles una foto con el teléfono.

—Tenemos que compraros atuendos modernos —declaré cuando regresaron—. Ahora mismo.

Nadie protestó. Y, de todos modos, había escogido adrede ese desvío en particular. Enfrente de la gasolinera estaban los almacenes más grandes de la zona: un inmenso hipermercado exprés. Era el paraíso de las compras. Una ciudad en sí mismo.

—Por Dios, ¿qué es este sitio? —preguntó Millard cuando nos internamos en el inacabable aparcamiento.

—Solo es una tienda —dije—. Muy grande.

Cruzamos la estructura de camino a la entrada y unas puertas automáticas de cristal se abrieron con un siseo. Enoch pegó un respingo aterrado.

—¿Qué, qué, qué es esto? —gritó, adoptando una pose de luchador.

Ahora la gente nos estaba mirando. Y ni siquiera habíamos entrado todavía.

Llevé a mis amigos a un lado para explicarles deprisa y corriendo qué son los sensores de movimiento y las puertas automáticas.

—¿Y qué tienen en contra de los picaportes? —preguntó Enoch, molesto y avergonzado.

—Abrir con picaporte es engorroso si vas muy cargado —expliqué—. Como ese tipo.

Señalé a un hombre que cruzaba las puertas deslizantes con un carro lleno.

—¿Y para qué necesita alguien tantas cosas? —se sorprendió Emma.

—Puede que esté comprando provisiones para un posible ataque aéreo —sugirió Enoch.

—Lo entenderéis mejor una vez que estemos dentro —propuse.

Yo llevaba toda la vida comprando en tiendas como aquella, así que nunca me había parado a pensar que el concepto mismo pudiera ser absurdo. Sin embargo, cuando mis amigos me siguieron al interior y se pararon en seco delante de los expositores, embargados por el asombro y la impresión, empecé a comprender el motivo de su extrañeza.

Los pasillos se perdían a lo lejos. Un caleidoscopio de artículos competía por nuestra atención en cada estante. Un pequeño ejército de hoscos reponedores patrullaba de uniforme, cada cual con una enorme carita amarilla y sonriente estampada en él. Aquello era mil veces más grande que la tienda de la esquina de la que Millard había robado las provisiones. Pues claro que mis amigos estaban impresionados.

—Solo una tienda, dice —observó Emma, que alargaba el cuello para abarcarlo todo—. No se parece a ninguna que yo haya visto.

Enoch silbó.

—Más bien parece el hangar de un zepelín.

Eché mano de un carro y, tras persuadirlos un rato, conseguí que reanudáramos la marcha a trancas y barrancas. Una vez que hubieron asimilado la inmensidad del local, se maravillaron ante el enorme y extraño despliegue de artículos en venta. Yo quería arrastrarlos hacia la sección de

ropa, pero mis amigos se distraían cada dos por tres, se separaban del grupo, echaban mano de objetos al azar.

—¿Qué es esto? —quiso saber Enoch, agitando unas pantuflas con flecos de microfibra en la suela.

Se las arrebaté y las devolví a su sitio.

—Son para quitar el polvo con los pies. Creo.

—¿Y esto? —preguntó Emma, señalando una caja que indicaba: COMEDERO PARA PÁJAROS PARLANTES. ¡AHORA CON BLUETOOTH!

—No estoy muy seguro —fue mi respuesta. Me sentía como la típica madre agobiada que trata de controlar a toda una prole de niños—. Pero solo tenemos setenta y dos horas para cumplir el encargo, así que...

—Ahora sesenta y dos —me corrigió ella—. Puede que menos.

Un expositor de libros se derrumbó al final del pasillo y tuve que salir corriendo para impedir que Millard —desnudo y en consecuencia invisible— intentara devolverlo a su sitio. Estaba más pendiente de él que de nadie (o de adivinar dónde se encontraba en cada momento) porque lo último que me faltaba era perder a un niño invisible en un hipermercado.

No había forma de avanzar. Acabábamos de dejar atrás los comederos de aves con Bluetooth cuando Enoch descubrió el pasillo de los artículos deportivos.

—Oooh, con estas preciosidades rajaría la pechuga de un pollo en un santiamén —canturreó al ver una colección de navajas automáticas en una vitrina.

Emma no paraba de preguntar por qué. ¿Por qué había tantos modelos de cada cosa? ¿Para qué servía esto o lo otro? El pasillo de artículos de belleza femenina se le antojó especialmente irritante.

—¿Quién necesita tantos tipos de crema para la piel? —preguntó, según tomaba de un estante una caja que indicaba: SÉRUM RENOVADOR NOCTURNO, EXTRARREAFIRMANTE Y ANTIEDAD—. ¿Acaso todo el mundo sufre enfermedades de la piel? ¿Se ha declarado una epidemia mortal de infecciones cutáneas?

—No, que yo sepa —respondí.

—¿Qué raro!

—Para ti es fácil decirlo, cielo —le espetó una mujer de voluminosa cabellera y aros en la orejas que andaba por allí cerca—. Tu piel parece el culito de un bebé.

Emma devolvió la caja a su estante deprisa y corriendo, y nos largamos por piernas.

Millard no dijo gran cosa (porque le había suplicado que no lo hiciera), pero supe, por los pequeños suspiros y ruiditos que profería, que estaba tomando nota mental de todo. ¿Cuántas vidas en días de bucle harían falta, me pregunté, para que Millard redactara la historia de todo lo que acontecía aquí en un periodo de veinticuatro horas?

Cuando por fin llegamos a la sección de ropa, yo ya tenía prisa por largarme de allí. Me preocupaba el tiempo transcurrido, las miradas que nos dirigían los normales desde que habíamos entrado, la posibilidad de que miss Peregrine nos encontrase si nos demorábamos demasiado, aunque estábamos a cientos de kilómetros de mi casa y, con algo de suerte, seguiría durmiendo bajo los efectos de la Madre Arena. Apenas si presté atención a las prendas que mis amigos dejaron en el carro. Y solo cuando estábamos pagando para salir me di cuenta del hambre que tenía. Los demás estaban tan hambrientos como yo, pero en lugar de volver a entrar en la tienda en busca de alimentos, echamos mano de lo que pudimos en la zona de la caja: chocolatinas, aperitivos, golosinas.

—Comida imperecedera —exclamó Emma, al ver la fecha de caducidad de las cerezas confitadas—. Qué invento.

Recogimos las compras y nos encaminamos a los servicios, donde todos se encerraron en cabinas para enfundarse las nuevas prendas. Según fueron saliendo uno a uno, comprendí que les quedaba mucho por aprender. Llevaban atuendos normales comprados en la tienda más normal del mundo, pero su normalidad no resultaba en absoluto convincente. Puede que se sintieran incómodos de esa guisa o que yo estuviera tan acostumbrado a su antiguo aspecto que el súbito cambio de indumentaria me descolocara, pero, no sé por qué, mirándolos tenía la sensación de que iban disfrazados.

Todos menos Emma. Salió enfundada en unos vaqueros negros y ajustados, unas Reebok clásicas de color blanco y una camisa ancha de un tono castaño. Estaba preciosa, pensé cuando se miró al espejo frunciendo el ceño.

—Parezco un hombre.

—Estás guapísima. Y moderna.

Suspirando, me mostró la bolsa de plástico en la que había embutido el viejo vestido.

—Ya lo echo de menos.

—Qué tela más rara... No pica —dijo Bronwyn, estirando la camiseta gris de panadero que le habíamos comprado—. No me acostumbro.

Enoch salió del baño con unas deportivas tipo creeper, de suela gruesa, un pantalón de chándal con flamantes calaveras en cada rodilla y una camiseta con la inscripción: LA GENTE NORMAL ME ASUSTA.

Emma negó con la cabeza.

—Es la última vez que te dejo elegir tu ropa.

No había tiempo para devolver nada, de manera que salimos del baño y, por alguna razón, ahora atraíamos aún más miradas si cabe que al entrar. Cuando empujábamos el carro por las puertas automáticas, un fuerte pitido de alarma empezó a sonar.

—¿Qué es eso? —chilló Emma.

—Puede que, ejem, no lo hayamos pagado todo —confesó Millard.

—¿Qué? ¿Por qué? —me horroricé.

Dos hombres con chalecos azules corrían hacia nosotros a toda mecha.

—Genio y figura hasta la sepultura —replicó Millard—. Da igual, ¡corred!

Me arrebató el carro y salió disparado hacia el coche. Y ahora había como cien personas mirando el carrito que recorría el aparcamiento sin que nadie lo empujara, seguido de un grupito de niños raros y dos guardias de seguridad.

Nos abalanzamos al interior del vehículo con bolsas y todo. Hiqué la llave en el contacto, la hice girar y el Aston Martin arrancó con un chirrido tan brutal que casi me provocó dentera. Pisé a fondo, avancé a toda pastilla por el pasillo de los coches y pasé entre los dos guardias, que saltaron en sentidos opuestos para evitar que los arrollara.

—Si te vas a saltar la ley, al menos hazlo con un poco de estilo, Millard —lo regañó Emma—. ¿En qué estabas pensando?

—Sabía lo de las cámaras —alegó Millard en su defensa—. ¡Nadie me habló de las alarmas!



Después de recorrer varios kilómetros de autopista a toda velocidad, mirando el retrovisor constantemente por si veía acercarse las luces de la policía, comprendí que nadie nos seguía. Finalmente nos desviamos por una pequeña carretera estatal y nos alejamos de la costa, rumbo al corazón de Florida. Por

la zona que H había marcado en el mantel del restaurante pasaba una única carretera importante: la que estábamos recorriendo ahora mismo. En las inmediaciones se encontraba el Fantástico Reino de las Sirenas. No tenía nada claro que fuéramos a encontrar allí al «hombre en llamas», pero era la única indicación de esa sección del mapa que prometía.

—Espera un momento —dijo Bronwyn desde el asiento trasero—. Ahora nos estamos alejando del mar. ¿Por qué querrían las sirenas vivir en un pantano?

—No son de verdad —le expliqué—. Solo es un sacacuartos cutre para los turistas.

—Es posible —concedió Millard—, pero el Fantástico Reino de las Sirenas aparece en *Planeta Peculiar*. —Levantó la guía para mostrármelo y, acto seguido, leyó—: «Flamante atracción con deliciosas actuaciones acuáticas. Los espíritus peculiares son bien recibidos. Se ofrece alojamiento en un bucle temporal de las inmediaciones. ¡No duden en llevar a los niños!».

—Eso no significa que las sirenas sean peculiares —objetó Emma—. Solo implica que hay un bucle en el pueblo.

—O lo había —puntualizó Millard—. No olvidéis que esta guía tiene casi setenta años de antigüedad. Toda la información que contiene debería tomarse con el máximo escepticismo.

Proseguimos el viaje. El sol estaba cada vez más bajo en el horizonte y la carretera mudó de dos carriles para cada sentido a únicamente uno. Nos internábamos en una zona de Florida tan distinta que parecía otro estado. Lejos de las adineradas costas no había sucursales de grandes cadenas ni flamantes promociones inmobiliarias. Los bosques nos cercaban por ambos lados y en los claros que aparecían de tanto en tanto veíamos carteles que anunciaban campos de fresas «autoservicio», sustrato gratuito y bonos de fianza.

En lugar de interminables urbanizaciones de chalets adosados, aquí había pequeñas aldeas cuyas casas se apiñaban en las encrucijadas. Los pueblos grandes contaban con algún restaurante de comida rápida en las afueras y una decadente calle mayor que apenas si abarcaba unas pocas manzanas: un banco del año de la pera, un cine cegado, una iglesia con vidrieras. Cada vez que pasábamos por un pueblo con semáforo, pillábamos la luz en rojo y nos tocaba esperar sometidos al escrutinio de ancianos sentados en bancos y transeúntes sin nada mejor que hacer, que nos miraban como si fuéramos lo

más interesante que habían visto en su vida. Acabamos por temer esos semáforos. En el tercero o el cuarto, un joven con greñas en la nuca y una lata de cerveza abierta en la mano nos gritó: «¡Todavía falta un mes para Halloween!», y se alejó partiéndose de risa.

Unos kilómetros más adelante, pasamos junto al desvaído cartel del Fantástico Reino de las Sirenas. Al poco llegamos por fin a nuestro destino: un descampado salpicado de lánguidas carpas y, a lo lejos, unas construcciones de hormigón ligero que debían de albergar las oficinas o las dependencias del personal. Una verja cerrada tapaba la entrada, así que aparqué en el arcén y accedimos a pie. Atravesamos el terreno de camino a las tiendas. No parecía que hubiera nadie por allí, hasta que oímos a alguien gruñendo y maldiciendo en la parte trasera de la carpa más cercana.

—¿Hola? —grité, según guiaba a mis amigos hacia los gruñidos.

Rodeando la tienda, nos topamos con dos personas maquilladas como payasos. La mujer, que llevaba una encrespada melena rubia, iba disfrazada de sirena. La cola le impedía caminar, así que el hombre se tambaleaba hacia atrás según trataba de sostenerla por la cintura.

—¿No sabéis leer? —nos espetó la sirena con una mirada asesina—. El parque está cerrado.

El segundo payaso no dijo ni pío, ni siquiera se volvió a mirarnos.

—No hemos visto ningún cartel —alegué yo.

—Si el parque está cerrado, ¿por qué vais disfrazados? —preguntó Enoch.

—¿Disfrazados? ¿Quién va disfrazado? —La sirena agitó una cola que era falsa a todas luces y lanzó una risotada extraña. Su sonrisa se esfumó de sopetón—. Largaos, ¿vale? Estamos de reformas. —Le asestó un codazo al tipo que la transportaba—. George, muévete.

El segundo payaso procedió a arrastrarla hacia la tienda.

—Esperad —dijo Emma, al tiempo que echaba a andar hacia ellos—. Hemos leído un comentario sobre vosotros en la guía.

—No aparecemos en ninguna guía, cariño.

—Sí —insistió Emma—. En *Planeta peculiar*.

La cabeza de la sirena se giró rápidamente hacia ella.

—George, para. —El hombre se detuvo al momento. Ella nos estudió un instante, con expresión cauta—. ¿De dónde habéis sacado ese libro tan viejo?

—Nosotros... lo encontramos —fue la respuesta de Emma—. Dice que por aquí hay algunas cosas que ver.

—No me digas. Hay algunas cosas que ver, pero solamente si eres cierto tipo de persona. ¿Qué clase de personas dirías que sois vosotros?

—Eso depende. ¿Qué clase de persona es usted?

—George, bájame. —El hombre obedeció y la sirena se meció sobre la curva de su cola al tiempo que se agarraba con un brazo a su acompañante para no caer. La cola se tensó como sostenida por músculos en lugar de arrugarse como haría un disfraz—. Somos artistas, pero hace mucho que no tenemos un público digno de presenciar nuestra función. —Señaló con un gesto la carpa—. ¿Os gustaría ver el espectáculo?

Había deducido que éramos peculiares y eso me llevó a sospechar que ella también lo era. Su tono amargo y suspicaz había mudado en otro empalagoso.

—Solo nos interesa el espectáculo de fuego —intervino Bronwyn.

La sirena ladeó la cabeza.

—No tenemos ningún espectáculo de fuego. ¿Acaso tengo pinta de tragafuegos?

—¿Y entonces quién es el «hombre en llamas»? —prosiguió Bronwyn.

—Tenemos algo para él —intervine yo—. Por eso estamos aquí.

Una expresión de sorpresa asomó al rostro de la sirena, que se apresuró a borrarla.

—¿Quién os envía? —preguntó. El falso tono meloso había desaparecido—. ¿Para quién trabajáis?

Recordé la advertencia de H de que no mencionara su nombre.

—Para nadie —respondí—. Nos trae un asunto privado.

George rodeó la oreja de la sirena con la mano y le susurró algo.

—No sois de por aquí, salta a la vista. —De nuevo dulce—. No hay fuego ni nada que se le parezca en nuestro espectáculo, pero ¿por qué no os quedáis un ratito y disfrutáis de los otros números?

—No podemos, de verdad —dijo Emma—. ¿Está usted segura de que no sabe nada de un hombre en llamas?

—Lo siento, niños. Pero tenemos tres sirenas, un oso bailarín y a George, aquí presente, que hace malabarismos con zapapicos...



En ese momento, dos personas más asomaron por la esquina de la carpa, otro hombre maquillado como un payaso y una persona enfundada en un disfraz de oso.

—Podéis quedaros a cenar —decía la sirena, sin darse por aludida cuando empezamos a recular—. Cena y espectáculo, ¿qué puede superar a eso?

—¡Una canción! —respondió el segundo payaso, y empezó a tocar el órgano portátil que llevaba atado a la cintura. En cuanto oyó la música, el oso (que llevaba una horrible máscara fabricada a mano, parecida a un cráneo) empezó a cantar. Pero las palabras pertenecían a una lengua extraña, y la cadencia era tan lenta y la voz tan profunda que me invadió un profundo sueño, y supe por los cabeceos de mis amigos que la canción ejercía en ellos un efecto parecido.

—*Sofur thu svid thitt* —cantaba—. *Svatur i augum*.

Intentamos alejarnos.

—No podemos —dije, arrastrando las palabras—. Tenemos... que...

—¡El mejor espectáculo del pueblo! —repetía la sirena, que renqueaba hacia nosotros sobre la cola.

—*Far i fulan pytt* —entonaba el hombre oso—. *Fullan af draugum*.

—¿Qué me está pasando? —gimió Bronwyn con voz adormilada—. Mi cabeza parece de algodón de azúcar.

—La mía también —dijo Millard. Y cuando su voz surgió súbitamente de la nada, la sirena, el oso y los dos payasos dieron un respingo y luego nos miraron con una nueva clase de hambre. Si les quedaba alguna duda de nuestra peculiaridad, Millard acababa de disiparla.

No sé ni cómo, nos obligamos a correr —empujando y arrastrándonos unos a otros, a trompicones por el descampado— y si bien no intentaron detenernos físicamente, con las manos o con el cuerpo, marcharnos se nos antojaba un esfuerzo casi imposible, como librarse de cien telarañas gigantes. Cuando llegamos a la puerta, las telarañas se rompieron y por fin recuperamos la velocidad y el sentido.

Abrimos las portezuelas del coche a toda prisa. Arranqué el motor. Salimos disparados, derrapando sobre la tierra.



—¿Quiénes eran esos peculiares tan horribles? —preguntó Bronwyn—. ¿Y

qué nos estaban haciendo?



—Me he sentido como si intentara reptar por el interior de mi mente — trató de expresar Enoch—. Uf, no me puedo librar de la sensación.

—Ellos deben de ser la razón por la que Abe dibujó la calavera y las tibias en el mapa —dedujo Emma—. ¿Lo veis?

Levantó el mapa del Melodee que contenía la anotación de Abe para mostrárselo a los demás.

—Si este sitio es peligroso, ¿por qué H nos ha guiado hasta aquí? —se extrañó Bronwyn.

—Puede que fuera una prueba —dijo Millard.

—Estoy seguro de que sí —afirmé—. La cuestión es: ¿la hemos superado? ¿O ha sido solo el principio?

Como respondiendo a mi pregunta, vi por el espejo retrovisor un coche de policía que nos seguía a toda pastilla.

—¡La poli! —exclamé—. Que todo el mundo actúe con normalidad.

—¿Crees que saben que Millard ha robado en la tienda? —preguntó Bronwyn.

—Ni hablar —fue mi respuesta—. Estamos demasiado lejos.

No obstante, saltaba a la vista que nos seguían. Circulaban tan pegados a nuestro parachoques que temí que nos dieran. Entonces la carretera se desdobló en dos carriles y ellos aumentaron la velocidad hasta situarse a nuestro lado. Pero no conectaron la sirena ni las balizas lumínicas. No gritaron por un megáfono que nos detuviéramos. Sencillamente rodaban en paralelo a nosotros, el conductor con el codo apoyado en la ventanilla como quien va de paseo, y nos miraban con atención.

—¿Qué quieren? —preguntó Bronwyn.

—Nada bueno —sentenció Emma.

El coche patrulla también llamaba la atención. Era viejo. Tendría treinta años, puede que cuarenta. Ya no los fabricaban así, señalé. Desde hacía mucho tiempo.

—Puede que no tengan dinero para coches nuevos —sugirió Bronwyn.

—Puede —asentí.

Los polis redujeron la marcha y se quedaron atrás. El conductor hablaba por una radio CB según se alejaba en mi retrovisor. A continuación viraron bruscamente, tomaron una carretera de tierra y los perdimos de vista.

—Qué raro ha sido —dije.

—Larguémonos de aquí antes de que vuelvan —me instó Enoch—.

Portman, deja de conducir como mi abuela y pisa a fondo el pedal derecho.

—Buena idea —asentí, y aceleré. Por desgracia, pocos kilómetros más adelante, el motor empezó a emitir un traqueteo alarmante y una luz roja parpadeó en el salpicadero.

—Ay, y ahora qué —mascullé.

—Puede que no sea nada —dijo Enoch—. Pero no lo sabré hasta que le eche un vistazo.

Acabábamos de dejar atrás un desvaído cartel que indicaba: BIENVENIDOS A STARKE, POB. 502.

Más adelante, un letrero escrito a mano rezaba: SERPIENTES EN VENTA: MASCOTAS O CARNE.

El traqueteo del coche se tornaba más intenso por momentos. No me apetecía nada parar en Starke, pob. 502, pero, por lo que parecía, no teníamos alternativa. Así que me desvié hacia un túnel de lavado para camiones que contaba con un aparcamiento casi desierto y todos nos apeamos para observar cómo Enoch hurgaba debajo del capó.

—Es rarísimo —declaró cuando sacó la cabeza, tras un breve examen—. He visto qué parte ha fallado, pero no entiendo qué le ha pasado. Debería haber durado cien mil kilómetros.

—¿Crees que alguien lo ha estropeado adrede? —sugerí.

—No sé cómo, pero no se me ocurre otra explicación. —Enoch se rascó la barbilla y, al hacerlo, se manchó la cara con grasa del motor.

—Da igual cómo se haya roto —zanjó Emma—. Lo que importa es si puedes arreglarlo.

—Y cuánto tardarás —añadió Bronwyn a la vez que volvía la vista hacia el cielo, cada vez más oscuro.

Se acercaba el anochecer y grandes nubarrones de tormenta se cernían a lo lejos. La noche pintaba mal.



—Pues claro que puedo —presumió Enoch sacando pecho—, aunque tal vez necesite un poco de ayuda de nuestro soplete humano. —Torció la cabeza hacia Emma—. El rato que tarde depende de unas cuantas cosas.

—Buenas tardes —dijo una voz desconocida. Cuando nos dimos la vuelta, vimos a un chico plantado a pocos pasos de nosotros, en una pequeña loma que unía el aparcamiento con un campo sembrado de maleza.

Tendría alrededor de trece años, la piel oscura, y se cubría la cabeza con una gorra. Hablaba con voz queda y caminaba aún más quedamente si cabe; tanto que ninguno lo había oído acercarse.

—¿De dónde has salido? —le espetó Bronwyn—. ¡Me has asustado!

—De por ahí —fue la respuesta del chico. Señaló el campo que se extendía a su espalda—. Me llamo Paul. ¿Necesitáis ayuda?

—No, a menos que tengas un carburador vertical invertido de doble boca para un Aston Martin Vantage de 1979 —le soltó Enoch.

—No —dijo Paul—. Pero sé de un sitio donde podéis esconder ese cacharro mientras trasteáis con él.

Ese comentario captó nuestra atención. Enoch sacó la cabeza de debajo del capó.

—¿Y de quién se supone que deberíamos escondernos?

Paul nos escudriñó. Estaba rodeado de sombras, una silueta recortada contra las últimas luces del cielo, y no supe interpretar su expresión. Su figura emanaba una extraña autoridad para un chico de su edad.

—No sois de aquí cerca, ¿verdad?

—Somos ingleses —respondió Emma.

—Bueno —prosiguió él—, pues, en esta zona, la gente como nosotros no sale después del anochecer a no ser que no tenga más remedio.

—¿Qué significa «como nosotros»? —quiso saber Emma.

—No sois los primeros forasteros peculiares que sufren una avería en este tramo de carretera.

—Pero ¿qué ha...? —intervino Millard, que por primera vez se atrevía a hablar en presencia del chico—. ¿Acabas de decir «peculiares»?

El chico no dio muestras de sorpresa ante esas palabras surgidas de la nada.

—Sé lo que sois. Yo también soy uno de vosotros. —Dio media vuelta y echó a andar hacia el campo—. Vamos. No querréis estar aquí cuando la gente que os ha tendido una trampa venga a ver qué ha capturado. Y traed el

coche —gritó por encima del hombro—. Seguro que la forzuda puede empujarlo.

Observamos su partida, tan sorprendidos como llenos de dudas. Nuestros contactos con peculiares en esta parte del mundo nos habían puesto en guardia. Emma me acercó los labios al oído para decirme:

—Deberías preguntarle por el...

En el mismo instante en que pronunciaba las palabras, estas brillaron a lo lejos en letras de neón, más allá del campo que estaba cruzando Paul.

FLAMING MAN

Era una señal. Literal y real, escrita en neón. En otro tiempo el letrero anunciaba FLAMINGO MANOR, pero unas cuantas letras se habían fundido. La propia mansión —o lo que fuera— quedaba casi totalmente oculta detrás de un pinar.

Emma y yo nos miramos, estupefactos y sonrientes.

—Bueno —dijo—. Ya has oído al muchacho.

—Los peculiares unidos jamás serán vencidos —asentí yo.

Y echamos a andar tras él.

Seguimos al chico campo a través, por un pequeño sendero cubierto de hierba que quedaba al abrigo de la carretera. Bronwyn cerraba la comitiva, empujando entre gruñidos el renqueante Aston Martin por la tierra desigual. Aparte de los pocos coches que circulaban por la calzada y del siseo de los frenos neumáticos procedente del túnel de lavado, reinaba el silencio.

Dejamos atrás el viejo rótulo y cruzamos el bosquecillo. Allí estaba el motel... o lo que quedaba de él. Debió de ser el colmo de la modernidad allá por 1955, con su tejado aerodinámico, su piscina en forma de riñón y sus cabañas aisladas, pero ahora habría podido pasar por un edificio abandonado. Habían reparado el tejado con lonas. El jardín era una selva de árboles sin podar. Automóviles inservibles se oxidaban en un aparcamiento sembrado de baches. La piscina estaba vacía, excepto por unos centímetros de agua verdosa y una cosa alargada, en forma de barra de pan, que bien podría haber sido —aunque costaba distinguirlo en la creciente oscuridad— un caimán.

—No os fijéis en el aspecto externo —dijo Paul—. El interior es más agradable.

—Ni en broma pienso entrar ahí —declaró Bronwyn.

—Tiene que ser un bucle, querida —dedujo Millard—. En cuyo caso, no me cabe duda de que el interior será más agradable.

Las zonas de entrada a los bucles a menudo mostraban una apariencia directamente aterradora —para ahuyentar a los normales— y la guía del *Planeta Peculiar* mencionaba «alojamiento en bucle temporal» cerca del Fantástico Reino de las Sirenas. Debía de referirse al Flaming Man. Y si esa no hubiera sido razón suficiente para seguir al chico, lo cierto es que tampoco podíamos ir a ninguna parte en tanto que Enoch no hubiera arreglado el coche.

—¡Mirad! —cuchicheó Bronwyn, y nos giramos hacia el túnel de lavado. El viejo coche patrulla había regresado y ahora retrocedía despacio a la vez que barría el terreno con un proyector de búsqueda.

—Yo voy a entrar —anunció Paul, ahora con un matiz de urgencia en la voz—. Os aconsejo que me sigáis.

No tuvo que repetirlo dos veces.



NUEVE

Paul se encaminó a la entrada de una larga puerta cochera que recorría el aparcamiento hasta el patio del motel. Nos aventuramos al interior seguidos de Bronwyn, que empujaba el coche a la zaga. Hacia la mitad del camino noté un acelerón y, de golpe y porrazo, el ocaso mudó en luz del día. La mañana era radiante y fresca cuando entramos en un bonito patio embaldosado que estaba rodeado de habitaciones de motel de color rosa fosforito y casi nuevas. Las lonas del tejado habían desaparecido, un agua limpia y azul destellaba en la piscina y los trastos oxidados del aparcamiento se habían esfumado, reemplazados por coches de los años cincuenta y sesenta que estaban como nuevos. A esa época debíamos de haber viajado: finales de la década de 1960 o principios de 1970.

—Un bucle que admite coches —exclamó Millard—. ¡Qué moderno!

Me adelanté para alcanzar a Paul.

—Vale, ya estamos aquí. ¿Ahora contestarás a nuestras preguntas?

—Será mejor que habléis con miss Billie —fue su respuesta—. Ella dirige el motel.

Cruzamos el patio de camino a una cabaña separada del resto. Un letrero en la puerta anunciaba: OFICINA.

—Déjalo ahí —le indicó Paul a Bronwyn—. Nadie lo tocará.

Ella abandonó el Aston Martin donde estaba y corrió para reunirse con nosotros. Había otras personas aquí, en este lado del bucle. Un par de ancianos que hacían crucigramas junto a la piscina bajaron sus periódicos para mirarnos cuando pasamos. En otra cabaña, una cortina se movió y un rostro de mujer nos espió a través de la ventana.

—¿Miss Billie? —gritó Paul a la vez que golpeaba con los nudillos la puerta del despacho. Abrió y nos indicó por gestos que entráramos—. Estas personas han tenido una avería.

Accedimos a una salita que contaba con un mostrador de recepción y unas cuantas sillas. La mujer a la que Paul se había dirigido, una anciana de piel blanca, ocupaba uno de los asientos. Llevaba un bonito vestido, los labios pintados y sostenía tres caniches enanos en el regazo, a los que envolvía con

un protector abrazo.

—Ay, Señor —exclamó la mujer con un fuerte acento sureño. Los caniches se estremecieron nerviosos. Ella no hizo ademán de levantarse—. ¿Alguien los ha visto entrar?

—No lo creo —dijo Paul.

—¿Y qué me dices de los salteadores de caminos?

—Ni rastro de ellos.

Si los salteadores eran los tipos del coche patrulla, Paul acababa de mentir por nosotros. No tenía muy claro por qué, pero se lo agradecía de todos modos.

—No me gusta ni un pelo —protestó miss Billie, negando con la cabeza—. Es peligroso. Supone un riesgo, en todas las ocasiones. Pero ya que estáis aquí... —Nos miró por encima de sus anteojos de carey—. No os voy a tirar a los lobos, ¿verdad?

—Si me perdonáis —se disculpó Paul—. Tengo cosas que hacer.

El chico se marchó. Mientras tanto, miss Billie seguía mirándonos con atención.

—No tendréis pensado envejecer aquí, ¿verdad? Tenemos viejos de sobra, y si os proponéis morir en este hotel, será mejor que os vayáis por donde habéis venido.

—No vamos a morir —le aseguré—. Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Por ejemplo, ¿es usted la gobernanta de este sitio? —intervino Bronwyn. Miss Billie frunció el entrecejo.

—¿Gober... qué?

—Una ymbryne —aclaró Bronwyn.

—¡Ay, Señor! —exclamó miss Billie, al tiempo que se recostaba en el respaldo—. ¿Tan vieja parezco?

—Es una semiybryne —dijo Emma.

—Algo así como una ymbryne desnatada —expliqué a nuestros amigos.

—Soy la directora y con eso basta —nos hizo callar la mujer—. Cobro a los clientes e intento evitar que este sitio se desplome. Rex pasa cada dos o tres semanas para darle cuerda al reloj.

Señaló un reloj de péndulo que descansaba contra la pared opuesta. Antiguo, enorme y recargado, contrastaba con la decoración un tanto hortera del motel.

—¿Rex? —pregunté.

—Rex Posthewaite, un extraordinario guarda de bucles. También se encarga de la fontanería y hace arreglillos eléctricos, aunque carece de autorización.

—A ver si la he entendido. ¿Aquí no vive ninguna ymbryne y la persona que hace las funciones solo pasa cada dos o tres semanas?

—Únicamente él le puede dar cuerda. Él u otro guarda, supongo. Pero Rex se encarga de toda la zona norte de Florida, así que no hay mucho donde elegir.

—¿Y si se pone enfermo? —preguntó Millard.

—¿O muere? —añadió Enoch.

—No se lo puede permitir.

—Pero ¿qué clase de trasto es este? —exclamó Enoch, que avanzó un paso hacia el reloj—. Nunca he visto un...

Los tres perros rompieron a ladrar con frenesí.

—¡No te acerques! —le espetó miss Billie.

Enoch se apartó de un salto.

—¡Solo estaba mirando!

—Tampoco lo mires —ordenó miss Billie—. No puedo dejar que enredes con el reloj de mi bucle, muchacho. Podrías enviarlo todo a paseo.

Enoch se cruzó de brazos, enfurruñado. Yo juzgué que iba siendo hora de entrar en materia, así que tan pronto como los perros se callaron, dije:

—Tenemos una cosa para usted.

Le tendí el paquete de H, el que indicaba «Flaming Man».

Ella lo miró por encima de las lentes.

—¿Qué es?

—No lo sé, pero, como es usted la directora, me parece que le pertenece.

Ella frunció el ceño.

—Ábrelo.

Arranqué el papel. Me moría por ver el contenido desde que H me lo diera.

Era una bolsita de golosinas para perro. ¡GRAN SABOR! ¡GRAN DIVERSIÓN!, rezaba la etiqueta.

—Esto tiene que ser una broma —musitó Emma.

El rostro de miss Billie se iluminó.

—¡Qué detalle! ¡Son las favoritas de las chicas! —Los perritos vieron la bolsa y empezaron a retorcerse para escapar. Miss Billie me arrebató el

paquete y lo sostuvo por encima de sus cabezas—. ¡Eh! ¡Eh! ¡No seáis glotonas!

—¿Tantas complicaciones por un paquete de comida de perro? —protestó Enoch.

—No es una comida cualquiera —replicó miss Billie, que se dio la vuelta para guardar el paquete en su bolso, seguida de los hocicos de las perritas.

—¿No siente curiosidad por saber quién se lo envía? —preguntó Emma.

—Ya sé quién lo envía. Cuando lo veáis, dadle las gracias de mi parte y decidle que vuelve a estar en mi lista de Navidad. Ahora... —Estrechó los perros contra su pecho y se levantó con ellos en brazos—. Tengo que llevar a las chicas a hacer pipí, así que os resumiré las reglas de mi casa. Número uno, no toquéis el reloj. Número dos, no nos gustan el ruido y el jaleo, así que estad calladitos. Número tres, hay una gasolinera con un garaje aquí al lado donde podéis reparar el coche averiado. Cuando hayáis terminado, espero que os marchéis. No tenemos habitaciones libres.

Dio media vuelta para salir.

—¿No tiene nada para nosotros? —pregunté.

Frunció el ceño.

—¿Cómo qué?

—Una pista —sugerí—. Estamos buscando un... ¿portal?

Albergaba la esperanza de que, como poco, nos ofreciera algo útil a cambio del paquete —un trozo de mapa, una postal con una dirección— algo que pudiera ayudarnos a averiguar nuestro siguiente destino.

—Ay, cielo, si tú no sabes lo que buscas, me temo que no te puedo ayudar. —Soltó una carcajada—. Ahora marchaos, tengo que pasear a las chicas.



De nuevo en el patio, nos reunimos a charlar junto a la piscina desierta mientras los residentes de Flamingo Manor nos espiaban a través de las persianas.

—Comida para perro —repetía Bronwyn—. No me lo puedo creer.

—El contenido del paquete importa poco —razonó Enoch—. Lo que cuenta es que lo hayamos entregado.

—Necesita saber que puede confiar en nosotros —alegué yo.

Paul se acercó adonde estábamos.

—He hablado con la gente del garaje —dijo, al tiempo que señalaba un edificio situado más allá de las cabañas Flamingo—. Tienen algunos recambios, aunque no creo que haya carburadores.

—Incluso una llave de vaso será mejor que nada —respondió Enoch—. Gracias.

Paul asintió y volvió a marcharse a toda prisa. Nosotros nos apiñamos para decidir el siguiente movimiento.

—¿Y qué pasa con el segundo destino..., el portal ese? —preguntó Bronwyn—. ¿Cómo lo encontraremos?

—Preguntemos por ahí —propuso Emma—. Alguien debe de saber algo.

—A menos que H nos haya enviado aquí para nada —dijo Enoch—, aparte de poner a prueba nuestra paciencia.

—Lo dudo mucho —replicó Emma.

Enoch propinó un puntapié a una pelota de playa que yacía olvidada a sus pies y la envió volando a la piscina.

—Puede que no estéis acostumbrados a que os jueguen malas pasadas, pero esta es la típica jugarreta que se gastaría Abe. O que me gastaría a mí, al menos. Y ese tío trabajaba para él.



—Con él —lo corrigió Emma, que todavía saltaba en cuanto alguien criticaba a mi abuelo.

—¡No veo la diferencia!

—¡Ve a arreglar el coche! —le gritó ella—. Porque has venido por eso, ¿no?

Enoch se mosqueó.

—Vamos, Bronwyn —masculló—. Obedezcamos las órdenes de la reina.

Bronwyn y él se encaminaron al vehículo. Enoch se sentó detrás del volante, señaló el garaje y gritó:

—¡DALE!

La otra negó con la cabeza y suspiró.

—Después de esto será mejor que cene ración doble —dijo antes de apoyar las manos en el parachoques y empezar a empujar.

—Vaya, hola, jovencito. Hola, jovencita.

Di media vuelta para ver a un hombre muy sonriente que avanzaba hacia mí con paso vivo. Me tendió una mano grande y callosa, y se la estreché.

—Adelaide Pollard, encantado de conocerte.

Era un tipo alto enfundado en un elegante traje azul con sombrero a juego. Le eché cosa de setenta años, pero puede que fuera mayor, habida cuenta de que estábamos en un bucle.

—Adelaide —dijo Emma, y le sonrió como nunca la había visto sonreír a un extraño—. No es un nombre muy corriente.

—Bueno, es que yo no soy un hombre corriente. ¿Qué os trae por nuestro rinconcito?

—Hemos pasado por un sitio llamado el Fantástico Reino de las Sirenas —explicó Millard, y la expresión de Adelaide se ensombreció—. Creo que han intentado hechizarnos o algo por el estilo.

—Conseguimos escapar —prosiguió Emma—, pero entonces unos policías nos han seguido y, al poco rato, hemos sufrido una avería.

—Cuánto lo lamento —respondió él—. Es muy triste que la gente la tome con los de su propia especie. Muy triste.

—¿Quiénes son? —quiso saber Emma.

—Nada más que unos asquerosos degenerados —dijo—. Usan artimañas para atraer a los peculiares forasteros a su trampa con el fin de capturarlos y vendérselos a los salteadores de caminos.

—¿Se refiere a los polis? —pregunté yo.

—A los supuestos polis —aclaró—. Son una especie de banda, podría decirse. Recorren la carretera acosando a la gente, robándoles, comportándose como si el condado fuera suyo. No son nada salvo matones y maestros de la extorsión.

—Atrás quedaron los tiempos en que solo había que preocuparse por esos monstruos tenebrosos. —Un anciano de piel blanca que iba en silla de ruedas apareció por detrás de Adelaide. Llevaba la pernera izquierda del pantalón enrollada y sujeta con un imperdible, y sostenía un cenicero en el regazo para depositar la ceniza del puro que se estaba fumando—. Os lo juro, a veces los echo de menos. Desde que los monstruos desaparecieron, esos salteadores campan a sus anchas. Creen que pueden hacer lo que les dé la gana. —Dio una calada por el hueco del incisivo que le faltaba—. Al Potts, por cierto. — Se llevó la mano a la frente al estilo militar—. Señor Potts para vosotros.

—Me sabe fatal todo esto, jovencitos —dijo Adelaide—. Parecéis buena gente.

—Lo somos —le aseguró Millard—. Pero todo irá bien.

—¡«Lo somos», dice! —Adelaide soltó una carcajada—. Así me gusta.

El señor Potts se inclinó hacia delante y escupió al suelo entre los dientes.

—Te ríes demasiado, Adelaide.

El otro le hizo caso omiso.

—Es una vergüenza. Este era un sitio agradable en otro tiempo. Peculiares simpáticos como vosotros acudían a pasarlo bien. Ahora la gente llega arrastrada por la corriente, como maderos del mar, y se queda aquí atrapada.

—Yo no estoy atrapado —objetó el señor Potts—. Estoy jubilado.

—Sí, claro, Al. Cuéntaselo a otro.

—¿Qué le pasó a la ymbryne que creó este bucle? —quiso saber Millard—. ¿Por qué no se quedó para protegerlo?

Adelaide me miró y lanzó un silbido.

—Ymbryne. ¿Cuándo fue la última vez que oíste esa palabra, Al?

—Hace mucho —reconoció el señor Potts.

—Llevo sin ver una..., uf, cuarenta años —dijo Adelaide en un tono empapado de nostalgia—. Una de verdad, me refiero. No las «quiero y no puedo» de ahora, que ni siquiera saben cambiar de forma.

—¿A dónde fueron todas? —preguntó Emma.

—En primer lugar, eran pocas —explicó el señor Potts—. Recuerdo que, en los años cincuenta, el bucle de Indiana donde yo vivía compartía ymbryne

con el más cercano. Miss Pigeon Hawk. Y entonces, de la noche a la mañana, los wights y sus monstruos tenebrosos aparecieron en todas partes al mismo tiempo. Odiaban a las ymbrynes más que al veneno. Trataron de deshacerse de ellas por todos los medios. Hicieron un buen trabajo, ya lo creo.

—¿Cómo? —siguió preguntando Emma—. En Europa hay huecos y wights desde 1908 y odian a las ymbrynes con todas sus fuerzas, pero las nuestras sobrevivieron, en su mayor parte.

—No me considero un experto en wights —dijo Adelaide—. Pero te diré una cosa: nuestras ymbrynes eran tan duras de pelar y tan listas como las que más. A una ymbryne estadounidense le confiaría mi vida; si acaso quedara alguna. De modo que no fue por falta de temple.

—Y en vez de ymbrynes tienen eso que llaman «guardas de bucle» —intervino Millard con un tono escéptico.

—El bueno de Rex —asintió Potts—. Pasable, como guarda. Y un borrachín como la copa de un pino.

—¿Bebe? —preguntó Millard.

—Como un predicador ambulante —asintió Adelaide—. Rex acude cada pocas semanas para trastear con el reloj del bucle, convertir el día en noche y todo eso...

—Y luego se trinca una botella del whisky de miss Billie —añadió Potts—. Creo que le paga con eso.

Emma se volvió a mirar a Millard para preguntarle:

—¿Tú habías oído hablar de algo parecido?

—Solo apócrifamente —fue la respuesta.

Adelaide dio una palmada.

—¿Habéis comido? Tengo una cafetera en mi habitación y Al siempre guarda unos cuantos buñuelos.

—Deja mis buñuelos en paz —replicó Potts.

—Estos jovencitos han tenido un mal día, Al. Saca los buñuelos.

Potts masculló algo entre dientes.

Adelaide nos condujo al otro extremo del patio. Al pasar por delante de una de las cabañas, oímos a una mujer cantar ópera detrás de una puerta cerrada.

—¡Entona de maravilla esta mañana, baronesa! —gritó Adelaide.

—Graaaaaaaaaacias —cantó ella.

—¿Es cosa mía —susurró Emma— o aquí todo el mundo está un poco...?

—¿Majareta? —terminó Potts por ella, y luego se partió de risa—. Sí que lo estamos, cariño. Sí que lo estamos.

—Hala, qué buen oído —me sorprendí.

—Los ojos ya no me sirven para nada —dijo Potts según nos adelantaba con su silla de ruedas—. Pero los oídos todavía me funcionan.

Tomamos café con buñuelos sentados a una mesita de la sala de Adelaide, una pieza minúscula amueblada con un sofá floreado, una silla, un televisor de botones sujeto a la pared y jarrones adornados con flores. Reparé en la maleta preparada junto a la puerta y pregunté a qué se debía.

—Ah, me marchó —respondió Adelaide.

Potts rio con ganas.

—Eso dices siempre.

—Cualquier día de estos.

Miré de reojo a Potts, que negó con la cabeza.

—A Kansas City —continuó Adelaide—. A ver a una antigua novia.

—No irás a ninguna parte —le espetó Potts—. Estás atrapado aquí, como todos los demás.

El ambiente del motel me recordaba al de la residencia de ancianos donde ingresaron a mi abuela por parte de madre, que estaba enferma de alzhéimer. Solo hablaba de marcharse, pero nunca lo hizo, como es natural.





—Nos han dicho que busquemos un portal —dije—. ¿Han oído hablar de alguno por aquí cerca?

Adelaide miró a Potts, que gruñó y negó con un movimiento de la cabeza.

—Yo, desde luego, no —nos aseguró el primero.

—No hay portal que valga —se desesperó Millard—. Todo el mundo dirá lo mismo. Es un callejón sin salida.

—¿Por qué no habláis con la baronesa? —propuso Adelaide—. O con Weiss, nuestro fisioculturista nonagenario. Esos dos han estado en todas partes.

—Lo haremos —prometí—. Gracias.

Saboreamos los buñuelos en silencio durante un par de minutos. Pasado ese tiempo, Bronwyn dejó la taza de café sobre la mesa, con ímpetu, y dijo:

—Espero no parecerles demasiado directa, pero ¿cuál es su peculiaridad, caballeros?

Adelaide tosió y bajó la vista. Potts fingió no haber oído la pregunta.

—¿Qué os parece si salimos a tomar el sol? —propuso.

Mis amigos y yo nos miramos. No entendíamos nada de nada.

Salimos. Paul pasaba por allí en ese momento.

—¡Jovencito! —gritó Adelaide, llamándolo por gestos.

El chico se acercó. Llevaba una rama de árbol, delgada y nudosa, debajo del brazo, además de un cuchillo en la mano.

—¿Sí, señor?

—Esta gente está buscando un... ¿cómo era?

—Portal —apuntó Emma.

—Ah —respondió Paul—. Claro.

No dio muestras de desconcierto. Igual que si le preguntaran por un portal cada día.

—¿En serio? —pregunté yo.

—Bueno, nosotros mejor volvemos a lo nuestro —dijo Adelaide, que tomó los mangos de la silla de ruedas de Potts para empujarlo—. Buena suerte a todos.

—Gracias por la comida —se despidió Bronwyn—. Y perdonen si mi pregunta les ha incomodado.

Me encogí con un gesto incómodo. Ellos fingieron no haberla oído tampoco esta vez y desaparecieron en la cabaña de Adelaide. Nosotros nos volvimos hacia Paul, ansiosos por olvidar cuanto antes ese momento tan

violento.

—¿Y dices que sabes dónde está el portal? —preguntó Emma.

—Pues claro —respondió él—. Nací allí.

—¿Naciste en un portal? —se exasperó Millard—. No hay nadie que...

—Soy de Portal —dijo Paul—. El pueblo. Portal, Georgia.

—¿Existe un pueblo llamado Portal? —quise confirmar.

—No es famoso ni nada. Pero sí.

—¿Dónde está? ¿Nos lo puedes señalar en un mapa?

—Claro. Pero ¿es el pueblo lo que buscáis? ¿O el bucle que hay en las inmediaciones? Porque en el pueblo no hay gran cosa.

Sonreí de oreja a oreja.

—El bucle. Sin duda.

—Entonces lo tenéis más complicado. No lo podréis encontrar si no os acompaño.

—Soy cartógrafo titulado —se ofendió Millard—. Soy capaz de interpretar hasta las más complejas indicaciones, no lo dudes.

—No es cuestión de indicaciones. La entrada cambia de sitio.

Millard resopló.

—¿Cambia?

—Solo los peculiares de mi doctrina pueden encontrarlo. Intuitivos.

—Bueno, ¿y nos puedes acompañar? —pregunté.

—Hum. No lo sé.

—Venga —lo animó Emma—. Lo pasaremos bien.

—No me gusta mucho viajar. Además, el viaje no es agradable.

—¿En qué sentido? —quise saber.

Se encogió de hombros.

—Sencillamente... no es muy agradable.

—Fósforo. Te necesito.

Era Enoch, sucio de grasa hasta los codos. Corrió hacia Emma como si pretendiera limpiarse las manos en la ropa de ella, que chilló y se apartó de un salto. Riendo con ganas, él regresó al garaje.

A Emma se le había escapado la camiseta de los pantalones. La devolvió a su sitio al mismo tiempo que fulminaba a Enoch con la mirada.

—Idiota.

Seguimos a Enoch de camino al garaje. Y también Paul, cuya curiosidad por saber qué nos traíamos entre manos superaba la poca o mucha desazón

que sintiera por haberse negado a acompañarnos.

Mientras nos dirigíamos hacia el garaje, Bronwyn preguntó:

—¿Me he pasado al preguntarles a esos tipos por sus peculiaridades?

—Las destrezas peculiares son como los músculos —explicó Millard—. Si dejas de usarlas durante mucho tiempo, se atrofian. Quizá han perdido sus habilidades y les ha dolido que preguntaras por ellas.

—No ha sido por eso —dijo Paul—. No se les permite.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Emma.

—La banda que domina la zona decretó una ley según la cual nadie puede usar su peculiaridad excepto ellos. Contratan soplones para asegurarse de que nadie lo haga.

—Señor —exclamó Millard—. ¿Qué clase de país es este?

—Uno muy cruel —dijo Emma.

Paul suspiró.

—¿Acaso hay alguno que no lo sea?



El letrero anunciaba GARAJE DE ED, pero no parecía nada más que un viejo granero. No había nadie por allí; el bucle debió de crearse un domingo o un día de vacaciones. Bronwyn había empujado el Aston Martin a un saliente vacío con herramientas colgadas de las paredes y Enoch casi había conseguido reparar el coche. Había que soldar unas piezas de metal, dijo, y necesitaba el fuego de Emma para terminar el trabajo.

Esta precisó varios minutos de esfuerzo constante, paseando de un lado a otro y frotándose las manos, para reunir el calor suficiente como para soldar el metal. Tenía las palmas casi blancas del calor y era tan peligroso que debía mantenerlas alejadas del cuerpo, no fuera a quemarse la ropa. Guardamos las distancias mientras ella se inclinaba bajo el capó y las chispas salían disparadas. El procedimiento fue tan ruidoso y fascinante que únicamente cuando hubo terminado, con el rostro chorreante de sudor, oímos unos gritos airados procedentes del motel.

Salimos del garaje a la carrera. El mismo coche patrulla anticuado que nos había acosado un rato antes estaba ahora aparcado en el patio del motel Flamingo, con las portezuelas abiertas de par en par.

—Parece ser que los salteadores de caminos os han seguido —dijo Paul—.

Será mejor que corráis. Salid por la puerta trasera.

Señaló una carretera que pasaba por detrás del garaje hacia la salida del pueblo.

—No podemos dejarlos a todos a merced de esos bandidos —protestó Millard.

—¿Qué? —exclamó Enoch—. Pues claro que podemos.

En ese momento, uno de los falsos polis arrastró a miss Billie del brazo por el patio mientras los tres caniches ladraban como posesos y le mordían los tobillos al malhechor.

—Si me disculpáis un momento —dijo Bronwyn—, voy a partirle la cara a ese tío.

—No sirve de nada enfrentarse a ellos —le advirtió Paul—. Solo conseguirás que se pongan aún más furiosos. Volverán con más gente y más armas y será todavía peor.

—Pues claro que sirve de algo enfrentarse a ellos —replicó Emma—. Sobre todo si eres capaz de hacer llorar a los que van de duros. —Entrelazó los dedos e hizo crujir los nudillos. Las chispas salieron volando de sus manos todavía incandescentes—. Enoch, ¿en qué estado se encuentra el coche?

—Como nuevo —respondió este.

—Chachi. Ponlo en marcha. —Se volvió a mirarme—. Voy a estrecharles la mano a esos tipos y vuelvo enseguida. —Ahora miró a Bronwyn—. ¿Vamos?

Ella hizo rodar los hombros, agitó los brazos para relajarlos y asintió.

Yo adoraba a Emma en secreto cuando entraba en ese estado: tan enfadada que se apoderaba de ella una tranquilidad extraña, su furia una herramienta certera de gran capacidad destructiva. Bronwyn y ella echaron a andar hacia el motel. Los demás no íbamos a quedarnos atrás, desde luego, pero como Emma y Bronwyn eran las más letales de todos, nos mantuvimos a cierta distancia.

En el patio, uno de los bandidos sujetaba a miss Billie por las muñecas y la interrogaba a gritos mientras el otro irrumpía con violencia en las distintas cabañas.

—¡Estaban aquí, lo sé! —vociferó, saliendo del bungalow de Adelaide de mala manera—. ¡Estáis mintiendo y vais a desear con toda el alma no haberlo hecho! ¡Ya conocéis el castigo por desobedecer!

De cerca no tenían demasiada pinta de agentes de policía. Llevaban pantalones verdes de faena y botas militares, y exhibían el corte de pelo a cepillo y esa actitud estúpida y chulesca que yo conocía tan bien, al haberme criado en Florida. El más bajito llevaba una pistola enfundada en la cadera.

—Desobedecer órdenes es todavía peor que no pagar el impuesto de protección —gritó el más alto—. Es posible que el viejo Rex no aparezca la próxima vez que necesitéis darle cuerda al reloj.

—¡Dejadlo en paz! —gritó miss Billie.

El tipo alto echó el brazo hacia atrás para abofetearla, pero se detuvo en seco cuando el más menudo advirtió:

—¡Aquí están, Darryl! —Su boca dibujaba una O cuando nos señaló.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Darryl.

Soltó a miss Billie, que corrió a refugiarse detrás del cartel que detallaba las normas de la piscina. Nosotros nos internamos en el patio y nos detuvimos a la altura del borde. Nos separaban unos seis metros de los matones. Emma y Bronwyn se plantaron al frente de nuestro pequeño grupo, mientras que Enoch y yo nos quedamos a la zaga. Millard guardaba silencio según se desplazaba, supuse, para cortarles el paso por detrás. Protegí a Paul con mi cuerpo.

—Debéis de ser nuevos en el pueblo —dijo Darryl. Carraspeó con fuerza—. La carretera que habéis recorrido exige un peaje. ¿Cuál es el canon hoy, Jackson?

—Se multiplica a saco si intentas escabullirte. —Jackson se reunió con el otro salteador en el coche patrulla, se recostó contra la portezuela y prendió los pulgares a la cartuchera. Nos estaba mirando de arriba abajo y no parecía en absoluto preocupado por lo que veía. Una desagradable sonrisa se extendió por su cara—. ¿Qué te parece el dinero y el carro? —Señaló el garaje con la cabeza—. Juraría que vi una preciosidad como esa en una revista.

Los habitantes de Flamingo Manor observaban la escena a hurtadillas a través de las persianas, como en una vieja película del Oeste.

—¿Por qué no os vais al infierno? —les soltó Emma.

Ahora Darryl también sonreía.

—Madre mía, qué boca tan sucia.

—No permito que nadie me falte al respeto —dijo Jackson—. Y si es una mujer, aún menos.

—Aún menos —asintió Darryl. Carraspeó nuevamente y echó mano del pañuelo que llevaba en el bolsillo para frotarse la nariz—. Perdón. —Se giró hacia un lado, se tapó una fosa nasal con un dedo y, resoplando con fuerza, disparó un moco negro al suelo. Humeando, el moco abrió un pequeño agujero en el enlosado.

A Emma le entraron arcadas.

—¡Hala! —susurró Enoch, que estaba a mi lado. Parecía celoso.

—Qué costumbre más asquerosa, Darryl —se quejó Jackson.

—No es una costumbre. Es una desgracia.

Emma avanzó un paso hacia los hombres. Bronwyn la imitó.

—Así que este sufre mucosidad nuclear —constató Emma mirando al más bajito—. ¿Cuál es tu peculiaridad? ¿Ser el mayor imbécil del planeta?

Darryl se partió de risa, pero la sonrisa de Jackson se desvaneció. Despegó el cuerpo del coche patrulla y abrió la cartuchera.

Emma y Bronwyn avanzaron otro paso hacia ellos.

—Me parece que quieren bailar —dijo Darryl—. ¿Con cuál de las dos te quedas?

—Con la más menuda —respondió Jackson, con los ojos clavados en Emma—. Me gusta su boca.

Las dos chicas salieron corriendo hacia ellos. Jackson buscó la pistola y Emma, que se había escondido las incandescentes manos detrás de la espalda, las alargó a toda prisa para agarrar el arma del hombre según la empuñaba.

La pistola se fundió al instante. Al igual que la mano derecha de Jackson. El hombre cayó al suelo retorciéndose y aullando.

Darryl se escondió detrás del coche patrulla. Antes de que pudiera empezar a disparar, Bronwyn embistió la portezuela del conductor con el hombro. El vehículo patinó de lado entre chirridos de neumáticos antes de inclinarse de costado y caer boca abajo. El bandido quedó atrapado debajo.

La totalidad del enfrentamiento había durado cosa de quince segundos.

—¡Santa madre de Moisés! —se dejó oír la voz de Adelaide. Cuando me di la vuelta descubrí que lo estaba observando todo desde la puerta de su cabaña.

En su silla de ruedas, Potts aplaudía y se partía de risa. A pocas puertas de allí, una mujer asomó la cabeza (tenía que ser la baronesa, porque iba enfundada en un vestido brillante y largos guantes blancos) y cantó, en un vibrato sostenido:

—¡Gracias a Dioooooooooooooos!

—Ups —dijo Bronwyn, echando un vistazo al interior de los hierros aplastados—. ¿Han muerto?

—Poco les faltará —respondió Emma, y empujó al más bajito con el pie.

Miss Billie hizo aparición por detrás de unos cubos de basura, seguida de sus tres temblorosos caniches.

—Había un tercero —dijo—. Un tipo delgaducho.

—¡Cuidaaaaaaaaado! —entonó la baronesa.

Su mano enguantada señalaba la salida del bucle. Oímos unos fuertes pisotones. El tercer hombre había salido de dondequiera que estuviera escondido y ahora huía como alma que lleva el diablo.

—¡DETENTE! —gritó Emma antes de salir corriendo tras él.

El tipo se volvió a mirar una vez, aterrado. Un instante después, como si acabara de tomar una decisión, extrajo el revólver que llevaba prendido al cinturón y se encaró con nosotros.

—¡Al suelo! —nos gritó—. ¡No mováis ni un dedo!

Levantamos las manos y obedecemos la orden. Por el rabillo del ojo vi a miss Billie extraer algo de su bolso.

—¡Ahí tenéis, cielitos! —dijo con el tonillo agudo que usaba para dirigirse a sus perros.

El hombre se giró de un salto y la apuntó con la pistola, pero estalló en risas al ver a los caniches.

—¿Me amenaza con soltar a sus perritos? Está usted pirada, señora. Venga, tiéndase ahí con los demás.

Miss Billie levantó las manos y se encaminó hacia nosotros. Entre ladridos, las tres perritas devoraron las golosinas. El hombre se acercó a nosotros, con tiento, los brazos rígidos y temblando por efecto de la adrenalina. Cuando vio en qué estado se encontraban sus amigos, adoptó una expresión torva, dispuesto a hacérselo pagar con creces.

—Necesito las llaves de ese coche de ahí —ordenó—. Que alguien me las tire.

Enoch echó mano de las llaves que llevaba en el bolsillo y se las lanzó. Aterrizaron sobre las baldosas, a los pies del hombre.

—Bien. Ahora dadme todo el dinero que tengáis.

Mientras tanto, yo me estrujaba los sesos tratando de discurrir un modo de salir airosos. Tal vez si pudiéramos enredarlo para que se aproximase y luego

abalanzarnos sobre él... Pero no. Había visto cómo habían acabado sus amigos cuando las chicas se les habían acercado y no cometería el mismo error.

—¡Ahora! —gritó, y disparó al aire. Yo me encogí, tenso de la cabeza a los pies. Hacía meses que no oía un disparo y ya no estaba acostumbrado.

Le dije que llevaba unos cientos de dólares en el coche.

—Ve a buscarlos.

Despacio, sin bajar las manos, me levanté.

—Necesito las llaves. El dinero está encerrado en la guantera.

—Eres un maldito embustero. Debería pegarte un tiro ahora mismo. —Se estaba acercando, centímetro a centímetro. El espacio que nos separaba se iba reduciendo—. De hecho, me parece que lo voy a hacer.

Miss Billie se llevó dos dedos a la boca y silbó. El hombre dio un respingo. Al momento, la apuntó con la pistola.

—Eh, señora, qué demonios cree que está...

En ese momento se dejó oír un jadeo, fuerte y grave, y uno de los caniches de miss Billie dobló el recodo trasero de una cabaña, solo que era veinte veces más grande que tres minutos atrás, del tamaño de un hipopótamo adulto.

El hombre se volvió a mirarlo, gritó y apuntó al perro gigante.

—¡Largo! ¡Fuera de aquí! ¡Vete!

Los dos caniches restantes salieron por detrás de los bungalós, corriendo como posesos y gruñendo como motores de camión. El hombre dio media vuelta para mirarlos y, en el instante en que le dio la espalda, el primer perro saltó, todo fauces abiertas y colmillos relucientes, y le arrancó la cabeza. Lo que quedaba del bandido perdió impulso antes de caer exánime al suelo.

—¡Buena chica! ¡Buena chica! —aplaudió miss Billie.

El motel Flamingo al completo estalló en vítores. Mis amigos se levantaron del suelo.

—Por el amor de los pájaros —exclamó Bronwyn—. ¿Qué clase de perros son?

—Caniches colossus —fue la respuesta de la anciana.

Uno de los perros avanzó trotando en mi dirección con la boca abierta. Yo extendí los brazos y retrocedí unos cuantos pasos.

—Eh, eh, eh, me parece que todavía tiene hambre.

—¡No corras, pensará que es un juego! —me advirtió miss Billie—. Solo

quiere saludarte.

La lengua del perro se me acercó como una enorme tabla de surf rosa y me lamió la cabeza del cuello a la coronilla. Creo que chillé. Acabé empapado y a punto de vomitar, pero dando gracias de seguir vivo.

Miss Billie rio con ganas.

—¿Lo ves? ¡Le caes bien!

—Sus perros nos han salvado —dijo Emma—. Gracias.

—De no ser por vosotras, señoritas, no lo habrían conseguido —respondió ella—. Gracias a las dos por vuestro valor. Y dadle las gracias también a H cuando lo veáis.

Adelaide avanzó a paso vivo por el patio, empujando la silla de Potts.

—¡Buen trabajo, jovencitos!

—Sí, pero ¿quién va a limpiar esta porquería? —rezongó Potts.

—No creo que les vuelvan a molestar —opinó Emma, señalando a los salteadores tendidos.

—Lo dudo mucho —convino miss Billie.

Emma y yo llevamos aparte a Paul.

—Última oportunidad —dijo ella—. ¿Te animas a acompañarnos?

Él lo meditó un instante. Pasó la mirada de Emma a Bronwyn y luego a mí antes de asentir.

—Hace mucho que no voy a casa, de todos modos.

—¡Sí! —gritó Emma—. ¡Portal, allá vamos!

—Pero ¿dónde se va a sentar? —señaló Enoch—. ¡Solo hay sitio para cinco!

—Se puede sentar delante —propuso ella—. Y tú puedes viajar en el maletero.



DIEZ

Circulamos despacio por el pórtico en sombras, el mismo por el que habíamos empujado el coche averiado unas horas atrás. El Aston Martin ronroneaba contento, gracias a los conocimientos de Enoch y al talento de Emma para soldar. El súbito acelerón gravitacional nos atrapó cuando recorríamos la zona media del breve túnel. Aferré el volante con más fuerza ante la sensación de que el coche se despeñaba y al momento emergimos en la madrugada del presente.

Alargué la mano para encender los faros.

—Espera —susurró Paul, impidiéndomelo.

Apuntando al parabrisas, señaló al fondo del campo.

—Allí. Mira.

A la altura del túnel de lavado había dos pares de faros entrecruzados y avisté las siluetas de varios hombres recortadas contra la luz. Estaban esperando para cortarnos el paso. Uno sostenía algo contra la cara que parecía una radio CB. No tenía claro si nos habían visto.

—Pisa a fondo —sugirió Enoch—. Atropéllalos.

—No —dijo Paul—. Llevan rifles y son buenos tiradores. Hay demasiado terreno que recorrer antes de dejarlos atrás.

—Pues retrocede —decidió Emma—. No merece la pena arriesgarse.

Pensé que tenía razón. Igual que todos los bucles, el circuito constaba de entrada por delante y una salida por detrás. El problema de la salida trasera era que te obligaba a viajar al pasado (cosa de unos cien años, como poco), y el pasado estaba abarrotado de huecos. Sin embargo, se trataba de una dificultad que yo estaba en condiciones de afrontar. De modo que di marcha atrás e interné el Aston Martin en la entrada del bucle. Al cabo de un momento habíamos regresado al luminoso mundo del motel de miss Billie.

—¿Ya habéis vuelto? ¿Tan pronto? —se extrañó ella, que estaba fuera paseando a sus perritas. Ya habían empezado a encoger. Dentro de pocas horas andarían nuevamente enredando en sus tobillos, supuse.

—Hay más salteadores ahí fuera —explicó Paul a través de la ventanilla abierta—. Deben de haber pedido refuerzos.

—Ojalá pudiéramos llevarlos a todos con nosotros —le dije a miss Billie. Ella se encogió de hombros.

—Siempre y cuando tengamos provisiones de golosinas, no nos pasará nada.

—Le pediremos a H que le envíe más lo antes posible —prometió Emma.

—Te lo agradezco.

—¿Puede mostrarnos la salida del bucle? —le pedí.

—Claro —respondió la mujer—. Aunque usarla implica jugarse la vida. En el sesenta y cinco había monstruos tenebrosos por todas partes, inclusive aquí, en Florida.

—Todo irá bien —le aseguré—. Tengo un radar especial para los huecos. Miss Billie se irguió.

—¿Eres como H?

—Es como Abe —declaró Emma con orgullo.

—No lo conozco. Pero si H confía tanto en ti como para contratarte, supongo que sabes lo que haces. Y, desde luego, esos chicos de ahí fuera no se atreverán a seguirte a un territorio de huecos. Antes venderían sus malditos calzones que enfrentarse a esos monstruos.

Nos dio cuatro indicaciones: pasar junto al garaje, bajar por la calle Mayor y directamente a los juzgados.

—Y cuando notéis un cambio de presión en los oídos, habréis cruzado la membrana.

Le dimos las gracias de nuevo, pero no había tiempo para largas despedidas. En cualquier caso, prácticamente todos los habitantes del motel Flamingo se habían refugiado en sus cabañas tras los aterradores incidentes de la mañana, aunque unos cuantos nos desearon suerte cuando rodeamos el coche patrulla de los bandidos y dejamos el patio atrás. No pude evitar pensar que ellos sí que iban a necesitar suerte, y mucha más que nosotros, ahí atrapados a merced de unos matones.

Mientras recorríamos la calle Mayor, yo andaba pendiente del retrovisor, casi esperando ver otro anticuado coche patrulla en el reflejo. Al girar a la derecha en los juzgados, noté un vuelco en el estómago y el aire tembló como una onda de calor. Pero nada había cambiado; cuando menos, nada que pudiéramos advertir a simple vista.

—Hemos salido —anunció Paul con una mezcla de miedo y alivio.

Habíamos atravesado la membrana y ahora nos encontrábamos al otro lado

de los límites protectores del bucle. A partir de este momento, el tiempo correría hacia delante, día a día, y los huecos nos darían caza, si acaso nos topábamos con alguno. Tuve que recordarme a mí mismo que el hecho de ser historia no los tornaba menos letales y me llevé la mano a la barriga por reflejo según buscaba algún atisbo del típico retortijón. De momento, no notaba nada.

Atravesamos pequeños pueblos, la mayor parte del tiempo viajando en silencio, pensando en los inauditos acontecimientos que habíamos protagonizado ese día. También estábamos cansados. Por si no bastara con el agotamiento físico y emocional que arrastrábamos por lo ocurrido en el motel, era tarde; mediodía allí en el pasado, pero casi medianoche en el presente. Pensar que aquel mismo día habíamos descubierto la casa segura de mi abuelo se me antojaba inconcebible. Tenía la sensación de que había pasado toda una vida desde entonces.

—Deberíamos llamar a casa —sugirió Bronwyn—. Decirles a los demás que todo va bien. Estarán preocupados.

—No podemos —respondió Millard—. Estamos en 1965, así que llamaríamos a la casa de Jacob en ese año.

—Ah —dijo Bronwyn—. Es verdad.

La miré por el espejo retrovisor y eché un vistazo a Emma. Exhibía una expresión intensa pero inescrutable, como si estuviera bregando con un pensamiento desagradable. Cuando me vio a través del espejo, adoptó un semblante impávido.

Hubo un breve silencio que seguramente les pareció normal a todos menos a nosotros dos, y entonces ella preguntó:

—Paul, ¿está muy lejos tu bucle?

—Calculo que llegaremos antes de la puesta de sol —fue la respuesta.

—¿Me puedes señalar la ubicación en el mapa?

Con cierta dificultad, Emma echó mano de la guía de carreteras y buscó la página de Georgia. (Apenas había espacio para moverse en el asiento trasero, ahora que viajaban cuatro personas apretujadas en tres asientos). Le pasó el mapa a Paul.

—Está justo... aquí —dijo Paul, y señaló con el dedo un espacio despejado entre Atlanta y Savannah.

Enoch movió las piernas y se inclinó a mirar. Al momento se echó a reír.

—Tiene que ser una broma. ¿Alguien escondió un bucle en un pueblo

llamado Portal?

—En realidad, el pueblo se llama así por el bucle —aclaró Paul—. O eso cuenta la leyenda.

—¿Hay matones y salteadores de caminos peculiares en Portal, Georgia? —preguntó Millard.

—Desde luego que no —respondió él—. Por eso la ymbryne que creó nuestro bucle se aseguró de que nunca estuviera en el mismo sitio, para que no pudiera encontrarlo nadie que albergara malas intenciones.

—¿Qué ymbryne lo creó? —siguió preguntando Millard.

—Se llamaba miss Honeythrush, pero yo nunca la conocí. Ahora usamos un guarda de bucle, como casi todo el mundo.

—¿Sabes qué le pasó?

Negó con un movimiento de la cabeza.

—Yo no lo sé, pero es posible que miss Annie lo sepa. Podemos preguntarle. Espero que podáis quedaros unos días a descansar.

—Dudo que podamos pasar mucho tiempo —dijo Emma—. Nos aguarda una importante misión.

Descansar. La mera palabra se me antojaba tan deliciosa que empecé a soñar despierto con camas, almohadas y sábanas limpias. Comprendí que, si tenía que llevar a todo el grupo a Portal, Georgia, sin estampar el coche contra un árbol, iba a necesitar café, y pronto. Pero antes quería alejarme de Starke lo más posible, así que esperé a estar cerca de la frontera con Georgia para empezar a buscar algún bar. No abundaban, al ser esta una época previa a la proliferación de las cadenas de cafeterías. Al margen de eso, los pueblos que transitábamos parecían más habitados y prósperos en 1965. Todos contaban con un banco, una ferretería, un dispensario médico, un par de restaurantes, un cine y mucho más, en lugar de unas cuantas tiendas cerradas y un gran centro comercial en las afueras. No hacía falta ser un genio para deducir la relación.

Cuando ya no podía hacer nada para impedir que se me cerraran los ojos al volante, me desvié hacia la primera área de servicio que me pareció prometedora. El restaurante se llamaba Johnnie's Brite Spot.

—¿Quién quiere un café? —pregunté—. Ya no aguanto más.

Todo el mundo levantó la mano menos Paul.

—No me gusta el café —dijo.

—Pide un bocadillo —lo animé—. Es la hora de comer.

—No, gracias. Os esperaré aquí.

—Nadie debería alejarse de Jacob —le advirtió Emma—. Podría haber huecos en las inmediaciones.

Paul apoyó las manos en el regazo y se las miró.

—No puedo entrar ahí —confesó por fin.

—¿Por qué se pone tan terco? —se impacientó Enoch.

En ese momento entendí el motivo de sus reparos y un estremecimiento de repulsión recorrió mi cuerpo.

—No le dejan entrar —dije.

—¿De qué hablas? —preguntó Enoch con impaciencia.

Paul parecía enfadado y avergonzado.

—Porque soy negro —informó con voz queda.

—¿Y eso qué tiene que ver con nada? —insistió Enoch.

Millard suspiró.

—Enoch no sabe mucho de historia.

—Estamos en 1965 —les recordé—. Y nos encontramos en el Sur profundo.

El hecho de no haberlo recordado antes me hacía sentir fatal.

—¡Es horrible! —exclamó Bronwyn.

—Me repugna solo de pensarlo —dijo Emma—. ¿Cómo pueden tratar así a las personas?

—¿Estás seguro de que no te dejarán entrar? —preguntó Enoch mientras escudriñaba el escaparate del restaurante—. No veo ningún cartel.

—No hace falta —fue la respuesta de Paul—. Es un pueblo de blancos.

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó el otro.

Paul irguió la cabeza bruscamente.

—Porque es bonito.

—Ah —dijo Enoch, cortado.

—Los huecos no son la única razón de que no me guste viajar por el pasado —reconoció Paul—. Ni siquiera la razón principal. —Inspiró hondo y agachó la vista de nuevo. Cuando volvió a levantarla, un momento más tarde, había guardado sus sentimientos a buen recaudo—. Entrad vosotros. Yo esperaré aquí.

—Olvídalo —replicó Emma—. No comería ahí dentro ni aunque me estuviera muriendo de hambre.

—Yo tampoco —dije. Ya no estaba cansado, solo disgustado y

profundamente agitado. Me había criado en el sur de los Estados Unidos (en una versión rara y tropical de la zona, repleta de emigrantes de otras partes del país, pero en el sur, al fin y al cabo). No obstante, jamás me había parado a pensar en su horrible pasado. Nunca me había visto obligado a ello; era un niño blanco y pudiente de una ciudad mayoritariamente blanca. Me avergonzaba no haber meditado lo que implicaba, no haber imaginado nunca lo que un simple viaje por carretera a través de mi propio estado podía suponer para alguien que no tuviera mi aspecto. Y no únicamente en el pasado. El hecho de que Jim Crow hubiera muerto no implicaba que el racismo hubiera desaparecido. Porras, en algunas zonas del país las leyes aún no habían sido oficialmente abolidas.

—¿Y si incendiamos este sitio? —sugirió Enoch—. No tardaremos ni un minuto.

—No servirá de nada —advirtió Millard—. El pasado...

—Ya lo sé, ya lo sé. El pasado pasado está.

—¿El pasado? —Paul sacudió la cabeza de lado a lado—. No es nada salvo una herida abierta.

—Quiere decir que no podemos cambiar el pasado —intervino Bronwyn.

—Ya sé lo que quiere decir —replicó Paul, y se sumió en el silencio nuevamente.

Unos golpes bruscos y repentinos en la ventanilla nos interrumpieron. Cuando me volví a mirar, vi a un hombre con un delantal y un gorro de cocinero en la cabeza que nos miraba con una mano apoyada en el techo del vehículo.

Bajé la ventanilla unos centímetros.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó. Ni rastro de sonrisa.

—Ya nos vamos —respondí.

—Ajá. —Desplazó la mirada al asiento trasero, luego al del copiloto—. ¿Tenéis edad suficiente para conducir?

—Sí —le dije.

—¿Este coche es tuyo?

—Claro.

—¿Es usted policía o algo? —le preguntó Emma.

El hombre le hizo caso omiso.

—¿De qué marca es este coche?

—Es un Aston Martin Vantage de 1979 —soltó Enoch a toda prisa. Abrió

unos ojos como platos cuando cayó en la cuenta de su error.

El hombre nos observó un ratito con atención, impertérrito.

—¿Eres humorista o algo? —Se irguió y llamó por señas a alguien más—. ¡Carl!

Un agente de policía acababa de doblar la esquina al final del edificio. Giró sobre sí mismo y echó a andar hacia nosotros.

—Arranca el coche —susurró Emma.

Hice girar la llave. El motor lanzó un rugido capaz de despertar a los muertos y el hombre trastabilló hacia atrás.

Cuando recuperó el equilibrio, intentó introducir el brazo por la ventanilla, pero no le cabía por el pequeño hueco. Di marcha atrás a toda mecha. Él maldijo y retiró el brazo antes de que se lo arrancara.



La desventaja del potente y estrepitoso motor del Aston Martin era lo mucho que tragaba. En las siete horas que tardamos en llegar a Portal tuvimos que parar dos veces a llenar el depósito. En aquellos tiempos no te servías tú mismo la gasolina, así que nos tocó soportar preguntas impertinentes de los dos empleados de gasolinera mientras llevaban a cabo la tarea. Por si fuera poco, al estar en el Sur, se lo tomaban con calma. Bombeaban la gasolina despacio, hablaban con parsimonia, nos cobraban a paso de tortuga y se ofrecían a mirar el aceite y los neumáticos, a limpiar el parabrisas y veinte cosas más, todas innecesarias, buscando una excusa para rodear el coche y observarlo, y de paso a nosotros, desde todos los ángulos posibles. En otras circunstancias, habría sido el momento ideal para salir a estirar las piernas y hacer pis, pero no íbamos vestidos al estilo de 1965 y, además, no me apetecía usar un baño que Paul tenía prohibido emplear, y sabía que los demás pensaban como yo. En vez de eso, paramos en un campo de naranjos que encontramos junto a la frontera con Georgia, nos desperdigamos para hacer nuestras necesidades y regresamos con montones de frutas maduras, que devoramos en el coche en marcha, con la barbilla chorreando zumo y tirando las cáscaras por la ventanilla. Los únicos que se apearon en las zonas habitadas fueron Emma y Enoch; bajaron en la segunda gasolinera y volvieron pocos minutos después con tres cafés en tazas de poliestireno que compartimos entre todos. Cuando arrancamos de nuevo, se instaló un humor

raro y hosco en el coche, buena parte del cual emanaba de Emma. Bronwyn, que viajaba a su lado en el asiento trasero, le preguntó si le pasaba algo, y ella respondió que no en un tono que implicaba «sí», pero no dijo más.

Las naranjas y el café me bastaron para aguantar el resto del trayecto, que se me antojaba interminable. En 1965 la red de autopistas no era tan extensa como ahora, lo que implicaba tener que desviarnos por incómodas carreteras rurales y cruzar pueblos infestados de semáforos. Y como el coche llamaba tanto la atención (si ya tenía aspecto exótico en 1979, en los años sesenta parecía futurista sin más), debía asegurarme de no sobrepasar el límite de velocidad, a pesar de la tentación constante de hundir el pie en el acelerador solo para oír el ronroneo del sediento motor V8. Estábamos atrapados en 1965 hasta que encontráramos un bucle que nos conectara otra vez con el presente —con un poco de suerte, sería el bucle de Paul— y tenía claro que no merecía la pena arriesgarse a protagonizar una carrera de coches al estilo de *Los dukes de Hazzard* por correr un poco más.

Cuando por fin llegamos a Portal, la noche estaba al caer. Era un lugar dejado de la mano de Dios en mitad de ninguna parte: suaves colinas salpicadas de campos de maíz y rodeadas de frondosos bosques; un pueblo de extraño nombre rodeado de otros pueblos con nombres igual de curiosos —Necesitomás, Austero, Esperoqueteguste, Santa Claus (va en serio)— que debían de hacer la función, supongo, de una especie de camuflaje. Señalaba el comienzo del pueblo un cartel con las palabras BIENVENIDOS A PORTAL rodeadas de marcas de bala, si bien no vimos ninguna casa, solo más campos de maíz.

Millard carraspeó y se volvió a mirar a Paul.

—¿Y dices que la entrada... cambia de sitio?

—Sí —respondió él—. Oye, ¿podrías parar aquí? —me pidió el chico—. Tengo que recoger mi vara.

Frené y aparqué en el arcén. Tras apearse del coche, Paul se acercó al cartel que indicaba el nombre del pueblo. Sacó un llavín de su chaquetón, se arrodilló y lo encajó en la base del poste para abrir una puertecilla escondida. Del exiguo compartimiento extrajo lo que parecía una esfera de madera y un montón de palos con formas raras.

—¿Qué diantre está haciendo? —murmuró Emma.

Paul encajó el palo más largo en la esfera, conectó los dos pequeños y los enroscó en lo alto de la estructura. El conjunto parecía una especie de

tubérculo extraño al que le hubieran brotado dos antenas. Se encaminó de regreso al coche con el objeto en alto. Pero antes de que pudiera llegar, la esfera giró a la derecha. Paul se detuvo y la aferró con las dos manos. La bola empezó a vibrar y luego pareció a punto de salir volando. El chico plantó los pies con firmeza y se inclinó hacia atrás. En ese momento, las antenas de la esfera apuntaron a una zona situada detrás de nosotros. Al cabo de un instante la bola dejó de vibrar. Paul cogió el palo y echó a andar hacia nosotros.

—¡Hoy está muy animada! —nos comentó entre risas. Subió al coche, sacó la esfera y la mitad superior del cuerpo por la ventanilla y dejó que el artefacto nos señalara el camino con el vehículo en marcha. Cuando las antenas se torcieron súbitamente a la derecha, Paul gritó—: ¡Por aquí!

Torcí a la derecha a toda prisa, hacia un camino de tierra. Ochocientos metros más adelante, el objeto pegó un brusco tirón a la izquierda, apuntando a pleno campo.

—¡A la izquierda! —vociferó el chico.

Lo miré con extrañeza.

—¿Campo a través?

La cosecha estaba recogida y atada en fardos. Tan solo quedaban rastros y pirámides de maíz que se extendían por la suave loma hasta perderse de vista.

—La entrada al bucle está por ahí, en alguna parte —dijo Paul. Ahora la esfera le estiraba el brazo con tanta fuerza que temí que acabara con el hombro dislocado.

Oteé el escabroso terreno.

—No quiero fastidiar el coche.

—Sí, no lo hagas —me aconsejó Enoch—. Podrías desalinearse la dirección. O algo peor.

—¿No podríamos entrar andando en el bucle? —propuso Millard.

—No puedes dejar el coche fuera —alegó Paul—. Si alguien lo encuentra, sabrán dónde está la entrada.

—Has dicho que no hay salteadores de caminos por aquí —objeté yo.

—Y no los hay, normalmente. Pero podrían habernos seguido.

—Muy bien, pues. —Cambie a primera—. Intentaré ir con cuidado.

—En realidad —dijo Paul— es mejor que no. Nuestro bucle está dispuesto de tal modo que un trasto tan grande y pesado como este necesita mucho impulso para entrar. Corre todo lo que puedas.

Una sonrisa se extendió por mi cara.

—Bueno. Si no hay más remedio.

—Si te cargas el coche, tendrás que arreglarlo tú esta vez —gruñó Enoch.

—Uy, qué divertido —sonrió Bronwyn, frotándose las palmas.

—Que todo el mundo se agarre fuerte —ordené—. ¿Listos?



Paul volvió a sacar el cuerpo por la ventanilla con la esfera de zahorí bien sujeta entre las manos, la espalda pegada a la jamba de la portezuela y los pies plantados contra la parte interior del parabrisas. Me miró y asintió.

—Listo.

Aceleré dos veces, solté el freno y pisé a fondo. Salimos disparados por el campo. Súbitamente todo vibraba: el coche, el volante, mis dientes.

—¡A la derecha! —vociferó Paul, y torcí a la derecha junto a una pirámide de maíz.

—¡A la izquierda! —dijo, con todo el cuerpo fuera.

Los neumáticos proyectaban chorros de polvo según avanzábamos. Los tallos que seguían intactos golpeaban los bajos del coche y fustigaban el cuerpo de Paul.

—¡Ahora en línea recta! —gritó.

Nos dirigíamos hacia una de las pirámides, que se acercaba a toda prisa.

—¡Tengo que girar! —le advertí a voz en cuello.

—¡He dicho recto! ¡Recto!

Luché contra el abrumador impulso de pegar un volantazo. La pirámide de maíz se aproximaba a toda prisa y todo el mundo excepto Paul gritó a todo pulmón. Nos envolvió una negrura instantánea, como un fotograma en blanco, luego experimentamos un instante de ingravidez y un cambio de presión. La pirámide de maíz había desaparecido y ahora circulábamos por un campo de tierra.

Paul introdujo el cuerpo en el coche y gritó:

—Vale, vale, frena, frena, TIENES QUE FRENAR.

Clavé los frenos según remontábamos una cuesta. Las cuatro ruedas abandonaron el suelo un instante y, cuando volvieron a aterrizar, noté el golpe de los bajos contra el suelo antes de detenernos del todo.

—Ughhhhh —gimió Millard en el asiento trasero.

El polvo se arremolinaba a nuestro alrededor. El motor crujía. Nos habíamos detenido delante de un viejo granero rojo, en las afueras del pueblo.

Paul abrió la puerta y bajó.



—¡Bienvenidos a Portal!

—Uf, gracias a Hades —dijo Millard. Se apeó del coche a trompicones y al poco empezó a vomitar.

Los demás bajamos también, agradecidos de notar el suelo sólido bajo los pies. Las ventanillas del coche se habían bajado solas mientras circulábamos a toda pastilla por el campo y una película de polvo y sudor nos cubría a todos. Me pasé la mano por la cara y los dedos se me llenaron de pringue.

—Ahora tienes rayas —me dijo Emma, que usó la manga para limpiarme la mejilla.

—Podéis asearos en mi casa —sugirió Paul antes de indicarnos por gestos que lo siguiéramos.



Nos adentramos en el pueblo detrás de Paul. Abarcaba tres manzanas de punta a punta y parecía que lo hubieran construido enteramente a mano, pero con suma destreza, desde las casas hasta las calles de tierra y las aceras de madera. Estábamos en 1935, nos explicó Paul, y el bucle de Portal se había creado durante la peor parte de la Gran Depresión. A pesar de todo estaba limpio como una patena, la gente había plantado flores y elegido pintura de colores alegres en cada lugar que lo permitía y las diez o doce personas que recorrían las calles iban vestidas de punta en blanco. Reinaba una atmósfera alegre y acogedora, y al momento lamenté que tuviéramos que marcharnos con tantas prisas.

—¡Paul Hemsley! —gritó alguien.

—Ay, ay, ay —oí musitar a Paul.

Una chica de unos quince años corrió hacia él. Llevaba un impecable vestido blanco y una elegante pamea, y sus ojos echaban chispas.

—No llamas, no escribes...

—Lo siento, Alene. Tengo prisa.

—¡Prisa! —La chica se quitó el sombrero y le atizó con él—. ¡Llevas dos años fuera!

—He estado liado.

—Yo sí que te voy a liar —replicó ella. Paul saltó de la acera y ella le propinó otro cachete. Resoplando, se volvió hacia nosotros e inclinó la cabeza.

—Alene Norcross. Encantada de conocerles.

Antes de que ninguno pudiera responder, otras dos chicas que tendrían su misma edad se acercaron corriendo. Paul nos las presentó como June y Fern, sus hermanas. Ellas lo abrazaron con fuerza, lo regañaron por llevar tanto tiempo ausente y se volvieron a mirarnos.

—Gracias por traerlo —dijo Fern—. Espero que no os haya causado muchas molestias.

—En absoluto —respondí—. Nos ha hecho un favor enorme.

—¡Sí! —saltó Bronwyn—. Teníamos que encontrar este sitio, pero pensábamos que buscábamos un portal de verdad, no un pueblo llamado Portal, porque tenemos una... ¡aaahh!

Emma le había pellizcado el brazo y ahora se acercaba de puntillas para susurrarle algo al oído. Ni siquiera Paul sabía nada de H ni del paquete que nos proponíamos entregar en el pueblo. Siguiendo el consejo del anciano, mantendríamos la información en secreto hasta saber a quién pertenecía. Bronwyn le lanzó a Emma una mirada enfadada y esta se la devolvió.

—Tenemos una reunión importante en la aldea.

Fern dio un saltito.

—¿Ah, sí? ¿Con cuál?

—Con quién —la corrigió June.

—Con quiéééén —repitió Fern, balando como una oveja.

—Con la persona que esté a cargo de todo esto —respondió Emma—. Supongo que no hay una ymbryne aquí, pero ¿tenéis algo que se le parezca?

—Miss Annie —respondió June sin dudar.

Fern y Alene asintieron.

—Miss Annie lleva aquí más tiempo que nadie. Si tienes una pregunta o necesitas consejo, acudes a ella.

—¿Podríamos verla ahora? —pidió Emma.

Las chicas se miraron y algo flotó en silencio entre las dos.



—Creo que está durmiendo —dijo Alene.

—Pero quedaos a cenar —propuso Fern—. Elmer ha preparado su famoso cordero de setenta y dos horas y miss Annie nunca se lo pierde.

—Cordero asado —aclaró June—. Se deshace en la boca.

Miré a Emma. Ella se encogió de hombros. Por lo que parecía, íbamos a quedarnos a cenar.

Seguimos a Paul a través del pueblo. Aminoró el paso según nos acercábamos a un muchacho arrodillado junto al cachorro más mono del mundo.

—¡Hermano Reggie! —lo llamó Paul—. ¿Ya le has enseñado a hacer la croqueta?

—¡Eh, pero mira quién está aquí! —dijo el chico, que alzó la vista y le dedicó un saludo al estilo militar—. Todavía no. Es un buen perro pero creo que su cerebro es demasiado pequeño.

—Qué crueldad —exclamó Bronwyn.

—No es mi intención —respondió Reggie—. Me gustaría llevármelo un tiempo fuera del bucle para que se pueda hacer más grande. Aquí nunca crecerá.

—Nunca lo había pensado —reconoció Bronwyn.

—Por eso casi nunca se ven bebés en los bucles —explicó Emma—. Se considera inmoral mantenerlos tan jóvenes durante un periodo de tiempo antinaturalmente largo.

Al cabo de un ratito, pasamos junto a un niño pequeño que estaba plantado tras la ventana abierta de una casa de madera. Llevaba unos anticuados auriculares encasquetados y parecía sumamente concentrado. Paul levantó una mano y el chico se asomó para saludarlo.

—¿Qué dicen hoy, Hawley? —gritó Paul.

El otro se despojó de los auriculares.

—Nada interesante —respondió con pesar—. Están hablando de dinero otra vez.

—A ver si mañana hay más suerte. ¿Vas a venir a cenar?

El chico asintió con entusiasmo.

—¡Sí!

Mientras nos alejábamos, Paul explicó:



—Ese es mi hermano Hawley. Su peculiaridad le permite escuchar a los muertos a través de la radio.

—No acabo de entenderlo —dijo Emma, y se volvió a mirar a Hawley—. ¿Es tu hermano?

—Ah, no, ninguno de nosotros tenemos relación de consanguinidad —explicó Paul—. Pero casi todos somos intuitivos y eso se parece bastante.

—¿Y todos los intuitivos tenéis las mismas capacidades?

—Bueno, hay diferencias. No hay dos intuitivos que posean el mismo don exacto. Alene sabe encontrar agua en el desierto. Fern y June están especializadas en hallar personas desaparecidas. Hawley sintoniza frecuencias espirituales. Incluso hay algunos que son capaces de leer el corazón; pueden decirte si alguien te ama o no.

Paul señaló con un gesto de la cabeza a una anciana que descansaba en una mecedora, en el callejón que formaban dos casas muy juntas. Llevaba unas gafas sobre un parche pirata, pero debió de vernos bastante bien porque levantó una mano a modo de saludo. Algo me indujo a clavar la vista en ella y, según nos alejábamos, volví la cabeza para seguir mirándola.

—¿Y tú? —le preguntó Millard a Paul.

—Intuyo dónde están las puertas. Por eso siempre puedo encontrar el camino a casa. ¡Ah, hablando de eso!

Habíamos llegado a una bonita vivienda con cortinas en las ventanas y un jardín del tamaño de un sello de correos repleto de flores.

—La hemos arreglado para ti —dijo June—. ¿Te gustan las cortinas?

—Son preciosas.

—Suponíamos que antes o después volverías —añadió Fern.

—Yo no estaba tan segura —musitó Alene.

Paul subió las escaleras al porche y se volvió a mirarnos. Estaba radiante.

—Bueno, no os quedéis ahí. ¡Entrad y aseaos un poco para la cena!







ONCE

Nos limpiamos la tierra y el polvo del camino, contentos de estar por fin en un hogar agradable después de tantas horas de viaje, y luego Paul nos llevó a un gran patio compartido entre varias casas en el que habían preparado una gran mesa para la cena. Hacía un día perfecto para comer al aire libre y el convite emanaba aromas celestiales. Durante más de mil kilómetros únicamente habíamos comido los buñuelos rancios de Al Potts y unas cuantas bolsas de aperitivos, y creo que ninguno de nosotros era consciente del hambre que tenía hasta que nos pusieron delante los humeantes platos de cordero con patatas. Arrancamos trozos de pan de grandes hogazas caseras y bebimos poleo menta frío, y seguramente fue la mejor comida que he probado jamás. Calculé que la mitad del pueblo había sido invitada al banquete, porque estábamos rodeados de todas las personas que habíamos conocido desde nuestra llegada: June, Fern y Alene; Reggie y su cachorro, que correteaba por debajo de la mesa; Hawley, que se dejó los auriculares encasquetados durante toda la cena; y también algunas caras nuevas. Enfrente de mí estaba Elmer, un hombre vestido con traje y corbata negros que contrastaban con el delantal que se había echado encima, decorado con la marca de un beso y la frase: ¡BESA AL COCINERO! A su lado se sentaba un joven que se presentó como Joseph.

—Está todo absolutamente delicioso —dijo Millard, enjugándose los labios con la servilleta. A nadie se le antojó extraño y ninguno se quedó mirando siquiera la servilleta flotante; o bien eran sumamente educados o Millard no era la primera persona invisible con la que compartían mesa—. No obstante, tengo una pregunta. ¿Cómo se cocina un cordero durante setenta y dos horas en un bucle de veinticuatro?

—Cuando el bucle se creó, el cordero ya llevaba dos días en el asador —explicó Elmer—. Gracias a eso, podemos comer cordero de setenta y dos horas a diario.

—Qué manera tan ingeniosa de usar un bucle temporal —observó Millard.

—Se hizo mucho antes de que yo llegara —respondió el otro—. Ojalá pudiera atribuirme la idea, pero lo único que hago es extraerlo del asador y

trincharlo.

—Bueno, habladnos de vosotros —sugirió Alene—. ¿Quiénes sois?

—No seas maleducada —la regañó June—. Son los invitados de Paul.

—¿Cómo? Tenemos derecho a saberlo.

—No pasa nada —dijo Emma—. Yo también sentiría curiosidad.

—Somos los pupilos de miss Peregrine —informó Enoch con la boca llena de patatas—. De Gales. ¿Habéis oído hablar de nosotros?

Lo dijo como si todo el mundo tuviera que conocernos.

—No, que yo recuerde —respondió Joseph.

—¿En serio? —se extrañó Enoch. Pasó la vista por la mesa—. ¿Nadie?

Todos negaron con la cabeza.

—Hum. Bueno, pues somos famosillos.

—No seas presuntuoso, Enoch —lo reprendió Millard—. Se refiere a que disfrutamos de cierto reconocimiento en nuestra comunidad peculiar, gracias a las aportaciones que hicimos a la victoria sobre los wights en la Batalla del Acre del Diablo. El papel de Jacob, aquí presente, fue particularmente crucial...

—Corta el rollo —le dije en susurros.

—... pero vosotros, siendo estadounidenses, tal vez estéis más familiarizados con su abuelo, Abraham Portman.

Más gestos negativos.

—Lo siento —dijo Reggie, que se inclinó para dar de comer a su perro por debajo de la mesa—. No lo conozco.

—Qué raro —comentó Millard—. Estaba seguro de que...

—Es probable que viajara bajo un nombre falso —se le ocurrió a Emma—. Veía a los huecos. Y... ejercía influencia sobre ellos.

—¡Ah! —exclamó Alene—. Puede que se refieran al señor Gandy.

El nombre me sonaba de algo, pero no supe ubicarlo al momento.

—¿Tu abuelo hablaba con un acento raro? —preguntó un joven sentado junto a Elmer.

—Polaco —dije.

—Hum. —Asintió—. ¿Y de vez en cuando viajaba con otro hombre o con una jovencita?

—¿Con una jovencita? —repitió Enoch, y enarcó las cejas en dirección a Emma.

—No es posible que fuera él —replicó Emma, súbitamente crispada.

June se levantó a toda prisa y regresó pasado un ratito con un álbum de fotos.

—Creo que tenemos un retrato suyo por aquí. —Hojeó el álbum—. Lo guardamos para acordarnos de la gente que viene y va. Así sabemos en quién podemos confiar cuando alguien regresa tras mucho tiempo ausente. Más de un enemigo se ha presentado aquí haciéndose pasar por aliado.

—Los wights son maestros del disfraz, ¿sabéis? —dijo Elmer.

—Uf, ya lo creo que lo sabemos —le aseguré yo.

—Pues deberías volver a mirar la foto de Paul —intervino Alene—. Para asegurarte de que es quien dice ser.

A Paul le sentó mal el comentario.

—¿Tanto he cambiado?

—Yo creo que está más guapo —dijo Fern.

—Mira. —June se hizo un hueco entre el asiento de Emma y el mío y dejó el álbum sobre la mesa—. Este es Gandy.

Señaló una pequeña fotografía en blanco y negro en la que aparecía un hombre descansando debajo de un árbol. Hablaba con alguien que estaba fuera del marco y me pregunté quién sería y qué le estaría diciendo. Tenía el rostro terso, sin arrugas, era moreno e iba acompañado de un encantador perrito. El chucho llevaba sombrero. Era mi abuelo como rara vez lo había visto: acercándose a la mediana edad pero todavía joven, aún en la plenitud de la vida. Me habría encantado conocerlo en aquel entonces.

Nuestros amigos se levantaron de los asientos y se apiñaron a nuestro alrededor para echar un vistazo. Emma se había quedado blanca como el papel, igual que si hubiera visto un fantasma.

—Es él —dijo con un hilo de voz—. Es Abe.



—¿Eres el nieto de Gandy? —preguntó Paul, sorprendido—. ¿Por qué no lo has dicho antes?

En parte porque no sabía que Abe usara una identidad falsa para trabajar, al margen de haber empleado otro nombre para matricular el coche (en cuyos papeles, comprendí, había visto antes el nombre de Gandy). Pero sobre todo porque H me lo había prohibido.

—Una persona en la que confío me dijo que no hablara de los cazahuecos —confesé.

—¿Ni siquiera con otros peculiares? —se sorprendió June.

—Con nadie.

—No entiendo por qué —dijo Elmer—. Para nosotros son héroes.

Ahora que veía cómo reaccionaba la gente al oír el nombre de mi abuelo, pensé que quizá no hacía falta que cumpliera esa regla a rajatabla.

—¿Y cómo sabemos que de verdad son quienes dicen ser? —desconfió Alene—. Sin ánimo de ofender, pero no conocemos a estas personas.

—Yo respondo por ellos —afirmó Paul.

—¿Y cuánto hace que los conoces, un día?

—¡Mataron a dos salteadores de caminos y ahuyentaron a otro! —exclamó Paul—. Ayudaron a los peculiares de Flamingo Manor en Starke.

Elmer señaló de nuevo la foto de mi abuelo.

—¿No ves el parecido? —preguntó—. Este chico es la viva imagen de Gandy.

Los ojos de Alene saltaron de mi cara a la foto y luego a mí otra vez. Por su expresión, adiviné que estaba de acuerdo.

—¿Y dices que su verdadero nombre era Abraham?

Asentí.

—¿Cómo le va? —quiso saber Elmer—. Ya debe de tener sus años. Llevamos bastante tiempo sin verlo.

—Bueno —dijo Millard—. Falleció varios meses atrás, por desgracia.

Un murmullo colectivo de pesar se extendió por la mesa.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo Joseph.

—¿Qué le pasó? —preguntó Reggie.

Fern lo miró enfadada.

—¡Eso no se pregunta!

—No pasa nada —la tranquilicé—. Fue un hueco.

—En la brecha hasta el final —dijo Elmer, y levantó el vaso de té—. Por

Abraham.

Todos los comensales alzaron los vasos y corearon:

—Por Abraham.

Emma no participó en el brindis.

—¿Y qué sabéis de las personas que viajaban con él? —preguntó.

June procedió a pasar páginas de su álbum nuevamente.

—El tipo del traje y el puro era su socio. Estuvo viniendo a echar una mano casi tanto tiempo como Gandy. —Volvió otra hoja y deslizó el dedo por el papel hasta posarlo en un retrato de H tomado muchos años atrás—. Es una foto muy antigua —dijo—. Pero es él.

June tenía razón. Era una vieja foto, pero sin duda se trataba de H; el mismo rostro, idénticos ojos que parecían leerle el alma. Sostenía un puro apagado entre los labios. Mostraba la expresión de un hombre que tiene asuntos más importantes entre manos que posar para una foto y está impaciente por volver a ellos.

—Era el compañero de Gandy —confirmó Joseph—. Un tipo muy divertido. ¿Sabéis qué me dijo en cierta ocasión? Acababa de regresar de Vietnam y apareció al volante de su viejo coche...

—¿Y la chica? —lo interrumpió Emma en tono apagado.

Joseph calló a media frase y reprimió una carcajada.

—Uuuuhhh —dijo Enoch con una sonrisilla maliciosa—. Se avecina tormenta.

—La chica —repitió Arlene—. Recuerdo que la llamaban V. Era bastante rara.

—Muy callada —añadió Elmer—. Siempre alerta. Al principio la tomamos por la protegida de Abe. Parecía como si tuviera previsto cederle el relevo algún día. Pero otras veces tenías la sensación de que era ella la que estaba al mando.

—Una vez la oí decir que había trabajado en un circo —recordó Joseph.

—Yo oí el rumor de que había formado parte del ballet nacional ruso —manifestó Fern.



—Pues yo escuché que se había marchado al oeste a ser vaquera —declaró Reggie.

—Pues a mí me contaron que mató a siete personas en una pelea de bar, en un bucle de Texas, y tuvo que huir a Sudamérica —dijo June.

—A mí me parece que tenía mucho cuento —opinó Emma.

—Ahora que lo pienso —dijo Joseph, observándola con atención— se parecía un poco a ti. De hecho, cuando te he visto por primera vez he pensado que tal vez fueras ella.

Temí que Emma empezara a echar humo por las orejas. Me incliné hacia ella y le susurré:

—Seguro que no es lo que estás pensando.

Ella me hizo caso omiso.

—¿Tenéis una foto suya?

—Aquí —dijo June, que pasó una serie de hojas hasta llegar a la página que había marcado con el dedo.

En la imagen, V tenía la pinta de alguien que come clavos para desayunar. O que montase osos grizzly para ganarse la vida, y que acabara de hacerlo justo antes de que la fotografiasen. Estaba de pie con los brazos cruzados y la barbilla alta, en actitud desafiante. Y yo no podía más que estar de acuerdo con Joseph: tenía cierto parecido con Emma. Aunque jamás en la vida lo habría reconocido en voz alta.

Emma miraba la fotografía con tanta atención como si se hubiera propuesto memorizar su rostro. Guardó silencio un instante y luego se limitó a decir:

—Vale.

La vi hacer un esfuerzo consciente por aplastar lo que sea que estuviera sintiendo. Casi podía ver cómo la bilis le bajaba por la garganta hasta el vientre. Luego su rostro se despejó y sonrió a June con excesiva dulzura a la vez que le decía:

—Muchas gracias.

June cerró el álbum de golpe.

—Bien —dijo, según se encaminaba de vuelta a su asiento—. Se me está enfriando la cena.

Reggie se inclinó sobre la mesa para hablar conmigo.



—Y dime, Jacob. ¿Te enseñó Gandy todo lo que sabía? ¿Sobre la caza de huecos y todo eso? ¡Conocerás un montón de historias!

—La verdad es que no —confesé—. Crecí pensando que era normal.

—No se percató de que era peculiar hasta comienzos de este año —explicó Millard.

—Salsa santísima —se sorprendió Elmer—. Estás aprendiendo sobre la marcha, pues.

—Ya lo creo.

—A trastazos, más bien —terció Enoch.

—¿Sabías que tu abuelo fue uno de los dos primeros peculiares que conocí? —me dijo Joseph. Había rebañado el plato y estaba retrepado en la silla, columpiándose con cuidado sobre las patas traseras—. Todavía no me habían ubicado en aquella época. Vivía en Clarksville, en el estado de Misisipi, en 1930. Trece años contaba en aquel entonces, mis padres muertos en una epidemia de gripe. No tenía ni la más mínima idea sobre peculiaridad. Pero sí sabía que algo estaba cambiando en mí (era mi intuición, que se manifestaba) y poco después de eso advertí que algo me perseguía. Pero antes de que pudiera darme caza, tu abuelo y H contactaron conmigo. Y me trajeron aquí.

—Gandy y H trajeron a más de un niño a lo largo de los años —apostilló Elmer.

—Pero ¿por qué tan lejos? —se extrañó Millard—. ¿No había bucles más cerca de donde creciste?

—No para intuitivos —fue la respuesta de Joseph.

Observé las expresiones de mis amigos y todos parecían albergar la misma pregunta en el pensamiento.

—Entonces ¿aquí solo viven intuitivos? —quise saber.

—Oh, no, no, no, no somos así —me aseguró Fern—. Admitimos a todo tipo de peculiares en el bucle. —Señaló la casa que había al otro lado del patio—. Smith, el hombre que vive allí, es escultor de vientos. Moss Parker, el de la puerta siguiente, es telequinético, pero solo en relación con los alimentos. Le viene muy bien para poner la mesa.

—Durante unos cuantos años vivió un chico con nosotros que podía convertir el oro en aluminio —añadió June—, aunque no se trata de una habilidad muy buscada.

—Ahora bien, hay bucles que no admiten a los forasteros —apuntó Elmer

—. Los expulsan.

—No confían en nadie que no sea como ellos —añadió Alene.

—Pero todos somos peculiares —observó Bronwyn—. ¿No les basta con eso?

—Por lo visto, no —respondió Reggie. Tiró a la hierba un trozo de cartílago y su perrito acudió brincando a recogerlo.

—¿No va contra el código de las ymbrynes restringir los bucles a un solo tipo de peculiares? —siguió preguntando Bronwyn.

—Pues claro que no —replicó Enoch—. ¿No te acuerdas de los que hablaban con las ovejas en aquel bucle de Mongolia y del pueblo de flotadores en el norte de África?

—A muchos peculiares les viene bien agruparse con otros que compartan su misma habilidad —intervino Millard—. Yo conozco varias comunidades de invisibles, por ejemplo.

—Ah —dijo Bronwyn—. Yo pensaba que era ilegal.

—La segregación en función de la habilidad es desaconsejable según el código de las ymbrynes porque fomenta la mentalidad tribal y puede propiciar conflictos innecesarios —informó Millard—. Lo que se prohíbe de manera expresa son los bucles cerrados, en los que únicamente se admite a un tipo de peculiares y se destierra al resto.

—Con el debido respeto —objetó Elmer—, ya no quedan muchas ymbrynes por aquí. Sus códigos no cuentan demasiado.

—Sí, pero ¿por qué no hay ymbrynes? —quiso saber Bronwyn—. Nadie nos explica qué les pasó y empiezo a estar harta.

—Siempre ha sido así, al menos desde que nos alcanza la memoria —dijo Reggie.

—Algunas sí nos acordamos —intervino una voz desde atrás.

Cuando me di media vuelta, vi a la mujer del parche en el ojo renqueando hacia la mesa.

—Habéis empezado sin mí, por lo que veo.

—Perdone, miss Annie —se disculpó Fern.

—Se está perdiendo el respeto a los mayores —rezongó miss Annie, si bien resultó evidente, cuando los intuitivos se levantaron para recibirla, que la anciana inspiraba un gran respeto. Siguiendo el ejemplo, nosotros nos levantamos también. Fern corrió a ayudar a miss Annie, que tenía un sitio reservado a la cabecera de la mesa. Cuando llegó, la anciana se aferró al

borde y se dejó caer despacio en la silla. Solo entonces nos sentamos los demás.

—Queréis saber cómo han desembocado las cosas en el estado actual. — Su voz poseía tanto aplomo y gravedad que parecía surgir de las profundidades de un río lodoso—. Qué les sucedió a las ymbrynes. —Miss Annie entrelazó las manos sobre la mesa. El silencio se apoderó del grupo—. En el pasado fueron el núcleo de nuestra sociedad, igual que ahora lo son de la vuestra. Las semillas de su caída se sembraron hace largos años. En los tiempos en que los ingleses, los franceses, los españoles y los pueblos nativos todavía se disputaban la propiedad de este país. Antes de que estallara una guerra por la idea de si unas personas podían o no poseer a otras.

—Miss Annie es vieja como las montañas —susurró Fern—. Seguramente ya estaba aquí.

—Tengo ciento sesenta y tres años, año arriba, año abajo —dijo miss Annie— y todavía me funcionan los oídos, Fern Mayo.

Fern miró las patatas de su plato.

—Sí, miss Annie.

—Algunos de vosotros no procedéis de estas tierras. —La anciana miraba a mis amigos—. Así que tal vez no lo sepáis. Pero esta nación fue construida con el trabajo robado a los negros y sobre la tierra arrebatada a los nativos. Hace un siglo y medio, la parte sur de este país era, en sí misma, una de las zonas más ricas del mundo entero, y la mayor parte de esa riqueza no se contaba en algodón, en oro ni en petróleo, sino en seres humanos esclavizados.

Se interrumpió para que sus palabras calaran en nuestras mentes. Emma parecía enferma de horror. Bronwyn y Enoch guardaban silencio, con la mirada gacha. Yo intenté asimilarlo. Esa maldad, inmensa e institucionalizada, de magnitud inconcebible, devorando generación tras generación. Abuelos, padres, hijos e hijos de los hijos. Era inimaginable, abrumador.

Al cabo de un momento, miss Annie prosiguió.

—Todo ese dinero y riqueza dependía de una cosa. La capacidad de un tipo de personas para someter y controlar a otras. Así pues, pensad lo que puede pasar cuando introduces la peculiaridad en un sistema como ese.

—El caos.

—Y el terror entre las personas que poseen el control —añadió la anciana

—. Imagínadlo. Una persona lleva una vida de esclavo, cortando algodón todo el día. Esa es su vida y su condena durante el resto de su existencia. Y entonces, de la noche a la mañana, esa persona, una niña, manifiesta su peculiaridad. Ahora es capaz de volar.

Mientras hablaba, la mirada de miss Annie se posó en un punto elevado al mismo tiempo que desplegaba las manos, y súbitamente la imagen adquirió tal nitidez en mi mente que me pregunté si estaría describiendo su propia experiencia. Ahora su mirada se posó en Bronwyn.

—¿Qué harías tú si fueras esa niña? —le preguntó.

—Me marcharía volando —respondió ella—. No... Esperaría a que se hiciera de noche y entonces usaría mis poderes para ayudar a todo el mundo a escapar y me marcharía volando.

—¿Y si hubiera alguien capaz de convertir el día en noche? ¿O de transformar a un hombre en un borrico?

—Invocaría la noche a mediodía —dijo June—. Y convertiría al capataz en asno.

—Así pues, ya veis por qué nos tenían tanto miedo —continuó miss Annie, ahora con voz más queda y de nuevo con las manos sobre la mesa—. Éramos pocos. La peculiaridad siempre ha sido escasa. Pero temían hasta tal punto a esos pocos que pagaron a pitonisas, curanderos y exorcistas para poder distinguirnos de los normales. Inventaron mentiras y leyendas según las cuales los peculiares eran la semilla del mismísimo Satanás. Intentaron que nos delatáramos entre nosotros. Te quitaban la vida por conocer siquiera a un peculiar. Incluso por pronunciar la palabra «peculiar». ¿Y a quién temían más que a nadie?

—A las ymbrynes —dijo Paul.

—Exacto —asintió miss Annie—. A nuestras ymbrynes. Las que crearon los refugios. Las fortalezas que ningún normal podía encontrar, en las que no podían entrar. Eso nos permitió sobrevivir. Odiaban a las ymbrynes por encima de todo.

—Entonces ¿esos normales conocían la existencia de las ymbrynes? —preguntó Emma—. ¿Sabían quiénes eran?

—Se encargaron de descubrirlo —fue la respuesta de miss Annie—. Por la cuenta que les traía. La peculiaridad amenazaba su economía, su manera de vida, la base de todo su perverso sistema, así que los esclavistas conspiraron contra nosotras de un modo que no se ha visto en otras partes del mundo.

Crearon una organización secreta dedicada a desarraigarnos, a destruir nuestros bucles, pero, sobre todo, a asesinar a las ymbrynes. Eran crueles, incansables, obsesivos. Hasta tal punto que la organización pervivió incluso después de la desaparición de la Confederación, aun después de que terminara la Reconstrucción. Y todo ello nos pasó factura. Cuando yo era niña, allá por la década de 1860, nunca había ymbrynes suficientes. No daban abasto. Se encontraban en peligro constante. Teníamos una ymbryne por cada cuatro bucles y casi nunca la veíamos. Y entonces, cierto día, dejamos de verlas. En lugar de eso había semiymbrynes y guardas de bucle (funcionarios y mercenarios, no líderes) y, privados de la influencia de las ymbrynes, los peculiares de este país empezaron a dividirse y a desconfiar unos de otros.

Un pensamiento me cruzó la mente, un recuerdo instantáneo del restaurante en el que habíamos parado en 1965, y le pregunté:

—¿Estaban segregados los bucles en aquel entonces? ¿Por razas?

—Pues claro que sí —dijo miss Annie—. La peculiaridad no les impedía ser racistas. Nuestros bucles no eran sociedades utópicas. En muchos sentidos reflejaban la sociedad que los rodeaba.

—Pero la segregación ha pasado a la historia —observó Bronwyn, que miró un instante a Hawley, el chico blanco de los auriculares, que ocupaba un sitio a la otra punta de la mesa, y a la joven blanca que este tenía delante.

—Tardamos mucho en lograr la integración —reconoció miss Annie—. Pero poco a poco la conseguimos.

—A los huecos no les importa el color de la piel —señaló Elmer—. Ellos solo quieren el alma. Eso nos ayudó a unirnos.

—¿Y qué pasa con los bucles de otras zonas del país? —quiso saber Enoch—. ¿Hay ymbrynes allí?

—Las ymbrynes del sur fueron las primeras en sufrir las consecuencias de todo aquello y las que se llevaron la peor parte —respondió Elmer—. Pero las del resto del país fueron desapareciendo también, poco a poco.

—¿De la primera a la última? —se horrorizó Bronwyn—. ¿No queda ni una?

—Dicen que aún quedan unas pocas —fue la respuesta de la anciana—. Las que consiguieron esconderse. Pero no tienen tanto poder ni influencia como antaño, ni de lejos.

—¿Y los nativos americanos? —se interesó Millard—. ¿Tenían bucles?

—Sí. Pero no muchos, porque ellos no temían la peculiaridad en general, y

sus peculiares no fueron perseguidos. No por los suyos, cuando menos.

—Y eso nos lleva al siglo xx, una época que sí conozco. —Elmer tomó la palabra—. La organización empezó a diluirse, en buena parte porque apenas quedaban ymbrynes que asesinar. Los normales se fueron olvidando de nosotros. En vez de eso, brotaron los enfrentamientos entre bucles. Por el territorio, el control, los recursos.

—Las ymbrynes jamás lo habrían permitido —apuntó Alene.

—Nos llegaron rumores de las dificultades que estaban causando los huecos en Europa —dijo Elmer—, pero los monstruos se quedaban a ese lado del charco, en su mayoría. La situación cambió a finales de los cincuenta del siglo pasado, cuando los wights y los huecos llegaron con ansias de venganza. Eso acabó con buena parte de los rifirrafes entre clanes, pero apenas si podíamos abandonar los bucles por miedo a ser devorados por los malditos monstruos tenebrosos.

—Y fue entonces cuando mi abuelo y H empezaron a perseguirlos —deduje yo.

—Exacto —asintió Elmer.

—Entonces, en los Estados Unidos —intervino Bronwyn—, ¿los normales todavía están al tanto de nuestra existencia?

—No —dijo June—. Hace tiempo que nos han olvidado. Y tampoco en el pasado nos conocía mucha gente, ni siquiera en el siglo xix.

—No, no, no, Junie, te equivocas —objetó miss Annie, sacudiendo la cabeza con vehemencia—. Eso es lo que quieren que creas. Fíjate bien en lo que te digo: todavía hay gente que está al corriente de nuestra existencia. Hay normales que entienden nuestro poder, que nos tienen miedo y buscan la manera de controlarnos.

—¿Y de qué tienen miedo, si se puede saber? —se extrañó June.

—De una posibilidad —sugirió miss Annie—. De la posibilidad de que nosotros, los peculiares, dejemos de estar divididos y temerosos los unos de los otros. Del poder que representaría una peculiaridad unida. Les asusta en el tiempo actual igual que les asustaba en el pasado. —Asintió con un gesto terminante, resopló y echó mano del tenedor—. Ahora, si me perdonáis... Vosotros habéis terminado de cenar, pero yo todavía no he probado bocado.



Todo el mundo esperó a que miss Annie hubiera rebañado el plato para levantarse. Solo entonces empezaron a recoger. Yo tenía muy claro que la mujer era la destinataria del paquete, así que cuando abandonó la mesa me ofrecí a acompañarla adondequiera que se dirigiera.

Me dijo que se encaminaba a su casa y le ofrecí el brazo. Cuando el breve paseo llegó a su fin, le entregué el paquete, cuyas dimensiones no rebasaban las de mi bolsillo. Por lo visto, lo estaba esperando.

—¿No lo abre? —le pregunté.

—Ya sé qué es y de parte de quién —fue su respuesta—. Ayúdame a subir las escaleras.

Remontamos los tres peldaños que llevaban a su porche, ella prácticamente doblada sobre sí misma. Cuando llegamos arriba, me dijo:

—Espera un momento.

Y entró en su casa.

Al cabo de un ratito regresó para depositar algo en mi mano.

—Me pidió que te entregara esto.

Había dejado en mi palma una caja de cerillas vieja y manoseada.

—¿Qué es?

—Léelo y lo sabrás.

En una cara había una dirección —una ciudad de Carolina del Norte— y, por si no bastara con eso, la otra indicaba: «Es INTERESANTE parar aquí... Conseguirá MÁS por el mismo dinero».

Me la guardé en el bolsillo.

—Cuando lo veas, dale las gracias —pidió—. Y luego dile que venga en persona la próxima vez, para que pueda ver su apuesta estampa. Se le echa de menos.

—Gracias —respondí.

—No lo dejes tirado. A veces es irritante, cabezota y un grano en el trasero. Pero que no te convenza de que no necesita ayuda. Lleva muchos años cargando un gran peso sobre la espalda y te necesita. Os necesita a todos.

Asentí con solemnidad y levanté una mano a modo de despedida. Ella entró en su casa y cerró la puerta.

Regresé con mis amigos. Vi a Emma charlando con June y me acerqué con paso vivo. Antes de que repararan en mi presencia, advertí que las palabras de June no eran del agrado de Emma. Escuchaba a la otra con los brazos

cruzados, el semblante apagado y serio. Cuando me vio, adoptó una expresión inescrutable y corrió hacia mí, no sin antes despedirse de su nueva amiga de prisa y corriendo.

—¿De qué iba eso? —le pregunté.

—Solo intercambiábamos trucos de fotografías. ¿Sabías que ha impreso ella misma casi todas las fotos del álbum?

Saltaba a la vista que me estaba contando una trola y lo hizo con tanta naturalidad que me pilló por sorpresa.

—Entonces ¿por qué pareces disgustada? —le insistí.

—No lo estoy.

—Le estabas preguntando por la chica. La que viajaba con Abe en ocasiones.

—No —repitió Emma—. Me trae sin cuidado quién fuera.

—A mí no me engañas.

Desvió la mirada.

—Deja de interrogarme, ¿vale? Mira, allí están Bronwyn y Enoch.

Es INTERESANTE parar aquí...
Conseguirá MÁS por el mismo dinero



**POR SU PROPIA SEGURIDAD
LE ROGAMOS QUE
NO FUME EN LA CAMA**

Millard también los acompañaba (iba vestido, así que no resultaba difícil avistarlo), así como June, Fern y Paul, con los que habían trabado amistad.

—Ya hablaremos más tarde —le dije a Emma.

Ella se encogió de hombros.

—No hay nada que hablar.

Me estaba sacando de mis casillas, pero hice de tripas corazón. Me dije que nunca podría entender lo que sentía Emma y, si quería estar con ella, tendría que respetar lo que sea que estuviera experimentando y darle cancha.

Era un pensamiento razonable. Pero no por eso dolía menos.

Empezamos a prepararnos para la partida. Paul llegó cargado con termos de metal.

—Café para el viaje. Así no tendréis que parar.

Elmer acudió a estrecharnos la mano.

—Si alguna vez necesitáis un intuitivo, ya sabéis dónde encontrarnos.

—Qué hombre tan interesante —comentó Millard cuando el otro se alejó—. ¿Sabíais que participó en tres guerras a lo largo de setenta años? Durante la Primera Guerra Mundial, dormía en un bucle de las trincheras de Verdún para no envejecer.

Bronwyn y Fern se abrazaron.

—¿Me escribirás? —preguntó Fern.

—Aún mejor, vendremos a visitarte —prometió Bronwyn.

—Me encantaría.

Se despidieron de nosotros, y Paul nos acompañó dando un paseo a las afueras del pueblo, donde habíamos dejado el coche. Por el camino, les enseñé a todos la caja de cerillas que miss Annie me había entregado.

—¡Una dirección! —exclamó Millard—. H nos lo ha puesto fácil esta vez.

—Me parece que las pruebas han terminado —asentí—. Ha llegado la hora de la verdad.

—Ya veremos —dudó Emma—. Las pruebas de H parecen no tener fin.

—Llevad cuidado ahí fuera —nos recomendó Paul—. Y no os despistéis en el norte. He oído que es tan peligroso como esto, si no más.

Nos explicó cómo regresar al presente. No podíamos volver a 1965 —ni tampoco albergábamos la menor intención— porque la salida trasera daba a un día de primavera de 1930, el día que el bucle de Portal se creó. Salir por delante sería sencillo: teníamos que volver por dónde habíamos venido: a través de los campos, a toda pastilla.

Le dijimos adiós a Paul. Me aseguré de que todo el mundo se hubiera abrochado el cinturón, arranqué el coche y pisé a fondo. El vehículo empezó a temblar cuando seguí las marcas de mis neumáticos en dirección contraria por el descampado, acelerando cada vez más según el terreno se iba tornando escabroso. A mitad de camino, justo al llegar al punto en el que habíamos accedido al bucle y las huellas de las ruedas desaparecían, noté una vertiginosa sacudida. El día mudó en noche. El terreno plano que se extendía ante mí se convirtió en un muro de maíz. Lo arrollamos, aplastando fila tras fila según los tallos y las mazorcas verdes azotaban el coche. Estaba a punto de frenar en seco cuando Millard gritó:

—Sigue avanzando o quedaremos atrapados.

Pisé el acelerador a tope, el motor rugió y, de algún modo, los neumáticos encontraron dónde agarrarse. Pocos segundos más tarde, emergimos de entre el maíz a una carretera.

Paré el coche. Mientras recuperábamos el aliento, encendí los faros. La carretera que antes fuera de tierra estaba ahora asfaltada, pero, por lo demás, las proximidades de Portal venían a ofrecer el mismo aspecto que en 1965.

Bajé del vehículo para inspeccionar los daños y Millard hizo lo propio para vomitar. Encontré una grieta en el borde superior del parabrisas y tallos troceados en la rejilla y en los guardabarros que fui capaz de arrancar. Por lo demás, el coche había llegado hasta allí de una pieza.

—¿Todos bien? —pregunté, asomando la cabeza por la ventanilla.

—Millard no —dijo Emma. Oí una arcada y alcé la vista justo a tiempo para ver cómo un chorro de vómito se estrellaba contra el asfalto. Nunca antes había visto vomitar a una persona invisible y no creo que lo olvide.

Mientras Millard echaba hasta la primera papilla, noté que el teléfono —de nuevo operativo en el presente— zumbaba desesperadamente en mi bolsillo. Veinticuatro llamadas perdidas, indicaba la pantalla. Veintitrés mensajes de voz.

Adiviné quién los había dejado antes de mirar siquiera.

Me encaminé a la parte trasera del coche y fingí comprobar algo para poder escuchar los mensajes sin que nadie me viera. Los primeros denotaban una ligera preocupación. Pero se fueron tornando más alarmados y furiosos según iban avanzando. El décimo tercero decía así: «Míster Portman, le habla su ymbryne. De nuevo. Quiero que me escuche con suma atención. Me decepciona que haya emprendido un viaje sin informarme de ello.

Enormemente. Pero no tiene ningún derecho a llevarse a los niños con usted sin mi permiso. Regrese a esta casa de inmediato. Gracias. Recuerdos».

Tras eso, dejé de escuchar. Me planteé si contárselo a los demás y decidí no hacerlo. Todos sabían que miss Peregrine se disgustaría; no tenía sentido ponerlos nerviosos con los mensajes de voz y arriesgarse a que decidieran regresar.

—Muy bien —dijo Millard, que se encaminaba al coche a trompicones—. He terminado.

Me guardé el móvil en el bolsillo.

—Siento mucho que no te encuentres bien.

—Supongo que no podemos volver en tren —dijo con debilidad—. Empiezo a estar un tanto cansado de los automóviles.

—El resto del camino será suave como la seda —respondí—. Te lo prometo.

Él suspiró.

—Ojalá no hicieras promesas que no puedes cumplir.



DOCE

De nuevo nos encontrábamos en el presente, y la moderna red de autopistas propiciaba un viaje rápido, al menos durante la noche. Animado por los termos de café de Paul y por un antiguo cartucho de ocho pistas de *The Dark Side of the Moon* que encontré al fondo de la guantera, devorábamos kilómetros con facilidad. Antes de que nos diéramos cuenta habíamos recorrido lo que quedaba de Georgia y toda Carolina del Sur, y estábamos a un tiro de piedra del pueblo de Carolina del Norte impreso en la caja de cerillas. Tras la breve escaramuza que Emma y yo habíamos protagonizado en Portal, la situación se había enfriado hasta alcanzar temperaturas árticas. Había preferido sentarse detrás, a pesar de la falta de espacio, y Enoch viajaba delante conmigo.

Observaba a Emma a través del espejo retrovisor de tanto en tanto. Cuando no estaba durmiendo o mirando por la ventanilla enfurruñada, se dedicaba a hojear el cuaderno de Abe, que leía a la pálida luz de una única llama rosada. De nuevo me dije a mí mismo que Emma estaba atravesando un momento delicado. Procesando una realidad que nunca había tenido que afrontar directamente, porque siempre había vivido lejos de Abe, al otro lado del tiempo, al otro lado del mar. Pero yo tenía la sensación de que me estaba haciendo el vacío, de que me castigaba por dudar de ella. Y no sabía si sería capaz de soportarlo mucho más tiempo.

Eran las tres y media de la madrugada y tenía el trasero cada vez más entumecido cuando por fin alcanzamos la salida de la autopista. Seguí las indicaciones del teléfono, en el que había introducido la dirección impresa en la caja de cerillas. No teníamos ni idea de lo que íbamos a encontrar. ¿Una gasolinera? ¿Una cafetería? ¿Otro motel?

De todo lo dicho, nada. Se trataba de un local de comida rápida llamado 24-HR OK BURGER. Brillaba pálido en mitad de un aparcamiento oscuro y vacío, en un centro comercial desierto y, haciendo honor a su nombre, estaba abierto. No tenía mala pinta. Las sillas estaban plantadas del revés sobre las mesas y un letrero en la puerta indicaba AUTOSERVICIO ABIERTO.

Aparqué a la entrada, el único coche en la zona de estacionamiento. H no

estaba allí. No había nadie, salvo el pobre empleado al que le había tocado el turno de noche. Lo miré a través del escaparate. Consultaba el teléfono detrás del mostrador.

—¿Indica la caja de cerillas a qué hora tenemos que reunirnos con H? —preguntó Bronwyn.

—No —fue mi respuesta—. Pero no creo que nos espere a las tres y media de la madrugada.

—Entonces ¿se supone que tenemos que quedarnos aquí hasta mañana? —protestó Enoch—. Menuda majadería.

—Ten paciencia —le dijo Millard—. Podría llegar en cualquier momento. Yo creo que celebrar una reunión en plena noche es la mejor opción, si pretendes hacerlo en secreto.

Así que esperamos. Los minutos pasaban. El chaval del interior dejó el móvil y empezó a barrer el suelo.

Un potente rugido se dejó oír en el asiento del pasajero y todo el mundo miró a Enoch.

—¿Eso ha sido un camión? —preguntó Millard.

—Tengo hambre —se justificó él, volviendo la vista hacia su barriga.

—¿No puedes esperar? —pidió Bronwyn—. ¿Y si llega H y no nos ve porque estamos en el autoservicio? Podría pasar de largo.

—No, Enoch tiene razón —opinó Millard—. ¿Me dejas ver la caja de cerillas otra vez?

Se la pasé. Millard la estuvo examinando un rato.

—Es algo más que una mera dirección —afirmó—. Es una pista. Mira la inscripción.

Le cedió la cajita a Bronwyn, que leyó el lema en voz alta.

—«Es interesante parar aquí... Conseguirá más por el mismo dinero». —Alzó la vista—. ¿Y?

—Pues —respondió Millard—, creo que deberíamos comprar algo.

Arranqué el coche y circulé hasta el carril del autoservicio. Nos detuvimos ante el interfono de pedidos y su menú iluminado. Una voz metálica atronó:

—BIENVENIDOS A OKAY BURGER, ABIERTO VEINTICUATRO HORAS, EN QUÉ PUEDO...

Bronwyn gritó y, por puro reflejo, sacó el brazo por la ventanilla abierta y le asestó un puñetazo tan fuerte al altavoz que lo arrancó de cuajo. El cacharro cayó, abollado y silencioso.

—Bronwyn, ¿qué haces? —grité—. Solo nos estaba tomando el pedido.

—Perdón. —Se encogió en el asiento—. Me he asustado.

—No se te puede llevar a ninguna parte —la regañó Enoch.

En circunstancias normales, habría abandonado la escena como alma que lleva el diablo, pero las circunstancias no eran normales, así que retiré el pie del freno y avancé despacio hasta la ventanilla de recogida, donde el chico del delantal anaranjado seguía hablando por el micro de sus auriculares.

—¿Hola? ¿Me oyes?

Hablaba muy despacio y tenía los ojos enrojecidos y adormilados. Parecía colocado.

—Eh —lo llamé—. El altavoz, ejem, no funciona.

Él emitió un soplando de contrariedad entre los labios fruncidos.

—Vaaaaale —dijo, y abrió la ventanilla—. ¿Qué queréis?

Millard tomó la palabra.

—¿Qué nos recomiendas?

—Pero ¿qué estás haciendo? —cuchicheó Emma, enfadada.

El chico frunció el ceño y miró al asiento trasero.

—¿Quién ha dicho eso?

—Yo —respondió Millard—. Soy invisible. Perdona, tendría que haberte avisado.

—¡Millard! —exclamó Bronwyn—. ¿Eres bobo o qué?

Sin embargo, el chaval no dio muestras de estar asustado.

—Ah, vale —asintió—. ¿En vuestro lugar? El menú número dos, sin duda.

—Pues prepáranos el menú número dos, por favor —dijo Millard.

—¡Y cinco hamburguesas, por favor! —gritó Enoch desde el asiento trasero—. Con todo. Y papas fritas.

—No tenemos papas fritas —informó el empleado.

—Se refiere a patatas fritas —aclaré yo.

El chico me cobró, pagué y se retiró a la cocina para preparar el pedido. Regresó al cabo de un rato y me tendió una pesada bolsa de papel que ya empezaba a transparentar por las manchas de aceite. Desplegué el borde superior y miré. Contenía un montón de hamburguesas, una montaña de patatas fritas y unas cuantas servilletas. Repartí la comida entre mis amigos y, al fondo de la bolsa, atisé un pequeño sobre blanco. Parecía de buena calidad y estaba lacrado con cera roja.

—¿Qué es esto? —pregunté, a la vez que lo extraía para mostrarlo a los

demás.

Emma se encogió de hombros.

—¿Vendrá con el menú?

Circulé hasta la zona de estacionamiento, aparqué y abrí el sobre. Encendí la luz interior para leerlo mientras todos se acercaban a mirar. Dentro del sobre había otra servilleta, esta con algo escrito. Mecnografiado. La pringosa servilleta indicaba:

Sujeto desubicado objeto de persecución, en grave peligro.

Misión: proteger y rescatar.

Se sugiere entregar al bucle 10044.

Se aconseja precaución extrema.

Nada más. No constaba el nombre del peculiar desubicado. Tampoco especificaba la situación del bucle 10044. Sin embargo, en el dorso de la servilleta se indicaban unas coordenadas.

—Yo sé interpretar las coordenadas —se emocionó Millard—. El número de la longitud es negativo, lo que significa que está al oeste del meridiano de Greenwich...

—Es un instituto de secundaria de Brooklyn, Nueva York —lo interrumpí, levantando el móvil—. Las he introducido en la aplicación de mapas.

Sujeto desubicado objeto de persecución,
en grave peligro.

Misión: proteger y rescatar.

Se sugiere entregar al bucle 10044.

Se aconseja precaución extrema.



Millard carraspeó indignado.

—Ningún dispositivo electrónico puede reemplazar a un cartógrafo de verdad.

—Tenemos una misión y sabemos a dónde nos dirigimos —lo cortó Emma—. Lo único que no sabemos es el nombre del peculiar que buscamos.

—Puede que H tampoco lo sepa —adivinó Bronwyn— y que averiguarlo sea parte de la misión.

—O lo han omitido por seguridad —añadió Enoch—. No van a ir por ahí escribiendo los nombres de peculiares desubicados en servilletas que podrían caer en manos de, pongamos, un cocinero de hamburguesas.

—Yo creo que es algo más que un cocinero —opinó Millard—. Oye, Jacob, ¿te importa volver a la ventanilla?

Arranqué el coche, rodeé el pequeño edificio y me interné nuevamente en el carril del autoservicio. Cuando abrió la ventanilla, el chaval parecía irritado.

—Uuuuf. Hola.

Millard se asomó.

—Perdona que te molestemos otra vez, muchacho. Te agradeceríamos mucho que nos preparases el menú número tres.

El chico tecleó el pedido en el aceitoso teclado y me cobró diez con cincuenta dólares. Mientras estaba pagando, Bronwyn se inclinó hacia la ventanilla abierta y dijo:

—¿Conoces a H? ¿Eres un cazador de huecos? ¿Qué sitio es este?

Él me devolvió el cambio comportándose como si no la hubiera oído.

—¡Eh! —lo llamó Bronwyn.

El chico dio media vuelta para encaminarse a la cocina.

—No creo que esté autorizado a responder esa clase de preguntas —le dije a mi amiga.

Pasado un ratito, regresó y depositó una bolsa pringosa en la repisa. Aterrizó con un fuerte golpe.

—Que paséis una buena noche —se despidió, y cerró la ventanilla.

Yo recogí la bolsa, cuyo peso me sorprendió, y desplegué el borde. Nada salvo patatas fritas y aros de cebolla. Ni siquiera un menú, pensé, al mismo tiempo que le tendía el paquete a Millard y abandonaba el aparcamiento para regresar a la autopista. El camino a Brooklyn era largo y quería avanzar lo máximo posible antes de que la hora punta convirtiera las vías principales en

un inmenso estacionamiento.

Diez minutos más tarde, mientras zumbábamos por la interestatal 95, Millard acabó de zamparse todo el contenido de la bolsa. Soltó una carcajada y yo giré la cabeza para mirar. Extrajo algo pesado con forma de huevo.

—¿Qué es? —pregunté.

—El menú número tres, al parecer. Patatas fritas y una granada de mano.

Bronwyn chilló y se refugió detrás de mi asiento.

Por lo visto, OK Burger era algo más que un puesto de mensajería. Ocultaba un depósito de armas peculiar. Me pregunté cuántos de los puestos secretos de mi abuelo serían parecidos a ese, ocultos a plena vista. (También me pregunté qué precio tendría el menú número uno).

Soltando risitas, Millard se pasaba de una mano a otra la aceitosa granada.

—Vaya, hablaban en serio al decir que aquí consigues más por el mismo dinero.



Seguí conduciendo, picoteando mi ración con una mano mientras mis amigos devoraban las suyas. Sus cuerpos adolescentes, que ahora envejecían por primera vez en muchos años, parecían insaciables en ocasiones. Cuando terminaron se sumieron en un profundo sopor; todos menos Emma, que ahora viajaba a mi lado en el asiento del copiloto. Me dijo que no quería dormir si yo no podía.

Apenas intercambiamos palabra a lo largo de una hora. Busqué emisoras de radio con el volumen al mínimo mientras ella observaba el oscuro mundo que discurría al otro lado de la ventanilla. Habíamos recorrido la mitad del territorio de Virginia cuando un alba pálida y gris empezó a teñir el cielo. El silencio entre nosotros se me antojaba una losa en el pecho. Yo llevaba los últimos ochenta kilómetros hablándole mentalmente y ya no lo soportaba más.

—Tenemos que...

—Jacob, yo...

Ninguno de los dos había pronunciado palabra en todo ese rato y ahora hablábamos al mismo tiempo. Giramos las cabezas al unísono, sorprendidos de nuestra extraña sincronización.

—Empieza tú —le dije.

Ella negó con la cabeza.

—Tú.

Miré de reojo el espejo retrovisor. Bronwyn y Enoch dormían como troncos. Millard emitía suaves ronquidos.

—No lo has olvidado. —No pretendía ser tan brusco, pero llevaba mucho rato intentando tragarme las palabras que tenía en la punta de la lengua y tuve que escupirlas—. No lo has olvidado. Y no es justo para mí.

Ella me miró con atención, conmocionada, con los labios apretados. Como si quisiera decirme algo pero no se atreviera.

—Cada vez que alguien menciona su nombre —proseguí— das un respingo. Desde que supimos que uno de los cazahuecos era una chica, estás como ausente. Te comportas como si te hubiera engañado. Y no precisamente hace años y años.

—Tú no lo entiendes —replicó con voz queda—. No podrías.

Ahora me ardía la cara. Yo solo había pretendido que reconociese su extraña conducta y se disculpase, pero esto nos llevaba a otra cosa. A algo peor.

—Lo he intentado —seguí hablando—. Me digo que no debo hacer caso, que soy demasiado susceptible, que necesitas espacio porque estás atravesando un momento muy duro y extraño. Pero tenemos que hablar de ello.

—Dudo mucho que quieras saber lo que estoy pensando ahora mismo —respondió Emma.

—Si no lo podemos hablar, esto no va a funcionar.

Agachó la mirada un momento. Circulábamos junto a una fábrica cuyas chimeneas gemelas escupían sendas columnas de humo. Entonces dijo:

—¿Alguna vez has querido tanto a alguien que te sentías enfermo de amor?

—Te quiero —dije—. Pero no estoy enfermo de amor.

Ella asintió.

—Me alegro. Y espero que nunca sientas eso, porque es horrible.

—¿Y tú lo has sentido? —quise saber.

Afirmó con la cabeza.

—Por Abe. Sobre todo después de que se marchara.

—Hum.

Intenté que mi expresión no me delatara, pero me dolía.

—Lo pasé mal. Viví obsesionada con él unos cuantos años. Creo que a él le sucedía lo mismo, al principio. Pero lo superó. En mi caso, la cosa no hizo sino empeorar.

—¿Y por qué crees que lo pasaste tan mal?

—Porque estaba atrapada en el bucle y él no. El mundo se reduce muchísimo cuando vives recluida durante años y años. No es bueno para la mente ni para el alma. Los problemas de cada día se te antojan inmensos. Y el deseo de estar con alguien, que en otras circunstancias se habría suavizado con el paso de los meses, acaba por devorarte. Durante un tiempo tuve tentaciones de escapar y reunirme con él en los Estados Unidos; aun sabiendo que correría un terrible peligro.

Traté de imaginar a Emma tal como era en aquel entonces. Sola y consumida por la añoranza, pendiente de las cartas que él le enviaba, cada vez más espaciadas, el mundo exterior un sueño lejano.

La fábrica cedió el paso a praderas onduladas. Los caballos pastaban entre el rocío de la mañana.

—¿Y por qué no lo intentaste? —quise saber. Emma no era de las personas que se acobardan ante un desafío, sobre todo si está relacionado con un ser querido.

—Porque temía que no tuviera tantas ganas de verme como yo a él —confesó—. Y me habría muerto de pena. Pero también porque habría sido cambiar un bucle por otro, una prisión por otra. Abe no estaba obligado a vivir en bucles. Yo habría tenido que buscar alguno en las inmediaciones, como un pájaro en una jaula, y luego quedarme esperando a que fuera a visitarme cuando tuviera tiempo. No estoy hecha para esa vida, para ser la esposa del capitán que mira el mar a diario, preocupada y siempre a la espera. Yo quiero ser la navegante, la que emprende el viaje.

—Y lo has conseguido —constaté—. Y ahora estás aquí, conmigo. ¿Por qué sigues obsesionada con mi abuelo?

Ella negó con la cabeza.

—Lo dices como si fuera muy fácil. Pero no es sencillo desconectar de algo que has sentido a lo largo de cincuenta años. Cincuenta años de añoranza, dolor y rabia.

—Tienes razón, no lo puedo imaginar. Pero pensaba que ya habíamos superado esa fase. Pensaba que ya estaba hablado.

—Sí —reconoció ella—. Y yo también creía que lo habíamos dejado atrás.

No te habría dicho lo que te dije de no ser así. Es que... no sabía hasta qué punto me iba a afectar el hecho de estar aquí. Todo lo que hacemos, los sitios a los que vamos... Tengo la sensación de que su fantasma acecha en cada esquina. Y esa vieja herida que yo creía cerrada se abre, una vez y otra y otra.

—Por piedad —nos interrumpió Enoch desde el asiento trasero—, ¿podéis acabar de romper para que pueda volver a dormirme?

—Pero ¿no estabas durmiendo? —exclamó Emma.

—¿Cómo voy a dormir si no paráis de lloriquear?

—¡Y no estamos rompiendo! —añadí yo.

—¿Ah, no? Me habré confundido.

Emma hizo una bola con una bolsa de patatas fritas y se la tiró.

—¡Busca un bosque y piérdete!

El río con malicia antes de cerrar los ojos. Puede que se dispusiera a dormir o puede que no. En cualquier caso, había quebrado la sensación de privacidad. Así que seguimos viajando sin más, y en lugar de hablar le tendí la mano, y Emma me dio la suya, y nuestras manos se estrecharon con torpeza debajo del cambio de marchas, los dedos entrelazados y aferrados con fuerza, como si ambos tuviéramos miedo de soltarnos.

Yo no dejaba de dar vueltas a las palabras de Emma. Una parte de mí le agradecía que se hubiera sincerado, pero otra parte mayor habría preferido que se hubiera guardado su revelación para sí. Desde el principio, yo siempre había escuchado una vocecilla interior que me susurraba, en los momentos sombríos: «Lo quería más a él». Pero me las arreglaba para acallarla, para ahogarla. Y ahora Emma acababa de entregarle un megáfono. Y nunca lo reconocería delante de ella, porque entonces sabría que ese miedo ya existía de antes, que yo era inseguro, y eso solo serviría para darle más fuerza a la voz. Así que me aferré a su mano y seguí conduciendo.

Sí, claro, presumiendo del coche molón de tu abuelo, me chinchaba la vocecilla. Para cumplir una misión que él te dejó en legado. ¿Qué pretendes demostrar?

Que era una persona capacitada y necesaria, y que merecía el mismo respeto que él.

Yo había dicho que no quería la vida de mi abuelo, y era verdad. Deseaba una vida propia. Pero también quería inspirar en los demás lo mismo que él inspiraba. Y al reconocerlo, me daba cuenta de hasta qué punto mi anhelo resultaba patético. Sin embargo, rendirme y dar media vuelta habría sido aún

más patético si cabe. Mi única alternativa, pensaba yo, era triunfar en esta misión por todo lo alto, conseguir el respeto de los demás, dejar atrás la alargada sombra de mi abuelo de una vez y conquistar a la chica, no un eco del afecto que sentía por Abe, sino a ella, hasta la última molécula de su ser.

Era todo un reto. Pero esta vez, al menos, el destino del reino peculiar no estaba en juego. Tan solo mi relación y mi amor propio.

Ja.

Y entonces Enoch, que en realidad no estaba durmiendo, dijo:

—Cuando hayas roto con Emma, ¿me podré sentar delante? Las piernazas de Bronwyn me están aplastando.

—Lo voy a matar —juró Emma—. Voy a cometer un asesinato.

Enoch se echó hacia delante. Llevándose una mano al corazón, fingió estar impresionado.

—Ay, Dios mío. No lo vas a hacer, ¿verdad, Jacob?

—Métete en tus malditos asuntos —le espeté.

—Espabila, tío. La chica sigue enamorada de tu abuelo.

—No sabes lo que dices —replicó Emma en un tono tan alto que despertó a Bronwyn y a Millard.

—Entonces ¿a quién le dijiste «te quiero» ayer por teléfono, si no era a Abe?

—¿Qué? —exclamé, girando el cuerpo en el asiento para encararme con Emma—. ¿Qué teléfono?

Ella traspasaba su regazo con la mirada.

—El que había en la parte trasera de la gasolinera de 1965 —continuó Enoch—. Ups... No se lo dijiste, ¿me equivoco?

—Era una conversación privada —musitó Emma.

Estábamos pasando por una salida y giré el volante en el último momento para abandonar la autopista.

—¡Hala! —gritó Bronwyn—. ¡Que nos vas a matar!

Paré a un lado de la carretera, aparqué, bajé del coche y me alejé sin mirar atrás. Había un paso elevado de la autopista allí cerca y me interné en las sombras de debajo abriéndome paso entre un montón de basura arrojada desde los coches. El ruido era ensordecedor.

—Debería habértelo dicho.

Era Emma, que se acercaba por detrás.

Seguí caminando. Me siguió.

—Perdona, Jacob. Lo siento mucho. Tenía que oír su voz por última vez.

Había hablado con mi abuelo, en el pasado, con una versión suya atrapada en el tiempo, con el Abe de los días en que solo era un hombre de mediana edad.

—¿Y crees que a mí no me gustaría hablar con él? ¿Cada día?

—Sabes que no es lo mismo.

—Tienes razón, no lo es. Era tu novio. Lo amabas. Pero a mí ese hombre me crio. Significaba más para mí que mi propio padre. Y le quería más que tú. —Hablabla a gritos, para hacerme oír por encima del rugido del tráfico—. Así que no tienes derecho a hacer eso. No tienes derecho a llamar a Abe en secreto cuando yo me muero por hablar con él. No puedes decirme que no entiendo lo que significa echar de menos a alguien o estar enfadado porque te dejó y porque no te reveló sus secretos. Porque sé perfectamente lo que se siente.

—Jacob, yo...

—Y no tienes derecho a decirme que me quieres ni que vamos a estar juntos, ni a coquetear conmigo y ser mona, dulce, fuerte, increíble y todas las cosas maravillosas que eres si luego te vas a dedicar a echarlo de menos y decirle que lo amas a mis espaldas.

—Me estaba despidiendo. Nada más.

—Pero me lo ocultaste. Eso es lo peor.

—Pensaba contártelo —me aseguró—, pero siempre había gente a nuestro alrededor.

—¿Cómo voy a creerte?

—Quería hacerlo. De verdad. El secreto me estaba reconcomiendo por dentro. Pero no sabía cómo.

—Solo tienes que decir: «¡Todavía estoy enamorada de él! ¡No puedo quitármelo de la cabeza! Tú solo eres un triste remedo de tu abuelo, pero me conformaré contigo si no hay más remedio».

Agrandó los ojos.

—No, no, no. No digas eso. No es eso lo que siento por ti. Para nada.

—Pues lo parece. ¿No fue por eso por lo que quisiste acompañarme a esta misión?

—¿Qué? —exclamó, ahora a voz en grito—. Pero ¿qué estás diciendo?

—¿No estás haciendo realidad una vieja fantasía? ¿Tratando de resarcirte por haberte quedado al margen todos esos años? Ahora por fin tienes la

ocasión de acompañar a Abe en una misión... o algo muy parecido.

—¡No es justo que me digas eso!

—¿Ah, no?

—¡NO! —gritó Emma, que se apartó en el instante en que una pequeña bola de fuego escapaba de sus puños cerrados y salpicaba el suelo, donde prendió unos cuantos envases de comida rápida y un mugriento jersey.

Se volvió hacia mí nuevamente, despacio.

—No ha sido por eso. —Ahora hablaba con serenidad—. Te he acompañado porque sé que esto significa mucho para ti. Porque quería ayudarte. No ha tenido nada que ver con él, en absoluto.

—La hierba está ardiendo.

Corrimos a pisotearla y, cuando hubimos apagado el fuego —los tobillos y los zapatos salpicados de tierra— dijo:

—Debería haber seguido mi instinto. Me decía que no viniera a Florida. Que nunca fuera a los sitios donde vivió Abe. Se parecería demasiado a perseguir a su fantasma.

—¿Y es eso lo que estás haciendo?

Tardó un momento en contestar, como si lo estuviera meditando a fondo.

—No —respondió por fin.

—A veces tengo la sensación de que yo sí.

Su rostro se transformó. Me miró con renovada franqueza y apertura y, por primera vez en varios minutos, mostró un atisbo de vulnerabilidad.

—No persigues su fantasma —declaró—. Has tomado su relevo.

Empecé a esbozar una sonrisa, pero me reprimí. Quise abrazarla y sin embargo dejé las manos en los bolsillos. Todavía estaba enfadado y no quería fingir lo contrario. Un momento de entendimiento mutuo no podía arreglar lo que había pasado.

—Si quieres que me marche, dilo —me invitó—. Volveré al Acre. Tengo un montón de trabajo que hacer allí.

Negué con la cabeza.

—No. Pero no quiero que nos mintamos. Sobre lo que somos o lo que estamos haciendo.

—Vale. —Se cruzó de brazos con aire inquisitivo—. ¿Y qué somos?

—Somos amigos.

Se me cayó el alma a los pies cuando lo dije. No obstante, me parecía adecuado y verdadero. Nuestros sentimientos mutuos estaban

descompensados y mi única opción era retirarme. Nos quedamos allí plantados un rato, entre oleadas de ruido procedente del tráfico, sin saber muy bien qué hacer. Y entonces Emma me rodeó con los brazos y me pidió perdón.

No le devolví el abrazo.

Me soltó y echó a andar hacia el coche sin mí.



Los demás tenían hambre, así que compramos café y bocadillos para desayunar en un restaurante con autoservicio y volvimos a la carretera. Emma todavía viajaba a mi lado, pero estuvimos largo rato sin dirigirnos la palabra. El resto del grupo ignoraba lo que había pasado entre nosotros, pero notaban que algo iba mal, e incluso Enoch fue lo bastante listo como para no volver a mencionar el asunto.

Emma y yo habíamos acordado, sin necesidad de expresarlo en voz alta, no volver a hablar de nuestros asuntos personales delante de los demás. No discutiríamos. Nos comportaríamos con profesionalidad. Sacaríamos adelante la misión. Y, cuando todo hubiera terminado, puede que pasáramos un tiempo separados.

Yo procuraba no pensar en ello. Intentaba sumirme en el ritmo de la carretera. Sin embargo, la herida seguía ahí, palpitando justo por encima del umbral de mi capacidad de distracción, tan dolorosa como para no poder ignorarla.

Fuimos llegando a las grandes ciudades de la costa este. La primera, Washington D. C. Uno de los mapas que Abe y yo habíamos confeccionado en mi infancia abarcaba esta parte del corredor noreste y sus crípticas indicaciones estaban por todas partes. Algunas carreteras del mapa aparecían sombreadas mientras que otras estaban remarcadas con líneas paralelas. Había nubes de símbolos alrededor de cada población: pirámides trazadas con líneas de puntos, una espiral en el interior de un triángulo. Saltaba a la vista que todas las señales correspondían a lugares que Abe, H y otros cazadores consideraban importantes, pero no teníamos modo de saber si indicaban ayuda o peligro.

Según viajábamos por el cinturón de Washington D. C., nos acercamos mucho a un punto marcado con uno de esos extraños símbolos y nos

planteamos si parar a echar un vistazo.

—Podría ser una casa segura —dijo Millard—. O una guarida de asesinos. Imposible saberlo.

—Todas esas marcas podrían señalar distintos bucles —sugirió Bronwyn.

—O distintas novias —soltó Enoch.

Emma le lanzó una mirada asesina.

Y entonces mi teléfono sonó. Tardé un momento en rescatarlo de debajo de capas de servilletas y patatas fritas frías que se amontonaban en el salpicadero.

La pantalla indicaba «yo»; alguien llamaba desde la línea fija de mi casa.

—¡Responde! —me apremió Bronwyn.

—No, no, no, no es una buena idea —repliqué, pensando que debía de ser miss Peregrine nuevamente. Intenté cambiar el teléfono a modo silencio, pero al trastear respondí la llamada sin querer.

—¡Porras!

—¿Hola? ¿Jacob?

Era Horace, no miss Peregrine. Conecté el altavoz.

—¿Horace?

—Estamos todos aquí —dijo Millard.

—Uf, gracias a Dios —respiró Horace—. ¡Temía que estuvierais todos muertos!

—¿Cómo? —se sorprendió Emma—. ¿Por qué?

—Yo, eh..., da igual.

Había tenido un sueño, obviamente, pero no quería contarlo para no asustarnos.

—¿Son ellos? —oímos preguntar a Olive—. ¿Cuándo van a volver?

—¡Nunca! —gritó Enoch en dirección al teléfono.

—No le hagas caso —dijo Millard—. Ahora estamos en el coche. Volveremos lo antes posible. Dentro de unos cuantos días, a lo sumo.

Era una suposición, pero yo habría dicho lo mismo. ¿Cuánto podíamos tardar en dar con un peculiar en una escuela de secundaria, llevarlo a otra parte y volver a casa? Unos pocos días parecía la respuesta más lógica.

—Oídmeme —dijo Horace—. Miss P está hecha un basilisco. Hemos intentado cubriros todo el tiempo que hemos podido, pero a Claire se le ha escapado la verdad y ahora la directora está absolutamente furiosa. Se sube por las paredes.

—¿Por eso has llamado? —pregunté, sorprendido—. Ya sabíamos que se enfadaría.

—Hazme un favor —pidió Horace—. Si te pregunta, dile que nosotros nos opusimos a la idea y no nos hicisteis caso.

—Será mejor que volváis enseguida —añadió Olive.

—No podemos —dijo Bronwyn—. Nos han encomendado una misión.

—Cuando sepa lo que hemos estado haciendo, estoy seguro de que lo entenderá —añadió Millard.

—Yo no lo tendría tan claro —le advirtió Olive—. Se pone de un color raro cuando vuestros nombres salen a relucir.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—Por ahí, buscándoos —respondió otra voz—. Soy Hugh, por cierto.

Los imaginé a todos apiñados alrededor del auricular en el dormitorio de mis padres, escuchando con las cabezas juntas.

—Hola, Hugh —lo saludó Emma—. ¿Por dónde nos está buscando miss P?

—No lo ha dicho. Nos ha ordenado que nos quedáramos en casa bajo amenaza de castigarnos para siempre y luego se ha marchado volando.

—Castigaros... ¡y un cuerno! —resopló Enoch—. No podéis dejar que os trate como a niños pequeños.

—Para ti es fácil decirlo —replicó Hugh—. Tú te has largado a vivir aventuras mientras que nosotros estamos aquí encerrados con una tutora que echa chispas. Ayer nos echó un sermón de cuatro horas (que iba dirigido a vosotros) sobre la responsabilidad, el honor, la confianza y bla, bla, bla. Creí que me iba a estallar la cabeza.

—No todo es tan divertido, ¿sabes? —objetó Bronwyn—. Las aventuras son terribles. No hemos dormido ni nos hemos duchado ni comido como Dios manda desde que nos marchamos, por poco nos disparan en Florida y Enoch empieza a oler a perro mojado.

Este la miró con desdén.

—Al menos yo no parezco uno.

—Aun así es mejor que estar aquí atrapado —fue la respuesta de Horace—. Da igual; por favor, llevad cuidado y regresad sanos y salvos. Y ya sé que esto os va a sonar raro, pero mientras estéis por ahí viviendo aventuras, recordad: restaurantes chinos, bien; cocina continental, mal.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Emma.

—¿Y qué es la cocina continental? —añadí yo.

—Forma parte de un sueño que tuve —respondió Horace—. Solo sé que es importante.

Prometimos recordarlo y, tras eso, Horace y Olive se despidieron. Antes de que cortáramos la llamada, Hugh preguntó si habíamos sabido algo de Fiona en el transcurso de nuestros viajes.

Avergonzado, miré a Emma, que parecía tan abochornada como yo.

—Todavía no —dijo Emma—. Pero seguiremos preguntando, Hugh. Por todas partes.

—Vale —asintió él con voz queda—. Gracias. —Y colgó.

Dejé el teléfono sobre el salpicadero. Emma se volvió hacia el asiento trasero con expresión compungida.

—No me mires así —le espetó Enoch—. Fiona era una chica maravillosa y buena. Pero está muerta y, si Hugh no puede aceptarlo, no es culpa nuestra.

—Deberíamos haber preguntado por ella —se lamentó Bronwyn—. Podríamos haber indagado en el hotel Flamingo y en Portal...

—Preguntaremos de ahora en adelante —decidí yo—. Y si resulta que de verdad ha muerto, al menos habremos cumplido con Hugh.

—De acuerdo —respondió Emma.

—De acuerdo —asintió Bronwyn.

—Vale —dijo Enoch.

—¿Comentamos el plan? —propuso Millard, que era único para cambiar de tema cuando el ambiente se tornaba demasiado emotivo.

—Magnífica idea —respondió Enoch—. Ni siquiera sabía que tuviéramos uno.

—El plan es ir a un colegio —le explicó Bronwyn— a buscar a un peculiar que está en peligro y ayudarlo.

—Ah, claro. Se me había olvidado, tenemos un plan excelente y muy detallado. ¿En qué estaría yo pensando?

—Ahora ya capto el sarcasmo —dijo Bronwyn—. Y estás siendo sarcástico. ¿Verdad?

—¡Qué va! —respondió Enoch con el doble de sarcasmo—. Será coser y cantar. Entramos en ese instituto que no conocemos de nada y vamos por ahí preguntando a todo el mundo: «A ver, chicos, ¿alguno de vosotros conoce a algún alumno peculiar? ¿Alguien de por aquí ha dado muestras de poseer una habilidad extraña últimamente?». Y, antes o después, daremos con la persona

que buscamos.

Bronwyn negaba con la cabeza.

—Enoch, ese plan no nos lleva a ninguna parte.

—Está siendo sarcástico —le sopló Millard.

—¡Pero si has dicho que no! —le reprochó ella, molesta.

La hora punta de la mañana empezaba a congestionar la autopista. Un semirremolque se colocó delante y me obligó a reducir a toda prisa, justo antes de que expulsara una nube de humo negro sobre mi coche. Millard y yo empezamos a toser. Cerré la ventanilla.

—¿Y a dónde tenemos que llevar a ese peculiar, exactamente? —preguntó Enoch.

Emma desplegó la hoja de instrucciones.

—Bucle diez mil cuarenta y cuatro —leyó.

—¿Y eso dónde está? —quiso saber Bronwyn.

—Todavía no lo sabemos —reconoció Emma.

Bronwyn enterró la cara en las manos.

—Ay, esto no va a salir bien, ¿verdad? Y miss Peregrine nunca nos perdonará, y todo habrá sido para nada.

Hacía un momento estaba convencida de que las cosas irían como la seda y, de golpe y porrazo, había perdido toda esperanza.

—Te estás agobiando —le dijo Emma—. Las tareas importantes siempre parecen inabarcables si intentas tener controlado cada pequeño detalle de antemano. Tenemos que proceder paso a paso.

—Igual que dice el refrán —apuntó Millard—. El que habla de comerse a un oso torvo.

—Qué asco —protestó Bronwyn, todavía sin levantar la cara.

—Solo es una metáfora. Nadie se come a los osos torvos en realidad.

—Apuesto a que algunas personas sí —opinó Enoch—. ¿Creéis que los asarán o se los comerán crudos?

—Cállate ya —le espetó Emma—. Bocado a bocado, así se comen. Así que concentrémonos en el próximo bocado y luego ya pensaremos en el siguiente. Ahora toca buscar al peculiar. Más tarde ya nos preocuparemos por el bucle. ¿Vale?

Bronwyn alzó la cabeza y miró a Emma entre los dedos.

—¿Podemos usar otra metáfora?

Emma rio con ganas.

—Claro.

Después de un rato de atascos, el tráfico empezó a aligerarse. Al poco la carretera estaba despejada otra vez y avanzamos raudos hacia Filadelfia y después a Nueva York, donde tantas incógnitas nos aguardaban. Se hizo un silencio, según contemplábamos el siguiente bocado.



TRECE

Había protagonizado un montón de locuras ese verano, pero conducir por Nueva York por primera vez se contaba entre las más intensas. Estaba inmerso en un estresante enredo de coches que pitaban y cambiaban de carril, túneles asfixiantes y puentes vertiginosos. Mis amigos me gritaban para avisarme de un peligro por aquí y una amenaza por allá mientras yo me aferraba con fuerza al volante y chorreaba sudor por la espalda. No sé ni cómo, después de que nos libráramos por los pelos de varias colisiones y de tomar innumerables desvíos equivocados, la impávida voz del móvil nos dejó a una manzana de nuestro destino: el Instituto J. Edgar Hoover. No conocía nada bien la geografía de Nueva York —únicamente había estado allí una vez, en un viaje que hice con mis padres siendo niño—, pero el instituto Hoover no estaba cerca de ningún monumento que hubiera visto en la tele o en las películas. Esto era Brooklyn, no Manhattan, y ni siquiera uno de los barrios hípster de Brooklyn de los que había oído hablar. Estábamos en una versión de las afueras más sórdida y poblada, con casas más pequeñas y viejas que se apretujaban entre sí e interminables filas de coches junto al bordillo de las calles.

Encontramos la escuela con relativa facilidad. Se trataba de un enorme bloque achatado con paredes de ladrillo salpicadas de alguna que otra ventana, el tipo de edificio que podría hospedar una cárcel de baja seguridad, una planta de tratamiento de aguas o alguna otra institución, aunque en este caso albergaba unos cuantos miles de mentes jóvenes e influenciables. En otras palabras, se parecía mucho al instituto al que yo asistía en Florida y la idea de entrar ahí me provocaba sudores fríos.

La tarde estaba avanzada. Aparcamos en la acera de enfrente y observamos el edificio desde el coche mientras nos preguntábamos qué hacer a continuación.

—¿Y qué, cómo va ese plan tan detallado? —preguntó Enoch.

—Yo me limitaría a entrar y dar una vuelta —propuso Millard—. A ver si alguien nos llama la atención.

—A este centro asisten miles de chicos y chicas —objeté yo—. Echar un

vistazo no bastará para encontrar al peculiar.

—No lo sabremos hasta que lo hayamos dormitado —dijo Millard, y bostezó—. Perdón, quería decir «intentado».

—Yo también estoy cansada —dijo Bronwyn—. Me cuesta pensar.

—Y a mí —convine.

Bronwyn me pasó el termo de café que nos había preparado Paul —seguía medio lleno aunque hacía rato que se había enfriado—, pero no me apeteció. Me sentía hiperactivo y agotado al mismo tiempo, y el café solo serviría para ponerme nervioso. Llevábamos más de veinticuatro horas de un lado a otro sin parar. Empezaba a desmoronarme.

Oímos un timbre escolar. Medio minuto más tarde, las puertas de la calle se abrieron de par en par y los alumnos comenzaron a fluir hacia el exterior. Pasados pocos segundos inundaban el patio.

—He aquí la ocasión que esperábamos —dijo Bronwyn—. ¿Os parece que alguno tiene un aspecto peculiar?

Un chico con un mohicano morado recorrió la acera, seguido de una chica con pantalones de tiro bajo y botas militares con estampado de cachemira, así como de otro centenar de chicas y chicos, cada cual con su propio estilo particular.

—Sí —fue la respuesta de Emma—. Todos.

—Es inútil lo mires como lo mires —sentenció Enoch—. Si la persona que estamos buscando sabe que corre peligro, tendrá miedo, y si tiene miedo tratará de pasar desapercibida y no destacar.

—Ah, en ese caso tenemos que buscar a alguien que parezca sospechosamente normal —dedujo Bronwyn—. Demasiado normal.

—No, idiota, me refiero a que no vamos a distinguirlo a simple vista. ¿Alguna otra idea?

Observamos el tropel de alumnos que desfilaba junto al coche durante un minuto más, pero pronto comprendimos que Enoch tenía razón. Era igual que buscar una aguja en un pajar.

—Tal vez deberíamos, no sé, preguntar a la gente —propuso Emma.

Enoch soltó una carcajada.

—«Sí, perdone, estamos buscando a alguien con poderes extraños o capacidades sobrenaturales. Quizá con una boca de más en la parte trasera de la cabeza».

—¿Sabéis quién podría decirnos cómo hacerlo? —se me ocurrió—. Abe.

Enoch puso los ojos en blanco.

—¿No te acuerdas de que murió?

—Pero nos dejó un manual. O lo más parecido a uno que vamos a tener.

Busqué debajo de las piernas de Emma y rescaté el libro de debajo del asiento.

—Es posible que hayas dado en el clavo —dijo Millard—. En el libro aparecen todas las misiones que H y Abe llevaron a cabo a lo largo de treinta y cinco años. Seguro que más de una vez se encontraron en situaciones como esta. Solo tenemos que averiguar cómo lo hacían.

—Y volveremos mañana, cuando hayamos descansado un poco —propuse. ¿Una aguja? Ahora mismo no sería capaz ni de encontrar el pajar.

—Excelente idea —asintió Emma—. Si no duermo un poco, voy a empezar a sufrir alucinaciones.

—¡Alguien se acerca! —cuchicheó Bronwyn.

Cuando miré por la ventanilla, vi a un hombre blanco y esbelto que se acercaba hacia el coche. Llevaba un polo negro por dentro de un pantalón de color beis, gafas de sol de espejo y un walkie-talkie en una mano. Parecía el típico jefe de estudios.

—¡Nombres! —ladró.

—Hola, ¿qué tal está? —le dije en tono tranquilo y amigable.

—¿Cómo os llamáis? —repitió con malas pulgas—. Enséñame tu permiso de conducir.

—No somos alumnos de este colegio, así que no tenemos por qué decírselo —replicó Bronwyn.

Enoch se llevó las manos a la cara con ademán desesperado.

—Será idiota.

El hombre se inclinó para echar un vistazo al coche y se acercó el walkie-talkie a los labios.

—Central, aquí perímetro. Tengo a mi lado a unos jóvenes desconocidos.

A continuación rodeó el coche para anotar el número de matrícula.

Arranqué y aceleré al mismo tiempo, lo que originó en el motor un gruñido tan tremendo que el hombre pegó un salto y trastabilló hacia atrás. (Se trataba de un truco que empezaba a dominar). Antes de que recuperara el equilibrio, yo ya me había despegado del bordillo.

—Me ha dado mala espina —comentó Bronwyn.

—Como casi todos los jefes de estudios —respondí yo.

Sin embargo, nada más decirlo, noté un retortijón en la barriga. Según doblaba la esquina y circulaba junto al lateral del instituto, apreté los dientes y me eché hacia delante. No quería que los demás se dieran cuenta.

Me pregunté si procedía de un espíritu hueco. ¿Sería ese el peligro que acechaba al peculiar desubicado?

Entonces el dolor cesó, tan súbitamente como había comenzado, y decidí que, de momento, me guardaría esos pensamientos para mí.



Buscamos un lugar donde relajarnos y echar un vistazo al fajo de postales que había traído de casa; las que Abe me había enviado desde los destinos de sus últimos viajes. Recordaba haber visto una de la zona de Nueva York y, tras alejarnos unos kilómetros de la escuela, aparqué el coche y la busqué en el montón. El anverso mostraba una foto muy anticuada y tremendamente anodina de una habitación de hotel. En el dorso aparecía el nombre del alojamiento, la dirección y una nota muy breve de Abe, con un matasellos de nueve años de antigüedad.



Bueno, aquí estoy, en las afueras de NY. Me parece que me quedaré
Unos días. Bonito, tranquilo, muchas comodidades. Y podré reunirme
Con mis viejos amigos. Si viajas a Nueva York, busca este hotel. Pide
La habitación 203.

Estoy deseando verte. Con amor, Abuelo.

—¿Veis algo raro en esta nota? —preguntó Millard.

—Es un poco inconexa —señaló Emma—. ¿Por qué se molesta en decir en
qué habitación se aloja?

—Es el código más sencillo que existe. Un acróstico.

—¿Un qué? —dije yo.

—Lee la primera letra de cada línea. ¿Qué dice?

Observé la nota con atención.

—B-U-C-L-E.

—Ay, la leche —exclamó Bronwyn, que se echó adelante para
comprobarlo.

—Te estaba dejando mensajes codificados —explicó Millard—. El bueno
de Abe, pendiente de ti incluso desde la tumba.

Negué con la cabeza, sorprendido, a la vez que examinaba la postal con
atención.

—Gracias, abuelo —dije con voz queda.

—Pero no hace falta que nos alojemos en bucles —señaló Emma—. No
estamos huyendo de los huecos ni corremos peligro de envejecer, y supondría
más un engorro que otra cosa.

—Sí, los bucles están llenos de gente rara —añadió Bronwyn—. Y no
quiero ser antipática, pero solo me apetece dormir.

—Pues yo creo que deberíamos echar un vistazo —opinó Millard—.
Tenemos que averiguar dónde se encuentra el bucle diez mil cuarenta y
cuatro y puede que alguno de los huéspedes nos lo sepa decir.

Enoch suspiró.

—Siempre y cuando haya camas... Tengo el cuello medio roto de intentar
dormir en el coche.

Yo también estaba a favor de la idea, así que emití el voto decisivo. Lo
hice sobre todo por curiosidad y porque me agradaba la sensación de estar
siguiendo los pasos de Abe. Así que atravesamos Brooklyn y cruzamos el

inmenso puente colgante de dos cubiertas que lleva a Staten Island. Pasados veinte minutos habíamos llegado a nuestro destino, un motel llamado The Falls. Era un edificio descuidado de dos plantas, con habitaciones que daban a una calle concurrida y un cartel que anunciaba: TV EN TODAS LAS HABITACIONES.

Entramos en la oficina y pedimos la habitación 203. El recepcionista, alto y desgarrado, estaba sentado con las piernas apoyadas en el escritorio. Llevaba un grueso jersey de lana aunque en la calle hacía calor. Bajó la revista que estaba leyendo y nos observó.

—¿Por qué queréis esa habitación?

—Nos la han recomendado especialmente —respondí.

Retiró los pies de la mesa.

—¿De qué clan sois?

—Pertenece al clan de miss Peregrine —dijo Bronwyn.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Entonces de ninguno.

—No parecéis de por aquí.

—¿Y no existen los hoteles para eso? —intervino Emma—. ¿Para alojar personas de fuera?

—Mirad, normalmente solo aceptamos clientes que pertenezcan a un clan, pero casi todas las habitaciones están vacías, así que haré una excepción. Pero antes necesito alguna prueba que os identifique.

—Claro —asentí, y me dispuse a sacar la cartera.

—No, no me refiero a eso —dijo—. Hablo de pruebas.

—Creo que está pidiendo pruebas de que somos peculiares —apuntó Millard. Levantó el tarjetero que había sobre el mostrador, lo hizo girar en el aire y volvió a dejarlo—. ¡Hola, soy invisible!

—Creo que con eso bastará —asintió el recepcionista—. ¿Qué tipo de habitación queréis?

—Nos da igual —respondió Enoch—. Solo queremos dormir.

El empleado ya estaba extrayendo una carpeta plastificada de debajo del mostrador. Dejándola sobre la superficie, la abrió y procedió a informarnos de las distintas opciones.

—A ver... Tenemos la habitación estándar, por supuesto; bonita pero austera. Sin embargo, somos famosos por nuestros alojamientos adecuados a clientes peculiares. Hay una habitación adaptada a las necesidades

gravitacionales especiales. —Pasó las páginas hasta encontrar una foto en la que aparecía una sonriente familia posando en una habitación cuyos muebles estaban clavados al techo—. A los flotantes les encanta. Pueden relajarse, cenar e incluso dormir cómodamente sin necesidad de prendas o cinturones lastrados.

Siguió buscando hasta encontrar la foto de una chica tendida en la cama con un lobo, ambos en camisón.

—Poseemos habitaciones aptas para mascotas, donde los animales peculiares de cualquier especie son bienvenidos, siempre y cuando estén amaestrados, no superen los cuarenta y cinco kilos y posean acreditación que los certifique como no letales.

Pasó varias páginas más para mostrarnos la foto de lo que parecía un acogedor búnker subterráneo.

—Y tenemos una sala especial para nuestros, ejem, huéspedes combustibles. —Le lanzó un vistazo a Emma—. Así nos aseguramos de que no incendian el edificio en sueños.

Emma se ofendió.

—Yo nunca entro en combustión espontánea. Y no tenemos mascotas, ni flotamos.

El recepcionista no había terminado.

—También contamos con una habitación repleta de un agradable suelo arcilloso, para los huéspedes con raíces o parcialmente muertos.

—¡No necesitamos habitaciones raras! —estalló Enoch—. Con una normal y corriente nos conformamos.

—Ustedes mismos. —El hombre cerró el libro—. Una habitación estándar. Pero antes necesito que me respondan unas pocas preguntas más.

Enoch gimió cuando el recepcionista sacó un formulario.

—¿Fumadores o no fumadores?

—Ninguno de nosotros fuma cigarrillos —dijo Bronwyn.

—No he preguntado por cigarrillos. ¿Emiten humo por alguna parte del cuerpo?

—No.

—No fumadores. —Marcó una casilla en el formulario—. ¿Individuales o dobles?

—Nos gustaría dormir juntos en la misma habitación —pidió Millard.

—No es eso lo que pregunto —aclaró el otro—. ¿Alguno de ustedes tiene

un doble? ¿*Doppelgängers*, réplicas, hermanos de espejo? Necesitamos un depósito extra y un documento con fotografía de cada uno.

—No tenemos dobles —respondí yo.

Marcó la casilla.

—¿Cuántos años se quedarán?

—¿Cuántos años?

—... Se quedarán.

—Solo una noche —dijo Emma.

—Tendrán que pagar un recargo —musitó al tiempo que marcaba el formulario. A continuación levantó la vista—. Por aquí.

Salió de la oficina con paso cansino. Lo seguimos por un sórdido pasillo exterior, azotado por el ruido del tráfico, a un lóbrego lavadero. Era la entrada de un bucle. Esta vez me percaté nada más entrar, así que estaba preparado para la sacudida. Cuando salimos por el otro lado, era de noche, hacía frío y reinaba un silencio absoluto. El recepcionista nos acompañó por el pasillo, que en esta versión del pasado estaba mucho más aseado.

—Aquí siempre es de noche. De ese modo nuestros huéspedes pueden dormir todo el tiempo que les apetezca.

Se detuvo ante una habitación y nos abrió la puerta.

—Si me necesitan para cualquier cosa, estoy al otro lado del lavadero, en el mismo despacho en el que me han encontrado. El hielo está al final del pasillo.

Se alejó mientras nosotros entrábamos en la habitación. Parecía idéntica a la que figuraba en la postal que me había enviado mi abuelo. Albergaba una gran cama, unas cortinas horribles, un grueso televisor de color naranja sobre un anaquel y paneles que imitaban pino en la pared. Los estampados y texturas contrastaban entre sí hasta crear una disonancia que casi parecía un ruido, un constante zumbido de fondo que resultaba vagamente inquietante. La habitación contaba también con un sofá plegable y un camastro doble, de modo que todo el mundo tenía un sitio donde dormir. Nos instalamos, nos pusimos cómodos y luego Millard y yo nos sentamos en el sofá plegable para echar un vistazo al libro de Abe.







—Abe y H emprendieron varias misiones semejantes a la nuestra —dijo Millard—. Nos vendría bien averiguar cómo afrontaron sus desafíos.

Afortunadamente, Millard había leído el tocho dos veces a lo largo del viaje, y estaba en posesión de una memoria fotográfica tan extraordinaria que recordaba casi al detalle partes enteras. Buscó un informe de principios de 1960. Abe y H tenían que rescatar a un niño peculiar en peligro en un municipio del saliente de Texas, pero no sabían en qué ciudad se encontraba.

—¿Y cómo empezaron a buscar? —preguntó Millard, mientras leía el informe con atención—. Mezclándose con la población y hablando con la gente. Al poco se enteraron de que había una feria ambulante en las inmediaciones, exactamente la clase de sitio, como ya sabéis, que escogería un peculiar para pasar desapercibido. La encontraron en las afueras de Amarillo y hallaron al niño peculiar escondido en un gigantesco paquidermo de cartón rodante que viajaba con la feria.

El informe incluía una foto del elefante, que era en verdad inmenso, más alto que una casa.

—¿Os lo podéis creer? —rio Millard—. ¡Un elefante troyano!

—Entonces ¿se limitaban a preguntar por ahí? —se extrañó Enoch, que lo había escuchado todo—. ¿Ese era su brillante trabajo de investigación?

—Un método detectivesco sencillo y directo —asintió Millard—. El mejor que hay.

—Vale —intervine yo—. ¿Y qué más hacían?

—¡Revisaban los periódicos! —dijo, presa de una extraña emoción—. Aquí, aquí. —Volvió varias páginas hasta encontrar el informe que estaba buscando—. Les hablaron de una mujer que se estaba volviendo invisible a marchas forzadas. Nadie había contactado con ella y, si se me permite aplicar al caso mi propia experiencia, casi con toda seguridad estaba aterrorizada. Abe tenía que dar con ella antes de que desapareciese del todo y llevarla al seno de algún clan peculiar dispuesto a acogerla; a poder ser de invisibles como ella. Sin embargo, se enfrentaba a una dificultad: la joven huía cada vez que intentaban contactar con ella.

—¿Y la encontraron gracias a los periódicos? —pregunté yo—. ¿Cómo?

—Dieron con su ubicación gracias a los titulares de la prensa amarilla. Ese tipo de prensa no siempre se puede tomar en serio, pero de tanto en tanto contiene alguna píldora de verdad. ¿Lo veis?

Giró la página y les enseñó la fotografía grapada a la parte trasera del

informe. Mostraba a un par de niños en la playa y un periódico arrugado entre la arena. El titular estaba borroso pero una parte se dejaba leer; algo acerca de una chica misteriosa que andaba desnuda por ahí.

—Gracias a ese artículo tan absurdo —prosiguió Millard—, lograron seguirle la pista hasta un pueblo costero de California y luego a una playa en particular. Las playas son fatales si eres invisible y quieres pasar desapercibido, porque las huellas en la arena te delatan. Pero gracias a eso pudieron acorralarla el tiempo suficiente como para presentarse y explicarle lo que le estaba pasando, y ella aceptó su oferta de ayuda.

—¿Y si no hay titulares que hagan referencia a nuestro sujeto? —preguntó Emma—. ¿Ni nada tan evidente como una feria en la ciudad?

—¿Y si tienes que buscarlo en un colegio de tres mil alumnos donde todos parecen peculiares? —añadió Enoch.

—En un caso como este, si Abe y H conocieran la ubicación pero no tuvieran ninguna otra pista por la que guiarse, se acercarían a la zona, se mezclarían con la gente y sencillamente esperarían a que el peculiar se delatase de algún modo.

—Una operación de vigilancia —dije—. Como en las películas.

—¿Y cuánto duran las operaciones de vigilancia? —quiso saber Bronwyn.

—Semanas, a veces más.

—¡Semanas! —exclamó Enoch—. ¡O más!

y dejó un horrible neador en que
solo podía ser un peculiar casi
nos desmayamos del pestazo...





—No vamos a tardar semanas —los tranquilicé—. Iremos al colegio. Hablaremos con los estudiantes. Preguntaremos por ahí. No tendréis que hacer nada más que relacionaros.

—Sí, será coser y cantar, gracias al curso intensivo de normalidad que nos has dado —dijo Enoch.

—¡Eso ha sido sarcasmo! —exclamó Bronwyn.

Enoch la señaló.

—Ya lo vas pillando.



De no haber estado agotado, me habría sentido tan raro durmiendo en el sofá plegable mientras Emma descansaba al otro lado de la habitación que habría pasado despierto la mitad de la noche, estoy seguro. La distancia que nos separaba se me antojaba antinatural y, en los escasos momentos de calma que disfrutábamos, ocupaba mi mente por entero. No obstante, me quedé frito en cuanto mi cabeza rozó la almohada y tuve la sensación de que apenas habían pasado unos minutos cuando abrí los ojos de nuevo y vi a Bronwyn inclinada sobre mí, sacudiéndome el hombro. Habían transcurrido ocho horas en un abrir y cerrar de ojos y, aunque apenas me había recuperado, ya era el momento de ponerse en marcha.

Las clases comenzarían en un par de horas y yo quería disponer del día entero para buscar. El único lujo que nos concedimos fue la ducha. Teníamos el pelo grasiento, las orejas y las uñas sucias de tierra. Cuando nos presentáramos ante esa persona, fuera quien fuese, lo haríamos como representantes de todo el pueblo peculiar. Acordamos que, como mínimo, debíamos ofrecer un aspecto digno, no el de un puñado de gente que ha dormido en un coche.

Yo fui el primero en ducharme, así que disponía de un tiempo de margen. Decidí revisar los diarios, como habían hecho Abe y H en el caso de la chica invisible. Ese tipo de cosas son más fáciles ahora, en la era de internet, si bien tendría que salir del bucle para poder usar el teléfono.

Plantado ante la máquina de hielo en el caluroso y ruidoso presente, hice una búsqueda rápida de artículos recientes que mencionaran el instituto de secundaria. Poco después encontré una noticia en el *Brooklyn Eagle*, con fecha de pocas semanas atrás. El titular decía: EXTRAÑOS CORTES DE LUZ

CONFUNDEN A LA COMPAÑÍA ELÉCTRICA Y PROVOCAN PÁNICO COLECTIVO EN EL INSTITUTO HOOVER. El artículo relataba que, en mitad de la jornada escolar, durante una presentación en el auditorio, el instituto se quedó sin luz. La súbita oscuridad que envolvió a ochocientos alumnos provocó tal caos que se produjo una estampida con heridos y todo.

Yo no acababa de entenderlo. ¿Desde cuándo un apagón es tan aterrador? En nuestro colegio, siendo Florida tan propensa a las tormentas eléctricas, sucede constantemente. Así que eché un vistazo a los comentarios, publicados por estudiantes del centro, y descubrí que el incidente no se había limitado a un apagón. Las luces de emergencia, alimentadas por un generador, habían fallado también. Y lo más extraño de todo, según el comentario de un alumno: «La linterna de mi móvil no funcionaba, ni la de nadie». Las luces volvieron al cabo de pocos minutos, pero el daño ya estaba hecho.

En mi opinión, el incidente sugería un fenómeno PEM —un pulso electromagnético— que hubiera inutilizado todos los aparatos eléctricos, incluidos los alimentados por batería. Sin embargo, otra parte de la historia no encajaba con la teoría. Ese mismo día, más tarde, se produjo una explosión en el baño de las chicas. Salvo que, a juzgar por los comentarios, no fue exactamente una explosión.

«Fue como si hubiera estallado una bomba luminosa —escribió alguien—. Las paredes estaban quemadas y eso, pero no había nada roto».

En otras palabras, no hubo daños provocados por la onda expansiva. De modo que no había estallado una bomba ni se había producido una explosión o incendio en el sentido tradicional. Entonces ¿qué había pasado?

Dos hombres recibieron heridas, ambos empleados de la escuela. La explosión se atribuía a una alumna, cuyo nombre no constaba en el diario, al tratarse de una menor. Había huido del escenario y la estaban buscando para interrogarla. ¿Qué hacían dos empleados varones en el baño de las chicas? El artículo no hacía conjeturas, pero alguien había comentado:

«¡PERRRRVERTDS!».

Regresé al bucle, entré en la habitación y les conté a los demás lo que había averiguado.

—Tiene toda la pinta de ser un incidente peculiar —sentenció Bronwyn.

Emma asomó por la puerta del baño, secándose el cabello con brío.

—Si lo es —comentó con voz vibrante por el movimiento—, supongo que

estamos buscando a alguien capaz de manipular la electricidad.

—O la luz —apostilló Millard.

—Entonces deberíamos empezar por interrogar a los estudiantes acerca de lo sucedido aquel día —dije—. Preguntarles qué recuerdan y quién estaba implicado. Los rumores vuelan en los institutos. Solo tenemos que hacer unos cuantos amigos y darles cuerda para que empiecen a largar.

Mientras me oía soltar mi discursito, comprendí que hacía aguas por todos lados. ¿Hacer unos cuantos amigos? Para hacer un solo amigo yo precisaría dos años de instituto.

—Es posible que alguien conozca la identidad de la sospechosa —razonó Bronwyn—. La que huyó tras el incendio del baño.

—Podríamos intentar acceder a las grabaciones de las cámaras de seguridad —propuso Enoch.

—Debe de tratarse de una peculiar poderosa, quienquiera que sea —opinó Emma.

—Ciertamente —dijo Millard. Iba vestido de la cabeza a los pies: pantalones formales, camisa y boina con visera—. Si alguien la persigue, será porque merece la pena capturarla. Así pues, sí, yo diría que es poderosa. Y peligrosa. Si sospecháis que habéis dado con ella, no la abordéis. Avisad a los demás y juntos decidiremos qué hacer a continuación.

—¿Por qué te has molestado en vestirte? —le pregunté—. Vamos a salir dentro de nada.

—A veces echo de menos la sensación de llevar ropa encima. Además, el roce acaba por suponer un problema.

—Pongamos que encontramos a esa persona —planteó Enoch—. Entonces ¿qué? Le decimos: «Vente con nosotros, que vamos a llevarte a un bucle temporal»?

—¿Por qué no? —dijo Bronwyn.

—¡Porque pensará que estamos locos!

—Nadie ha contactado nunca con ella, ¿recuerdas? —le expliqué a Bronwyn—. No sabe lo que es un bucle temporal, ni un peculiar, ni que hay más gente en el mundo con sus mismas características; nada.

Enoch, que acababa de calzarse sus zapatillas de suela gruesa, se puso de puntillas para probarlas.

—Uf, qué flexibles son.

—Jacob no sabía nada cuando contactamos con él y todo salió bien —

objetó Bronwyn.

—Pensaba que había perdido la cabeza —le recordé yo— y luego Emma me atacó y por poco me corta el cuello.

—¡Creía que eras un wight! —gritó ella desde el baño.

—Bueno, tuvisteis un comienzo accidentado —constató Bronwyn, encogiéndose de hombros—. ¡Pero ahora estáis enamorados!

Yo fingí estar ocupado trasteando con la mochila. Enoch y Millard pasaron por alto el comentario.

Bronwyn se quedó perpleja.

—¿Qué he dicho?

Emma salió del baño con el cabello rubio ceniza recogido en una coleta baja. Llevaba un jersey verde claro a juego con sus ojos y unos vaqueros oscuros que le sentaban, bueno, de maravilla, y que contrastaban con las Reebok. Experimenté una añoranza tan profunda y sostenida que tuve que desviar la vista.

Con un acento americano más o menos pasable, dijo:

—¡Eh, colegas! ¿Listos para hacer amigos?

Bronwyn le mostró los pulgares con entusiasmo.

—Lo vamos a flipar. —Hablaba con un acento fuerte y raro—. Qué guaaaaay, tíos.

Solo de oírla me rechinaron los dientes.

—Será mejor que hables con tu acento normal. Y nada de argot.

Hizo un puchero y apuntó con el pulgar hacia abajo.

—Qué bajón.



CATORCE



Llegamos al colegio justo antes de que sonara el timbre de entrada. Aparqué a varias manzanas de distancia para evitar que algún jefe de estudios quisquilloso nos molestara. Mientras caminábamos, presté mucha atención a mis tripas por si notaba algún calambre delator, pero no advertí nada.

Nos reunimos con el tropel de estudiantes que subían las escaleras de entrada y accedimos a un luminoso pasillo flanqueado de puertas y atestado de gente. Nos pegamos a la pared para que no nos aplastaran y nos quedamos allí, abrumados, mientras los chicos y las chicas circulaban a nuestro alrededor como un banco de peces.

Nos refugiamos en un aula vacía para charlar. Había carteles de Shakespeare y de James Joyce en la pared, y los pupitres estaban dispuestos en hileras. Recordé que Emma me había contado que nunca había asistido a la escuela. Ahora lo miraba todo con cierta melancolía.

—En circunstancias normales nunca propondría esto —dijo Millard—, pero creo que deberíamos separarnos. Llamaremos menos la atención que si vamos por ahí en manada, boquiabiertos.

—Y abarcaremos más terreno —asintió Emma.

—Pues está decidido.

Yo no tenía nada claro que estuvieran listos para andar a su aire por un instituto estadounidense actual, pero Millard tenía razón; no había más remedio que agarrar el toro por los cuernos. Bronwyn formó pareja con Enoch y ambos se ofrecieron voluntarios para observar las pistas de educación física y las zonas exteriores. Charlarían con los alumnos (pero no empleando el acento pseudoamericano de Bronwyn) con el fin de averiguar lo que pudieran. Al ser invisible, Millard no podía hablar con nadie, así que se colaría en las oficinas.

—Si hubo un incidente tan importante como para salir publicado en los diarios —dijo—, seguro que encuentro otros menores en los archivos.

—También es posible que conste algún aviso o expediente de esa persona —sugirió Emma.

—O un informe psiquiátrico —añadí yo—. Si acaso intentó explicar lo que

estaba pasando, la enviarían a la enfermería para una evaluación mental.

—Bien pensado —aprobó Millard.

Así pues, Emma y yo no teníamos más remedio que formar pareja. Propuse que acudiéramos a la cafetería, que siempre es un hervidero de cotilleos, y ella dio su aprobación.

—¿Seguro que todo irá bien? —les pregunté a mis amigos antes de separarnos—. ¿Os acordaréis de no hablar de 1940 ni usar vuestras habilidades?

—Sí, Portman, lo tenemos controlado —prometió Enoch a la vez que me dirigía un gesto de despedida—. Tú preocúpate por lo tuyo.

—Quedamos en la puerta de esta misma aula dentro de una hora —dije—. Si algo va mal, pulsad una alarma de incendios y corred a la entrada principal. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondieron todos menos Millard.

—¿Millard? —preguntó Emma—. ¿Dónde estás?

Se dejó oír un portazo. Ya se había marchado.



Hacía tiempo que las cafeterías escolares ocupaban los primeros puestos entre los lugares que más detesto del mundo. Son ruidosas, feas, apestan y están llenas —como lo estaba esa— de grupillos de adolescentes inquietos enzarzados en una complicada danza social cuyos pasos yo nunca he llegado a desentrañar. Y pese a todo ahí estaba yo, plantado contra una deslucida pared de linóleo junto a Emma, después de haberme ofrecido voluntario para pasar una hora entera en uno de esos comedores. Me imaginé, como hacía con frecuencia en mi propio instituto, que era un antropólogo entregado a observar los rituales de una cultura extranjera. Emma parecía estar en su elemento a pesar de que el recinto estaba repleto de personas décadas más jóvenes que ella. Su postura no revelaba la menor tensión. Escudriñó la cafetería con aire relajado.

Propuso que nos uniéramos a la cola y luego nos sentáramos a desayunar.

—Para integrarnos —dije—. Muy lista.

—Porque tengo hambre.

—Vale.

Nos sumamos a la fila y, según avanzamos despacio, varias camareras con

redecillas en la cabeza nos llenaron las bandejas de huevos revueltos que parecían de goma, cucharadas de una plasta marrón que pasaba por salchichas, y cartones de leche con cacao. Emma reculó una pizca, pero lo aceptó sin protestar. Recogimos las bandejas y procedimos a rodear el comedor en busca de asientos libres, y fue en ese momento cuando mi plan de «charlemos con la gente a ver qué pasa» empezó a parecerme absurdo. ¿Qué pretendía, ponerme a hablar con cualquiera al azar? «Por cierto, ¿has notado algo raro últimamente?» En la cafetería, todo el mundo iba a su bola. Charlaban unos con otros en grupos cerrados de amigos que se conocían de siempre.

—Hola, ¿os importa que nos sentemos aquí? Yo soy Emma; él es Jacob.

Emma se había parado delante de una mesa. Cuatro caras perplejas nos miraron de hito en hito: una chica rubia en cuya bandeja solo había una manzana, otra que llevaba un gorro de lana sobre el cabello teñido de rosa y dos chicos con pinta de deportistas, ambos con gorras de béisbol y bandejas rebosantes de comida.

Pelo Rosa se encogió de hombros y dijo:

—Claro.

—Karen —se presentó la chica de la manzana sin demasiado entusiasmo, pero luego se desplazó para que yo me pudiera sentar.

Dejamos las bandejas sobre la mesa y nos acomodamos. De los cuatro, tres nos miraban como si fuéramos bichos raros, pero Emma no se dio por aludida. Se lanzó sin más.

—Somos nuevos y nos han dicho por ahí que esta escuela es rara y tal.

Parecía prácticamente norteamericana, pero no del todo; y se dieron cuenta.

—¿De dónde sois? —preguntó Pelo Rosa.

—De Inglaterra y Gales, por ahí.

—Gálax, qué guay —soltó uno de los chicos—. Yo soy de constelación. Y él es de meteoro.

—Es un país, melón —dijo Pelo Rosa—. Está cerca de Inglaterra.

—Bah. —Chico Gorra número uno hizo rodar el cuello—. No me digas.

—Somos estudiantes de intercambio —añadí yo.

Manzana enarcó una ceja.

—Tú no pareces extranjero.

—Soy canadiense.

Me dispuse a hundir el tenedor en la pasta marrón, pero me lo pensé mejor.

—Ya lo creo que esta escuela es rara —dijo Pelo Rosa—. Sobre todo últimamente.

—¿Qué pasó en el auditorio? —pregunté—. ¿Hubo un corte de luz o algo así?

—Qué va. —El más callado de los dos chicos negó con la cabeza—. Ese fue el rollo que les contó el centro a nuestros padres.

Manzana lo señaló con un gesto de la cabeza.

—Jon estaba allí. Piensa que el colegio está, o sea, encantado y tal.

—No es verdad. Pero no me trago el cuento del corte de luz. Están ocultando algo.

—¿Como qué? —lo azucé.

Clavó la vista en su bandeja. Revolvió la pasta marrón.

—No le gusta hablar de eso —susurró Pelo Rosa—. Cree que la gente lo tomará por loco.

—Cállate —le espetó su amiga. Se volvió a mirar a Jon—. A mí no me lo has contado.

—Venga ya, tío —intervino el otro—. ¿Se lo cuentas a Karen y a nosotros no?

Jon levantó las manos en ademán de rendición.

—Vale, vale. Y, o sea, no digo que fuera eso lo que pasó, ¿vale? Yo solo digo lo que parecía.

Todos lo mirábamos con expresión expectante. Inspiró hondo.

—Estaba superoscuro. No funcionaban los teléfonos ni las linternas. Dijeron que se trataba de un problema eléctrico. Pero hay una puerta en el auditorio que da al exterior. ¿Sabéis cuál digo, la que lleva al aparcamiento?

—Eché el cuerpo hacia delante y bajó la voz—. Alguien la abrió. Pero no entró luz ni nada. Y hacía sol aquel día.

—¿Qué? —preguntó la chica de la manzana—. No lo pillo.

—Fue como... —Bajó la voz aún más si cabe—. Como si la oscuridad se tragara la luz.

Yo estaba a punto de sacar a colación la extraña explosión que se produjo en el baño aquel mismo día, cuando noté unos golpecitos secos en el hombro. Cuando me volví a mirar, vi al hombre con pinta de jefe de estudios que nos había abordado el día anterior. Iba acompañado de una mujer de pelo corto y gélidos ojos azules en el ceñudo semblante.

—Perdonen —dijo el hombre—. Ustedes dos, acompáñenme, por favor.
Emma levantó una mano y les dio la espalda.

—Márchense, estamos en mitad de una conversación.
Nuestros compañeros de mesa la miraron admirados.

—Qué fuerte —susurró Pelo Rosa.

—No era una petición.

La mujer de los ojos fríos agarró a Emma por el hombro.

Ella se retorció para zafarse.

—¡No me toque!

Y entonces las cosas se pusieron feas. Tuve la sensación de que la cafetería al completo estaba pendiente de nosotros. La mujer intentó agarrar a Emma con ambas manos y el hombre me asió por el brazo. Le lancé al tipo la bandeja de comida a la cara y, cuando me soltó sorprendido, me levanté de la mesa deprisa y corriendo. Emma, por su parte, debió de quemar a la mujer, que gritó y se apartó dando un bote. Mientras tanto, nosotros ya habíamos echado a correr, juntos, hacia la salida más cercana. La mujer estaba fuera de juego, pero el hombre nos perseguía pidiendo a gritos que alguien nos atrapara. Unos cuantos lo intentaron, pero los esquivamos. Y entonces, allí delante, seis jugadores de baloncesto bloquearon la salida.

Nos detuvimos a poca distancia y les plantamos cara.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Nos abrimos paso a fuego limpio —respondió Emma, pero le sujeté las manos antes de que pudiera levantarlas.

—No —le susurré. Veía los móviles de la gente enfocándonos. Estaban grabando la escena—. No delante de todo el colegio.

Me resigné a dejarme capturar y empecé a discurrir excusas para salir de esa, pero entonces las puertas se abrieron por detrás de los jugadores. Un montón de chicas entraron chillando como posesas. Y cuando digo chillando no exagero; las caras contorsionadas de horror, lágrimas corriendo por sus mejillas. En ese momento la atención de los deportistas, el supuesto jefe de estudios y todo el comedor al completo se desvió hacia ellas. Yo ni siquiera me paré a preguntarme la razón de tantos gritos; me limité a dar gracias al cielo de que hubiera sucedido. Emma y yo nos colamos entre los jugadores de baloncesto y salimos por las puertas abiertas.

No paramos de correr hasta llegar al pasillo, donde miramos a un lado y a otro mientras tratábamos de recordar dónde estaba la entrada del colegio. En

ese momento avisté la imagen más estrambótica del mundo.

Varios gatos se apresuraban hacia nosotros.

Rezumaban algo húmedo y se movían a trompicones, de un modo nada felino, y entonces oí las carcajadas de Enoch y los gritos de Bronwyn, que le chillaba según lo perseguía al exterior del laboratorio de ciencias que había allí cerca. El chico se partía de risa.

—¡Lo siento! ¡No he podido resistirme!

Cuando los gatos pasaron renqueando junto a mis piernas, un fuerte tufo me invadió la nariz: formol.

—¡Enoch, eres idiota! —le gritaba Bronwyn—. ¡Lo has estropeado todo!

Enoch había propiciado sin saberlo la única distracción tan poderosa como para permitirnos la huida: un grupo de gatos zombi.

—Nunca creí que diría esto —respiró Emma—, pero doy gracias a los pájaros por la existencia de este pirado.

Los chillidos de la cantina empezaban a decaer. La gente que nos perseguía no tardaría mucho en reaccionar.

—Ya le daremos las gracias más tarde —dije antes de correr hacia la pared para disparar la alarma de incendios.



—¿Los has convertido en zombis?

Emma intentaba mostrarse enfadada, pero se le escapaba la risa. Nos encontrábamos en el patio, camuflados de momento entre la muchedumbre de alumnos evacuados.

—Me ha dado pena dejar a esos gatos ahí muertos —se justificó Enoch—. Los iban a rebanar.

—Con fines científicos —puntualizó Bronwyn.

—Claro. —Enoch dibujó unas comillas en el aire—. «Científicos».

—Pero ¿no teníais que estar en las pistas deportivas? —señalé.

—Nadie quería hablar con nosotros —replicó Enoch.

—Contigo, dirás —lo corrigió Bronwyn—. Se aburría y se ha ido a dar un paseo por ahí.

—Y me han llegado los deliciosos efluvios de los líquidos de embalsamar a través de una ventana y no he podido evitarlo.

Me entraron arcadas.

—Por suerte para vosotros, he podido enterarme de algo mientras él jugaba con animales muertos —dijo Bronwyn—. He hablado con un joven muy servicial que estaba en el colegio cuando se declaró el incendio en el baño. Me ha dicho que se oyó una especie de estallido y luego brilló un fogonazo. Al momento vio a una chica corriendo por el pasillo, perseguida por una pareja de adultos.

—¿Y qué aspecto tenían? —pregunté.

—Era una chica de piel oscura y cabello largo y negro. Los adultos tenían quemaduras en la piel y sus ropas desprendían humo. Y estaban muy enfadados.

—¿La atraparon? —quise saber.

—No. Escapó.

—¿Cómo se llamaba? —seguí preguntando.

Bronwyn negó con la cabeza.

—No lo sé.

Noté un fuerte tirón en la manga.

—¡Aquí estáis! —Era Millard, que hablaba en susurros porque nos encontrábamos entre un montón de normales—. Os he buscado por todas partes. Ha sido complicadísimo. Algún memo ha disparado la alarma de incendios.

—Hemos sido nosotros —le dijo Emma—. Teníamos que salir de ahí.

—Aún no lo hemos conseguido —observé yo. En varios puntos del patio y de las escaleras frontales había individuos con camisetas tipo polo y pinta de oficinistas escudriñando el gentío. Sin duda nos estaban buscando.

La alarma dejó de sonar y una voz pidió por megafonía que todo el mundo volviera a clase.

—Salgamos —propuse—. Ahora que aún podemos escondernos entre la gente.

—Dividíos —ordenó Emma. Señaló a la acera de enfrente—. Nos reuniremos allí, detrás de esos coches.

Nos separamos, abandonamos el patio a toda prisa, cruzamos la calle y nos reagrupamos detrás de los coches aparcados que Emma había señalado. Los otros se acuclillaron mientras yo hacía guardia de pie por si aparecía algún adulto vestido con un polo.

—Escuchad —empezó Emma—. Jacob y yo también hemos averiguado algo.

—Y yo —intervino Millard—. No he tenido suerte con los archivos y los expedientes, pero he podido charlar con una joven muy agradable en la secretaría...

—¿Has hablado con alguien? —me horroricé—. ¿Acaso os trae sin cuidado que nos pillen?

—Soy muchísimo más sofisticado de lo que ninguno de vosotros parece pensar —se ofendió Millard—. No hace falta que os pongáis frenéticos, la verdad.

—Bueno, has hablado con alguien —dijo Bronwyn.

—¡Sí! Con una jovencita encantadora que, por lo que parece, conoce al sujeto... y sabe dónde encontrarla.

—Vale, ¿dónde? —preguntó Emma.

—No he querido presionarla. El sujeto es amiga suya. Sabe que está en peligro y, como es natural, desea protegerla. Empezaba a ganarme su confianza cuando ha sonado la dichosa alarma de incendios.

—Pues vuelve a entrar y termina de ganarte su confianza —le soltó Enoch.

—Hemos acordado vernos más tarde. No se sentía del todo cómoda hablando del asunto en el recinto del colegio, de todos modos.

—No me puedo creer que hayas hablado con alguien —resopló Emma, sacudiendo la cabeza.

—Nadie me ha visto, os lo aseguro —replicó Millard en tono digno—. ¿Acaso nadie tiene fe en el viejo Nullings?

La chica había accedido a reunirse con Millard en una cafetería al salir de clase. Teníamos unas cuantas horas de margen, así que regresamos al coche dando un paseo y nos sentamos dentro para decidir qué hacer a continuación. Bronwyn quería visitar la ciudad.

—¡Estamos en Nueva York! ¡Deberíamos ver la Estatua de la Libertad! ¡Y hacer un poco de turismo!

—Estamos de servicio —repliqué yo—. Ni hablar.

—¿Por qué? ¿Acaso los cazadores de huecos nunca se divierten cuando están de servicio?

—Si lo hacían —respondió Millard—, nunca lo mencionaron en el libro de registro.

Bronwyn se cruzó de brazos, enfurruñada. Me daba igual. Aunque tuviéramos tiempo para ir a ver la Estatua de la Libertad, yo no estaría en condiciones de disfrutarla. Bronwyn tenía facilidad para compartimentar

experiencias y dejar los asuntos estresantes a un lado, pero a mí me preocupaba demasiado encontrar a la chica y convencerla de que aceptara nuestra ayuda. Y aunque pudiéramos hacer las dos cosas, seguíamos sin saber dónde estaba el bucle diez mil cuarenta y cuatro. Entendía el empeño de guardar la información en secreto, escribirla en código y todo eso, pero ojalá, solo por esta vez, H me hubiera dicho qué hacer y a dónde acudir en inglés normal y corriente.

—¿Qué creéis que significa el número del bucle? —pregunté.

Seguíamos sentados en el coche, tratando de decidir el siguiente movimiento.

—Puede que en Estados Unidos todos los bucles estén numerados —discurrió Enoch—. De ser así, solo necesitamos un listín.

—Estaría bien, pero no lo tenemos —respondí—. Lo único que tenemos son los documentos que me traje de casa.

Los rescaté de la bolsa de deporte y los demás me ayudaron a examinarlos por si habíamos pasado algo por alto. Buscamos el número 10044 en los mapas dibujados a mano, en las postales de Abe y en todas las páginas del libro de registro. Al cabo de una hora, yo empezaba a bizquear y abundaban los bostezos. Si bien la noche anterior habíamos dormido ocho horas, el sueño apenas había disminuido nuestro cansancio. Me dormí con el cuaderno en el regazo y la cabeza sobre el volante.

Desperté con tortícolis oyendo a Bronwyn gritarle a Enoch:

—Ahora me tendrás que lavar la ropa. ¡Es asqueroso!

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, pude olerlo por mí mismo: formol. Había estado demasiado cansado para reparar en él, pero Enoch apestaba a formaldehído y ahora que llevábamos unas horas encerrados en el coche con él, nosotros también.

—Tenemos que encontrar un servicio donde podáis lavaros y cambiaros de ropa —sugirió Millard. Parecía aterrado.

Habíamos dormido un par de horas y apenas si nos quedaba margen antes de reunirnos con el contacto de Millard. Me dijo el nombre de la cafetería. La busqué en mi teléfono.

—Está a un kilómetro y medio de aquí —lo tranquilicé—. Hay tiempo de sobra.

—Eso espero —replicó—. ¡La primera impresión es la que cuenta!

—Caray, debe de gustarte mucho —observó Enoch—. ¿Te preocupa oler

mal? Eso es casi amor.

Arranqué y despegué el coche del bordillo. Solo entonces, cuando estaba a punto de internarme en una calle transitada, Millard comentó como si nada:

—Por cierto, mientras dormíais he deducido la ubicación del bucle diez mil cuarenta y cuatro.

—¿Cómo dices? —exclamé—. ¿De verdad?

Me mostró una de las postales de Abe. Apenas puede echarle un vistazo, pero el anverso mostraba la ilustración de un enorme puente que discurría sobre un río y una isla alargada, que parecía aún más angosta que Cayo Needle. Cuando paramos en un semáforo, aproveché para fijarme mejor. La inscripción de la parte superior decía: Puente Queensboro e isla Blackwell, Nueva York.

—«Isla Blackwell» —leí en voz alta—. Nunca la he oído nombrar.

—Lee el dorso.

Millard dio la vuelta a la postal.

Procedí a leer en voz alta la nota de mi abuelo, pero Millard dijo:

—No, aquí. El matasellos, Jacob.

El matasellos estaba un tanto borroso e incompleto, pero se distinguía la fecha —doce años atrás— y un número al fondo del pequeño círculo negro.

10044.

—Porras —dije.

Les tendí la postal a mis amigos del asiento trasero, que la reclamaban a gritos. Con una mano en el volante y la otra en el teléfono, busqué el número 10044. Al momento apareció un mapa: una línea roja dibujada alrededor de una isla alargada que se extendía en medio del río Este, entre Manhattan y Queens.

El número del bucle no era un código secreto, para nada. Se trataba de un código postal.



Recorrimos el resto del trayecto a la cafetería con las ventanillas bajadas para airear el coche y eliminar el olor a formaldehído. Luego nos refrescamos en el baño de un restaurante de comida rápida. Millard se lavó de la cabeza a los pies con agua del grifo y jabón de manos del dispensador, y cuando se juzgó lo bastante presentable —un gesto que me pareció curioso, habida cuenta de

su condición— entramos en el café. Era un local oscuro y acogedor semejante a un salón casero, decorado con viejos sofás, guirnaldas de luces colgadas entre las vigas y una barra a un extremo donde chirriaba un molinillo de café. El bar estaba casi vacío y reparé en la chica casi al instante, sentada a una mesa del rincón. Llevaba el cabello, largo y ondulado, cubierto con una boina negra y vestía pantalones militares. Una bohemia, pensé. Rodeaba con las manos un gigantesco café al mismo tiempo que escuchaba algo en el teléfono a través de un único auricular de botón. Cuando cruzamos la puerta, inclinó la cabeza en nuestra dirección.

Precedidos de Millard, nos acercamos a la mesa.

—¿Lilly?

—Millard —dijo, y alzó la vista, pero no del todo.

—Estos son mis amigos —dijo él—. Los jóvenes de los que te hablaba.

Intercambiamos saludos y nos sentamos. Yo intentaba averiguar por qué no parecía alarmada ante esa voz que surgía de la nada.

—¿Qué estás escuchando? —le preguntó Millard.

—Compruébalo tú mismo.

El segundo auricular, que yacía sobre la mesa, salió flotando cuando Millard se lo insertó en el oído. Mientras mi amigo escuchaba la música, dos cosas me llamaron la atención: el fino bastón blanco que descansaba contra la silla de la joven y los ojos de Lilly, que nunca llegaban a posarse en nuestras caras.

Emma me pegó un codazo e intercambiamos miradas de sorpresa.

—Nos prometió que nadie lo había visto —murmuró.

—¡Ahh! —exclamó Millard en un tono que denotaba una expresión extasiada—. Hacía años que no oía esta pieza. *Segovia*, ¿verdad?

—¡Muy bien! —dijo Lilly.

—Esta —continuó Millard— es una de las piezas musicales más exquisitas que se han compuesto jamás.

—Esto de conocer a otro fanático de la guitarra clásica no me pasa todos los días. La gente de mi edad no sabe lo que es la música de verdad.

—Tampoco a mí. Y tengo noventa y siete.

PUENTE QUEENSBORO E ISLA BLACKWELL, NUEVA YORK.



Emma reconvino a Millard con la mirada y articuló con los labios: «¿POR QUÉ?».

Lilly soltó una risita y pasó los dedos por la frente de Millard.

—Tienes la piel muy tersa para ser nonagenario.

—El cuerpo es joven, pero el alma...

—Entiendo perfectamente a qué te refieres.

Yo empezaba a tener la sensación de estar de carabina en una cita romántica.

—Eh —soltó Enoch, medio gritando—. Estás ciega.

Al oírlo, Lilly prorrumpió en carcajadas.

—Esto... Sí.

—¡Cállate, Enoch! —lo regañó Bronwyn.

—¡Millard, qué pillo eres! —exclamó Enoch entre risas.

—Permite que me disculpe —dijo Millard—. Enoch sufre un problema cerebral. Todo lo que le pasa por la cabeza sale al momento de sus labios.

—¿Todo bien, Lil? —gritó el camarero.

Lilly le hizo una señal con el pulgar.

—Todo bien, Ricko.

—Te conocen bien —observé yo.

—Es prácticamente mi segundo hogar —asintió Lilly—. Actúo cada jueves por la noche. Pop y jazz. No *Segovia*. —Señaló con un gesto la funda de guitarra que había dejado allí cerca y se encogió de hombros—. El mundo aún no está preparado, supongo. —Su expresión se transformó súbitamente. Se endureció una pizca, como si acabara de recordar algo desagradable—. Me ha dicho Millard que estáis buscando a alguien.

—Estamos buscando a la chica que..., que quemó a los dos hombres —dijo Bronwyn.

El semblante de Lilly se descompuso.

—La atacaron. Lo hizo en defensa propia.

—No pretendía decir lo contrario.

—Vaya forma de defenderse —intervino Enoch.

—Merecían algo peor —replicó Lilly.

—¿Nos puedes decir dónde está? —preguntó Emma.

Nuestras preguntas la estaban incomodando.

—¿Por qué os interesa tanto Noor? Ni siquiera la conocéis.

Noor. Se llamaba Noor.

—Podemos ayudarla —dijo Bronwyn.

—No sé si te creo, pero eso no responde mi pregunta.

—Entendemos más o menos lo que le está pasando —intervine, con la esperanza de poder acercarme a la verdad sin tener que revelarla toda.

—Vale. —Lilly tomó un sorbo de café. Luego lo removió—. ¿Qué le está pasando?

Intercambié una mirada con Emma. ¿Cuánto podíamos contarle? Aun si podíamos confiar en Lilly, ¿hasta dónde sería capaz de creer?

—Le está pasando algo que no entiende —apuntó Bronwyn.

—Y que no puede compartir con sus padres —añadí yo.

—Padres de acogida —me corrigió Lilly.

—Puede que esté afectando a su cuerpo —dijo Emma—. Que lo esté transformando.

—Podría haber personas vigilándola —prosiguió Millard—. Personas que no conoce. Y eso es aterrador.

—Me estáis describiendo la experiencia de casi todas las adolescentes —observó ella.

—Y —continué yo, a la vez que me inclinaba hacia ella y bajaba la voz— puede hacer cosas que otras personas no pueden hacer. Cosas que parecen imposibles.

—Peligrosas. Poderosas —apostilló Millard.

Lilly guardó silencio un instante. A continuación dijo, en un tono sumamente quedo:

—Sí.

—Sabemos cómo se siente porque nosotros hemos experimentado lo mismo —le explicó Emma—. Cada cual a su manera.

Y a continuación le relatamos, uno a uno, nuestras peculiaridades. Ella nos escuchó en silencio, asintiendo, sin apenas intervenir. No parecía asustada. No salió corriendo.

Millard fue el último en hablar. Percibí sus resistencias. Saltaba a la vista que la chica le gustaba y no quería renunciar a la fantasía que había estado acariciando a lo largo de las últimas horas, la misma según la cual él era un tipo corriente que quizá tuviese alguna posibilidad con ella.

—Y yo, querida mía... —Había llegado el turno de Millard—. Lamento informarte de que, bueno, al igual que mis amigos aquí presentes, no soy del todo normal...

Enoch sacudió la cabeza de lado a lado.

—Uf, esto duele.

—No pasa nada, Millard —dijo Lilly—. Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Eres invisible.

Yo no podía ver la expresión de Millard, pero sí adivinarla: los ojos como platos, la boca abierta de par en par.

—¿Cómo..., cómo lo has...?

—No soy totalmente ciega —respondió ella—. Muchos invidentes conservan una parte de la visión. Yo todavía tengo un diez por ciento, más o menos. No lo suficiente para ir por ahí sin el bastón, pero de sobra para saber si una voz surge de la nada. Reconozco que al principio he pensado que había perdido un tornillo, pero cuando me has preguntado por Noor, todo ha empezado a cobrar sentido.

—Ni siquiera sé qué decir —fue la respuesta de Millard.

—Sabía que Noor no podía ser la única.

—Querida, ¿por qué no has dicho nada? —quiso saber él.

—Me preguntaba si me lo contarías. —Lilly sonrió—. Me alegro de que lo hayas hecho.

—Me siento tan bobo —se lamentó Millard—. Espero que no me consideres un sinvergüenza.

—En absoluto —dijo ella—. Tienes que ser cuidadoso, lo entiendo. Pero yo también. —Bajó la voz—. No sois las únicas personas que la están buscando, ¿sabéis?

—¿Quién más la busca? —me interesé—. ¿La policía?

—No. No sabría decirte quiénes son. Han estado en su casa y en el colegio preguntando por ella.

—¿Qué aspecto tienen? —quise saber.

—Está ciega —me recordó Enoch.

—Sí, no dejas de señalarlo —replicó Lilly—. Eran las mismas personas que fueron a buscarla al colegio, después del incidente con las luces del auditorio. La acorralaron en el baño y ella tuvo que defenderse.

Al momento acudieron a mi mente el tipo que parecía un jefe de estudios y su compañera de ojos gélidos. ¿Sería posible que fueran peculiares? ¿O wights, tal vez?

—Noor dice que conducen un monovolumen con las ventanillas tintadas

—prosiguió Lilly—. Actúan como figuras de autoridad. Policías, trabajadores sociales, profesores. Ya no puede confiar en los adultos. —Lilly parecía apenada—. Es la persona más fuerte que conozco. Y nunca la he visto tan asustada.

—Nos han enviado aquí para ayudarla —dijo Emma—. Se supone que debemos protegerla de esas personas.

—Bueno, me habéis dicho las cosas que sois capaces de hacer —constató la chica—. Pero ¿quiénes sois?

—Somos los niños peculiares de miss Peregrine —fue la respuesta de Bronwyn.

—¿Sabéis qué? —intervino Enoch—. No sé si podemos seguir llamándonos así.

—Aún no sabemos cómo nos llamamos —reconoció—. Pero mi abuelo formaba parte de... una especie de FBI para gente como nosotros. Y hemos tomado el relevo.

—Originales —propuso Lilly—. La original... liga de la defensa.

—Las siglas se leen OLD —observó Emma—. Antiguo, en inglés.

—¿Acaba de inventar un nombre para nosotros? —se maravilló Bronwyn—. ¿Sobre la marcha?

—Me gusta —dijo Millard.

—Pues claro que te gusta —le espetó Enoch.

—Si no podemos encontrar a tu amiga y ayudarla, no precisaremos ningún nombre chulo —observó Emma—. Volveremos al Acre y pasaremos castigados el resto de nuestra vida natural.

—¿Nos la puedes presentar? —pedí yo.

—Está escondida —dijo Lilly—. Pero puedo enviarle un mensaje para preguntarle si os quiere conocer.

En ese momento, a través del escaparate del café, vi un monovolumen con las ventanillas tintadas que circulaba con suma lentitud. Llevaba la del copiloto entreabierta y atisbé en el interior a un tipo con gafas de espejo que escudriñaba la zona.

—Será mejor que nos marchemos —anuncié—. ¿Hay una puerta trasera?

—Os la enseñaré, pero primero tengo que enviarle un mensaje a Noor —dijo Lilly—. Y eso significa dictárselo en voz alta a la aplicación que lo convierte en texto. Teniendo en cuenta el asunto del mensaje, será mejor que lo haga en privado.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Millard, a la vez que empujaba la silla para levantarse.

Un cliente sentado a otra mesa nos miró con atención.

—Millard, vigila —le susurré—. La gente se está dando cuenta.

Lilly se levantó.

—Gracias, pero no hace falta. —Eché a andar, despacio pero con seguridad, hacia los servicios que había al fondo de la cafetería.

Cuando ya no pudo oírnos, Millard soltó un suspiro largo y melancólico.

—Compañeros —anunció—. Me parece que estoy enamorado.



QUINCE

Cuando Lilly salió del aseo al cabo de un ratito, Millard corrió a ofrecerle el brazo. Ella lo aceptó —sutilmente, para no llamar la atención de los demás clientes— y al llegar a la mesa anunció:

—Vale, ha accedido a reunirse con vosotros.

—Genial —exclamé—. ¿Dónde?

—Tendré que mostraros el camino. Soy la única que sabe llegar a su escondite.

No atinaba a imaginar a qué se refería, pero su respuesta me intrigó. Seguimos a Lilly a una puerta que daba a un callejón situado detrás de la cafetería. Con el máximo sigilo, doblé la esquina en dirección a nuestro coche —no había ningún monovolumen negro a la vista— y circulé hasta el callejón para recogerlos a todos. Se amontonaron en el interior. Millard insistió en que Lilly se sentara delante. Ella nos proporcionó una dirección que no estaba lejos de allí.

Según avanzábamos, el aspecto del vecindario cambió. Las casas se tornaron más viejas, más feas, hasta que desaparecieron por completo para ser reemplazadas por viejos almacenes y destartalados edificios industriales. Advertí por el espejo retrovisor que cierto turismo gris llevaba un rato siguiéndonos. Doblé una esquina sin previo aviso y luego tres más en rápida sucesión. Tras eso, el coche desapareció.

La dirección que Lilly nos había dado nos llevó a una hilera de naves de ladrillo. Al final de la manzana había un edificio de cinco o seis plantas, todavía en construcción. La planta baja estaba rodeada de vallas y la mitad superior no era más que una estructura sin ventanas. Pasé de largo y aparqué en una calle adyacente.

Antes de alejarnos del coche, eché mano de mi bolsa de deporte y guardé deprisa y corriendo unos cuantos objetos básicos. Una linterna. El libro de registro de Abe (pesaba mucho, pero la idea de dejarlo me emparanoiaba). Y cierto artículo en forma de pera procedente de un menú de comida rápida que había guardado en el fondo de la guantera. (Estando de servicio, uno nunca sabe cuándo va a necesitar ese tipo de cosas). Me colgué la bolsa cruzada a la

espalda y, cerrando el maletero, me volví hacia los demás.

—Listo.

—¿Cómo entramos? —preguntó Emma.

—Hay una entrada oculta —dijo Lilly—. Seguidme.

Y nos pusimos en marcha, apurados por momentos para seguir el paso de Lilly, que avanzaba como una flecha precedida del golpeteo de su bastón.

—Tienes muy claro a dónde vas, ¿no? —observó Millard.

—Sí —respondió Lilly—. Nos reunimos aquí de vez en cuando, Noor y yo. Cuando necesitamos estar lejos de la gente.

—¿De quién? —pregunté.

—Ya sabes. De los padres. De los padres de acogida de Noor, sobre todo.

—Hizo un comentario entre dientes que no alcancé a oír. En ese momento dobló la esquina y, ayudándose con su bastón, bajó por el callejón que formaban un almacén y el edificio en construcción. A mitad del callejón redujo la marcha y procedió a palpar la valla de madera con la mano. Al llegar a un tablón en particular, se detuvo.

—Aquí. —Empujó el tablón, que al inclinarse reveló una entrada a la obra—. Después de vosotros.

—¿De verdad quedáis aquí? —preguntó Bronwyn.

—Es totalmente seguro —afirmó Lilly—. Ni siquiera los vagabundos saben cómo entrar.

La obra parecía el proyecto de algún turbio promotor, iniciada una década atrás para ser abandonada cuando el dinero se le acabó. Se encontraba en un estado de inacabada decadencia, vieja y nueva al mismo tiempo.

Lilly echó mano de su teléfono, tocó algo y dijo, como si hablara por un micro:

—Vamos a subir.

La aplicación transformó la frase en un mensaje de texto y la envió.

Al poco llegó la respuesta, que su teléfono leyó en alto con una voz robótica:

—Deteneos al llegar a la galería y esperad. Quiero ver qué pinta tienen.

Era Noor. Nuestra peculiar. Estábamos cerca.

Seguíamos a Lilly entre los andamios cuando mi teléfono empezó a zumbar en el bolsillo. Eché una ojeada a la pantalla.

Número desconocido. Normalmente habría ignorado la llamada, pero una vocecilla interior me dijo que no lo hiciera.

—Enseguida voy —les dije a los demás.

Di media vuelta, me escabullí hacia la zona de los materiales y respondí.

—Soy H.

Todo mi cuerpo entró en tensión.

—¿Dónde se había metido? Pensaba que le veríamos al salir de Portal.

—No hay tiempo para explicaciones. Mira, hay que abortar la misión.

Pensé que no lo había escuchado bien.

—¿Qué?

—Abortar. Cancelar. Ya me has oído.

—¿Por qué? Todo está saliendo según lo...

—Las circunstancias han cambiado. No hace falta que conozcas los detalles. Volved a casa cuanto antes. Todos.

Noté cómo la rabia se apoderaba de mí. Después de todo lo que habíamos logrado. No me lo podía creer.

—¿Es por algo que hemos hecho? ¿Hemos metido la pata?

—No, no. Mira, hijo, corréis un gran peligro. Haz lo que te digo. Olvida la misión. Volved a casa.

Ahora aferraba el teléfono con tanta fuerza que me temblaba la mano. No habíamos llegado tan lejos para abandonar.

—Estoy perdiendo la llamada —le dije—. No le oigo.

—He dicho que VOLVÁIS A CASA.

—Lo siento, jefe. No hay cobertura.

—¿Quién es? —preguntó Emma a lo lejos. Di media vuelta y la vi acercarse.

Corté la llamada y guardé el teléfono en la bolsa que llevaba a la espalda para no notar la vibración.

—Se han equivocado de número.



Seguimos a Lilly al interior del edificio por una entrada sin puerta y luego por un pasillo del que habían arrancado el cableado de cobre, cuyas regatas recorrían las paredes como venas negras. La arenilla y el yeso crujían a nuestros pies. El material aislante yacía por todas partes como bolas de algodón de azúcar rosa. Según avanzaba, Lilly apoyaba los pies en las huellas ya existentes, como si hubiera memorizado el camino paso a paso. De tanto

en tanto, advertí, topábamos con algún objeto que desentonaba —una vieja lata de café o una caja de cartón volcada— y su bastón tropezaba con ellos en todas las ocasiones. Comprendí que los habían dejado allí a modo de mojones, para que supiera cuánto trayecto llevaba recorrido y cuánto le quedaba por delante.

Doblando una esquina, llegamos a una escalera.

—Puedo hacerlo sola, pero será más seguro si me ayudas —dijo, y todos entendimos que se refería a Millard.

Él se mostró encantado de prestarle el brazo. Subimos seis tramos de escaleras y todos nos quedamos sin fuelle.

—A partir de aquí el camino se vuelve un poco raro —nos advirtió Lilly.

Dejamos atrás la escalera para internarnos en un pasillo oscuro como la boca del lobo. Y me refiero a que no había ni pizca de luz, ni siquiera un fulgor apagado procedente del hueco de la escalera. Más que disminuir gradualmente, la luz se cortaba en seco, como si una barrera invisible le impidiera el paso. Podíamos ver el pozo de la escalera que habíamos dejado atrás pero absolutamente nada al otro lado.

—Igual que la puerta del auditorio —observé.

Emma asintió en la oscuridad:

—Ajá...

Eché mano de la linterna y proyecté el haz hacia delante, pero la negrura se tragó la luz. Emma prendió una llama en la palma de su mano. El fulgor chisporroteó y se extinguió sin apenas cobrar vida.

—Noor ha capturado la luz —explicó Lilly—. Así nadie puede encontrarla salvo yo.

—Brillante —dijo Enoch.

—Entrelazad los brazos y formad una cadena humana detrás de mí —ordenó Lilly—. Yo os guiaré.

La seguimos por el tenebroso pasillo, despacio y a trompicones. En dos ocasiones pasamos por delante de habitaciones con luz en las ventanas, pero el resplandor del exterior no sobrepasaba ni un milímetro el límite de los umbrales. La sensación se parecía a estar caminando por debajo del agua o por el espacio. Doblamos unos cuantos recodos y, si bien intenté trazar un mapa mental a partir de nuestros movimientos, no tardé nada en desorientarme. No creía ser capaz de encontrar el camino de vuelta sin la ayuda de Lilly.

El sonido de nuestros pasos cambió. El pasillo desembocaba en una gran sala.

—¡Estamos aquí! —gritó Lilly.

Un intenso rayo de luz se proyectó desde arriba. Nos protegimos los ojos, ahora cegados por el resplandor más que por la oscuridad.

—¡Dejadme ver vuestras caras! —gritó una voz de chica—. Y decidme cómo os llamáis.

Me aparté la mano del rostro y parpadeé en dirección al resplandor antes de gritar mi nombre. Los demás hicieron lo propio.

—¿Quiénes sois? —vociferó la chica—. ¿Qué queréis?

—¿Podemos hablar cara a cara? —pregunté.

—Todavía no —resonó su respuesta.

Me pregunté con qué frecuencia habría vivido mi abuelo situaciones parecidas y albergué el deseo de contar con una parte de su vasta experiencia a la que recurrir. Todo cuanto habíamos hecho desembocaba en este momento. A partir de ahora, si mis argumentos no convencían a la chica o no me creía, tanto trabajo habría sido en vano.

—Venimos de muy lejos para hablar contigo —le dije—. Queríamos decirte que no estás sola, que hay otros como tú. Nosotros somos iguales a ti.

—No sabes absolutamente nada sobre mí —gritó ella.

—Sabemos que no eres como la mayoría de la gente —intervino Emma.

—Y que te están persiguiendo —añadí.

—Estás asustada —dijo Bronwyn—. Yo también me asusté cuando supe hasta qué punto era distinta de la mayoría.

—¿Sí? —preguntó ella—. ¿Distinta en qué sentido?

Decidimos que la mejor estrategia sería mostrárselo. Como yo no podía hacer nada que fuera visiblemente peculiar, les cedí el trabajo a los demás. Emma encendió una llama con las manos, Bronwyn levantó un pesado bloque de hormigón por encima de la cabeza y Millard movió unos cuantos objetos al azar para demostrar que estaba ahí aunque no lo viera.

—Es el chico del que te hablaba —explicó Lilly, y casi pude oír la sonrisa de Millard.

—¿Qué me dices? ¿Podemos hablar? —insistí.

—Esperad —fue la respuesta, y el rayo de luz se apagó.



Aguardamos entre las sombras, atentos a unos pasos que se aproximaban. Recorrieron una zona elevada y al momento descendieron por unas escaleras. Y entonces la vi. Tuve que contener un grito. Resplandecía, literalmente. Al principio la habría tomado por una bola de luz en movimiento, pero luego, según se fue acercando y mis ojos se acostumbraron, distinguí a una adolescente; una chica alta, de origen indio, con facciones marcadas, una melena negra como el azabache que le enmarcaba el contorno de la cara y unos ojos separados, que fulguraban intensos. Cada poro de su piel oscura emanaba luz. Ni siquiera el anorak con capucha y los vaqueros, que irradiaban un suave fulgor, conseguían apagar del todo la luminosidad que emitía.

Se acercó a Lilly y la abrazó, con fuerza. La coronilla de Lilly apenas si le llegaba a Noor por la mejilla y, rodeada por los brazos de su amiga, Lilly quedó por un momento envuelta en luz.

—¿Te encuentras bien? —preguntó esta.

—Aburrida más que nada —respondió Noor. Lilly soltó una risita y se dio la vuelta para presentarnos a su amiga.

—Esta es Noor.

—Hola —dijo ella en tono apagado, como si todavía no se acabara de fiar.

—Noor, estos son..., mmm..., ¿cómo os llamabais?

Lilly estaba mirando a Emma.

—Soy Emma —se presentó ella.

—No, o sea, ¿qué habíais dicho que erais? —recalcó Lilly.

La otra frunció el ceño.

—De momento bastará con Emma.

—Yo soy Jacob —dije. Avancé un paso hacia Noor y le tendí la mano, pero ella se limitó a mirarla. Incómodo, renuncié—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—Claro —asintió Noor—. Os llevaré a mi salón.

Tomando a Lilly del brazo, dio media vuelta y echó a andar por un pasillo. No parecía preocupada por el hecho de darnos la espalda, por lo que deduje que no nos consideraba una amenaza. La luz que emanaba empezaba a atenuarse, advertí. Menguaba en dirección a su centro y al poco rato únicamente su torso brillaba, destellos que yo atisbaba a través de la cazadora abierta y de una brecha en los vaqueros. Comprendí que la luz de su cuerpo

reflejaba sus emociones; si bien estaba en guardia a nuestra llegada, ahora empezaba a relajarse.

La seguimos por una gran sala con paredes de hormigón a otra más pequeña y sin ventanas, con idénticos muros desnudos. Alguien había arrastrado hasta allí un par de sillas y un viejo sofá que estaba cubierto con mantas. También había libros de bolsillo, cómics y cajas de pizza vacías distribuidos por la habitación, testigos de los largos días y noches que Noor había pasado allí. No vi ninguna lámpara y sin embargo algo emitía luz en los cuatro rincones de la habitación, un resplandor que parecía surgido de la nada pero que era cálido, amarillo y respiraba como el fuego.

Nos sentamos. Charlamos. En realidad fui yo el que más habló, por cuanto hacía pocos meses había protagonizado los mismos descubrimientos alucinantes a los que ahora se enfrentaba Noor. Ella escuchaba mientras tanto, atenta y en guardia. Le conté que crecí sin conocer mi verdadera naturaleza y que la muerte de mi abuelo desencadenó un deseo de verdad que me llevó a encontrar el bucle temporal y a conocer a los niños peculiares.

Noor levantó una mano para pedir una pausa.

—Te he seguido hasta lo del bucle temporal.

—Ah, vale —dije—. Ahora yo estoy tan familiarizado con todo esto que me olvido de hasta qué punto suena marciano cuando hablas de ello.

—Un bucle es un día que se repite una y otra vez cada veinticuatro horas —le explicó Emma—. Protegen a los nuestros del peligro desde hace siglos.

—Las personas normales no pueden entrar en ellos —prosiguió Millard—. Y tampoco los monstruos que solían perseguirnos.

—¿Qué monstruos? —quiso saber Noor.

Le relatamos, lo mejor que pudimos, el aspecto que tienen los espíritus huecos, el pestazo que desprenden y los sonidos que hacen. Cuando terminamos, Noor estaba sin habla.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Te ha atacado alguno?

—Intento hacerme a la idea —fue su respuesta—. Lo que me cuentas es de locos. Bucles temporales. Monstruos invisibles. Cambiaformas. —Se acercó al sofá, recogió uno de los cómics, marcado con una esquina doblada, y lo agitó en el aire—. Hablas como si hubieras leído demasiadas historias fantásticas. Y tengo claro al cien por cien que os habría echado a patadas hace rato de no ser porque a Lilly le caéis bien y por..., bueno...

—Esto.

Emma creó una bola de fuego y se la pasó de la mano derecha a la izquierda, dilatando el baile hipnótico de las llamas.

—Sí. —Noor dejó caer el cómic—. Eso. —Se cruzó de brazos y se recostó contra el brazo del sofá—. Y los que me persiguen no son monstruos. Al menos, no creo que lo sean.

—¿Por qué no les hablas de ellos? —propuso Lilly—. Quieren ayudarte.

—¿Cuántas veces habré oído eso mismo a lo largo de mi vida? «Solo quieren ayudarte. Confía en ellos. Por probar no pierdes nada». Las mismas frases idénticas, una y otra vez. —Inspiró hondo y resopló con impaciencia—. Pero supongo que en este caso no me queda más remedio.

—Vives en un edificio abandonado —señaló Enoch—. Y dependes de una chica ciega para comer.

Noor lo fulminó con la mirada.

—¿Y qué te hace a ti peculiar, hombrecillo?

—Ah, nada interesante —respondió Emma a toda prisa a la vez que se interponía entre Enoch y la chica.

—¿Perdona? —Enoch se asomó para esquivarla—. ¿Qué pasa? ¿Te avergüenzas de mí?

—Pues claro que no —dijo Emma—. Es que me parece un poco... pronto.

—Si acaso, es demasiado tarde —replicó Noor—. Es el momento de poner las cartas sobre la mesa. Nada de secretos.

Enoch empujó a Emma a un lado.

—Ya has oído a la señorita. Nada de secretos.

—Vale —accedió Emma—. Pero no exageres.

Enoch se irguió y extrajo una bolsa de plástico de su bolsillo. El bulto se columpió con el peso de algo oscuro y húmedo.

—Por suerte, me he guardado el corazón de un gato del colegio. —Empezó a buscar por la habitación—. ¿Alguien tiene una muñeca o un peluche? ¿O... un animal muerto?

Noor reculó una pizca, pero parecía intrigada.

—Hay una habitación llena de palomas momificadas al otro lado del pasillo.

Salió para mostrarle a Enoch dónde se encontraba. Al cabo de un rato Noor regresó corriendo como una exhalación, riendo y propinando manotazos al aire, mientras una paloma sin ojos y con una sola ala se precipitaba a la habitación y aleteaba enloquecida de un lado a otro. Cubriéndonos la cabeza,

los demás nos agachamos a toda prisa. La paloma se estrelló contra la pared, cayó al suelo entre una nube de plumas y dejó de moverse.

Enoch llegó a la carrera.

—¡Es la primera vez que controlo un pájaro! ¡Qué chachi!

—Ha sido de locos —exclamó Noor, que sonreía mientras recuperaba el aliento—. ¡Qué fuerte!

—Es lo que hay —dijo Enoch—. Poseo un talento extraordinario.

—¡Eres un friki! —le soltó ella, riendo otra vez—. Pero ha sido guay. En serio.

Enoch sonrió de oreja a oreja.

—Ahora ya lo sabes todo —concluyó Emma, al tiempo que se incorporaba.

—Te toca —le dije.

—Vale, vale. —Noor se encaminó al sofá y se sentó—. Será un alivio compartirlo con vosotros, la verdad. Lilly es la única que está al corriente de lo que me está pasando.

Nos acomodamos a su alrededor, más o menos en corro. Las luces se atenuaron. Con un tono quedo pero decidido, Noor procedió a relatar su historia.

—La pasada primavera empecé a notar cosas raras por primera vez. —Suspiró y pasó la vista por el grupo que la escuchaba—. Me resulta tan raro estar contando todo esto en voz alta.

—Ve a tu ritmo —le sugirió Emma—. No hay prisa.

Noor asintió, agradecida, y volvió a empezar.

—Todo comenzó el 2 de junio, martes, a primera hora de la tarde. Acababa de llegar a casa después de las clases y Gilipedo, mi «no padre», llevaba todo el día esperándome.

El nombre que usó en realidad para hablar de su padre de acogida no contenía la palabra «pedo» pero sí la letra P.

—Me soltó un rollo larguísimo sobre la inutilidad de las actividades extracurriculares y las razones por las cuales, en vez de perder el tiempo con eso, debía aceptar una porquería de empleo en Queen, una heladería de mi calle, por el salario mínimo. Yo le dije que las extraescolares me servirían más adelante para solicitar plaza en la universidad y que tampoco necesitaba el dinero, y que de todos modos el Estado les pagaba a Teena y a él por cuidar de mí. No le gustó mi respuesta. Se puso a gritar. Y yo hice lo que

hago siempre cuando me chilla: correr al cuarto de los niños, donde dormimos mis «no hermanos» y yo, cuya puerta se puede cerrar por dentro. Greg y Amber no habían llegado aún, así que no había nadie más conmigo, y Gilipedo no me dejaba en paz. Siguió aullando a través de la puerta, y yo estaba cada vez más angustiada. No sabía qué hacer, así que abrí la boca para gritarle también, pero no me salió la voz. En vez de eso, todas las luces de la habitación se tornaron más brillantes durante un momento, o sea, muchísimo más brillantes, y luego las bombillas se rompieron.

—¿Y fue entonces cuando lo supiste? —le preguntó Emma—. ¿Que eras distinta?

—No, no, pensé que había un fantasma en la habitación o algo así. —Una sonrisa fugaz asomó a su rostro. Luego negó con la cabeza—. No lo supe hasta varios días más tarde. En el Taco Junior.

—Ay, Dios mío —se sorprendió Lilly—. ¿Fue ese día?

—Ajá. Acababan de aceptarme en un curso de arte intensivo en Bard. Nunca creí que me aceptarían, pero tú me obligaste a presentar la solicitud.

—Pues claro que te iban a aceptar —dijo Lilly—. Venga ya.

Noor se encogió de hombros.

—Los créditos cuentan para la universidad y todo, pero cuesta tres mil dólares, que eran dos mil seiscientos más de lo que yo tenía. Así que decidí dejar las actividades extraescolares y ponerme a trabajar en la heladería Queen para pagar la matrícula. Cuando se lo dije a Gilipedo, le pareció «de coña», pero el dinero que ganase tendría que ser para pagar facturas y no para un curso universitario antes de terminar siquiera la secundaria. Le recordé que tenía derecho legal a tener mi propia cuenta bancaria y él empezó a gritarme otra vez. El caso es que fue entonces cuando me escapé y me reuní contigo en el Taco Junior.

—La siguió —continuó Lilly— y se puso a vociferar en medio del restaurante. Y entonces yo empecé a gritarle a él, y supongo que no se atrevió a arremeter contra una chica ciega en público, porque salió a la calle como un tornado y se quedó allí esperando.

—Fue la cena más larga de toda la historia.

—De hecho, nos dio tiempo a compartir un menú Macho —confesó Lilly—, algo que nunca nos habíamos atrevido a hacer porque tiene cuatro mil seiscientas calorías, pero pasamos allí tanto rato y estábamos tan nerviosas que empezamos a comer...

—Mientras tanto, él estaba plantado en la calle, mirándonos. Al final me puse frenética y no pude soportarlo más. Y para no perder los nervios delante de Gilipedo, corrí al cuarto de baño. Y sucedió allí dentro. La rabia se acumuló en mi interior y estuve a punto de gritar, pero esta vez me contuve. Y las luces del baño empezaron a parpadear y a hacer cosas raras, y... no sé cómo explicarlo, pero supe qué hacer. Supe que podía hacerlo. Levanté los brazos y recogí la luz. La oscuridad se apoderó del baño, pero el hueco de mis manos resplandecía como si hubiera atrapado la luciérnaga más brillante del mundo.

—Hala —exclamó Enoch—. Qué poder tan chulo.

—Eso habrías pensado tú —respondió Noor—, pero yo estaba asustada como un demonio. Pensaba que se me habían cruzado los cables. Empezó a suceder constantemente y al principio no sabía controlarlo. Cada vez que me alteraba, que estaba triste o enfadada, la cosa se ponía en marcha. Y como el colegio es tan horrible, me ocurría con frecuencia cuando estaba allí. Pero lo veía venir y escapaba justo a tiempo a alguna parte donde pudiera estar sola y nadie me viera. Me parece que más de uno notó algo, aunque no llegaron a relacionarlo directamente conmigo. Simplemente me veían a mí disgustada y unas luces que parpadeaban. Fue más o menos entonces cuando empezaron a dejarse caer por el instituto. El grupo de profesores.

—¿Quiénes eran?

—Sigo sin saberlo. Parecían profes y el claustro los trataban como si pertenecieran al centro, pero nadie los conocía. Al principio pensaba que nos vigilaban a todos, pero al cabo de un tiempo me asaltó el presentimiento de que me buscaban a mí. Y cuando ocurrió el incidente del auditorio, lo tuve claro.

—¿Qué pasó exactamente?

—Lo leímos en los periódicos —dijo Millard—, pero nos encantaría escuchar tu versión de los hechos.

—Fue el peor día de mi vida. Bueno, puede que el segundo o el tercero peor. Sufrí un episodio en mitad de una asamblea general. Era la típica reunión obligatoria en la que te largan un rollo sobre el espíritu escolar, pero acabó girando en torno a mí. Salvo que no sabían que la persona de la que estaban hablando era yo. Dijeron que alguien se había dedicado a destrozar las instalaciones, a romper bombillas y a quemar cosas, y pidieron que, si los responsables estaban presentes, se levantasen y se disculpasen, bajo la

promesa de no expulsarlos. En caso contrario, los expulsarían del instituto. Y yo empecé a encontrarme mal. Sabían que yo era la causante, pensaba, pero querían enredarme para ver si confesaba. Y entonces una chica de la fila de detrás, una bruja total, Suze Grant, empezó a susurrar que yo debía de ser la culpable de todo porque procedía de un hogar roto. Y que si la típica huérfana del extrarradio por aquí y que si estaba destrozando la propiedad escolar por allá... Y yo noté que empezaba a enfadarme. Mucho. Estaba furiosa.

—¿Y fue entonces cuando sucedió? —quise saber.

—Las luces del auditorio son los típicos focos de techo y todos se encendieron de golpe y luego se rompieron. Una lluvia de cristales rotos cayó sobre los presentes.

—Maldita sea —exclamó Lilly—. No tenía ni idea de que hubiera sido tan fuerte.

—Fue tremendo —asintió Noor—. Comprendí que tenía que salir de allí. Así que provoqué una súbita oscuridad y eché a correr. Y una pareja de profes falsos me persiguió, y comprendí que me había delatado. Ya sabían que era yo la que buscaban. Me siguieron hasta los servicios y no tuve más remedio que lanzarles toda esa luz que había recogido en el auditorio, de golpe, a la cara.

—¿Qué aspecto tenían? —pregunté, aunque estaba casi seguro de saberlo.

—Un aspecto tan normal que me cuesta describirlos —fue la respuesta de Noor.

—¿Edad? ¿Altura? ¿Constitución? ¿Raza?

—De mediana edad. De altura media. Ni gordos ni flacos. Casi todos hombres, una o dos mujeres. Un par de piel blanca, un par de piel oscura.

—¿Y cómo iban vestidos? —quiso saber Millard.

—Camisetas tipo polo. Abrochadas. Abrigo. Azul marino o negro, siempre. Como sacados de un catálogo de individuos medios con trabajos normales y corrientes procedentes de ningún ambiente en particular.

—Y después de chamuscarlos, ¿qué hiciste? —seguí preguntando.

—Corrí a mi casa, pero me estaban esperando allí. Así que vine aquí. Por suerte para mí, se me da bien esconderme. Tengo mucha experiencia.

—Cuanto más oigo hablar de esas personas —dijo Bronwyn—, más dudo de que sean peculiares.

—De peculiares, nada —sentenció Millard—. Yo más bien creo que son wights.

—¿Guais? —preguntó Noor, con expresión desconcertada—. No, ya os lo he dicho, tenían malas intenciones.

—No, no, wights —aclaró Emma—. W-i-g-h-t. Antes eran peculiares, pero se convirtieron en monstruos accidentalmente y hace más de un siglo que son nuestros enemigos.

—Ah —respondió Noor—. Vaya, qué confuso.

—No pueden ser wights —opiné yo—. Son demasiados. Los wights trabajan en grupos pequeños o en solitario.

—Y ni siquiera quedan tantos —añadió Emma.

—Que sepamos —apostilló Enoch.

—Puede que ayer notase la presencia de un hueco cuando pasamos por el colegio —confesé.

—¿Qué? —gritó Emma—. ¿Por qué no dijiste nada?

—La sensación se esfumó a los pocos segundos —respondí—. No estaba seguro. Pero si fueran wights, probablemente viajarían con un hueco, como poco.

—Compañeros, ahora mismo no importa quiénes sean —nos interrumpió Millard—. Lo más importante es la seguridad de Noor. Una vez que la hayamos puesto a salvo, ya discutiremos hasta quedarnos roncos la identidad de las personas del polo.

—¿Ponerme a salvo? —preguntó Noor—. ¿Y dónde, si se puede saber?

La miré.

—En un bucle temporal.

Ella desvió la vista y se pasó la mano por la frente. La luz del rincón parpadeó.

—Supongo que después de todo lo que me habéis mostrado, debería estar preparada para creer esto también. Pero...

—Ya lo sé —asentí—. Son muchas cosas que asimilar. Y todas de golpe.

—No solo son muchas. Toda la historia es de locos. Tendría que estar mal de la cabeza para acompañaros.

—Debes confiar en nosotros —dijo Emma.

Noor nos miró durante un ratito. Empezó a asentir. Y entonces dijo:

—Pero no confío. —Se levantó y avanzó cuatro pasos hacia la puerta—. Lo siento. Parecéis majos, pero ya no me fío de personas que apenas conozco. Aunque sean capaces de resucitar pájaros muertos y prender fuego con las manos.

Miré a mis amigos. Todos guardábamos silencio. La verdad es que yo no sabía qué decir, no sabía cómo convencerla, pero tenía que intervenir. No me resignaba a fracasar. No podía fallarle a ella, ni a mi abuelo, ni a mis amigos. No podía fallarme a mí mismo. Sin embargo, tan pronto como abrí la boca para hablar, el edificio empezó a temblar.

Junto con la sensación se dejó oír el estrépito de un motor que giraba con fuerza. Un helicóptero planeaba sobre el edificio.



Intercambiamos miradas nerviosas según esperábamos que el rugido del helicóptero cesara. Los segundos pasaban, pero el fragor se tornaba más intenso por momentos. Adivinamos su significado sin que nadie tuviera que decirlo. Pero yo lo dije de todos modos.

—Nos han seguido hasta aquí.

Noor me fulminó con la mirada, enfadada y asustada.

—¿O los habéis traído?

Aferró a Lilly del brazo y se la llevó deprisa y corriendo. Nosotros las seguimos entre súplicas.

—¡No hemos traído a nadie! —gritó Millard—. ¡No adrede, cuando menos! ¡Lo juro por la vida de una ymbryne!

Llegamos a un salón más grande y nos asomamos a una galería sin cristales que daba a cielo abierto. Súbitamente, el helicóptero se dejó ver. Tapando el cielo, saturó la habitación del ruido y el fuerte viento que levantaba el giro de las hélices.

Un foco proyectó un haz de luz cegadora que blanqueó parte del suelo y dibujó dramáticas sombras. Noor miró directamente al rayo, con ojos fieros, más dispuesta a plantar cara a esas personas, quienesquiera que fuesen, que a seguirnos.

—¡Tienes que acompañarnos! —le grité—. ¡No tienes otra elección!

—¡Pues claro que tengo! —aulló ella. Alargó las dos manos y asió el haz luminoso. La oscuridad devoró tanto la habitación como la zona aérea. El único foco de luz procedía de un diminuto punto de cielo en lo alto y de la esfera reluciente que Noor sostenía entre las manos.

Algo cayó desde arriba, un pequeño objeto que zumbó en la negrura antes de repicar varias veces contra el suelo de hormigón. Desprendía una nube de

humo blanco; gas lacrimógeno o algo parecido.

—¡No respiréis! —gritó Emma.

Lilly empezó a toser. Bronwyn la levantó en vilo.

—¡Soy Bronwyn! ¡Yo te llevaré!

Noor le dio las gracias a Bronwyn con un asentimiento.

—Por aquí —dijo, y salió disparada hacia uno de los pasillos sumidos en tinieblas.

Prácticamente le pisábamos los talones. Nadie quería quedarse rezagado en esa oscuridad antinatural. Corriendo hasta el final del pasillo, llegamos a una bifurcación en forma de T. Debíamos escoger si seguir por la derecha o por la izquierda. Noor giró a la derecha y los demás la seguimos, pero un instante después oímos voces y pisotones, y dos hombres pertrechados con una luz intensa doblaron un recodo ante nosotros.

Nos gritaron que nos detuviéramos. Oímos una especie de explosión y otra lata llegó volando por el pasillo, aterrizó allí cerca y lo roció todo de gas.

Tosiendo, corrimos en sentido opuesto. No pretendían asesinarlos, eso saltaba a la vista. Querían a Noor viva. Puede que, a estas alturas, nos quisieran a todos.

—¡Tenemos que salir del edificio! —vociferé sin dejar de correr—. Las escaleras. ¿Dónde están las escaleras?

Doblamos una esquina y llegamos a un punto muerto. Noor dio media vuelta.

—Por allí —dijo, señalando la dirección de la que procedían los pasos.

—Estamos perdidos —me lamenté—. Voy a tener que usar el regalo del Happy Meal...

Moviendo la cinta, me colgué la bolsa de deporte hacia delante y hurgué por el interior buscando la granada, pero Noor no parecía en absoluto desconcertada por la falta de vías de escape.

—¡Entrad aquí! —gritó al mismo tiempo que se agachaba para acceder a una pequeña cámara.

La seguimos al interior. No había ventanas, ni puertas; ninguna otra salida.

—¡Esto es una ratonera! —protesté. Mi mano seguía en la bolsa, sujetando la granada. No quería usarla (¿y si el edificio entero se venía abajo sobre nuestras cabezas?), pero, si no tenía más remedio, correría el riesgo.

—Me pedís que confíe en vosotros —fue la respuesta de Noor—. Antes tendréis que confiar en mí.

Los pasos sonaban cada vez más cerca. Yo extraje la mano vacía de la bolsa. Noor nos empujó hacia un rincón, se plantó en medio de la habitación y procedió a arañar el aire con las manos. La cámara se tornaba más oscura con cada pase de sus dedos, según la poca luz natural que llegaba del pasillo disminuía hasta desaparecer por completo... entre sus manos. Y entonces tomó toda esa luz concentrada, se la llevó a la boca y se la tragó.

Tan solo puedo contar lo que vi, y fue una de las cosas más peculiares que he presenciado en toda mi vida. La bola de luz relumbró a través de sus mejillas y bajó por su garganta hasta su estómago, donde su cuerpo pareció absorberla y enfriarla hasta que por fin, en el instante en que las pisadas alcanzaban el umbral de la cámara, desapareció por completo. Nos quedamos plantados en una oscuridad tan absoluta que cuando los dos hombres llegaron a la entrada y enfocaron el interior con sus cegadoras linternas, la oscuridad alargó sus tentáculos y se tragó la luz. Los haces quedaron reducidos a un minúsculo punto brillante y ellos trastabillaron a tientas por el interior de la habitación, uno golpeando la linterna con la mano mientras el otro hablaba por un crepitante walkie-talkie.

—Los sujetos se encuentran en el nivel seis. Repito, nivel seis.

Pegamos la espalda a la pared, en silencio, casi sin atrevernos a respirar. El velo de envolvente oscuridad nos ocultaba con tanta habilidad que creí de verdad que no nos encontrarían. Y es posible que no lo hubieran hecho, de no ser por un detalle.

Mi teléfono. Lo había dejado en modo vibración, pero aun amortiguado por la tela de la bolsa, hizo ruido; un zumbido casi imperceptible que nos delató al instante.

Todo lo que sucedió a continuación se desplegó a velocidad supersónica. Los hombres se agacharon sobre una rodilla. Las palabras «postura de disparo» revolotearon por mi mente al mismo tiempo que Noor soltaba un rugido gutural y la luz que albergaba en la barriga ascendía como una flecha por su garganta para salir disparada hacia los dos tipos con una descarga tan cegadora que incluso yo, con el rostro vuelto hacia atrás y los ojos cerrados, sentí lo mismo que si mil bombillas se encendieran a un tiempo. Noté una oleada de calor. Oí a los dos hombres gritar y caer. Cuando abrí los ojos nuevamente, hasta el último milímetro de la cámara estaba bañado en una luz blanca y los tipos se retorcían en el suelo aferrándose las caras.

Estábamos a punto de salir corriendo cuando oímos más pisadas. Otro

hombre llegó a la carrera procedente del pasillo. Sostenía un arma y parecía a punto de usarla, pero Bronwyn lo embistió, lo agarró por los hombros y, según el arma salía volando, lo lanzó contra la pared trasera. El tipo atravesó el muro y el hormigón pulverizado se mezcló en el mismo aire con una nube de sangre. Tan solo dio tiempo a que Noor pasara la vista del boquete a Bronwyn, con una perfecta O dibujada en la boca, antes de que todos recuperásemos los sentidos y usáramos la abertura como vía de escape.

Al otro lado del boquete, más allá del cuerpo machacado del hombre, había una habitación inundada de luz del día y al fondo de la misma una escalera. Descendimos como centellas, Bronwyn cargada con Lilly al hombro, todos doblando recodos a velocidad de vértigo hasta bajar los seis pisos que llevaban a la planta baja. Corrimos afuera y luego, atravesando una abertura en la valla, salimos a un callejón trasero, de ahí al aparcamiento de un almacén y a un segundo callejón, sin atrevernos a mirar atrás, atentos al ruido del helicóptero que se perdía a lo lejos, cada vez más atrás, hasta que tuvimos que parar a tomar aliento.

—Me parece..., me parece que has matado a ese tío —le dijo Noor a Bronwyn con unos ojos como platos.

—Tenía una pistola —fue la respuesta de Bronwyn antes de devolver a Lilly al suelo—. Si apuntas con un arma a mis amigos, te liquido. Es... —Se enjugó la frente empapada en sudor y suspiró casi sin fuelle—. Es una norma que tengo.

—Me gusta —aprobó Noor. Se volvió a mirarme—. Siento lo que te he dicho. Eso de que tal vez fueras uno de ellos.

—No pasa nada —le aseguré—. Yo, en tu lugar, es posible que tampoco nos hubiera creído.

Noor se acercó a Lilly y le tomó la mano.

—¿Te encuentras bien, Lil?

—Un poco mareada —respondió ella—. Pero sobreviviré.

—Tenemos que alejarnos de aquí, y de prisa —nos despabiló Emma—. ¿Cuál es el camino más rápido?

—El metro —dijo Noor—. La estación queda a una manzana de aquí.

—¿Y qué pasa con el coche? —preguntó Enoch.

—Ahora ya lo conocen —fue mi respuesta—. Ya volveremos a buscarlo más adelante.

—Si vivimos el tiempo suficiente —sentenció Millard.

♦ ♦ ♦

Minutos más tarde viajábamos en un atestado vagón de metro hacia Manhattan. ¿Íbamos en la dirección correcta? Habíamos tomado el primer tren que llegó, solo para alejarnos de nuestros perseguidores. Mientras mis amigos se preguntaban con voces quedas quiénes serían esos tipos — ¿wights?, ¿algún clan peculiar hostil del que no teníamos noticia?— yo me levanté y eché un vistazo al mapa de la pared del vagón, una telaraña de líneas. En teoría teníamos que llevar a Noor a la isla situada en mitad del río, en el distrito 10044. La isla Blackwell, decía la postal. Les pregunté a Noor y a Lilly si sabían dónde estaba. Ninguna de las dos había oído hablar de ella. Yo no tenía cobertura en el teléfono para consultar un mapa. Y una vez que encontráramos la isla, ¿cómo daríamos con el bucle? Las entradas de los bucles no suelen ser fáciles de hallar.

Sin embargo, cuantas más vueltas le daba al asunto, menos me convencía el plan. Esas eran las instrucciones, pero la súbita orden de H de suspender la misión lo ponía todo en duda. ¿Qué circunstancias habían cambiado? ¿De qué me estaba avisando, exactamente? ¿Eran nuestros perseguidores los que le preocupaban o acaso el bucle 10044 ya no era seguro?

Por si fuera poco, el sujeto al que teníamos que rescatar ya no era un sujeto sin más. Era Noor, tenía nombre, una historia y un rostro (y muy bonito, por cierto). No me avenía a entregársela a unos extraños. ¿De verdad iba a dejarla tirada en un bucle del que nada sabía, lavarme las manos y volver a casa tan tranquilo?

La miré de reojo. Con las estropeadas Vans plantadas en el banco de plástico, se abrazaba las rodillas contra el pecho al mismo tiempo que miraba el suelo con un aire de agotamiento cuyo alcance yo no atinaba a imaginar.

—¿Añorarías Nueva York, si tuvieras que marcharte? —le pregunté.

Le costó cinco segundos enteros emerger de las profundidades de sus pensamientos y mirarme.

—¿Añorar Nueva York? ¿Por qué?

—Porque creo que deberías acompañarnos en lugar de quedarte aquí.

Emma me miró contrariada, pero fue Millard el que puso objeciones de viva voz.

—¡Las órdenes no son esas!

—Olvida la misión —le dije—. Estará más segura con nosotros que en cualquier bucle perdido de esta ciudad de locos. O que a este lado del océano.

—Vivimos en Londres, la mayor parte del tiempo —le explicó Emma—. En el Acre del Diablo.

Noor retrocedió asustada.

—Suena mal, pero no es tan horrible —aclaró Millard—. Una vez que te acostumbras al pestazo, cuando menos.

—Ya casi hemos completado esta misión infernal —protestó Enoch—. No la fastidiemos ahora. Llémosla a donde nos han dicho y acabemos de una vez.

—No sabemos quién vive en el bucle al que nos dirigimos —objeté yo—. Ni lo capacitados que están. Ni nada.

—¿Y qué? ¿Acaso es problema nuestro? —me espetó Enoch.

—Estoy de acuerdo con Jacob —secundó Millard—. Apenas si quedan ymbrynes en los Estados Unidos, y ellas son las encargadas de proteger e instruir a los peculiares desubicados. ¿Quién le va a enseñar a ser peculiar?

Noor levantó la mano.

—¿Alguien me va a explicar de qué va todo esto?

—Las ymbrynes son... una especie de maestras —aclaré—. Y guardianas.

—Y jefas de gobierno —apuntó Millard, y luego añadió por lo bajo—, aunque nadie las ha votado...

—Y unas engreídas sabelotodo que se meten donde no las llaman —dijo Enoch.

—Básicamente, el pilar de nuestra sociedad —concluyó Emma.

—No necesitamos una ymbryne —alegué—, solo llegar a un lugar seguro. Probablemente miss Peregrine querrá matarnos ahora mismo.

—Lo superará —resopló Enoch.

—Entonces ¿vendrás con nosotros? —le pregunté a Noor.

Ella suspiró y luego soltó una risita.

—Qué narices. Me vendrán bien unas vacaciones.

—Eh, ¿y qué pasa conmigo? —protestó Lilly.

—Estaremos encantados de que nos acompañes también —se apresuró a aclarar Millard—. Si bien los normales no pueden entrar en los bucles, me temo.

—De todas formas no me puedo marchar —dijo Lilly—. El colegio acaba de empezar. —A continuación soltó una carcajada y añadió—: Por Dios,

¿qué estoy diciendo? Cualquiera diría que esta locura no ha sucedido. Hasta ese punto me ha comido el coco el colegio.

—Bueno, la educación es importante —observó Millard.

—Pero también tengo que pensar en mis padres. Y son muy buenos, la verdad. Si desapareciese, se preocuparían muchísimo.

—Volveré —prometió Noor—. Pero me parece una idea excelente marcharme de la ciudad hasta que todo se haya calmado.

—¿Ya confías en nosotros, entonces? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Más o menos.

—¿Te gusta viajar en coche?

De golpe y porrazo, Bronwyn se desplomó hacia delante y cayó en redondo al suelo.

—¡Bronwyn! —gritó Emma a la vez que se arrodillaba a su lado.

Si los demás pasajeros del vagón se percataron de algo, disimularon.

—¿Está bien? —preguntó Enoch.

—No lo sé —dijo Emma. Abofeteó a Bronwyn con suavidad y repitió su nombre hasta que ella abrió los ojos.

—Chicos, creo que... Porras, debería haberlo mencionado antes.

Con una mueca de dolor, Bronwyn se levantó la falda de la camisa. Estaba sangrando.

—¡Bronwyn! —exclamó Emma—. ¡Dios mío!

—El hombre de la pistola... Creo que me ha disparado. Pero no os preocupéis. No era una bala.

Abrió la palma para mostrarnos un pequeño dardo, ahora salpicado de su propia sangre.

—¿Por qué no has dicho nada? —quise saber.

—Teníamos que salir de allí cuanto antes. Y he pensado que la fuerza me bastaría para vencer lo que sea que me ha inyectado. Pero por lo visto...

Torció la cabeza a un lado y se desmayó.



DIECISEÍS

Ya no buscábamos un bucle. En esos momentos, nuestra última preocupación era encontrar un refugio para Noor. Solo podíamos pensar en llevar a Bronwyn a un hospital. Nos apeamos en la siguiente parada, prácticamente sin mirar dónde estábamos, y buscamos las escaleras que llevaban al exterior. Lilly se aferró al brazo de Millard mientras Emma, Noor y yo sosteníamos a Bronwyn, que remontaba a duras penas los peldaños, débil pero consciente, y caminaba a rastras por la acera. Ahora estábamos en Manhattan, donde los edificios eran más altos y los transeúntes atestaban las aceras.

Eché mano del teléfono para llamar a emergencias. Enoch abordaba a la gente gritando:

—¡Un hospital! ¿Dónde hay un hospital?

La estrategia dio resultado. Una dama sumamente amable y solícita nos indicó cierta calle y luego decidió acompañarnos sin dejar de formular preguntas sobre Bronwyn. Como es natural, no queríamos revelar nada ni tampoco que nos siguiera hasta urgencias o insistiera en conocer nuestra identidad (ya me estaba temiendo que tendríamos que avisar a una ymbryne para que le borrara la memoria... y a los médicos y enfermeras), así que fingimos que el asunto de la herida había sido una broma y, una manzana más adelante, se alejó tan furiosa como cabía esperar.

El hospital estaba allí mismo; veía el edificio con su letrero a una manzana de distancia. Y entonces los efluvios del guiso más succulento del mundo saturaron mi olfato. Aminoré el paso.

—¿Notáis ese olor? —preguntó Enoch—. Es pan frito con romero y paté de fuagrás.

—¡Ni hablar! —replicó Emma—. Es pastel de carne.

Estábamos perdiendo impulso.

—Reconocería ese aroma en cualquier parte —dijo Noor—. Son dosas. Masala dosas.

—¿De qué estáis hablando? —exclamó Lilly—. ¿Y por qué os detenéis?

—Tiene razón, tenemos que llevar a Bronwyn al médico —se apuró

Millard—. Aunque me parece que estoy aspirando el *coq au vin* más aromático que ha inundado jamás mis fosas nasales...

Nuestro avance se había estancado por completo. Estábamos parados ante un escaparate que solo podía pertenecer a un restaurante, aunque las persianas estaban bajadas y carecía de rótulo más allá de un cartel que indicaba: ABIERTO LAS 24 HORAS y TODOS SON BIENVENIDOS.

—¿Sabéis qué? Me encuentro bien —dijo Bronwyn—. Un poco hambrienta quizá, ahora que lo mencionáis.

Nadie lo diría —arrastraba las palabras y todavía descargaba buena parte de su peso en nosotros—, pero la parte de mi cerebro que reparaba en esos detalles parecía estar envuelta en telarañas.

—Está sangrando —nos recordó Emma—. Y el hospital está allí mismo.

Bronwyn se miró la camisa.

—Tampoco sangro tanto —alegó, aunque la mancha roja se extendía por momentos.

Dos deseos luchaban en mi interior. Uno era una voz que gritaba: «¡Llévala al hospital, idiota!», pero apenas si podía competir con la segunda, que recordaba a la de mi padre hasta extremos inquietantes. Insistía, en un tono vivaracho y tontorrón, en que se acercaba la hora de la cena. ¿Por qué no probar la comida de Nueva York ya que estábamos allí y, jolines, detenernos un momentito de nada a tomar un bocado?

A todos nos parecía bien la idea excepto a Lilly y Emma, e incluso las objeciones de estas dos iban perdiendo fuerza.

Empujé la puerta y cedí el paso a los demás. Se trataba de un restaurante, como cabía esperar: un local anticuado con manteles a cuadros, sillas de cáñamo y un dispensador de refrescos a lo largo de una pared. Detrás del mostrador, una camarera con delantal y gorro de papel sonreía como si llevara todo el día esperándonos. Éramos los únicos clientes del local.



—¡Chicos, parecéis hambrientos! —dijo, rebotando sobre los talones con aire animado.

—Lo estamos —reconoció Bronwyn.

Si la camarera se había fijado en la sangre de nuestra amiga, no lo demostró.

—De hecho, parecéis muertos de hambre.

—Sí —dijo Enoch, con una voz robótica—. Muertos de hambre.

—¿Qué clase de restaurante es este? —preguntó Noor—. Me ha parecido notar un aroma como de masala dosa.

—Ah, tenemos de todo —aseguró Bernice, desdeñando el asunto con un gesto de la mano—. Todo aquello que podáis soñar.

¿Se había presentado? ¿De dónde había sacado yo su nombre, en caso contrario? No podía pensar con claridad.

La vocecilla que dudaba de que fuera buena idea quedarse allí se había tornado casi inaudible. Las objeciones de Lilly habían cesado también. Las últimas palabras que recordaba haberle oído eran: «¡Quedaos aquí si queréis, pero yo voy a llevar a vuestra amiga al hospital!». Sin embargo, sus esfuerzos por arrastrar a Bronwyn por el codo fueron en vano. (No puedes arrastrar a Bronwyn a ninguna parte si ella no quiere ir).

—No tenemos dinero —dije, y la desolación que sentí al comprender que había dejado el efectivo en el maletero del coche fue tan inmensa como si acabara de perder a un ser querido.

—Pues estáis de suerte, porque hoy tenemos una promoción especial —anunció Bernice—. Todo corre a cuenta de la casa.

—¿De verdad? —preguntó Bronwyn.

—Como lo oyes. No tenéis que pagar nada.

Nos acercamos al mostrador y nos acomodamos en una hilera de taburetes fijos con asientos de plástico. No había menú. Sencillamente le dijimos a Bernice lo que queríamos y ella gritó los pedidos a la invisible cocinera de la zona trasera. Al cabo de un ratito sorprendentemente corto, sonó un timbre y la camarera procedió a sacar un plato de comida tras otro. Pollo al vino para Millard; masala dosas y lassi de mango para Noor; cordero asado con salsa de menta para Emma; una hamburguesa doble con patatas fritas y un batido de fresa para mí; langosta para Bronwyn, incluidas las tenazas y un babero con una langosta dibujada; un humeante bibimbap coreano, coronado con una yema de huevo, para Lilly. Se trataba de un despliegue mucho más ecléctico

de lo que parecía posible para un único restaurante —y todavía más si cabe para un bar de mala muerte en cuya cocina trabajaba una sola persona—, pero la parte de mi cerebro capaz de poner objeciones perdía cada vez más fuelle.

No te lo comas.

Deberías irte.

Es mala idea.

Detente antes de que sea demasiado tarde.

No recuerdo haber dado cuenta de la hamburguesa doble con patatas fritas ni haberme bebido el batido de fresa. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, el batido estaba vacío, en el plato solo quedaban unas pocas migas aceitosas y la cabeza me pesaba tanto, tanto...

—¡Ay, cielo! —Llevándose una mano al pecho, Bernice abandonó el mostrador deprisa y corriendo—. ¡Pareces rendido!

Y lo estaba. Ya lo creo que lo estaba.

—Estoy tan, tan, tan cansada —oí quejarse a Emma, y un murmullo de asentimiento se extendió al momento entre mis amigos.

—¿Por qué no os acostáis arriba y descansáis un rato?

—Tenemos que irnos —dijo Noor. Intentaba levantarse del taburete, pero parecía incapaz de reunir el impulso necesario.

—¿Ah, sí? —preguntó Bernice—. Lo dudo mucho.

—Jacob —me susurró Emma al oído.

Hablaba como si estuviera borracha.

—Tenemos que irnos.

—Ya lo sé.

Nos habían hipnotizado de algún modo. Era consciente de ello. Nos habían tendido la misma trampa que los peculiares del Fantástico Reino de las Sirenas..., solo que en esta ocasión habíamos mordido el anzuelo.

—Arriba hay habitaciones con las camas preparadas. Por aquí...

Tan pronto como la camarera pronunció esa frase, descubrí que podía levantarme. De hecho, todos estábamos de pie. Y Bernice nos empujaba hacia el pasillo; un extraño corredor en forma de túnel cuyas rayas rojas y blancas recordaban a un bastón de caramelo.

Nos dejamos arrastrar a él. El pasillo parecía alargarse según nos internábamos. Oí una refriega y, cuando me volví a mirar, descubrí que la mujer le cerraba el paso a Lilly con el brazo.

—Eh —la regañé a duras penas—. Trátala bien.

Lilly estaba protestando. Su boca se movía, su garganta se tensaba por el esfuerzo, pero su voz no llegaba a mis oídos (o algo se lo impedía).

—Enseguida vuelvo, Lil, espera aquí —le pidió Noor.

Como es natural, Lilly no habría podido acompañarnos ni aunque le hubieran permitido recorrer el pasillo. Hacia la mitad, noté el zumbido habitual en la cabeza y el clásico vuelco en el estómago y, fump, el bucle nos absorbió.

Lilly ya no nos seguía. Allí delante, asomaba el final del túnel color bastón de caramelo: una escalera.

—¡Es arriba! —resonó la voz de Bernice, aunque ya no la veíamos por ninguna parte.

Subimos a rastras, un peldaño y luego otro, y nada más llegar al rellano perdí la poca fuerza de voluntad que me quedaba. Estábamos a merced de quienquiera que fuese la sirena que nos había atraído hasta allí y, de momento, nada podíamos hacer salvo obedecer.



En el descansillo había dos niñas a gatas en el suelo. Parecían muy concentradas examinando la tarima centímetro a centímetro. Cuando llegamos al rellano, dejaron lo que estaban haciendo y nos miraron.

—¿Habéis visto una muñeca? —preguntó la niña mayor—. Frankie ha perdido una.

Tuve la sensación de que nos gastaba una broma, pero no sonrió.

—Lo lamento —dijo Noor.

—Hemos pedido un... ¿sueño? —explicó Millard, en tono aturdido.





—Por allí —indicó la niña mayor, señalando con la cabeza la puerta que había a su espalda.

—Huid —me pareció que susurraba una—, huid mientras podáis.

Sin embargo, cuando me volví a mirarlas, habían clavado de nuevo los ojos en el suelo y reanudado su metódica búsqueda. Yo me sentía igual que si caminara en sueños.

Al otro lado de la puerta nos aguardaba una zona de cocina, pequeña y aseada. Vi a un niño sentado a una mesa y a un hombre con pajarita plantado ante él. Había rompecabezas y una pequeña torre construida con piezas de juguete sobre la mesa, como si el hombre estuviera sometiendo al niño a algún tipo de prueba. Cuando nos oyó entrar, el tipo levantó el brazo para señalar la habitación contigua.

—Por allí. —Ni siquiera se volvió a mirarnos. Toda su atención estaba centrada en el niño—. *Sanguis bebimus* —dijo—. *Corpus edimus*.

—*Mater semper certa est* —respondió el niño, con la mirada perdida en el infinito—. *Mater Semper certa est*.

—La madre siempre tiene razón —tradujo Millard.

El maestro se irguió y golpeó la pared.

—¡Basta de ruidos! —gritó, pero no nos chillaba a nosotros. No supe cuál era el motivo de su enfado hasta que nos acercamos a la siguiente habitación y oí a una persona cantando.

Una voz desafinada y pastosa gemía:

—Te deseaaaamos, querida Frankieeeee..., cuuuuumpleaños feliiiiiiiz...

No podía obligar a mis pies a moverse más deprisa, pero de haber sido capaz habría echado a correr. El que cantaba era un hombre maquillado como un payaso y tocado con una peluca blanca como el yeso. Estaba sentado en un sofá cama, de cara a una mesita redonda, y vertía el contenido de una botella en una copa. Parecía atascado: bebía un sorbo de la copa que tenía en la mano, añadía licor de la botella, cantaba unas cuantas palabras y volvía a beber. Cuando nos vio, alzó la copa y dijo:

—¡Chinchín! ¡Feliz cumpleaños, Frankie!

—Feliz cumpleaños —respondí sin querer.

El payaso se quedó paralizado a mitad de un movimiento, con la copa alzada y la boca abierta, y del fondo de su garganta surgió un chirrido, como un mecanismo de cuerda atascado, en el que se distinguían apenas las palabras:

Dejadme
dormiiiiir

—Venid aquí —chilló una vocecilla desde la habitación contigua.

Entramos en tromba en un cuarto atestado de muñecas. Ocupaban hasta el último centímetro libre de la habitación. Había muñecas en el suelo, en los estantes de las paredes, desbordando un gran sillón en el rincón y amontonadas en una cama con barandillas. Había tantas muñecas que no reparé en la niña que descansaba entre ellas hasta que habló por segunda vez.

—¡Sentaos! —ordenó, a la vez que se las quitaba de encima.

Nos acomodamos en el suelo, como autómatas. De los labios de Bronwyn escapó un gemido; su dolor debía de estar empeorando.

—¡No he dicho que pudierais hacer ruido! —protestó la niña. Llevaba una camisola de algodón y unos pantalones de pana amarilla propios de los años setenta u ochenta. Cuando hablaba, levantaba el labio superior con desdén—. ¿Y bien? ¿Quiénes sois?

Noté que mi lengua cobraba vida y empecé a responder:

—Me llamo Jacob y procedo de un pueblo de Florida...

—¡Me aburro! —gritó. Señaló a Emma—. ¡Tú!

Emma sufrió una especie de sacudida y se dispuso a hablar también:

—Me llamo Emma Bloom. Nací en Cornwall y me crié en un bucle de Gales y...

—¡QUÉ ABURRIDO! —vociferó la niña antes de señalar a Enoch.

—Soy Enoch O'Connor —dijo— y tenemos algo en común.

Ahora ella pareció intrigada. Mientras Enoch hablaba, se levantó de la cama en la que yacía entre sus muñecas y se encaminó hacia él.

—Presto vida a los seres inanimados usando el corazón de los vivos —continuó Enoch—. Antes tengo que distinguir a unos de otros, pero...

La niña hizo chasquear los dedos y Enoch cerró la boca de golpe.





—Eres guapo —dijo ella, a la vez que le acariciaba la mandíbula con un dedo—, pero cuando hablas lo estropeas.

Le espachurró la punta de la nariz con el dedo.

—Piiip. Ya seguiremos luego.

Se volvió hacia Bronwyn.

—Tú.

—Me llamo Bronwyn Bruntley y soy muy fuerte, y mi hermano, Victor, también era...

—¡QUÉ ABURRIDO! —gritó la niña—. ¡CACCA!

Alguien correteó hacia la habitación. El tutor de la pajarita apareció en la puerta.

—¿Sí?

—No quiero más muñecos como estos, Caca. Míralos. ¿A ti te divertiría jugar al Monopoly con ellos? ¿EH?

—Esto... ¿no?

—EXACTO. No son divertidos.

Pateó un montón de muñecos, que salieron volando por todas partes.

—Bueno, este me gusta. —Señaló a Enoch—. Pero los demás son HORRIBLES y ABURRIDOS.

—Cuánto lo lamento, Frankie.

—¿Qué hacemos con ellos, CACA? —Se dio la vuelta para ofrecernos un rápido aparte—. En realidad no se llama Caca. Le doy ese nombre porque puedo llamarle como me parezca.

—¿Y si nos los comemos? —sugirió Caca.

Frankie arrugó el labio con expresión de desagrado.

—Siempre te los quieres comer. Qué raro, Caca. Y, de todas formas, la última vez me dolió la barriga.

—O los podríamos vender.

—¿Venderlos? ¿A cuál?

—A quién —la corrigió el tutor, que al momento se llevó una mano a la boca y palideció.

La niña montó en cólera. Lo señaló y dibujó una rauda línea descendente. El maestro cayó de rodillas como una marioneta.

—NO ME CORRIJAS.

—Sí, Frankie. Sí, señora. —Le temblaba la voz—. *Mater semper certa est.*

—Eso es. Pero que muy bien. —Una pequeña fila de muñecas marchaba

hacia él por la habitación—. Como eres tan obediente, Caca, solamente les dejaré que te muerdan una pierna.

El tutor repitió la misma frase una y otra vez, más y más deprisa —*mater semper certa est, mater semper certa est*— hasta que las palabras se mezclaron unas con otras. Las muñecas lo rodeaban como hormigas, alargando los brazos y haciendo chasquear sus dientes de porcelana. El hombre lloraba y moqueaba, pero no hizo ademán de luchar. Cuando parecía a punto de desmayarse, la niña abrió los brazos y luego unió las manos deprisa, y al sonido de su palmada, las muñecas cayeron inertes.

—Ay, Caca, eres tan gracioso...

El hombre recuperó la compostura, se enjugó la cara y, tambaleándose, se puso de pie.

—¿Por dónde iba? —Carraspeó—. Podrías vendérselos a los Animistas, a los Mentats, a los Hombres del Tiempo... —Se llevó una mano temblorosa al cuello para comprobar si tenía pulso y luego se la escondió detrás de la espalda—. Pero, como de costumbre, los Intocables son los que mejor pagan.

—Puaj. Los odio. Pero siempre y cuando no pongan un pie aquí...

—Los llamaré y prepararé una reunión de ventas.

—Pero a él no lo voy a vender.

La niña señaló a Enoch y luego dibujó una U en el aire con dos dedos. Los labios del chico se curvaron en una sonrisa exagerada y grotesca.

—Perfecto, Frankie. Eso está muy bien.

—Ya sé que está bien. Me da igual lo que hagas con los demás. Solo tengo una condición. Si la persona que los compra les hace algo desagradable, quiero mirar.



Tras un largo lapso sin sueños, desperté atado a una silla. Nos habían colocado en fila, con los pies amarrados a las patas del asiento y las manos unidas a la espalda: Emma, Bronwyn, Noor e incluso Millard, cuyas cuerdas flotaban alrededor de lo que parecía una silla vacía. Todos excepto Enoch. No lo veíamos por ninguna parte.

Estábamos en el escenario de un antiguo teatro, sentados detrás de un raído telón amarillo. Si alargaba el cuello, veía las cuerdas y las poleas a nuestra espalda y los focos a lo largo de una pasarela tendida en lo alto. No nos

habían amordazado y sin embargo no podía hablar. Ni siquiera tenía fuerzas para abrir la boca. En ese momento se dejaron oír unas voces al otro lado del telón. Por lo que parecía, hablaban de nosotros.

—¡Han allanado mis dependencias! ¡Querían robarme! —Era la niña psicótica, Frankie—. Estaba en mi derecho de ahorcarlos, pero me he apiadado de ellos. Y de paso os hago un favor.

—Qué raro, normalmente eres tú la que intenta robarnos —respondió una grave voz masculina—. El último espécimen que te compré se deshizo en cenizas pasados dos días.

—Yo no tengo la culpa de que no los cuides bien —protestó Frankie.

—El vendedor no es responsable de los errores del usuario.

Reconocí la voz melosa. Era Caca, el tutor.

—¡Me vendiste una porquería! ¡Me debes uno!

El rifirrafe estaba a punto de derivar en pelea, pero entonces una voz femenina gritó:

—¡Basta! ¡No se permiten reyertas en terreno neutral!

Los ánimos se apaciguaron. La voz grave dijo:

—Ya me has hecho perder bastante tiempo, Frankie. Enséñame tu numerito.

—Muy bien. ¡CACA!

Entre sonoros chirridos y una nube de polvo, el telón se alzó. Al otro lado se extendía un teatro desierto y ruinoso. Los asientos estaban rotos, el palco torcido en un ángulo precario, como a punto de derrumbarse.

Había seis personas en el escenario. Sus miradas estaban clavadas en nosotros, pero parecían mirarse unos a otros con idéntica atención, cada cual a cierta distancia de los demás. Frankie y Caca eran los que teníamos más cerca, Frankie enfundada en un frac y sosteniendo un bastón, como si fuera la maestra de ceremonias de un circo.

Ahora se me erizan los pelos solo de pensarlo, pero entonces no sabía quiénes eran los demás. Y seguramente fuera mejor así, porque de haber conocido su fama, habría sentido demasiado miedo como para pensar a derechas. Frankie había contactado con las bandas peculiares más infames de Nueva York y tres de sus cabecillas habían acudido a la cita. Delante y en el centro había un joven cuyo cabello recordaba a la cresta de una ola. Llevaba un traje immaculado, los zapatos sucios de un barro rojo, y exhibía una leve y amenazadora sonrisa en el rostro. Se llamaba Wreck Donovan. Lo escoltaban

sus dos esbirros, una chica de aspecto recatado absorta en la lectura del periódico y un chico con el aire de alguien que no sabe leer, la boca entreabierta con vaga expresión de sorpresa.

Wreck me miraba con atención según discutía con alguien: una chica muy joven enfundada en un immaculado vestido blanco que llevaba atado con un enorme lazo de seda. Lucía un complicado peinado a base de artificiosos bucles que se le derramaban por la espalda como en cascada. Su rostro era blanco como la leche, delicado y muy frío, y las comisuras de sus labios, al revés que la boca de Wreck, miraban siempre hacia abajo entre movimientos constantes, como si mascara algo o hablara consigo misma en silencio. No pude dejar de fijarme en la nube de humo negro que se arremolinaba en torno a su cabeza y sus hombros sin llegar nunca a disiparse. El humo se estrechaba hasta formar un embudo a la altura de su oreja izquierda, como si surgiera de su oído. Se llamaba Angelica e iba sola.

Wreck detestaba que lo fotografieran, pero pronto vería una borrosa instantánea en la que aparecía tal como lo estaba viendo ahora. Angelica, en cambio, adoraba posar ante las cámaras, y cierto retrato suyo —en un columpio, con la nube de humo flotando a un lado—, llegaría a ser famoso entre los peculiares estadounidenses, algunos de los cuales lo enmarcarían y lo colgarían con orgullo mientras que otros lo usarían para prácticas de tiro o para ofrecer recompensas por su cabeza.

Wreck y Angelica discutían acerca de un tercero, que aún estaba por llegar: el representante de los Intocables. Por lo visto, Frankie se negaba a empezar sin él.





—Dudo mucho que se atreva a asomar por aquí su peludo careto —dijo Wreck—. Ni por ninguna parte de la ciudad, de hecho.

Tenía una voz melodiosa con un leve dejo irlandés.

—Espero que venga —manifestó el esbirro de la boca floja—. Lo ataré y lo entregaré para cobrar la recompensa.

—Daría lo que fuera por verlo —fue la respuesta de Angelica—. Pero no os hagáis ilusiones. Ninguno de vosotros cobrará esa recompensa. Dogface y los suyos no os tienen ningún miedo. A Leo y a sus gorilas sí, pero no a vosotros.

Hablaba con una especie de cantinela que daba a sus frases un tono agudo y alegre al comienzo para dejarlas caer después como en un revoloteo.

Wreck echó una ojeada a su reloj de bolsillo, descruzó las piernas y se levantó.

—Un minuto más, Frankie. Luego agarraré a mis socios y ahuecaré el ala.

—¡Caca, haz que se siente! —gritó Frankie.

—Por favor, siéntese, señor Donovan —pidió el tutor.

—No acepto órdenes de alguien que se deja insultar por una cría —replicó Wreck.

—Te vas a arrepentir de hablar de mí en ese tono —lo amenazó Frankie—. Algún día me suplicarás clemencia.

Antes de que la discusión fuera a más, se dejó oír un trompazo al fondo del teatro. Las puertas dobles se abrieron de par en par y una figura menuda entró a toda prisa.

—¡Ahí está! —exclamó Frankie—. Ya os he dicho que vendría.

El recién llegado recorrió el pasillo a paso vivo al mismo tiempo que se despojaba del sombrero y de un abrigo con un gran cuello que le ocultaba las facciones.

—Siento llegar tarde —se disculpó con el cerrado acento de Nueva York—. El tráfico está fatal.

Remontó los peldaños con brío para unirse a los demás bajo los focos y yo me quedé de una pieza al ver su rostro: un pelaje largo y denso cubría hasta el último centímetro cuadrado de su piel salvo los ojos y los labios. Era Dogface, el líder de los Intocables de Eldritch Street, el clan peculiar más odiado de toda la ciudad de Nueva York.

—¡Dogface! —gritó Wreck—. No creía que tuvieras las pelotas de presentarte, después de la paliza que te propinamos la semana pasada.

—Conque una paliza, ¿eh? —replicó Dogface, que se lamió dos dedos para peinarse un mechón suelto—. Tiene gracia, juraría que acabaron en el matasanos tres de los tuyos y solo dos de los nuestros.

—Pensaba que sabías contar, pero parece que se te ha olvidado —dijo Wreck—. Mantente alejado de mi territorio o no hará falta que te lleven al matasanos, porque estarás tieso en la funeraria.

—Buah, buah, buah —se burló el chico peludo—. «¡Mantente alejado de mi territorio! Alguien necesita un cambio de pañal».

Wreck, que se había vuelto a sentar, se levantó de golpe, pero uno de sus esbirros le impidió avanzar. Sin inmutarse lo más mínimo, Dogface rio para sí mientras Wreck fingía entre aspavientos que no respondía de lo que pasase si no lo sujetaban.

—Yo que tú no lo intentaría —dijo Dogface—. Tres chavales me esperan con el oído pegado a la puerta y al primer ladrido que oigan eres hombre muerto.

—¡Qué aburrimiento! —intervino Angelica. Si bien parecía tranquila, el humo a su alrededor se había tornado turbulento y denso—. Basta ya de fanfarronear.

—Sí, será mejor que empecemos —propuso el tutor.

Todo el mundo tomó asiento. Aunque reinaba una tensión palpable entre los jefes de los clanes, su atención se desvió poco a poco hacia nosotros.

—¿Qué nos has traído hoy, Frankie? —preguntó Dogface—. ¿Más palurdos de donde da la vuelta el viento?

—No necesito más peculiares de feria —advirtió Wreck—. Esta vez ando buscando verdadero talento.

—Sí —convino Dogface—. Ya tiene suficientes idiotas en su cuadrilla como para cargar con más.

Wreck le lanzó cuchillos con la mirada.

—No, no, estos son la flor y nata de los peculiares —dijo Frankie—. Y os van a salir muy caros.



Fotografía perteneciente a la colección de David Bass

—Ya veremos —resopló Angelica.

—A mí solo me preocupa una cosa, ¿serán buenos ladrones? —quiso saber Wreck—. Necesito matones. Necesito centinelas.

—Yo necesito camaleones —dijo por su parte Dogface—. Últimamente los normales se están fijando en mi gente y hemos escapado por los pelos unas cuantas veces.

—No será porque andes escaso —rio Wreck.

—Este es invisible —informó Frankie. Dio media vuelta y señaló con su bastón a Millard, que lanzó un gritito.

Los demás todavía no podíamos hablar.

—Hum... —murmuró Wreck, entrechocando los dedos—. Podría interesarme...

—No son tan feos como para formar parte de tu banda —le espetó Dogface—. Mejor déjamelos a mí.

—Yo necesito climáticos, como siempre —suspiró Angelica—. Sopladores de vientos, sembradores de nubes. Y competentes.

—Vale, hablad —ordenó Frankie, y agitó su bastón en nuestra dirección—. Decidles lo que sabéis hacer.

Se me aflojó la mandíbula y noté un cosquilleo en la lengua, hasta ahora entumecida, según recuperaba el tacto y el movimiento. Tardamos un ratito en poder responder. Bronwyn lo intentó, pero parecía incapaz de articular consonantes.

Dogface levantó las manos con ademán impaciente.

—¿Son idiotas o qué?

—Pues claro que sí. ¿Crees que si no lo fueran se habrían dejado capturar por Frankie? —replicó Wreck.

—Olvida mi número de telégrafo —dijo Angelica, y se levantó de la silla.

—¡Tienen la lengua dormida! —explicó Frankie—. ¡No os marchéis!

Usando el bastón, la emprendió a palos con Bronwyn sin dejar de gritar:

—¡HABLA! ¡VENGA!

La escena me enfureció tanto que algo se desató en mi cerebro y encontré la voz para aullar:

—¡PARA!

Frankie se volvió hacia mí, rabiosa, y se me acercó con el bastón. Pero para alcanzarme tuvo que pasar junto a Emma, que había quemado los amarres de sus muñecas sin que nadie se diera cuenta. Aunque tenía los pies

atados a la silla, se abalanzó sobre la niña con la mitad superior de su cuerpo y la tiró.

Emma paralizó a Frankie contra el suelo, con un brazo alrededor de su cuello y una mano incandescente junto a su cara.

—¡Basta, basta, basta! —gritaba la niña, que ahora se retorció y forcejeaba. Por lo que parecía, había perdido su amarre telequinético sobre Emma y, por más que lo intentase con todas sus fuerzas, no conseguía recuperarlo.

—¡Soltadnos o le derrito la cara! —rugió Emma—. ¡Lo digo en serio! ¡Lo voy a hacer!

—Por favor, hazlo —fue la respuesta de Angelica—. Es una lata.

Los otros rieron con ganas. Parecían sorprendidos, aunque no demasiado preocupados, por el inesperado giro de los acontecimientos.

—¿Qué hacéis ahí parados? —aulló Frankie—. ¡Acabad con ellos!

Dogface cruzó los tobillos y entrelazó los dedos a la altura de la nuca.

—No sé, Frankie. Esto se pone interesante.

—Estoy de acuerdo —asintió Angelica—. Por una vez, me alegro de haberme levantado de la cama.

Emma parecía enfadada.

—¿A ninguno le importa que muera?

—A mí —intervino el tutor sin mucha convicción.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó Frankie—. ¡Eres mía! ¡Yo te capturé!

Yo empezaba a recuperar el control de los brazos y las piernas, además de la lengua. El hechizo de la niña se había roto. Miré a mis amigos y advertí que movían las extremidades también.

—Propongo que nos los repartamos —dijo Wreck. Echó mano de la pistola de gran calibre que llevaba en el cinto y la amartilló—. Dos para mí y los demás para vosotros.

—Yo tengo una idea mejor —fue la respuesta de Dogface. Se puso a cuatro patas y lanzó un fiero gruñido—. Yo me los quedo todos.

—No te saldrás con la tuya —le advirtió Angelica. Su nube brilló con fuerza antes de lanzar un trueno. Lo que yo había tomado por humo era en realidad una nube de tormenta—. Y ni se te ocurra usar ese fuego contra nosotros —avisó a Emma.

—Nadie se va a quedar con nosotros —anuncié—. Y nadie nos va a comprar tampoco.

—Cuando el Consejo Ymbryne descubra lo que estáis haciendo, vais a

saber lo que es bueno. Os vais a meter en un lío tremendo —los amenazó Millard.

Unas cuantas cejas se enarcaron ante el comentario. Wreck dio un paso adelante y, cambiando súbitamente el tono por otro más respetuoso, explicó:

—Nos habéis entendido mal. No compramos gente. Hace tiempo que ese tipo de transacciones son ilegales. Pero de vez en cuando nos ofrecemos a pagar la fianza de peculiares culpables de un delito criminal. Si dichos peculiares nos caen bien.

—¿Qué delitos? —le espetó Millard—. Vosotros sois los criminales.

—Allanar la propiedad de Frankie —explicó Dogface, y Frankie, demasiado asustada para hablar, asintió enérgicamente.

—¡Ella nos ha capturado! —alegó Bronwyn—. ¡Nos ha puesto droga en la comida!

—*Ignorantia legis neminem excusat* —intervino el tutor—. El desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento.

—Pagamos vuestra fianza —prosiguió Wreck—. Vosotros os libráis de la cárcel y, a cambio, nos prestáis servicios durante un periodo de tres meses. Mucha gente decide quedarse con nosotros, después de ese tiempo.

—Si acaso siguen vivos —añadió Dogface con una sonrisa malvada—. Nuestras ceremonias de iniciación no son aptas para cardiacos.

—Tú, señorita, tienes mucho talento —le dijo Angelica a Emma, dando un paso hacia ella y haciendo una pequeña reverencia—. Creo que te sentirás a gusto en nuestro clan. Somos elementales, como tú.

—Te voy a dejar una cosa bien clara —manifestó Emma—. No pienso ir a ninguna parte contigo, ni tampoco mis amigos.

—Ya lo creo que lo harás —fue la respuesta de Dogface.

Restalló un fuerte chasquido cuando Bronwyn rompió las cuerdas y se levantó de la silla.

—¡No te muevas! —gritó Wreck—. ¡O disparo!

—Dispara y la quemo —replicó Emma.

—Haz lo que dice —gimió Frankie.

Wreck titubeó y después relajó la mano que empuñaba la pistola. A pesar de sus bravuconadas, en realidad no querían que Frankie perdiera la vida. O no pensaban acabar con nosotros.

Bronwyn se acercó a la silla de Noor y rompió las cuerdas que la mantenían atada.

—Gracias —dijo ella. Se puso de pie y se frotó las muñecas. Al momento, desplazó la mano por el aire y recogió la potente luz de los focos. Seguían encendidos, brillando en la pasarela, pero ahora el cono de luz se detenía justo encima de nuestras cabezas—. Bueno. Así está mejor. —Unió las manos para compactar el puñado de luz que acababa de atrapar y se lo metió en la boca. Su mejilla se abultó como si mascara una bola de chicle grande y reluciente.

—Madre santísima —musitó Wreck entre dientes.

—¿Quiénes sois? —quiso saber Dogface.

Bronwyn acababa de liberar a Millard y ahora se encaminaba hacia mí para hacer lo propio.

—No creo que vivan por aquí cerca —dijo Angelica—. Con unas peculiaridades como esas, todo el mundo los conocería.

—¿Recordáis a los wights? —preguntó Millard.

—Debes de estar de broma —dijo Wreck.

—Están muertos o presos gracias a nosotros.

—Gracias a él, principalmente —aclaró Bronwyn. Rompió la cuerda que me sujetaba las muñecas y sostuvo mi brazo en alto como si hubiera ganado una carrera—. Somos los pupilos de miss Peregrine. Y cuando se entere de lo que andáis tramando, ella y las otras ymbrynes os van a machacar de tal modo que no sabréis de dónde procede el golpe.

—Es la locura más grande que he oído en mi vida —se asombró Wreck.

—En ese caso, creo que van a encajar de maravilla —añadió Dogface.

La dinámica de la habitación había cambiado. Nos habíamos ganado su reticente respeto y las fuerzas se habían igualado. Sin embargo, los cabecillas del clan seguían desconfiando de nosotros —y los unos de los otros—, así que nadie bajó la guardia. Wreck todavía nos apuntaba con la pistola, Emma sostenía la llama contra la cara de Frankie, Dogface seguía a cuatro patas y la nube de Angelica, que derramaba gotas de lluvia sobre su cabeza y sus hombros, amenazaba tormenta. Era igual que bailar alrededor de un cartucho de dinamita encendido.

—Tengo una pregunta que haceros y será mejor que me digáis la verdad —empezó Wreck—. Las personas como vosotros no acuden a la ciudad si no es por una buena razón. Así pues, ¿qué hacéis aquí?

Pensé que les podía hablar de igual a igual, supongo. Sin embargo, volviendo la vista atrás, no sé por qué lo dije. Me sentía orgulloso y atrevido,

y la verdad salió de mis labios sin más.

—Hemos venido a ayudarla —revelé, señalando a Noor con un gesto—. Es nueva en el mundo peculiar y está en peligro, así que la vamos a llevar a casa con nosotros.

Se hizo un tenso silencio mientras los cabecillas de los clanes asimilaban mis palabras. A continuación se miraron entre sí.

—¿Dices que es nueva? —repitió Dogface—. ¿Quieres decir... desubicada?

Sentado sobre los talones, su voz había mudado de un gruñido a un tono normal.

—Eso es —asintió Emma—. ¿Qué pasa?

Angelica sacudía la cabeza. Las gotas de lluvia le resbalaban por la barbilla.

—Mala cosa.

—¡Maldita sea! —exclamó Wreck. Asestó un golpe al aire con ademán frustrado—. Maldita sea, y yo que ya me imaginaba a la más fiera en mi equipo.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Bronwyn.

—Sí, ¿qué pasa aquí? —quiso saber Noor.

Frankie se echó a reír.

—Os habéis metido en un buen lío —dijo.

—Tú calla —le espetó Emma.

—Secuestrar a un peculiar desubicado es un delito muy grave —informó el tutor—. Se considera un crimen.

—Nadie me ha secuestrado —arguyó Noor.

—Sois forasteros —empezó Wreck— y estáis transportando a un peculiar no contactado a través de las fronteras. Y eso significa... —Soltó un sonoro suspiro y pateó el suelo—. ¡Qué rabia!

Dogface se levantó y se sacudió el polvo de las manos.

—Os tenemos que entregar —aclaró—. O seremos cómplices del delito.

—¿Seguro? —quiso asegurarse Angelica—. Cada vez me caen mejor.

—No lo dirás en serio. —Dogface empezó a pasear nervioso de un lado a otro—. Si no informamos de esto y Leo se entera..., nuestras vidas no valdrán nada. Menos que nada.

—Pensaba que no temías «a nada ni a nadie en el mundo» —señaló la chica.

Dogface giró en redondo hacia ella, gritando:

—¡Hay que ser un idiota para no tenerle miedo a Leo!

Wreck se alejó y, cuando se acercó nuevamente, sostenía algo en la mano que parecía un pequeño teléfono móvil.

—Me revienta hacer esto. De verdad que sí. Me habría encantado trabajar con vosotros. Pero me temo que no tengo elección.

Pulsó unos cuantos botones. Instantes después, una sirena empezó a aullar. Parecía proceder de todas partes al mismo tiempo: de las paredes, del techo, del mismo aire. Mis amigos y yo nos miramos antes de volver la vista hacia los americanos, que habían bajado las armas y renunciado a amenazarnos. Tan solo parecían decepcionados.

Emma soltó a Frankie, que cayó al suelo.

—¿Dónde está nuestro amigo? —le gritó a la niña—. ¿Qué has hecho con Enoch?

Frankie buscó protección entre los cabecillas de los clanes.

—Ahora forma parte de mi colección de muñecas. —Se asomó entre las rodillas de Wreck—. ¡No te lo pienso devolver!

Tras eso, ya no había razón para quedarse y nada nos apetecía menos que seguir allí. La sirena aullaba. Mis amigos y yo miramos a un lado y a otro.

—Será mejor que nos vayamos —dije.

—No me lo digas dos veces —respondió Emma.

Entre los tres sostuvimos a Bronwyn, que parecía casi recuperada aunque todavía un poco mareada. Bajamos las escaleras a la carrera y recorrimos el pasillo que llevaba a la salida trasera lo más deprisa que pudimos..., que no era mucho. Ni los americanos ni sus esbirros hicieron el menor ademán de detenernos. Cruzamos las puertas y salimos a la luz tenue del atardecer.

Media docena de hombres vestidos con trajes propios de 1920 y pertrechados con anticuadas ametralladoras corrían hacia nosotros. Alzaron las armas y nos gritaron que nos detuviéramos. Una lluvia de balas rebotó contra el hormigón a nuestra espalda.

Uno de los tipos me pateó las piernas por detrás y, al momento, estaba de bruces contra el suelo con un zapato retorciéndose contra mi cuello.

Alguien gruñó una orden.

—Tápalos.

Me pasaron una capucha por la cabeza.

Se hizo la oscuridad.



DIECISIETE



Me agarraron por los pies y me arrastraron de mala manera antes de levantarme a tirones y arrojarme a un suelo metálico. Una puerta se cerró de golpe y tuve la sensación de estar en la parte trasera de un vehículo. La capucha que habían usado para cubrirme la cara no me dejaba ver nada; apenas si podía respirar a través de la tela. Tenía la barbilla dolorida del viaje a rastras por el hormigón y las muñecas, nuevamente atadas, irritadas por el roce de las apretadas cuerdas. Un motor poderoso, de muchos cilindros, cobró vida. Se dejó oír la voz de Emma y uno de los gorilas ladró:

—Cállate.

Oí una bofetada y luego silencio, según la rabia se enroscaba en mi pecho.

El vehículo avanzaba entre frenazos y sacudidas. Nadie hablaba. Dos ideas cruzaron mi pensamiento mientras esperaba a saber a dónde nos llevaban: que esos matones debían de trabajar para Leo, la única persona de Nueva York a la que todos parecían temer, y que había perdido la bolsa de deporte. La bolsa con el libro de registro de Abe. Lo único que mi abuelo se había molestado en guardar bajo llave en su búnker secreto subterráneo. Lleno de información sensible. Un informe detallado de sus años como cazador de huecos. Y yo le había perdido la pista.

La última vez que recordaba haberlo llevado encima fue cuando entramos en la casa de Frankie. El tutor debió de arrebatármelo en algún momento entre nuestra llegada y el instante en el que recuperé la consciencia en el teatro abandonado. ¿Habría echado un vistazo al contenido? ¿Sabía lo que tenía entre manos? Lo que es peor: ¿lo había tirado o lo había leído?

En realidad, nada de eso importaba ahora mismo. Si de verdad estábamos en manos de los esbirros de Leo, y si el hombre era tan malvado como todo el mundo daba a entender, no llegaría vivo al final del día en cualquier caso.

El conductor frenó de golpe. Yo estaba patinando por el suelo metálico cuando un matón me agarró por el cuello. El vehículo se detuvo y oí cómo se abrían las puertas. Nos arrastraron al exterior, nos llevaron deprisa y corriendo al interior de un edificio y, tras recorrer un pasillo, cruzamos el portal de un bucle con tanta suavidad que apenas si me di cuenta de que había

sucedido. Una vez allí volvimos a salir al aire libre, solo que ahora el entorno generaba otras sensaciones y sonidos. Hacía frío y reinaba la animación en las calles. Habíamos viajado a una época anterior. Los pasos de la gente en la acera sonaban distintos, más potentes, porque nadie llevaba zapatillas deportivas. Había coches por todas partes y los motores rugían con más fuerza, las bocinas pitaban más roncadas, los tubos de escape soltaban más humo.

Después de que tropezara dos veces con los baches de la acera, el hombre que me sujetaba del brazo me arrancó la capucha, no sin antes avisarme de que no hiciera ninguna tontería. Seguimos andando. Yo parpadeé ante la explosión de luz diurna, al mismo tiempo que contemplaba la escena que tenía delante e intentaba averiguar dónde me encontraba. Sabía que mi vida podía depender de mis posibilidades para huir más tarde a toda prisa.

Estábamos en Nueva York, en la primera mitad del siglo xx; en los años treinta o cuarenta, supuse. Los anticuados coches y autobuses resultaban inconfundibles. Además, todos los hombres lucían traje y sombrero. Mis secuestradores encajaban a la perfección en esta época. No les había importado quitarme la capucha porque les daba igual que supiera dónde estaba. Seguramente controlaban todo el cotarro. Gritar para pedir ayuda en este bucle no me iba a servir de nada; los matones debían de haber liquidado a cualquier normal que les causara problemas. Lo único que se molestaban en ocultar, para que no se organizase una escena, eran las ametralladoras, que llevaban enrolladas en periódicos y encajadas debajo del brazo.

Recorrimos la calle a pie. Nadie se fijaba en nosotros, y yo no sabía si atribuirlo a la indiferencia de los neoyorquinos o a que la gente había aprendido a hacer caso omiso de los hombres de Leo por la cuenta que les traía. Intenté mirar a mi espalda, para comprobar si mis amigos estaban allí, pero me gané una colleja. Veía a mis captores delante de mí y a ambos lados. También oía, por detrás, a Dogface y a Wreck hablando en tono quedo.



Doblamos un callejón, recorrimos una rampa de carga y descarga y, pasando junto a varios hombres vestidos con monos de trabajo, llegamos a un oscuro almacén.

—Leo está esperando —gruñó uno de los trabajadores.

Nos obligaron a marchar en fila india por una cocina repleta de chefs y camareros que se pegaban a las paredes para cedernos el paso, siempre atentos a no entablar contacto visual. Cruzamos una sala de baile, un penumbroso bar de copas relativamente animado pese a ser mediodía y remontamos una escalera dorada hasta un despacho.

La oficina era grande y lujosa, decorada con madera tallada y algún detalle dorado. Al fondo, detrás de un inmenso escritorio brillante como un espejo, un hombre nos aguardaba. Iba enfundado en un traje negro de rayas diplomáticas, la corbata de un tono morado chillón y un sombrero de fieltro color crema que no acababa de casar con el resto del conjunto. A su lado había un hombre alto con aspecto de enterrador, vestido de negro de la cabeza a los pies.

Según yo caminaba hacia él, el hombre del escritorio me observaba con atención. Se me puso la piel de gallina, igual que si me estuvieran sondeando con carámbanos de hielo. Jugaba a clavar la punta de un abrecartas en el fieltro verde de su mesa y arrancar minúsculas pelusas. Su mirada se desplazó y al momento Emma, Millard y Bronwyn estaban plantados a mi lado.

Noor no los acompañaba. Me pregunté qué habrían hecho con ella y un escalofrío de miedo me recorrió el cuerpo. Al momento entraron a empujones Wreck, Angelica y los dos esbirros del primero, cada uno escoltado por un gorila. Dogface no apareció; claramente había logrado escapar.

—Leo, me alegro de verte, ha pasado demasiado tiempo desde la última vez —dijo Wreck, haciendo ademán de levantarse el sombrero aunque no llevaba ninguno puesto. Los secuaces guardaron silencio.

Angelica hizo una reverencia.

—Hola, Leo —saludó. Su nube había adoptado un tamaño educado y se había acurrucado contra su cuerpo, como si también ella se sintiera intimidada.

Leo la señaló con el abrecartas:

—Será mejor que no hagas llover aquí, cara de ángel. No hace ni dos días que llevé la alfombra a la tintorería.

—No lo haré, señor.

—Y bien. —Ahora nos apuntó a nosotros con la herramienta—. ¿Son estos?

—En persona —repuso Wreck.

—¿Dónde está el chico perro?

—Se ha marchado —respondió el hombre alto con un ondulante siseo.

Leo aferró el abrecartas con más fuerza.

—Mala cosa, Bill. La gente va a creer que nos tomamos el crimen a la ligera.

—Lo atraparemos, Leo.

—Eso espero. —Se volvió a mirar a Wreck y a Angelica—. En cuanto a vosotros, me han dicho que habéis asistido a una subasta ilegal.

—No, no, ni mucho menos —protestó Wreck—. ¿Lo dice por esos peculiares de ahí? —Nos señaló con un gesto a mis amigos y a mí—. Teníamos intención de contratarlos. Era... una feria de empleo.

—¡Una feria de empleo! —Leo rio entre dientes—. Eso es nuevo. ¿Seguro que no pretendíais comprarlos bajo mano? ¿No intentabais convencerlos mediante la amenaza o la intimidación de que os prestasen servicios gratuitos?

—No, no, no —repetía Wreck.

—Jamás haríamos algo así —le aseguró Angelica.

—¿Y qué deberíais hacer con los forasteros? —preguntó Leo.

—Traértelos al momento —fue la respuesta de Wreck.

—Exactamente.

—Frankie pensó que no eran nada del otro mundo, por eso...

—¡Frankie tiene cerebro de mosquito! —vociferó Leo—. No es capaz de distinguir entre un don nadie y un infiltrado. ¡Los forasteros me los traéis a mí para que sea yo quien los evalúe! ¿Está claro?

—Sí, Leo —dijeron al unísono.

—Y bien, ¿dónde está la tragaluces?

—Esperando en el vestíbulo —respondió el hombre de Leo, el tal Bill—. He dejado a Jimmy y a Walker con ella.

—Bien. No seas duro con la chica. Antes de hacer nada, intentaremos trabar amistad, ¿recuerdas?

—Entendido, Leo.

Este se volvió a mirarnos. Retiró los pies del escritorio y se inclinó hacia delante.

—¿De dónde sois? —preguntó—. Sois Californios, ¿verdad? ¿Gente de Meese?

—Yo soy de Florida —dije.

—Y nosotros de Reino Unido —añadió Bronwyn. Tenía la voz ronca.

—No sabemos quién es Meese ni entendemos nada de lo que estás diciendo —fue la respuesta de Emma.

Leo asintió. Bajó la vista a su escritorio. Guardó un silencio inquietantemente largo. Cuando alzó los ojos de nuevo, tenía la cara congestionada de rabia.

—Me llamo Leo Burnham y soy el amo de esta ciudad.

—De toda la costa este —apostilló Bill.

—Esto funciona así. Yo pregunto y vosotros respondéis alto y claro. Ni se os ocurra mentirme. Ni hacerme perder el tiempo.

Leo alzó una mano por encima de la cabeza y, estampándola con fuerza contra la mesa, hundió el abrecartas en la superficie del escritorio. Todos los presentes pegamos un bote.

—Léeles las acusaciones, Bill —dijo el jefe.

Bill abrió un cuaderno.

—Allanamiento. Resistencia a la autoridad. Secuestro de un peculiar desubicado.

—Y mentir sobre su identidad —apuntó el otro.

—Entendido —dijo Bill, escribiendo a toda prisa.

Leo se levantó de su butaca, la rodeó hasta situarse detrás y apoyó los antebrazos en el tapizado dorado.

—Después de que los wights y esas bestias tenebrosas abandonaran la ciudad y las cosas comenzaran a aclararse —empezó—, supe que solo era cuestión de tiempo que alguien intentara hacerse con nuestro territorio. Supuse que empezarían por apoderarse de algún bucle de mala muerte en las afueras. El negocio de missy Fineman en Pine Barrens. El antro de Juice Barrow en las montañas Pocono. Pero echarle el guante a una de las fieras más poderosas que hemos visto en muchísimo tiempo, y hacerlo en nuestra propia casa y a pena luz del día... —Se irguió mientras hablaba, escupiendo saliva de pura rabia—. Eso es más que una desvergüenza, es un insulto. Son los Californios diciendo: «Leo es débil. Leo está atontado. Colémonos en su casa a robarle la hucha, porque no se va a enterar».

—Salta a la vista que está usted disgustado —intentó apaciguarlo Millard

— y si bien no deseo aumentar su disgusto mostrando mi desacuerdo, debo decirle que no somos las personas que usted piensa.

Leo salió de detrás de su silla y se plantó delante de Millard, al que habían vestido a la fuerza con un traje a rayas que le impedía largarse sin que nadie se diera cuenta.

—¿Es usted de por aquí? —preguntó Leo, en tono tranquilo.

—No —respondió Millard.

—¿Tenía intención de llevarse esa fiera?

—¿Qué es una fiera, exactamente?

Leo golpeó a Millard en la barriga. Mi amigo se dobló sobre sí mismo, gimiendo.

—¡Basta! —gritó Emma.

—Bill, explícales qué es una fiera.

—Un peculiar que desconoce su condición y que no pertenece a ningún clan o grupo en particular —informó Bill como si recitara de memoria.

Por lo visto, «fiera» era otro modo de referirse a un peculiar desubicado, aunque más denigrante.

—¡Estaba en peligro! —argüí—. ¡Intentábamos ayudarla!

—Extrayéndola de los cinco distritos —señaló Leo como si no diera crédito.

—Para llevarla a nuestro bucle de Londres —alegó Bronwyn—. Donde estaría a salvo de personas como usted.

Leo enarcó las cejas.

—Londres. Vaya, Bill, es peor de lo que pensaba. Ahora nos acosan peculiares extranjeros además de los Californios.

—No es una de vosotros y no os pertenece —dije—. Fue decisión suya acompañarnos.

Leo se arregló el cuello de la camisa y acudió directamente hacia mí. Su esbirro me estrujó el brazo con más fuerza si cabe.

—No sé si de verdad eres un ignorante o finges serlo —me espetó con voz queda—, pero da igual. La ley es la ley, y se aplica la misma en todo el país. Esa tragaluces es americana e inducirla a marcharse es un delito, que además has reconocido. No me dejas más elección que aplicarte un castigo ejemplar.

Levantó la mano y me abofeteó. Sucedió tan deprisa que no tuve tiempo de prepararme para el golpe. La impresión y la fuerza del tortazo por poco me derriban.

—Bill, saca a estos gamberros de mi despacho. Averigua quiénes son y no temas apretarles las tuercas. Estoy harto de que nos tomen por unos blandengues.

—Cuenta con ello, Leo.

Vi el semblante de Emma mientras nos arrastraban al exterior y ella pudo ver el mío. Articulé con los labios:

—Todo irá bien.

Sin embargo, por primera vez desde que habíamos abandonado mi casa allá en Florida, unos días atrás, no lo tenía nada claro.

Acababa de conocer a Leo, pero no sería nuestro último encuentro.



No sabría decir cuánto tiempo pasé encerrado en una celda. Se me antojaron días, pero no creo que fueran ni veinticuatro horas. No había ventanas ni luz del sol ni mobiliario alguno, aparte de un catre y un retrete. La única iluminación procedía de una bombilla desnuda que nunca se apagaba y, en esas condiciones, el paso del tiempo se torna difícil de calcular, sobre todo cuando sufres síndrome transbucle y tu cuerpo, para empezar, apenas sabe qué hora es.

Me traían comida en un cuenco de hojalata y agua en una taza del mismo material. Cada pocas horas entraba alguien con la misión de interrogarme. Una persona distinta en cada ocasión, por lo general. Al principio únicamente querían conocer mi origen y para quién trabajaba. Parecían convencidos de que mentía, de que procedía de California; de que era un «Californio», como ellos decían. Y si bien lo negué de todas las maneras posibles, la verdad — que formaba parte de un clan de peculiares procedentes de Gran Bretaña— resultaba improbable a más no poder, habida cuenta de mi evidente origen americano y del hecho de que procedía del mundo actual, a diferencia de mis amigos. No sabía cómo convencerlos. Mi relato no tenía ni pies ni cabeza. Hablaban con cruel naturalidad de asesinarme y de los distintos castigos, a cual más terrible, con que se pagaban los crímenes que mis amigos y yo habíamos cometido. Pese a todo, no me golpearon. No me torturaron. Y esa deferencia guardaba relación, creo yo, con el hombre al fondo del pasillo. De tanto en tanto me obligaban a salir de la celda y me llevaban a otro cuarto sin ventanas, donde me sentaba delante de un hombre con cara de búho que

llevaba el pelo cortado al rape y unas pequeñas gafas redondas. Clavaba su mirada en mí durante largos minutos, sin pronunciar palabra, repantingado en la silla y comiendo pepinillos.

Tengo la teoría de que intentaba leerme el pensamiento. No sé si los pepinillos formaban parte de la técnica o si sencillamente era adicto a ellos. Al final debió de encontrar lo que sea que estuviera buscando —o puede que penetraran en la mente de alguno de mis amigos— porque de golpe y porrazo los otros interrogadores cambiaron de sintonía. Ahora daban muestras de creerme cuando insistía en que no era californiano, sino que procedía del otro lado del charco, como el resto de los peculiares que iban conmigo.

Tras eso, empezaron a preguntar por los peculiares europeos, por las ymbrynes, por miss Peregrine. Ahora estaban convencidos de que las ymbrynes planeaban algún tipo de invasión o ataque. Querían saber cuántos peculiares más habíamos secuestrado en los Estados Unidos. A cuántas fieras habíamos seducido con nuestras artimañas. Les dije que a ninguna más, y que habíamos actuado por nuestra cuenta, a espaldas de las ymbrynes. Y repetí lo que ya le había explicado a Leo: nos habíamos limitado a acudir al rescate de una peculiar desubicada que estaba en peligro. Nos proponíamos ayudarla, nada más.



Fotografía perteneciente a la colección de Erin Waters.
Diseño del logo del sello de Chad Michael Studio.

—¿Qué peligro la amenazaba? —preguntó el interrogador. Era un tipo enorme, con los carrillos sin afeitar y el pelo blanco como la tiza.

Supuse que no pasaba nada por contarle lo sucedido, así que le describí a las personas que seguían a Noor. El coche negro con los cristales tintados. El helicóptero que sobrevolaba el edificio en construcción y los hombres que nos habían perseguido tras dispararle a Bronwyn alguna clase de dardo tranquilizador.

—No soy un hombre instruido —dijo el interrogador del fondo del pasillo—. Pero si algo conozco del derecho y del revés es a nuestros enemigos. Sé qué aspecto tienen, cómo se visten, qué comen para desayunar y cómo se llaman sus madres. Y estas personas no encajan con ninguna de esas descripciones.

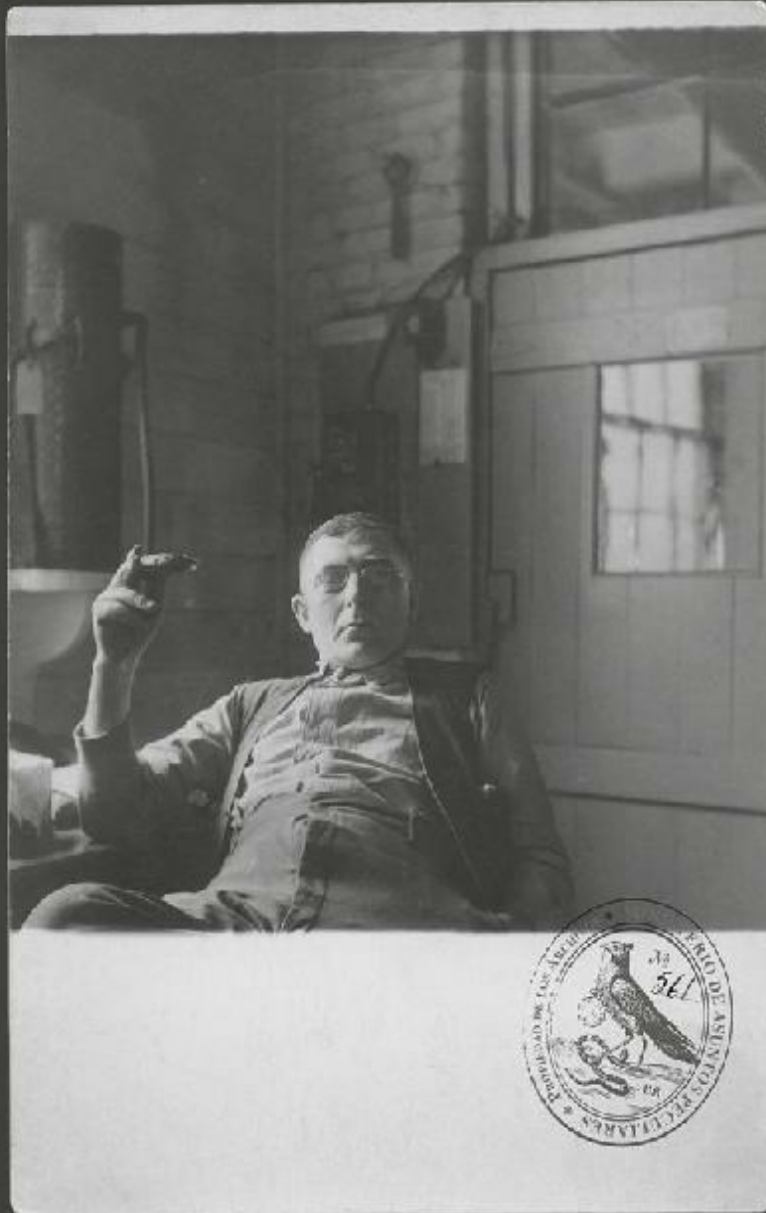
—Le juro que es verdad —insistí yo—. Las ymbrynes no tienen nada que ver con esto. Miss Peregrine ni siquiera supo que nos marchábamos. La chica estaba en peligro y solo queríamos ayudarla.

El hombre que me interrogaba estalló en carcajadas.

—Conque solo queríais ayudarla. —Se acercó tanto a mí que noté su olor corporal, un tufo agrio a mentol y sudores nocturnos—. Vi una ymbryne una vez. En Schenectady. Una anciana que vivía en los bosques con cosa de veinte niños. La seguían de acá para allá como patitos. Dormían en la misma cama. La seguían al retrete. —Sacudió la cabeza de lado a lado—. Nadie en este mundo hace nada solamente por ayudar. Y ningún pupilo de ymbryne ha actuado jamás por su cuenta.

Me embargó una sensación de rabia y orgullo herido.

—Mi abuelo sí. —¿Por qué mantenerlo en secreto? No podía dejarles pensar que las ymbrynes conspiraban contra ellos. A saber qué consecuencias acarrearía—. Era el cabecilla de un grupo que cazaba huecos y ayudaba a peculiares en peligro. La gente lo conocía como «Gandy».



Diseño del logo del sello de Chad Michael Studio.

El hombre ya no se reía. Escribía mis palabras en un pequeño cuaderno.

—Murió a principios de año —proseguí— y quiso que yo tomara el relevo. Eso creo, al menos. Uno de sus socios nos encomendó esta misión.

Alzó la vista.

—¿Dices que uno de los colaboradores de Gandy sigue vivo?

Sus ojos clavados en mí me provocaron escalofríos. Comprendí que había metido la pata.

—No. —Ahora me comportaba como si me hubiera armado un lío—. O sea, recibimos instrucciones a través de una máquina —mentí—. ¿Sabe qué es un teletipo? Las órdenes se imprimieron cuando yo andaba por allí cerca. Supuse que las enviaba algún antiguo socio de mi abuelo.

Intentaba borrar lo que acababa de revelarles acerca de H, pero era demasiado tarde.

El hombre cerró su cuaderno.

—Nos has resultado muy útil —dijo antes de hacerme un guiño y pasarse la mano por el pelo.

—No pretendíamos meter las narices en los asuntos de nadie —le aseguré a toda prisa—. No sabíamos nada de territorios ni de leyes ni de nada parecido.

Unas llaves tintinearón al otro lado de la puerta, que se abrió acto seguido. El interrogador sonrió.

—Que pases un buen día.



Veinte minutos más tarde me arrastraron al cubículo de Leo. No había nadie más en el despacho, solamente él, el hombre que me sujetaba y la fúnebre mano derecha del jefe, Bill. En el instante en que crucé la puerta, Leo se encaró conmigo.

—Tu abuelo era un asesino. Lo sabías, ¿verdad?

Yo no supe qué responder, así que cerré el pico. Saltaba a la vista que le faltaba un tornillo.

—Gandy. O comoquiera que lo llamas.

—Se llamaba Abraham Portman —dije por lo bajo.

—Secuestro. Asesinato. Ese hombre estaba mal de la cabeza. Mírame.

Alcé la vista para mirarlo a los ojos.

—No sabe lo que dice.

—¿Ah, no? —replicó—. Bill, tráeme el archivo de Gandy.

Bill se encaminó a un mueble archivador y empezó a rebuscar por el interior.

—Era un buen hombre —insistí yo—. Se enfrentaba a los monstruos. Salvaba a la gente.

—Sí, eso pensábamos nosotros también —replicó Leo—. Hasta que descubrimos que el monstruo era él.

—Ya lo tengo, Leo —dijo Bill.

El esbirro se acercó con una carpeta marrón en la mano. Leo se la arrebató para abrirla. Pasó una página y su implacable frialdad se quebró.

—Aquí está —murmuró. Su rostro impasible se arrugó en una mueca de dolor.

Me abofeteó con fuerza en la mejilla. Yo trastabillé. El hombre que me sujetaba me obligó a levantarme a tirones. Me zumbaba la cabeza.

—Era mi ahijada —dijo Leo—. Dulce como la melaza. Ocho años tenía. Agatha.

Giró la carpeta para que pudiera verla. Grapada a la página había una fotografía de una niña montada en un triciclo. Un nudo de terror negro empezó a crecer en mi estómago.

—Se la llevaron en plena noche. Gandy y sus hombres. Los acompañaba incluso un monstruo tenebroso. Trabajaba para ellos. Rompieron la ventana de su dormitorio y la sacaron de allí, del segundo piso. Encontramos un rastro de fango negro de la ventana a su cama.

—Él jamás habría hecho algo así —protesté—. Nunca habría secuestrado a una niña.

—¡Lo vieron! —gritó Leo—. Pero a ella no. Nunca más. Y la buscamos, ya lo creo que sí. O bien se la dio a comer a esa cosa o la mató con sus propias manos. Si la hubiera vendido a algún otro clan, yo me habría enterado. La habríamos encontrado y liberado.

—Siento mucho lo que pasó —dije—, pero le puedo jurar que no fue mi abuelo.

Me abofeteó nuevamente, en la otra mejilla esta vez. El despacho se emborronó y empezó a pitarme el oído. Cuando mi visión se aclaró, él miraba el gris atardecer por la ventana.

—Y el de mi ahijada tan solo fue uno de los diez secuestros que llevó a

cabo. Diez niños desaparecieron y nadie los volvió a ver. Tenía las manos manchadas de sangre. Pero ha muerto, por lo que dices. De manera que ahora esa sangre ensucia las tuyas.

Se acercó a un carrito que hacía las veces de minibar y se sirvió un trago de un licor marrón. Se lo bebió de una vez.

—Bueno, ¿y dónde está ese socio que, según dices, sigue vivo?

—No lo sé. No lo sé.

Había decidido contar la verdad acerca de H; ya me había ido de la lengua, de todas formas, y tampoco poseía información que pudiera conducirlos hasta él. Ni siquiera sabía dónde vivía.

El matón de Leo me tenía agarrado por el cuello y noté cómo su mano se cerraba.

—Sí que lo sabes. ¡Ibas a entregarle a la chica!

—No, la llevaba a un bucle. No se la iba a entregar a él.

—¿A qué bucle?

—No lo sé —mentí—. Estaba esperando que me lo dijera.

Bill hizo crujir sus nudillos.

—Se está haciendo el tonto, Leo. Te toma por idiota.

—Muy bien —dijo Leo—. Lo encontraremos. En mi ciudad nadie se esconde de mí mucho tiempo. Pero antes dime una cosa: ¿qué hacéis con ellos? ¿Con vuestras víctimas?

—Nada —respondí—. No tenemos víctimas.

Agarró la carpeta de la mesa, donde la había dejado caer, buscó una página y me la plantó en la cara.

—Este es uno de los niños que rescató tu abuelo. Lo encontramos dos semanas después. ¿Te parece que está sano y salvo? ¿Eh?



Era la foto de una persona muerta. Un niño. Mutilado. Una imagen espantosa.

Me asestó un puñetazo en la barriga. Me doblé sobre mí mismo, gimiendo.

—¿Es una especie de nauseabundo negocio familiar? ¿Es eso?

Me pateó y yo me desplomé en el suelo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Agatha?

Yo no dejaba de repetir «no lo sé, no lo sé», o más bien lo intentaba, mientras él me pateaba dos veces más. Apenas si podía respirar y la sangre me chorreaba de la nariz al suelo.

—Levántalo —ordenó Leo, asqueado—. Maldita sea, ahora tendré que llevar la alfombra a la tintorería otra vez.

Me agarraron de los brazos para ponerme de pie, pero las piernas no soportaban mi peso, así que me arrodillé.

—Pensaba matar a Gandy —dijo Leo—. Iba a matar a ese asqueroso hijo de perra con mis propias manos.

—Gandy ha muerto, Leo —señaló Bill.

—Gandy ha muerto —repitió este—. En ese caso, tendré que conformarme contigo. ¿Qué hora es?

—Casi las seis —informó el esbirro.

—Lo mataremos por la mañana. Organiza una fiesta. Invita a las tropas.

—Se equivoca —susurré con voz temblorosa—. Se equivoca respecto a él.

—¿Qué prefieres, chico? ¿Morir ahogado o de un disparo?

—Puedo demostrarlo.

—¿Por qué no hacer ambas cosas? —propuso Bill.

—Buena idea. Una por él y otra por su querido abuelito. Ahora llévatelo de aquí.



Esa noche apagaron la luz de mi celda por primera vez. Yacía en una oscuridad vacía, muerto de dolor. Mientras me lamentaba por el mero hecho de tener un cuerpo, le daba vueltas a la cabeza. Estaba preocupado por mis amigos. ¿Los habían golpeado, torturado, amenazado? También sentía inquietud por Noor y por la suerte que pudiera correr. ¿No habría sido mejor para ella que no hubiese tratado de ayudarla? ¿Que hubiera obedecido a H y hubiera abortado la misión cuando me lo dijo?

Sí. Seguramente.

Lo reconozco, también estaba preocupado por mí mismo. Los matones de Leo no habían dejado de amenazarme desde mi llegada, pero ahora, por primera vez, su promesa de poner fin a mi vida parecía sincera. Leo ya no me necesitaba para nada. Ya no intentaba arrancarme información. Por lo que parecía, solo quería verme muerto.

¿Y a qué venía esa historia de locos sobre mi abuelo? No creí ni por un segundo que fuera verdad, pero ¿cómo era posible que alguien le diera crédito? Solo se me ocurría que los wights hubieran organizado secuestros y asesinatos cuyas características señalaran a mi abuelo como culpable, con la esperanza de que la gente de Leo acabara con él haciendo así el trabajo por ellos. En cuanto a eso de que habían identificado a mi abuelo en las escenas de algunos crímenes (como Leo había señalado), los wights son maestros del disfraz. Puede que alguno se hubiera vestido igual que él o hubiera creado una máscara sumamente realista.

Unos golpes repentinos, fuertes, se dejaron oír en la puerta.

Se acabó. Venían a por mí. Ni siquiera habían esperado al amanecer.

Alguien descorrió el ventanuco.

—Portman.

Era Leo. Me sorprendió, aunque tenía lógica que estuviera allí; quería apretar el gatillo en persona.

—Ven aquí.

Me levanté del catre y me acerqué al ventanuco.

—Los wights le tendieron una trampa a mi abuelo —dije, no porque pensase que me iba a creer, sino porque necesitaba decirlo.

—Cierra el maldito pico. —Guardó silencio un instante para recuperar la compostura—. ¿Conoces a esta mujer?

Acercó una fotografía al hueco de la puerta.

Yo estaba tan desconcertado ante el inesperado cambio de tercio que tardé un instante en reaccionar. Se trataba de una instantánea en la que aparecía una diva teñida de rubio con guantes blancos y un sombrero de plumas. Sostenía una lata de desatascador Drano, como si le estuviera cantando.

—Es la baronesa —dije, dando gracias de no haber perdido la memoria.

Leo retiró la foto. Me miró un momento con el ceño fruncido. Yo no supe interpretar su expresión. ¿Había superado una prueba? ¿O la había pifiado?

—Hemos hecho unas llamadas —explicó por fin—. Tus compañeros nos

han dicho que pasasteis por el motel Flamingo. Como es natural, nos preocupamos, así que contactamos con los amigos que tenemos allí para saber si habíais dejado a alguien con vida. Para nuestra sorpresa, descubrimos que no solo os comportasteis como damas y caballeros, sino que también os encargasteis de ciertos asuntos que yo tenía pensado solucionar.

Me quedé pasmado.

—¿Asuntos?

—¿Recuerdas a esos idiotas que se comportan como si toda la zona les perteneciera? ¿Los salteadores de caminos? Tenía previsto personarme en Florida para darles su merecido. Me habéis ahorrado el problema.

—No, esto... Si no fue nada.

Intentaba hablar en un tono tranquilo y sensato, no como alguien que espera a medias que lo maten.

Leo rio entre dientes y miró al suelo, como si se sintiera avergonzado.

—Puede que te estés preguntando por qué un pez gordo como yo se preocupa por un bucle turístico sin importancia. Pues bien, no lo haría si no fuera porque mi hermana vive allí.

—¿La baronesa?

—Su verdadero nombre es Donna. Le gusta ese clima. —Sacudió la cabeza y murmuró para sí—. Y está aprendiendo a cantar ópera...

—¿Me va a liberar?



—Por lo general, un comentario favorable de mi hermana únicamente serviría para que te conmutase la pena de muerte. Pero resulta que tienes amigos en lugares interesantes.

—¿Ah, sí?

Cerró el ventanuco. Una llave giró en el cerrojo y la puerta se abrió. Ahora nos encontrábamos a pocos pasos de distancia, sin obstáculos interpuestos. Se retiró a un lado y allí, caminando por el pasillo hacia mi celda, estaba miss Peregrine.

Por un momento creí que soñaba. Y entonces habló.

—Jacob. Salga de ahí ahora mismo.

Estaba enfadada conmigo, pero la preocupación había dejado tales huellas en su rostro, y sus ojos reflejaban tal alivio, que no dudé de que abriría los brazos si corría hacia ella. Lo hizo y la abracé con fuerza.

—Miss Peregrine. Miss Peregrine. Cuánto lo siento.

Ella me propinó unas palmaditas en la espalda y me besó en la frente.

—Guarde eso para más tarde, míster Portman.

Me volví a mirar a Leo.

—¿Y qué pasa con mis amigos?

—Están esperando en la zona de carga

—¿Y Noor?

Su expresión se agrió al momento.

—No te pases, chico. Y no vuelvas jamás por aquí. El hecho de que ayudaras a mi hermana ha sido tu salvoconducto. Pero no te concederé más de uno.



Los hombres de Leo nos acompañaron por los pasillos, a través del club de Leo y por la cocina, hasta llegar a la zona de carga y descarga. A la pálida luz del alba avisté a Emma y a Bronwyn esperando y, junto a ellas, la camisa blanca y los pantalones grises que pertenecían a Millard. Cuando los vi allí de pie, sanos y salvos, me recorrió un estremecimiento de alivio tan intenso que más bien fue como un escalofrío. No comprendí hasta ese momento hasta qué punto había perdido las esperanzas.

—Benditos sean los pájaros, gracias al cielo —exclamó Bronwyn uniendo las manos cuando me vio llegar acompañado de miss Peregrine.

—Ya os dije que no le pasaría nada —suspiró Millard—. Jacob sabe cuidar de sí mismo.

—¿Nada? —dijo Emma, que palideció al verme de cerca—. ¿Qué te han hecho?

Yo llevaba un tiempo sin mirarme al espejo, pero debía de ofrecer un aspecto horrible, con la nariz rota y un montón de heridas en el cuerpo.

Emma me abrazó. En ese instante olvidé todas nuestras diferencias y sencillamente disfruté de la sensación de tenerla entre mis brazos de nuevo. Y entonces, cuando me estrechó con demasiada fuerza, un dolor agudo me recorrió las costillas rotas. Ahogando una exclamación, me aparté.

Le aseguré que me encontraba bien, aunque tenía la cabeza como un globo a punto de estallar.

—¿Dónde está Enoch? —quise saber.

—En el Acre —dijo Millard.

—Gracias a Dios.

—Escapó de aquella horrible comida —explicó Emma—. Llamó a tu casa y le contó a miss Peregrine lo sucedido, y nos siguieron la pista hasta aquí.

—Le debemos la vida —apuntó Millard—. Nunca creí que lo diría.

—Ya os pondréis al día camino del Acre —dijo alguien con acento francés. Me di la vuelta para mirar a miss Cuco, que esperaba cerca de la salida con otra ymbryne. Llevaba un vestido azul eléctrico con un cuello alto de color plata y nos miraba impertérrita. Ni ella ni las demás ymbrynes dejaron traslucir la menor alegría al vernos.

—Vamos, hay un coche esperando.

Salimos bajo la atenta mirada de los hombres de Leo, que nos apuntaban con sus armas. Volví a pensar en Noor y en el hecho de que la estábamos dejando allí, prisionera de un modo u otro. Me sentí fatal. La misión no solo había sido un fracaso, sino que seguramente la habíamos condenado a un destino aún peor si cabe que si nunca nos hubiera conocido.

En la zona de carga y descarga, las ymbrynes nos rodearon y nos empujaron con suavidad al interior de un gran coche. El vehículo se alejó del bordillo antes incluso de que hubiéramos cerrado las puertas.

—¿Miss Peregrine? —dije.

Ella se volvió a medias, hasta colocarse de perfil.

—Sería mejor —me espetó— que no dijera nada ahora mismo.



DIECIOCHO



Nos llevaron de vuelta al Acre del Diablo a través de un bucle de Manhattan que conecta con el panbucleticón; un camino que nos habría ahorrado a mis amigos y a mí varios días de viaje e incontables problemas de haberlo conocido. De momento, me libré del rapapolvo porque estaba herido. En lugar de regañarme, las ymbrynes me llevaron a un remiendahuesos llamado Rafael, que trabajaba en una ruinoso casa de Little Stabbing Street. Pasé el resto del día y toda la noche tumbado en una sala y rodeado de frascos farmacéuticos mientras él me aplicaba ardientes polvos y apestosas cataplasmas a las heridas. No era Madre Arena, pero pronto empecé a notar los efectos.

Obligado a guardar cama y casi incapaz de dormir, me atormentaban los fantasmas del fracaso, la duda y el sentimiento de culpa. (Si hubiera obedecido a H. Si hubiera abortado la operación cuando me suplicó que lo hiciera). Tampoco me quitaba de la cabeza las barbaridades que Leo había dicho sobre mi abuelo. No porque me planteara si serían ciertas —no tenía ninguna duda de que los wights se la habían jugado, era la única explicación lógica—, sino por la sencilla razón de que me incomodaba muchísimo que alguien pudiera ir contando esas mentiras por ahí. Tendría que aclarar la historia, si acaso algún día H volvía a dirigirme la palabra. Sin embargo, lo que más me atormentaba de todo era el sentimiento de culpa en relación con Noor. Si no me hubiera conocido, tal vez no estuviera a salvo ahora mismo, pero sí en una situación mejor. Perseguida, sí, pero al menos disfrutaría de libertad.

Mis amigos acudieron a visitarme por la mañana. Emma, Millard, Bronwyn. Y también Enoch, que nos contó lo que le había sucedido después de que nos separásemos. Al parecer, al salir del extraño trance inducido por Frankie, se encontró vestido con ropa de muñeca, de la que se despojó a toda prisa antes de salir por piernas.

—Creemos que despertó cuando yo derribé a Frankie —dijo Emma—. En ese momento nos soltó a todos, y debió de perder también el control sobre Enoch.

—Ha de ser muy poderosa si es capaz de ejercer su influencia a distancia, como lo hizo —observó Millard—. Tendré que incluirla en mi nuevo libro, *Quién es quién en los Estados Unidos peculiares*.

—Yo también puedo controlar a las personas a distancia —presumió Enoch—, siempre y cuando estén muertas.

—Qué pena, hacíais muy buena pareja —bromeé.

Enoch se inclinó sobre mi cama y me propinó un capirotazo en un cardenal del brazo. Pegué un grito.

Me dijeron que miss Peregrine todavía no había hablado con ellos; ni siquiera para regañarlos. Apenas si había pronunciado palabra desde nuestro regreso; únicamente para advertirnos de que no se nos ocurriera abandonar el Acre.

—Todavía está muy enfadada —observó Emma—. Nunca la había visto así.

—Yo tampoco —dijo Bronwyn—. Ni siquiera el día que mi hermano hundió el transbordador de Cairnholm con todos nosotros a bordo.

—¿Y si nos destierran del reino peculiar? —se preocupó Emma.

—No te pueden desterrar del reino peculiar —replicó Enoch—. ¿Verdad?

—Todo eso de la misión fue una pésima idea —se lamentó Bronwyn.

—Las cosas iban bien hasta que te dispararon el dardo del sueño o lo que fuera —dijo Enoch.

—Entonces ¿yo tuve la culpa?

—No habríamos caído en el bucle trampa de Frankie si no hubiéramos tenido que salir corriendo en busca de un hospital.

—Nadie tiene la culpa —medié yo—. Fue una cuestión de mala suerte, nada más.

—Si no hubiera sido eso, habría sido otra cosa —sentenció Emma—. Me sorprende que llegáramos tan lejos, habida cuenta del alcance de nuestra ignorancia. Fuimos unos bobos al pensar que podíamos llevar a cabo una operación en los Estados Unidos sin recibir preparación ni entrenamiento. —Me echó una breve ojeada y luego desvió la vista—. No hay dos como Abe Portman.

Fue un golpe bajo y me dolió. Me incorporé en la cama como pude.

—Su compañero pensó que estábamos preparados. Él nos encomendó la misión.

—Y a mí me encantaría saber por qué —dijo una voz desde el umbral.

Nos volvimos hacia miss Peregrine, que estaba apoyada contra la jamba sosteniendo una pipa apagada. ¿Cuánto rato llevaba ahí?

Todos adoptamos posturas tensas, preparados para aguantar el chaparrón. Miss Peregrine entró, observando la habitación y toda su parafernalia según caminaba.

—No creo que os hagáis una idea de los problemas que habéis causado, niños.

Se detuvo en medio de la habitación.

—Supongo que habrá estado muy preocupada —dijo Millard.

Volvió la cabeza hacia él con brusquedad y entornó los ojos. Comprendimos que nuestros comentarios todavía no eran bien recibidos.

—Sí, pero no solo estaba inquieta por vosotros. —Hablaba con una frialdad nada habitual en ella—. Llevamos unos meses involucradas (antes incluso de que la amenaza de los huecos amainara) en una negociación de paz entre los clanes estadounidenses. Vuestros actos han puesto en grave peligro nuestras conversaciones.

—No lo sabíamos —me justifiqué con un hilo de voz—. Miss Cuco y usted dijeron que las ymbrynes estaba ocupadas con los trabajos de reconstrucción.

—Era un asunto de alto secreto, conocido únicamente por las ymbrynes —aclaró—. Jamás se me pasó por la cabeza que debía advertir a mis propios pupilos de que no se aventurasen en un territorio tan peligroso y poco documentado (no solamente sin permiso, sino también sin informarme siquiera) con el fin de emprender una misión abocada al fracaso asignada por un contacto desconocido y nada de fiar... —A estas alturas de su discurso, prácticamente estaba chillando. Se detuvo y se frotó un ojo con el nudillo—. Perdonad. Llevo varios días sin dormir.

Echó mano de una cerilla en el bolsillo de su vestido, levantó el pie y la rascó hábilmente contra la suela del zapato para prender la pipa. Tras dar unas cuantas caladas meditabundas, prosiguió.

—Las demás ymbrynes y yo hemos trabajado contra reloj para negociar con el clan de los Cinco Distritos de Leo Burnham vuestra liberación. Es muy complicado sacar adelante un tratado de paz cuando las mismas personas que lo promueven están acusadas de cometer delitos graves. —Miss Peregrine guardó silencio para que esa última frase hiciera mella antes de continuar—. Los Estados Unidos están muy divididos. Ese es el quid de la cuestión, que

comparto con vosotros únicamente porque deseo inculcaros hasta qué punto habéis interferido. Hay tres grandes facciones: el clan de los Cinco Distritos, cuya influencia abarca buena parte de la costa este; la Mano Invisible, cuyo poder se concentra en Detroit; y los Californios del oeste, con sede en Los Ángeles. Texas y el Sur son autónomos, territorios más o menos sin ley que han contrarrestado cualquier intento de centralizar el control en un único bucle, una situación desafortunada, que solo ha servido para empeorar las desavenencias sociales. Ahora bien, las tensiones entre los tres grupos principales son las más preocupantes. Arrastran desde antaño disputas relativas a las fronteras, viejos rencores y otras diferencias por el estilo, pero, a lo largo de cien años, la amenaza que suponían los ataques de los espíritus huecos redujeron enormemente su movilidad e impidieron que los ocasionales rifirrafes desembocaran en una guerra. Ahora que buena parte de los huecos han desaparecido, sin embargo, las reyertas están empeorando.

—En otras palabras, no podríamos haber escogido peor momento para meter las narices —concluyó Millard.

—Pues no —coincidió miss Peregrine—. Sobre todo habida cuenta de la naturaleza del trabajo que están llevando a cabo las ymbrynes.

Yo conocía parte de esa historia, pero mis amigos no. Parecían desmoralizados y horrorizados.

—Entiendo por qué la situación es delicada —dije—. Pero no puedo comprender por qué les parece tan mal que hayamos prestado ayuda a una peculiar en peligro.

—En Europa el asunto no habría trascendido —respondió miss Peregrine—, pero en Estados Unidos se considera una grave afrenta.

—Pero mi abuelo se pasó toda la vida buscando y ayudando a peculiares desubicados.

—¡Hace años! —replicó ella, prácticamente a voz en cuello—. ¡Las convenciones cambian, míster Portman! ¡Las leyes se modifican! Y si lo hubiera consultado, conmigo o con cualquier otra ymbryne, le habríamos dicho que los estadounidenses son territoriales y lo que hace veinticinco años era un acto de heroísmo ahora se considera un crimen.

—Pero ¿por qué?

—Porque el recurso más valioso del pueblo peculiar somos nosotros. Los peculiares. Si se declara un conflicto entre dos bucles, necesitan tantos peculiares como puedan reunir: guerreros, remiendahuesos, corredores,

espías invisibles y demás. Un ejército. Pero contamos con una población muy limitada a la que recurrir. Y gracias a la perniciosa hambre de los huecos, los nuevos peculiares han escaseado durante mucho tiempo. Se los rifaban, casi literalmente. A falta de sangre fresca, las poblaciones peculiares envejecieron y se recluyeron en bucles. Un ejército que no puede alejarse demasiado de su asentamiento por miedo a envejecer no resulta muy efectivo. Así que, en realidad, no hay nada más valioso en el reino peculiar que una persona desubicada. Sobre todo si se trata de un peculiar poderoso, dotado de un gran talento.

—¿Y por qué H no nos lo dijo? —objeté—. Debía de saber que, si ayudábamos a Noor, los peculiares de la zona montarían en cólera.

—Eso mismo me gustaría preguntarle a mí —dijo miss Peregrine, enfadada—. Y muchas otras cosas, también.

—Estoy seguro de que actuó de buena fe —intervino Millard—. Los tipos que perseguían a Noor eran muy desagradables.

—No dudo de que sus motivos fueran nobles —concedió miss Peregrine—. Involucrar a mis pupilos en el asunto no lo fue.

—Lo sentimos mucho —dijo Emma—. Nos cree, ¿verdad?

Miss Peregrine hizo caso omiso de la pregunta, igual que había ignorado todos nuestros intentos de disculparnos. Se acercó a la ventana y exhaló una nube de humo hacia la bulliciosa calle.

—Las negociaciones de paz iban por buen camino, pero este incidente ha mermado gravemente la confianza que los clanes habían depositado en nosotras. Un interlocutor neutral no puede ser sospechoso de actuar movido por ningún motivo que no sea la paz. Todo esto ha supuesto un grave contratiempo.

—¿Cree que habrá guerra? —quiso saber Millard—. ¿Por nuestra culpa?

—Es posible que aún estemos a tiempo de reconducir las negociaciones. Pero los clanes difieren en un gran número de asuntos clave. Deben delimitar fronteras, nombrar un consejo de paz... No son temas menores y hay mucho en juego. Una guerra entre clanes no sería desastrosa únicamente para los peculiares estadounidenses, sino también para todos nosotros. La guerra es un germen difícil de contener. Sin duda se propagaría.

A juzgar por nuestros hombros hundidos y expresiones desconsoladas, todos estábamos profundamente avergonzados. Yo empezaba a arrepentirme de todo; incluso de haberme puesto en contacto con H, para empezar.

Tras una pausa que se me antojó interminable, miss Peregrine se volvió a mirarnos.

—Peor que todo eso —suspiró—, peor que haber perdido la confianza de los clanes es tener la sensación de que ya no puedo confiar en vosotros.

—No diga eso, miss, ni en broma —suplicó Bronwyn.

—Y es usted la que más me ha decepcionado, miss Bruntley. Esta clase de conducta no me sorprende en miss Bloom ni en míster O'Connor. Pero usted se ha mostrado siempre tan leal y bondadosa.

—Lo repararé —dijo Bronwyn—. Se lo prometo.

—Empezará por unirse al equipo de limpieza de la cocina, aquí en el Acre, durante un mes.

—Sí, claro que sí —accedió Bronwyn, asintiendo con vehemencia. Parecía aliviada ante la idea de un castigo, por cuanto implicaba la posibilidad de perdón.

—Miss Bloom, usted trabajará en el incinerador de basura de Smoking Street. —Vi a Emma arrugar el rostro con una mueca de dolor, pero no dijo nada—. Míster O'Connor, usted deshollinará chimeneas. Míster Nullings...

—¿Miss Peregrine? —intervine.

Se interrumpió a media frase. Mis amigos me miraron con diversos grados de incredulidad.

—¿Sí? —preguntó la directora.

Era consciente de que miss Peregrine pondría el grito en el cielo cuando oyese lo que me disponía a decir. Pero tenía que soltarlo.

—¿Qué pasa con Noor?

—¿Qué pasa con ella?

Se le estaba agotando la paciencia. Pero yo no podía obviar el tema.

—Es que... la dejamos allí —dije.

—Soy muy consciente de lo que pasó —fue la respuesta de miss Peregrine—. Y de haber podido traerla al Acre con nosotros, lo habría hecho. Pero hice uso de todos los recursos a mi alcance para garantizar vuestra liberación. De haber insistido en llevarla conmigo, habrían pensado que esa fue siempre nuestra intención. Que nuestra única pretensión era atraer peculiares no contactados. Y eso habría arruinado las conversaciones de paz.

Miss Peregrine tenía razón, pero ella estaba hablando de política y yo hablaba de una persona. ¿No podíamos evitar la guerra y al mismo tiempo salvar a Noor? Así que volví a la carga.

—Leo está chiflado y es peligroso —argüí—. Entiendo que rescatar a Noor pueda perjudicarnos, pero ¿no podríamos hacerlo a hurtadillas, para que no sepan que hemos sido nosotros?

Emma me disparaba dagas con los ojos. «Déjalo», articuló con los labios.

Miss Peregrine estaba a punto de perder los nervios, saltaba a la vista.

—Míster Portman —dijo—, si esa chica está en peligro, nadie más que usted tiene la culpa. No me puedo creer que, después de todo lo que le acabo de decir, siga insistiendo en que intentemos rescatarla de ese bucle. Sencillamente no me lo puedo creer.

—Ya sé que tengo la culpa y lo asumo. —Hablabla deprisa, intentando exponer mis argumentos sin presionar demasiado a miss Peregrine—. Pero debería haber visto a las personas que la perseguían; llevaban helicópteros y, en plan, equipamiento de fuerzas especiales.

—Está claro que pertenecían a uno de los clanes rivales.

—No lo creo —repliqué, pisando sus palabras—. Los hombres de Leo no los conocían...

—Míster Portman.

—Esa chica tiene algo especial, algo importante, y presiento que...

—¡Míster Portman!

—Jacob, olvídalo —me susurró Millard.

—Es que no creo que H nos hubiera enviado a buscarla si no fuera importante. No es ningún idiota.

—¡Míster Portman, esa chica no es asunto suyo! —aulló miss Peregrine.

Nunca la había oído gritar así. Se hizo el silencio. Aun los ruidos procedentes de la calle disminuyeron, o eso me pareció.

Ella temblaba de furia.

—En ocasiones hay que adaptarse a situaciones que nos desagradan en aras de un bien mayor —alegó, haciendo esfuerzos por no alzar la voz—. La seguridad de una sola persona no se puede anteponer a la de miles.

Yo también estaba enfadado. Por eso fui incapaz de discurrir una respuesta más elaborada que:

—Pues qué asco.

Bronwyn ahogó un grito. Nadie le hablaba a miss Peregrine en ese tono.

Ella avanzó un paso. Se inclinó sobre mi cama.

—Sí, míster Portman, es un asco. Pero precisamente porque nos toca decidir entre diversas opciones, todas desagradables, gobernar es un asco en

ocasiones. Y por eso jamás de los jamases involucraremos a niños en decisiones políticas de alto nivel.

Enfatizó la palabra «niños» hasta tal punto que fue como si nos la tirara a la cara.

Emma frunció el ceño.

—¿Miss Peregrine? —dijo.

La directora se volvió bruscamente a mirarla, como si la desafiara a contradecirla.

—¿Qué pasa ahora, miss Bloom?

—Ya no somos niños.

—Sí —replicó miss Peregrine—, lo sois. Hoy lo habéis demostrado.

Tras eso, giró sobre los talones y salió de la habitación.

La partida de la directora dejó tras de sí un silencio estupefacto. Cuando supimos, por el taconeo de sus zapatos, que había abandonado la casa, mis amigos recuperaron la voz.

—Eres un imbécil, Portman —me espetó Enoch—. Has conseguido que se enfade todavía más. ¡Y dale con esa chica!

—Si fueras tú el que se hubiera quedado en ese bucle, todos estaríamos preocupados —objeté—. ¿Cómo quieres que no me preocupe por ella?

—No es asunto nuestro —murmuró Bronwyn—. Como muy bien ha dicho miss Peregrine.

—No la van a matar ni nada —alegó Enoch—. Está más segura entre la gente de Leo que escondiéndose de los helicópteros en un edificio abandonado.

—¡No lo sabemos! —protesté—. La misión era llevarla a un bucle seguro, no abandonarla en el primer sitio que...

—¡Olvida la maldita misión! —estalló Emma—. ¡Ya no hay misión que valga! ¡La misión ha terminado! ¡Era una misión estúpida desde el principio!

—Eso, eso y eso —asintió Bronwyn—. Deberíamos olvidarnos de ella y cruzar los dedos para que las ymbrynes nos perdonen.

—¡Ellas tuvieron la culpa en parte! —señalé yo—. Nada de esto habría pasado si nos hubieran contado desde el principio los asuntos que se traían entre manos. Yo no tenía ni idea de que estaban negociando no sé qué tratado de paz...

—No les cargues el muerto a las ymbrynes —me advirtió Bronwyn.

—¡Nos tratan como idiotas! —insistí yo—. ¡Vosotros mismos lo dijisteis!

—No sé vosotros —opinó Bronwyn—, pero después de ver cómo viven los estadounidenses, me alegro de poder contar con las ymbrynes y nunca más voy a criticarlas. Así que, si es eso lo que estamos haciendo, no contéis conmigo, por favor.

—No las critico, solo digo que...

—No estamos a su altura, Jacob. Y tú tampoco. Quiero decir, fue increíble lo que hiciste en la Biblioteca de Almas, pero solo porque seas un héroe famoso y la gente te pida autógrafos por la calle no significa que seas tan importante como una ymbryne.

—Yo nunca he dicho que lo fuera.

—Pues te comportas como si lo pensaras. Y si miss Peregrine decide no compartir un secreto contigo, estoy segura de que tiene sus motivos y no hay más que hablar.

Bronwyn dio media vuelta y se marchó. Otro silencio se alargó a su espalda.

—¿Y qué decís los demás? —pregunté.

—¿Qué decimos acerca de qué? —me espetó Emma.

—¿Qué ha pasado con lo de ser independientes? ¿Con lo de tomar nuestras propias decisiones? ¿Ha quedado en nada solo porque miss P está enfadada?

—Venga, no sigas hablando como un zoquete —me soltó Enoch—. Podríamos haber provocado una guerra.

—Miss Peregrine tiene todo el derecho a estar furiosa con nosotros —fue la respuesta de Emma.

—Estoy de acuerdo en que a menudo nos trata como niños —dijo Millard—, pero escogimos un mal momento para reivindicar nuestra independencia.

—Podríamos haberlo sabido —insistí—. Solo porque hayamos cometido un error no significa que debemos darnos por vencidos.

—Sí, significa exactamente eso —replicó Enoch—. En este caso, sí. Por mi parte, voy a agachar la cabeza, limpiar unas cuantas chimeneas y confiar en que las cosas vuelvan a la normalidad cuanto antes.

—Qué actitud tan heroica —le reproché.

Enoch soltó una carcajada, pero advertí que se sentía herido. Se acercó a mi cama, echó mano de unas margaritas mustias que llevaba en el bolsillo y me las tiró a la manta.

—Tú tampoco eres un héroe —me acusó—. No eres Abe Portman y nunca lo serás. ¿Por qué no dejas de intentarlo de una vez?

Dicho eso, se largó.

Yo estaba paralizado. No sabía qué decir.

—Será mejor que yo me marche también —murmuró Millard—. No quiero que la directora piense que estamos...

No oí el final de la frase.

—¿Qué? ¿Conspirando?

—Algo así —asintió él.

—¿Y qué hay de los demás? ¿No van a venir a visitarme?

No había vuelto a ver a Horace, Hugh, Olive ni Claire desde que partimos camino de nuestra misión, un momento del pasado que ahora se me antojaba otra vida.

—No creo —fue la respuesta de Millard—. Luego nos vemos, Jacob.

No me gustaba el cariz que estaban tomando las cosas. Tenía la sensación de que se había trazado una línea que me dejaba a mí a un lado y a todos los demás al otro.

Millard se marchó, un abrigo y unos pantalones que cruzaban la entrada. Y ahora me encontraba a solas con Emma, que también se disponía a marcharse.

—No te vayas —le pedí. Una desesperación súbita y bochornosa se había apoderado de mí.

—Tengo que irme. Lo siento, Jacob.

—No tenemos por qué darnos por vencidos. Solo ha sido un tropiezo.

—Para. Por favor. —Se le saltaban las lágrimas, igual que a mí, advertí—. Sí. Tenemos que darnos por vencidos.

—Contactaré con H por teléfono, como sea, hablaremos de lo que pasó y decidiremos qué hacer a continuación...

—Escúchame, Jacob. Por favor, escucha. —Unió las palmas y se llevó las puntas de los dedos a los labios; como si estuviera rezando, suplicando—. Tú no eres Abe —dijo—. Tú no eres Abe y me temo que, si sigues tratando de reemplazarlo, te vas a estrellar.

Dio media vuelta, despacio, encuadrada por el marco de la puerta, y salió.



Tendido en la cama, escuchando el bullicio callejero, pensaba, soñaba. Hablé con Rafael cuando acudió para rociarme unos polvos extraños. Entraba y

salía de un sueño inquieto. Mis emociones oscilaban entre la rabia y el remordimiento. Sí, me sentía abandonado por mis amigos —¿acaso podía seguir llamándolos así, siquiera?—, pero en el fondo entendía por qué se negaban a ponerse de mi lado. Habían arriesgado mucho por mí y casi lo pierden todo. Yo no sabía si te podían desterrar del reino peculiar, pero suponía que nos habíamos librado por los pelos.

También estaba enfadado con Emma, por lo que me había dicho, por lo que había hecho, por marcharse. Al mismo tiempo me preguntaba si no tendría yo la culpa de nuestra ruptura. ¿La había empujado a revivir antiguos sentimientos que llevaba años tratando de evitar? Si no hubiera entrado en el búnker de Abe, si nunca hubiera llamado a H, si no hubiera involucrado a Emma en nada de esto, ¿seguiríamos juntos?

Y puede que miss Peregrine fuera agobiante, frustrante y condescendiente, pero tenía razón en estar furiosa conmigo. Y también mis amigos. Por más que me incomodara admitirlo, el proyecto había nacido de la impaciencia que me suscitaban las ymbrynes y del resentimiento hacia mis padres. El problema, en realidad, era que había tratado de desenvolverme en un mundo para el que no estaba preparado. El universo peculiar es sumamente complejo. Posee reglas, tradiciones y taxonomías que ni siquiera mis amigos, que llevaban estudiándolas buena parte de sus largas vidas, habían llegado a dominar. Los recién llegados deberían pasar por una fase de entrenamiento y estudio tan dura como los astronautas antes de salir al espacio. Sin embargo, cuando el bucle de miss Peregrine colapsó, yo fui arrojado a este universo sin más opción que nadar para no morir ahogado. Milagrosamente, gracias a una mezcla de chiripa, talento peculiar y valor por parte de mis amigos, había sobrevivido. No solo eso; había salido triunfante.

Pero no se puede confiar en la suerte, y cometí el error de pensar que podía volver a zambullirme y flotar por las buenas. En un arranque de rencor, salté por mi cuenta y riesgo a esas aguas oscuras arrastrando conmigo a varios de mis amigos, un gesto que no solo fue insensato, en último término, sino también cruel. Y por poco lo pago con la vida.

Improvisé y pequé de exceso de confianza. No podía culpar a miss Peregrine de eso. De modo que ni siquiera podía enfadarme con ella, en realidad, ni con mis amigos. Cuanto más lo meditaba, más proyectaba la rabia en otra persona. Alguien que ni siquiera estuvo presente. Alguien que ni tan solo seguía vivo: mi abuelo. Él sabía quién era yo, durante toda mi vida. Era

consciente, en cuanto que peculiar, de lo que tendría que afrontar algún día. Pero no me había preparado para ello, en absoluto.

¿Por qué? ¿Porque fui desagradable con él en cuarto de primaria? ¿Porque herí sus sentimientos? Me costaba creer que mi abuelo fuera tan mezquino. ¿O lo hizo, tal como miss Peregrine sugirió en cierta ocasión, por ahorrarme sufrimientos? ¿Porque quería que me sintiera un niño normal?

La idea tenía su encanto, a primera vista. Pero no si la sometía a examen. Él sabía. Él vivía aquí, en estos Estados Unidos complicados, sangrientos y divididos. Si realmente me ocultó la verdad para ahorrarme dolor, también debía de ser consciente de que me estaba poniendo en peligro. Aun si los huecos jamás hubieran dado conmigo, alguna banda de peculiares estadounidenses habría olfateado mi pista, antes o después. Imaginad la sorpresa, descubrir que eres peculiar de la peor manera, convertido en la codiciada presa de algún despiadado salteador de caminos.

Abe me abandonó a mi suerte, sin un mapa, una clave, una pista. Sin una sola indicación de cómo desenvolverme en esta realidad nueva y extraña. Era su deber decírmelo y no lo había hecho.

¿Cómo pudo ser tan descuidado?

Porque le daba igual.

Ahí estaba otra vez, la desagradable vocecilla de mi cabeza.

No me podía creer que no se preocupase por mí. Tenía que haber otra razón.

Y entonces comprendí que aún quedaba una persona viva capaz de ofrecerme respuestas.

—¿Rafael?

El remiendahuesos se revolvió en el asiento. Se había dormido en una silla junto a la ventana, bañado por la luz azul del amanecer.

—¿Sí, señor Portman?

—Tengo que levantarme de la cama.



Tres horas más tarde estaba en danza otra vez. Tenía un ojo amoratado y todavía me dolían las costillas, pero Rafael había obrado milagros por lo demás y me encontraba bastante bien. Me puse en camino hacia el panbucleticón de Bentham con el máximo sigilo, pero había gente por todas

partes —la hora punta de la mañana estaba en pleno apogeo— y me pararon unas cuantas veces para pedirme autógrafos. (Todavía me extrañaba que la gente me reconociera. Había sido un don nadie durante tanto tiempo que, cada vez que alguien me abordaba, reaccionaba pensando que me confundían con otro).

Ya sabía que, en teoría, no debía abandonar el Acre. Me arriesgaba a toparme con alguien dispuesto a denunciarme a miss Peregrine. No obstante, ese problema no encabezaba mi lista de preocupaciones. Me las ingení para cruzar la puerta principal, recorrer el vestíbulo y subir a los pasillos del panbucleticón sin que nadie me reconociera. Cuando el funcionario de la entrada lo hizo, le dije que iba de regreso a casa y me dejó pasar. Atravesé el vestíbulo, dejando atrás ajetreados viajeros, agentes de control y la voz de Sharon, que atronaba al otro lado de una puerta abierta. Doblé un recodo hacia una pequeña antesala, donde se encontraba mi entrada y, cuando encontré el armario de los trastos marcado con el cartel que rezaba RESERVADA A A. PEREGRINE Y SUS PUPILOS, me abalancé al interior.

En el exterior del cobertizo de las macetas me recibieron el sol indirecto y el bochorno vespertino de Florida.

Mis amigos se encontraban en el Acre del Diablo. Mis padres andaban de viaje por Asia.

La casa estaba vacía.

Entré, me acomodé en el sofá del salón y eché mano del teléfono que llevaba en el bolsillo. Todavía me quedaba algo de batería. Marqué el número de H. A la tercera señal, respondieron.

—Hong's.

—Pregunto por H —dije.

—Un momento.

Oía voces de fondo, un tintineo de platos. Al poco H se puso al teléfono.

—¿Hola? —preguntó, receloso.

—Soy Jacob.

—Creía que las ymbrynes te habrían encerrado bajo siete llaves.

—No exactamente —respondí—, pero están muy enfadadas. Y seguro que tampoco darían saltos de alegría si supieran que le estoy llamando.

Río entre dientes.

—Seguro que no. —Sabía que él también estaba molesto. Lo notaba en su voz. Pero tuve la sensación de que ya me había perdonado, quizá antes de que

lo llamara—. Me alegro de que estés sano y salvo. Me tenías preocupado.

—Sí. Yo también me tenía preocupado.

—¿Por qué diantre no me hiciste caso? Ahora todo está patas arriba.

—Ya lo sé. Lo siento. Deje que le ayude a arreglarlo.

—No, gracias. Ya has hecho suficiente.

—Debería haber dado media vuelta cuando me lo ordenó —reconocí—. Pero... —Titubeé, no queriendo que la frase sonara como una acusación—. ¿Por qué no me dijo que estábamos haciendo algo ilegal?

—¿Ilegal? ¿De dónde has sacado esa idea?

—Es una ley que tienen los clanes. No te puedes llevar a un peculiar desubicado...

—Deberíamos ser libres de ir a donde nos plazca —me interrumpió—. Habría que ignorar cualquier ley que coarte la libertad.

—Ya, estoy de acuerdo. Pero las ymbrynes intentan negociar un tratado de paz entre los clanes y...

—¿Crees que no lo sé? —replicó con impaciencia—. Los clanes entrarán en guerra si así lo desean, y no dejes que nadie te convenza de que eso guarda alguna relación contigo o conmigo. En cualquier caso, hay cosas más importantes en juego que los enfrentamientos entre los malditos clanes.

—¿De verdad? ¿Como qué?

—Como la chica.

—Se refiere a Noor.

—Pues claro que me refiero a ella. Y no vuelvas a pronunciar su nombre en voz alta.

—¿Por qué es tan importante?

—No te lo voy a contar por una línea de teléfono cuya seguridad no está garantizada. Y de todos modos tampoco hace falta que lo sepas. La verdad es que nunca debería haberte involucrado. Lo hice aun sabiendo que no era buena idea. Además, rompí una promesa y me siento fatal por ello. Estuviste a punto de morir a causa de mi imprudencia.

—¿Qué promesa? ¿A quién?

Se hizo un silencio. De no haber sido por los platos que seguían tintineando al fondo, habría pensado que la llamada se había cortado. Por fin dijo:

—A tu abuelo.

Su respuesta me recordó la razón por la que había decidido llamar a H.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué no me contó nada? ¿Por qué le pidió que no me revelara sus secretos?

—Porque quería protegerte, hijo.

—Pero eso era imposible. Lo único que hizo fue abandonarme a mi suerte, totalmente desprevenido.

—Siempre quiso decirte quién eras. Pero murió demasiado pronto para contártelo.

—Y entonces ¿de qué me estaba protegiendo?

—De nuestro trabajo. No quería que te involucrases.

—¿Y por qué me enviaba postales desde los distintos destinos de sus misiones? ¿O por qué usó mi apodo como contraseña del búnker que hay debajo de su casa?

Oí que H inspiraba profundamente y soltaba el aire despacio.

—Te dejó recursos por si tenías que afrontar una emergencia. Nada más. Te ruego que me disculpes, pero estaba a punto de marcharme.

—¿A hacer qué?

—Un último trabajo —respondió—. Tras esta misión, me retiraré para siempre.

—Se propone rescatarla, ¿verdad?

—Eso no es asunto tuyo.

—Espéreme. Le acompañaré. Quiero ayudar. Por favor.

—No, gracias. Como te he dicho antes, ya has hecho bastante. Además, no cumples las órdenes que te dan.

—Obedeceré. Lo prometo.

—Muy bien, pues obedece la que te voy a dar. Vuelve a tu vida. Regresa con tus ymbrynes, a tu mundo pequeño y seguro, porque para este todavía no estás listo. Puede que volvamos a vernos, algún día, cuando lo estés.

Y cortó la llamada.



DIECINUEVE

Todavía con el teléfono en la mano, me puse de pie en el salón de mi casa, escuchando el silencio de la línea muerta. La cabeza me funcionaba a mil por hora. Debía encontrar a H, y cuanto antes. Tenía que ayudarlo. Es cierto que yo estaba verde y carecía de experiencia, pero él era viejo y estaba desentrenado. Me necesitaba, aunque no quisiera reconocerlo. Y tenía razón acerca de una cosa: se me da fatal obedecer órdenes. Qué le vamos a hacer. Atisbaba una segunda oportunidad de ayudar a Noor. Puede que la esperanza fuera mínima, pero, habida cuenta de lo que había en juego, me aferraría a ella.

Para empezar tendría que encontrar a H. Afortunadamente contaba con una pista para empezar a buscarlo: la caja de cerillas que llevaba anotado su número de teléfono. Pertenecía a un restaurante chino de alguna zona de Manhattan. Durante la llamada había oído ruidos de fondo que parecían proceder de un restaurante —una ajetreada cocina quizá o la zona de preparación de los platos— y estaba seguro de que algún trabajador había respondido al teléfono. Supuse que H vivía en la parte trasera o en el piso de encima tal vez. El nombre y la dirección del establecimiento aparecían en la caja de cerillas, así que no me costaría encontrarlo. Pero antes tenía que llegar a Nueva York.

En esta ocasión no preparé la maleta ni llevé nada especial. Únicamente me cambié la ropa que llevaba encima desde hacía varios días, por cuanto estaba manchada de sangre y empezaba a apestar. Acto seguido, salí por la puerta trasera y entré en el cobertizo de las macetas. En cuanto llegué al otro lado y accedí al pasillo del panbucleticón, supe de inmediato a dónde debía ir. Al volver de Nueva York con miss Peregrine, habíamos salido por una puerta que se encontraba en mitad de la zona de embarque del piso superior. Solo tenía que desandar mis pasos del día anterior. Avanzar a la carrera habría llamado demasiado la atención, así que me limité a andar a paso vivo con la cabeza gacha, cruzando los dedos para que ninguno de los viajeros ni agentes de control reparasen en mí. Había remontado el primer tramo de escaleras y recorrido la mitad del pasillo superior sin que nadie me diera el alto cuando

me estampé de bruces contra una gigantesca pared negra.

La pared hablaba, y la atronadora voz de bajo que surgía de ella sin duda pertenecía a Sharon.

—¡Portman! ¿No deberías estar en la nueva casa de fieras de miss Wren, limpiando jaulas de osos torvos?

Miss Peregrine se había marchado furiosa antes de comunicarme mi castigo, pero Sharon, por alguna razón, lo conocía. Las noticias bochornosas vuelan.

—¿Cómo te has enterado? —le pregunté.

—Las paredes oyen, amigo mío. Algún día te lo mostraré; de vez en cuando hay que limpiarles la cera de los oídos.

Me estremecí e intenté ahuyentar la imagen de mi mente.

—Ahora mismo me encaminaba hacia allí.

—Qué raro. Ese bucle está abajo. —Se cruzó de brazos y se inclinó hacia mí—. Provocaste un buen revuelo por aquí, ¿lo sabías? A más de una se le erizaron las plumas.

—Mis amigos y yo no pretendíamos que nadie se disgustara. De verdad.

—No te estoy reprochando nada. —Bajó la voz—. Algunas plumas necesitan que las ericen de vez en cuando. Tú ya me entiendes.

—Ajá —respondí, casi dando saltitos de la impaciencia. En cualquier momento podía pasar una ymbryne por allí y dar la voz de alarma.

—No todo el mundo se siente a gusto con su manera de proceder. No consultan con nadie. Nunca piden la opinión a los demás.

—Ya sé a qué te refieres.

—¿Sí?

Lo sabía, pero no quería hablar de ello ahora mismo.

Sharon se me acercó aún más y me susurró algo al oído. Exhalaba un aliento gélido que olía igual que la tierra.

—El próximo sábado por la noche hay una reunión en el viejo matadero. Podrías pasarte.

—¿Qué clase de reunión?

—Solo será un encuentro entre unas cuantas personas que pensamos de manera parecida, para intercambiar ideas. Tu presencia sería muy bien recibida.

Escudriñé el interior de su capucha. Sus blancos colmillos destellaban apenas, ocultos en las negras profundidades.

—Iré —le prometí—. Pero no me pidas que conspire contra las ymbrynes. El brillo de su capucha se ensanchó hasta dibujar una sonrisa.

—¿Y no era eso mismo lo que te disponías a hacer?

—Es más complicado.

—Seguro que sí. —Sharon se irguió todo lo largo que era y me cedió el paso—. Tu secreto está a salvo conmigo.

Alargó la mano.

—Vas a necesitar esto. —Se trataba de un billete. En una cara llevaba impresas las palabras: MINISTERIO DE ASUNTOS TEMPORALES. En la otra: LIBRE CIRCULACIÓN—. Los bucles americanos están muy vigilados. La situación anda algo tensa por allí. No dejan entrar a cualquiera.

Intenté tomar el billete, pero al principio no lo soltó.

—El sábado —dijo, y solo entonces abrió la mano.



Ahora que viajaba solo me resultaba infinitamente más sencillo desplazarme de un lugar a otro. Después de haber vivido pendiente del paradero de tres o cuatro personas durante buena parte de la semana pasada, era un alivio recorrer a paso vivo un vestíbulo atestado sin tener que mirar por encima del hombro cada dos por tres, abrirme paso sin esfuerzo entre la multitud, enseñarle al encargado del mostrador un único billete. Era un tipo grandullón, encaramado sobre un minúsculo taburete, que miró mi pase de libre circulación como si nunca hubiera visto uno.

—Vistes como una persona moderna —observó, mirándome de arriba abajo—. ¿Has pasado por la aduana de anacronismos?

—Sí —respondí—. Me han dado el visto bueno.

—¿Te han entregado una exención?

—Hum, sí —dije, al mismo tiempo que me palpaba los bolsillos—. A ver dónde la he metido...

La cola se alargaba a mi espalda. El empleado se ocupaba de cinco puertas de embarque a un tiempo, y estaba perdiendo la paciencia.

—Tápate con uno de los abrigos que verás al otro lado de esa puerta —me sugirió, y me indicó por señas que circulara—. Hay un mapa en el bolsillo, por si lo necesitas.

Le di las gracias y me encaminé a la puerta del bucle. Sobre la misma, una

pequeña placa rezaba: GRANDES ALMACENES BULLOCK'S, NUEVA YORK, 8 DE FEBRERO DE 1937.

Crucé la entrada, tomé un raído abrigo negro que colgaba de un perchero —guardarropía de emergencia— y me lo eché sobre la ropa. Me dirigí al fondo de una minúscula habitación, totalmente ordinaria, y tras un rápido apagón y el acelerón temporal de rigor, los ruidos que se dejaban oír al otro lado de la puerta cambiaron. Salí al interior de unos grandes almacenes. Debían de haberlos cerrado recientemente porque vi estantes y polvorientos maniqués desnudos por el suelo, y todo estaba bañado por un tenue resplandor procedente de las ventanas, que se encontraban selladas con papel de periódico. Un guardia dormitaba en la entrada principal, y supe por su uniforme, muy parecido al del funcionario de la entrada, que era uno de los nuestros. Estaba allí para controlar a la gente que entraba en el Acre del Diablo, no para molestar a los que salían, de manera que, en cuanto que viajero sin acompañantes y sin equipaje, me bastó un saludo decidido para que me dejara pasar.

Un momento después me encontraba en la calle, recorriendo a paso vivo la Sexta Avenida un nublado día de invierno. Dejé atrás una lavandería que proyectaba vapor a la acera, montones de nieve sucia, una cola de hombres que temblaban bajo sus andrajosos abrigos y un cartel que anunciaba: COMIDAS CALIENTES A UN CENTAVO. Rebusqué por el bolsillo hasta encontrar un mapa rudimentario. Mostraba la entrada al bucle de los grandes almacenes y, cosa de ochocientos metros más allá, la membrana exterior, tras la cual se encontraba el presente. El mapa indicaba que lo quemaras después de consultarlo, así que lo tiré a la hoguera que ardía sobre un barril, alrededor del cual se apiñaban varios hombres desaliñados. Muerto de frío a mi vez, eché a correr.

Cuando hube recorrido unas cuantas manzanas, noté que el aire clareaba y titilaba a mi alrededor. Unos pasos más allá, crucé la membrana del bucle que me permitiría salir de 1937 para regresar al presente. Al instante noté el ambiente más cálido y luminoso. A mi alrededor, los edificios alcanzaban alturas vertiginosas.

Paré un taxi y le di al conductor la dirección de la cajita de fósforos. Diez minutos más tarde nos detuvimos delante de un edificio de ladrillos rodeado de escaleras de incendios. Al nivel de la calle avisté un pequeño restaurante chino: Hong's. Patos silvestres en vuelo decoraban el escaparate y un

farolillo rojo rematado por una borla de flecos pendía delante de la puerta. Pagué al taxista, entré y pregunté a un camarero por H. El hombre me miró desconcertado, de manera que le mostré la cajita de cerillas. El empleado asintió y me acompañó al exterior.

—Número cuatro, por la parte trasera —dijo, a la vez que señalaba un callejón—. Dile que el miércoles pasaremos a cobrar el alquiler.

Había un teléfono de pago en el callejón; un artilugio anticuado en el Nueva York moderno, alojado en el interior de una cabina con puerta plegable. La cabina se erguía entre la puerta trasera de Hong's, por la que se colaban el crepitar de la comida y el tintineo de los platos, y una entrada que conducía al patio de un decrepito edificio de apartamentos. Empujé la puerta y vi un vestíbulo con buzones alineados a un lado y dos ascensores al otro, uno de ellos averiado, según indicaba un cartel.

¿Qué piso? Pulsé el botón del ascensor y, al mismo tiempo que la puerta se abría con un tintineo, lo experimenté: ese calambre en la tripa que me asalta cuando un espíritu hueco anda cerca. La sensación podía significar que había un hueco en el edificio ahora mismo o que alguno había dejado una huella persistente a base de ir y venir. El hueco solo podía pertenecer a H.

Subí al ascensor y pulsé el botón del piso más alto. La puerta se cerró con un chasquido. La cabina empezó a ascender.

A medida que subía, notaba cómo el dolor que hacía las veces de brújula en mi barriga se desplazaba: al principio ciento ochenta grados hacia arriba, más abajo cuanto más subía. Cuando pasé por el décimo cuarto piso, se encontraba prácticamente a noventa grados, así que pulsé la tecla del décimo quinto.

La cabina se detuvo y la puerta se abrió. Al momento me percaté de dos cosas, y las dos tenían muy mala pinta. La primera fue un rastro de sangre que atravesaba el centro del rellano. Bajé la vista; la estela se prolongaba hasta un rincón del ascensor, donde un charco se coagulaba a marchas forzadas.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Alguien estaba herido de gravedad.

La segunda fue que la luz se había esfumado a partir de la mitad del largo descansillo. Por completo. No se tornaba más tenue. Desaparecía. No veía las paredes, el suelo, el techo. Y mi brújula apuntaba directamente a la oscuridad.

Las señales indicaban que Noor estaba aquí. Noor estaba aquí y algo

horrible había sucedido. Era demasiado tarde.

Corriendo por el rellano, seguí el rastro de sangre hacia la negrura. Cuando dejé de verme los pies contra el suelo, aminoré el paso y alargué los brazos, dejándome guiar por el calambre. Doblé un recodo y tropecé con una caja abandonada en el descansillo. Tras avanzar a tientas unos pocos pasos, noté que la brújula apuntaba bruscamente a la izquierda, hacia la puerta de uno de los pisos.

Estaba entornada y, a través de la rendija, pude atisbar por fin una línea de luz. Empujé la puerta con el hombro. La noté inesperadamente pesada, como si estuviera fabricada de acero reforzado. Seguí la luz por un breve pasillo y luego por una cocina atestada, en cuya pila se amontonaban los cacharros sucios, antes de llegar a un despacho. Una raída madriguera adornada con plantas e impregnada de un olor dulzón.

Acurrucada en el sofá del rincón estaba Noor. El fulgor de su cuerpo bañaba la estancia de una luz anaranjada. No se movía.

Corrí hacia ella. El cabello le tapaba la cara. La empujé con suavidad para colocarla de espaldas al mismo tiempo que entornaba los ojos para protegerlos del resplandor que emanaba. Le posé dos dedos en el cuello. Tenía la piel caliente al tacto. Pasado un instante, encontré una arteria —con pulso— y lancé un suspiro de alivio.

Un gemido extraño, agudo, se dejó oír en el otro extremo de la sala. Me volví a mirar. H yacía despatarrado boca arriba en una vieja alfombra persa. Sentado a horcajadas sobre su cuerpo, su hueco le había rodeado la cintura con una de sus musculosas lenguas mientras que las otras dos le ceñían las muñecas. El monstruo parecía a punto de abrir las mandíbulas para devorarle el cerebro.

—Aléjate —grité, y el gemido cesó cuando el hueco me bufó con rabia.

No se disponía a matarlo, comprendí. Su amigo se moría.

El monstruo estaba llorando.

Invoqué unas pocas palabras en lengua hueca para ahuyentarlo. Volvió a bufarme, retiró sus lenguas con reticencia de las muñecas de H y se escabulló a la cocina.

Me acuclillé junto al anciano. La sangre le empapaba la camisa, los pantalones y la alfombra de debajo.

—H. Soy Jacob Portman. ¿Me oye?

Recuperó los sentidos. Me enfocó con la mirada.

—Maldita sea, hijo —dijo, frunciendo el ceño—, tú no obedeces ni aunque te maten.

Traté de pasarle los brazos por debajo del cuerpo. H gimió de dolor y el hueco aulló en la cocina.

—Olvidalo. He perdido demasiada sangre.

—Puede conseguirlo. Solo tenemos que...

Se retorció para apartarse.

—¡No! —Su voz y sus brazos denotaban tal fuerza que me quedé pasmado, pero al momento se desplomó nuevamente en el suelo—. No me obligues a instigar a Horatio contra ti. La gente de Leo pulula por todo el barrio. Si salgo, me acribillarán.

Noor gimió en el rincón. Me volví para ver cómo cambiaba de postura en el sofá, todavía con los ojos cerrados.

—No le pasa nada —me aseguró H—. Lleva encima una buena dosis de polvo del sueño, pero se recuperará.

Hizo un gesto de dolor y sus ojos se tornaron vidriosos.

—Agua.

Me levanté de un salto para correr a la cocina, pero antes de que diera tres pasos una de las lenguas del hueco ya se me había adelantado para rodear un goteante vaso. Maravillado ante la extraña ternura del gesto, ayudé a H a incorporarse mientras la lengua del espíritu hueco le acercaba el vaso a los labios.

Cuando H se dio por satisfecho, la lengua del hueco devolvió el vaso a la cocina, donde lo dejó en una mesita auxiliar. Encima de un posavasos.

—Está muy bien amaestrado —observé.

—Es natural, a estas alturas —fue la respuesta de H—. Ya llevamos cuarenta años juntos. Somos como un viejo matrimonio. —Agachó la cabeza para mirarse—. Por Dios, me han dejado como un queso gruyer. —Tosió una bruma sanguinolenta.

El hueco gimió y rebotó sobre los cuartos traseros. Había abandonado sigilosamente la cocina y ahora permanecía acucillado allí cerca mientras sus ojos negros derramaban lágrimas grasientas que le rodaban por las mejillas hasta el pañuelo manchado que llevaba atado al cuello.

Miré a H y, de súbito, también a mí me entraron ganas de llorar. Está sucediendo de nuevo, pensé, con un sollozo en el pecho. Estoy perdiendo a alguien más.

Me tragué el llanto y me las arreglé para preguntar:

—¿Qué ha pasado?

—Debería haber sido coser y cantar —respondió H con voz ronca—. Una sustracción sencilla. De no haber sido por Horatio, que nos sacó a los dos de allí, ahora todos seríamos prisioneros de Leo. —Suspiró—. Supongo que me he hecho viejo.

—¿Por qué no me ha dejado ayudarlo?

—No podía arriesgarme a que te hicieran daño —fue su respuesta. Miró al techo, como si evocara algo—. El niño especial de Abe. Su Moisés entre los juncos.

—¿A qué se refiere? —quise saber.

Giró la cabeza hacia Noor.

—Ahora tendrás que ayudar a la señorita Pradesh. Yo me estoy muriendo, así que no queda nadie más.

—¿Qué tengo que hacer? ¿A dónde la llevo?

—Tienes que sacarla de Nueva York, para empezar.

—Podemos ir al Acre del Diablo.

—No. Las ymbrynes se la devolverían a Leo. No saben hasta qué punto es importante. —Se estaba apagando, su voz se tornaba un murmullo—. Ni tampoco ella.

—¿Por qué es tan importante?

—¿Sabes?, antes de que la espolvorearan me ha salvado el culo tres veces en un solo día. Aunque se suponía que yo debía salvarle el suyo. —Soltó una carcajada triste—. Lástima que el truco de las bombillas no sirva para detener las balas.

Empezaba a perder el hilo de los pensamientos. Los ojos se le estaban apagando.

Posé una mano en su mejilla, en su hirsuta barba, y le obligué a mirarme.

—H, ¿por qué es importante?

—Se lo juré a tu abuelo. No involucrarte.

—Ya es demasiado tarde.

Asintió con pesar.

—Supongo que sí. —Lanzó un tembloroso suspiro—. Es una de los siete cuya llegada fue anunciada.

Estaba preparado para oír muchas cosas, pero no esa.

—¿Una de los siete? ¿De los siete qué?

—De los siete que están destinados a liberar al reino peculiar. Eso dice el *Apocryfón*.

—¿Y eso qué es? ¿Una especie de profecía?

—Unos textos sumamente antiguos. Su nacimiento anuncia la llegada de una nueva era. Una muy peligrosa. —Arrugó la cara, presa del dolor, y cerró los ojos—. Por eso la perseguían esas personas.

—El grupo del helicóptero y los coches negros.

—Los mismos —asintió él.

—¿Pertenece a uno de los clanes?

—No. Se trata de algo mucho peor. Forman parte de una sociedad secreta de normales muy antigua. Que se ha propuesto manipularnos y... —Arrugó el gesto según aspiraba entre dientes—. Controlarnos. —Estaba perdiendo el aliento, jadeaba entre palabra y palabra—. No hay tiempo para clases de historia. Debes buscar a V y entregarle a la chica. Es la única que queda. La última cazadora.

—V —repetí, estrujándome los sesos—. La que aparecía en el libro de Abe. La que entrenó en persona.

—Sí. Vive en el vendaval. No quiere que la encuentren, así que lleva cuidado. Horatio, el mapa está en la caja fuerte...

El hueco gruñó, se acercó con grandes zancadas a la pared y desplazó un cuadro para dejar a la vista una pequeña caja fuerte. Mientras Horatio buscaba los números en la rueda, yo devolví la atención a H. Perdía fuerzas por momentos.

Le estreché la mano.

—H, necesito saber una cosa. —Se estaba marchando, y la idea de perder este último e importante vínculo con los secretos de mi abuelo despertó algo en mi alma. Algo que había intentado enterrar en las profundidades de mi cerebro desde que lo oyera—. ¿Por qué podría afirmar alguien que mi abuelo era un asesino?

H me miró con intensidad renovada.

—¿Quién te ha dicho eso?

Me acerqué un poco más. Estaba temblando. Le conté deprisa y corriendo las absurdas acusaciones que Leo había vertido sobre Abe. Que había secuestrado a su ahijada. Que había asesinado gente. Y no solo adultos. También niños.

H podría haber respondido: «Todo fue una conspiración de los wights».

Podría haberse limitado a decir: «Es mentira». Pero no lo hizo.

Dijo:

—Entonces lo sabes.

Por un instante, lo vi todo borroso. Y la duda, igual que un virus, empezó a propagarse en mi interior.

—¿Qué ha querido decir con eso? ¿De qué está hablando?

Tenía a H agarrado por los hombros. Lo estaba sacudiendo. El espíritu hueco chilló, proyectó una lengua como si fuera un látigo y, sujetándome por la cintura, me despegó de H. Salí volando por la habitación y patiné por el suelo hasta la pata de una mesa.

Un miedo horrible se había apoderado de mí: que las acusaciones de Leo albergaran una parte de verdad. Ese era el secreto de mi abuelo: no trataba de protegerme de una vida al margen de la normalidad ni de los huecos ni de una banda de enemigos misteriosos que se desplazaban en coches negros. Me había protegido de sí mismo.

Me levanté. Inclinado sobre H, Horatio me bufaba para impedir que me acercara. Le ordené en lengua hueca que se apartara, pero él se resistió. O puede que tanto H como el hueco me estuvieran plantando cara.

Corrí hacia el espíritu, gritando: «Vete, largo, suéltalo» y lo hizo. Se apartó de H de un salto y subió al techo, donde permaneció aferrado a un aplique con sus lenguas. Durante una décima de segundo, reparé en un detalle extraño: un ambientador en forma de abeto que pendía del techo. Para disipar el tufo, claro. En esa casa vivía un hueco, al fin y al cabo.

Me arrodillé junto a H.

—Lo siento mucho. —No lo toqué—. Por favor. Cuénteme lo que hizo.

—Nos la jugaron. Fuimos víctimas del engaño, siete veces.

—¿Quién? ¿Cómo?

—La Sociedad.

Yo solo lo escuchaba a medias. Únicamente me interesaba una cosa.

—¿Mi abuelo asesinó a algún niño?

—No. No.

—¿Los secuestró?

—No. —El dolor inundó su rostro..., el dolor y algo que parecía remordimiento—. Pensábamos —respiró con dificultad— que los estábamos rescatando.

Me senté sobre los talones, embargado por un inmenso alivio. No era un

asesino. No era una mala persona. Yo no me había percatado hasta entonces de lo mucho que me pesaba. La mera posibilidad.

—Ayudamos a mucha gente —prosiguió H—. También cometimos algunos errores. Pero el corazón de Abe siempre estuvo en su sitio. Y te quería mucho, muchísimo. —Su voz había mudado en un suave susurro.

Una avalancha de lágrimas me inundó los ojos.

—Lo siento.

—No. No te disculpes. —Con las pocas fuerzas que le quedaban, me tocó el brazo—. Ahora el testigo te pertenece. Siento mucho que apenas si quede nadie para ayudarte a llevarlo.

—Gracias —dije—. Haré todo lo que esté en mi mano para que se sientan orgullosos.

—Sé que lo harás. —Sonrió—. Bueno, ha llegado el momento. —Alzó la vista hacia el techo—. Horatio, ven aquí.

El hueco trató de liberarse de mi control.

—Déjalo bajar —me pidió H—. Le hice una promesa a esta desdichada criatura, hace mucho tiempo, y tengo que cumplirla antes de morir. Deja que se acerque.

Me levanté, retrocedí y liberé al espíritu hueco, que se precipitó al suelo al momento.

—Ven aquí, Horatio. Estoy a punto de marcharme. Acércate.

El hueco se arrastró hacia H. El anciano intentó darse la vuelta para que yo no lo viera.

—No mires. No quiero que este sea el último recuerdo que guardes de mí.

Horatio se sentó a horcajadas sobre el pecho de H. Cuando comprendí lo que estaba a punto de suceder, intenté ordenarle al espíritu hueco que se apartase —se lo grité— pero H me lo impedía.

Oí los susurros que le dedicaba al ser.

—Has sido un buen chico, Horatio. Recuerda lo que te enseñé. Ahora, adelante.

El espíritu hueco gimió entre temblores.

—No pasa nada —le aseguró H con dulzura al mismo tiempo que acariciaba sus manos garrudas—. No pasa nada.

Desvié la vista mientras sucedía, aunque nunca olvidaré los ruidos. Cuando volví a mirar, los ojos del anciano habían desaparecido. Las cuencas parecían ciruelas maduras que alguien hubiera mordido por la mitad. El hueco

masticaba presa de fuertes temblores y emitía sonidos que parecían capturados entre la agonía y el éxtasis. Pasado un minuto se levantó y dio media vuelta despacio, como infinitamente avergonzado de sí mismo.

—Te perdono —dijo H—. Te perdono, hermano.

No parecía hablarle tanto al hueco como al aire. A un fantasma.

Y, tras eso, partió.



El espíritu y yo nos miramos por encima del cuerpo de H. Traté de controlarlo.

—Siéntate.

Pensaba que, en todo caso, me resultaría más fácil dominarlo ahora que su amo había muerto. Pero mi orden no surtió efecto.

Lo intenté una segunda vez y una tercera, sin resultado. Empecé a planear maneras de matar al monstruo antes de que se le ocurriera absorberme a mí los ojos y luego a Noor.

El hueco abrió las mandíbulas hasta desencajarlas, desenrolló las tres lenguas y emitió un sonido aterrador, un grito tan agudo que temí que reventaran los cristales de las ventanas. Agarré un pisapapeles de bronce de una mesa cercana y me preparé para una desagradable batalla.

Sin embargo, el espíritu hueco no pretendía abalanzarse sobre mí. Trastabillaba hacia atrás y, después de unos cuantos pasos, se detuvo al notar la pared a su espalda. Y entonces el calambre sordo y direccional que me señalaba la ubicación de los huecos empezó a desvanecerse a toda velocidad. Mientras tanto, las lenguas del ser encogían a ojos vistas. Se arrugaban, se enroscaban, se teñían de un marrón pútrido hasta que por fin cayeron al suelo, marchitas como una flor muerta.

El hueco se quedó recostado contra la pared, con la cabeza gacha. Su pecho subía y bajaba a toda velocidad, igual que si acabara de correr una maratón. Pasados unos instantes se desplomó y empezó a temblar, como si sufriera violentas convulsiones.

Me aventuré a cruzar la sala, despacio, acercándome al hueco con pasitos cautos y calculados por si acaso se trataba de un truco. Y entonces, tan súbitamente como habían comenzado, las convulsiones cesaron. En ese mismo instante mis retortijones desaparecieron también.

El hueco se revolvió en el sitio. Giró la cabeza y alzó la vista hacia mí. Sus ojos ya no eran dos charcos negros y llorosos; ahora los tenía de un tono gris que se iluminaba por momentos, a medida que se transformaban en faros blancos sin pupilas.

El ser estaba mudando en otra cosa: se convertía en un wight. Lo estuve observando un ratito, intranquilo pero fascinado, listo para reventarle la cabeza con el pisapapeles si lo juzgaba necesario.

Empezó a retorcerse. El movimiento parecía involuntario, como si los órganos se le estuvieran metamorfoseando en la cavidad torácica. La respiración, hasta entonces el ronquido húmedo y entrecortado de los huecos, se apaciguó y se tornó regular. Fue igual que presenciar un nacimiento.

Se sentó y me miró.

Yo retrocedí un paso, asaltado por una idea repentina. El ser que tenía delante había sido durante años el compañero inseparable de H. Había visto y oído toda clase de cosas. Y ahora era una criatura casi humana. ¿Qué sería capaz de recordar, si acaso guardaba algún recuerdo? ¿Qué proporción de su vida como hueco conservaba un wight? ¿Con qué rapidez se le borraba la memoria?

—Di algo —le ordené—. Habla.

Se limitó a mirarme. Ni siquiera gruñó. Puede que los wights, al nacer, fueran poco más que animales, capaces de ponerse de pie e incluso de correr, pero mudos, ignorantes.

Alargó el brazo, se apoyó en la pared y se incorporó despacio. Caminó hasta el borde de una mesa arrastrando los pies y arrancó el mantel. Por un momento pensé que se ataría la tela alrededor de la cintura —como haría si súbitamente se avergonzara de su desnudez—, pero en vez de eso renqueó hacia H, se arrodilló a su lado y le cubrió la cara con el paño.

Al parecer, algo sí recordaba: sabía que H había sido su amo.

—¿Sabes hablar? —le pregunté—. Quiero oír tu voz.

Se volvió a mirarme. Tenía las facciones laxas y se balanceaba ligeramente. Emitió un sonido.

—Ehhhhhh.

Un gemido, no una palabra. Pero mejor eso que nada.

—Sí —dije—. ¿Cómo te llamas?

Meció la cabeza de lado a lado. Trataba de articular palabras, pero espesas telarañas le nublaban el pensamiento.

Abrió la boca de nuevo. Tomó aire.

Un grito quebró el silencio. Noor se había sentado y nos miraba aterrada, primero a mí y luego a H, ahora exánime bajo el sudario.

—¡Todo va bien! —grité—. ¡No tengas miedo!

Por desgracia, el tono nervioso de mi voz y la escena que se desplegaba delante de ella contradecían mis palabras. Ahora que el hueco se había transformado, cualquiera podía verlo. Noor había despertado de golpe en un escenario aterrador y la luz que llevaba dentro, la misma que antes latía con suavidad, había mudado en una estrella brillante y violenta que le ascendía por la tráquea. Me encaminé hacia ella repitiendo una y otra vez que no corría peligro, pero Noor negaba con la cabeza, incapaz de hablar. Tenía miedo. No de mí ni del wight ni del hombre muerto, sino de su propio poder, que no sabía cómo contener. Era una peculiar reciente y todavía no controlaba a fondo su habilidad.

Me tiré al suelo y me tapé la cabeza con los brazos. Entre los dedos, vi a Noor aferrarse al sofá y dar media vuelta hasta situarse de espaldas a mí. Igual que un estornudo de luz, una tremenda explosión surgió de su boca y su nariz: una descarga de energía que se proyectó en el aire como un tornado y estalló en la cocina. Las paredes, el suelo, toda la casa tembló. Noté la presión de la ardiente onda expansiva, que me chamuscó los pelillos de la nuca al pasar. Las baldosas se resquebrajaron, los platos se rompieron, el metal se retorció con un estrépito generalizado, y tuve que cerrar los ojos para protegerlos del fogonazo.

Cuando el caos amainó, levanté la cabeza. Una luz distinta bañaba ahora el despacho, no el fulgor rojizo que Noor proyectaba, sino los rayos de sol que entraban por una ventana abierta. El humo salía a borbotones de la cocina. El hueco a medio transformar había desaparecido. El retroceso de la explosión había empujado a Noor por encima del sofá hasta el suelo, donde ahora se dejaban oír sus gemidos.

—¿Noor? —Me senté despacio—. ¿Te encuentras bien?

—Tengo la cabeza como un bombo —la oí decir, y luego su cara asomó por detrás del sofá—. Por lo demás... —Se miró el cuerpo—. Me parece que estoy de una pieza. —Expulsaba humo por la boca mientras hablaba—. ¿Y tú?

—Estoy bien —le aseguré—. No sé si me recuerdas, pero...

—Jacob. —Se quedó donde estaba, escudriñándome—. ¿Qué haces aquí?

Erguí la espalda sin levantarme del suelo.

—He venido a ayudarte.

—Sin demasiado resultado, de momento. —Miró a H e hizo una mueca de dolor—. Para nadie. —Dejó caer la cara sobre el sofá—. No dejo de repetirme que nada de esto está sucediendo —farfulló contra los almohadones—. Pero no consigo despertar de la pesadilla. —Levantó la vista—. Maldita sea. Sigues ahí.

—No es un sueño —le aseguré—. Pasé por tu misma experiencia hace unos meses. Sé exactamente cómo te sientes.

—Lo dudo mucho —replicó ella—. Solo dime qué narices está pasando.

—Tardaría horas, pero te daré la versión abreviada: unos villanos quieren atraparte, yo soy uno de los buenos y hay que sacarte de Nueva York cuanto antes.

—Ni siquiera me conoces. ¿Por qué me ayudas?

—Es difícil de explicar, pero se trata de una especie de negocio familiar. —Volví la cabeza para mirar a H—. Además, lo he prometido.

—¿Alguna vez dices algo que tenga sentido?

—Lo haré a partir de ahora. —Me levanté para acercarme a ella—. ¿Puedes andar?

Ella se aferró de un brazo del sofá y, descargando el peso en el mueble, se incorporó. Acto seguido avanzó un paso.

—Me parece que sí —fue su respuesta.

—¿Y correr? —pregunté.

Noor se tambaleó antes de desplomarse sobre los almohadones.

—Todavía no he recuperado las fuerzas —dijo—. ¿Y hacia dónde hay que correr, si se puede saber?

—Tenemos que encontrar a una tal V. Hace un tiempo colaboraba con H y con mi abuelo. No sé nada más.

Se rio con ganas y sacudió la cabeza.

—Es de locos.

—Siempre es así. Ya te acostumbrarás.

Algo se movió allí cerca y ambos nos volvimos para ver la espalda blanca y redondeada del ser que hasta hace poco fuera un hueco y que no llegaba a ser un wight. Estaba acuclillado en la ventana como una gárgola, agarrado al marco con las manos. Su cuerpo miraba hacia la calle, como si estuviera a punto de saltar.

Noor se acurrucó contra el sofá.

—Se llama Horatio —le dije—. Antes no podías verlo, pero acompañaba al anciano a todas partes.

—Eeeeeee —jadeó el hueco, que ahora nos observaba por encima del hombro. Por lo que parecía, intentaba hablar—. Seeeeeeeee... iiiiiiis.

—¡Seis! ¿Has dicho «seis»?

Emocionado, avancé un paso hacia él, que lanzó un chillido de advertencia e hizo ademán de soltarse.

Me detuve en seco y levanté las manos.

—¡No!

Parecía un recién nacido e inmensamente viejo al mismo tiempo. Y muy, muy cansado.

Abrió la boca de nuevo.

—Deeeeeeeee —dijo el semihueco.

Noor se echó hacia delante en el asiento.

—¿Qué significa «deee»?

—Cin... coh.

—Cinco —repetí yo.

Miré a Noor, nervioso.

—¡Nos está hablando!

—Parecen unas coordenadas —dedujo Noor—. E seis. D cinco. De un mapa, tal vez.

—Como el Mapa de los Días.

—En la tormenta —continuó la criatura con una voz aguda y temblorosa.

¡Estaba hablando!

—En el corazón... de la tormenta.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué hay en el corazón de la tormenta?

—La que buscáis.

Despegó una mano de la ventana y señaló a la pared. La pared que albergaba la caja fuerte, ahora abierta.

Me levanté y corrí hacia la pequeña cámara. La fuerza de la explosión había arrancado la puerta de cuajo y el suelo estaba sembrado de papeles: una pinza para billetes que contenía un buen fajo, una única fotografía, un libro y un mapa viejo y estropeado. Me incliné para recoger la foto. Mostraba un pequeño caserío bajo un cielo amenazador. A lo lejos se cernía el embudo negro de un tornado.

El corazón de la tormenta. El vendaval.

Levanté la foto en dirección a Horatio.

—¿Es aquí donde tenemos que buscar a V?

Cuando quise mirarlo, la ventana estaba vacía, y allí donde momentos atrás había un hueco medio transformado solo quedaba una cortina que ondeaba con la brisa.

Me volví hacia Noor.

—¿Qué ha pasado?

Ella ya estaba de pie, a medio camino de la ventana, con los ojos como platos.

—Se ha soltado... sin más.

Oímos un griterío procedente de la calle. Noor corrió a echar un vistazo.

—¡No! —cuchicheé—. ¡Podrían verte!

Cuando procesó mis palabras y se agachó debajo de la ventana, era demasiado tarde.

—Creo que ya me han visto.

—No pasa nada. Buscaremos una salida trasera.

Recogí el mapa, el dinero y la foto y me reuní con Noor junto a la ventana. Ambos estábamos acucillados, las rodillas en contacto, la brisa enredada en el pelo.

—¿Estás lista? —le pregunté.

—No. —Pero me miraba sin miedo, con un brillo desafiante en los ojos.

—¿Confías en mí?

—Ni en broma.

Reí con ganas.

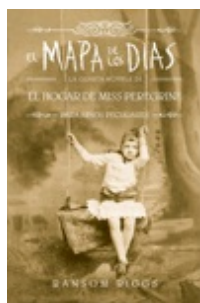
—Todo llegará.

Le tendí la mano.

Y la tomó.



Vuelven la magia, el misterio, los viajes en el tiempo y los personajes excéntricos que pueblan la imaginación de millones de lectores en el mundo.



Tras haber vencido a la amenaza monstruosa que casi destruyó el mundo peculiar, Jacob Portman está de vuelta donde comenzó su historia, en Florida. Excepto que ahora la señorita Peregrine, Emma y sus amigos peculiares están con él, tratando de pasar desapercibidos. Pero los días en la playa de pronto se ven interrumpidos por un descubrimiento: un búnker subterráneo que pertenecía al abuelo Abe.

Secretos ocultos durante mucho tiempo comienzan a emerger, y Jacob tendrá que aprender sobre el peligroso legado que formaba parte de él mucho antes de que descubriera el hogar de Miss Peregrine.

Sobre el autor

Ransom Riggs es director y guionista de cine. El hogar de miss Peregrine para niños peculiares fue su primera novela. Con esta saga, ha cosechado un gran éxito de crítica y público, figurando en la lista de los libros más vendidos de The New York Times durante meses.

Título original: *A Map of Days*

The Fourth Novel of Miss Peregrine's Peculiar Children

© 2018, Ransom Riggs

© 2019, Victoria Simó Perales, por la traducción

© 2018, Chad Michael Studio, por el diseño del logo del sello de la cubierta

Edición original: Julie Strauss-Gabel

Diseño de Anna Booth

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares o hechos son producto de la imaginación del autor o se han usado con fines ficcionales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, negocios, empresas, hechos o lugares es una mera coincidencia.

ISBN ebook: 978-84-204-8617-8

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Adaptación del diseño original de Dutton Books

Fotografía de cubierta: David Bass

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[El mapa de los días](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)